

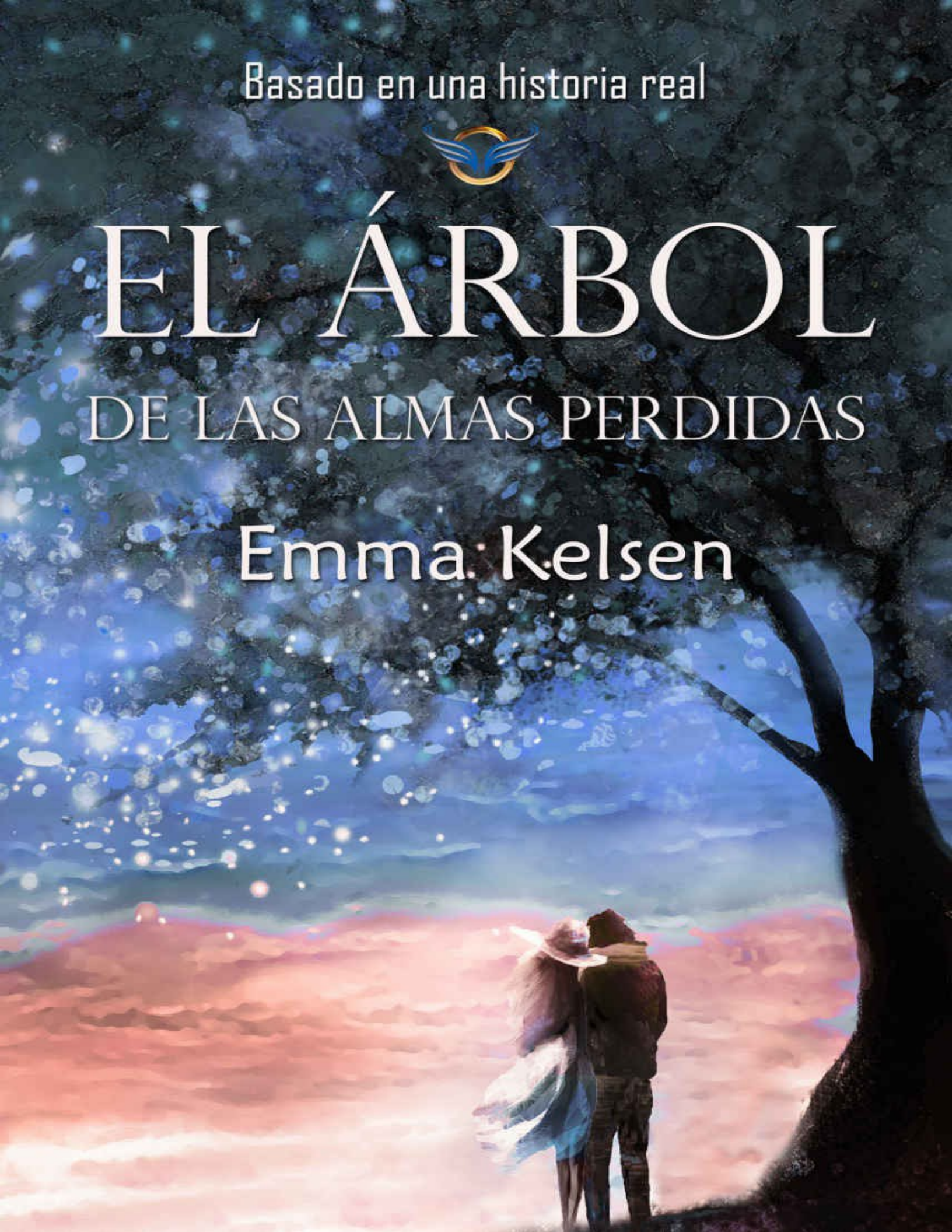
Basado en una historia real



EL ÁRBOL

DE LAS ALMAS PERDIDAS

Emma Kelsen



El árbol de las almas perdidas

Emma Kelsen

Tempus Fugit Ediciones





Para Rodrigo (Sergio en la novela),

*la persona más valiente e íntegra que he conocido.
Siempre has sabido guiarte por el corazón, ese mágico y gran corazón que
continuamente busca despertar
la sonrisa en los demás, incluso en los peores momentos.
Camina con la cabeza bien alta y no permitas que nadie te haga bajarla.
Siempre fuiste y serás mi gran confidente y amigo. Estoy orgullosa de ti.
También quiero dedicar este libro a todas aquellas personas que padecen
esquizofrenia y
enfermedades cuyo estigma [\[1\]](#) les obliga a caminar por las sombras.
Igualmente, mi admiración para los que tuvieron el valor de ignorar la
hostilidad a su alrededor y
abogaron por caminar sin miedos, marcas, ni secretos, porque esa es la
actitud...*

que disipará las sombras.

*«La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime
de la inteligencia.»*
Edgar Allan Poe

«Puedes llegar a cualquier parte, siempre que andes lo suficiente»
Lewis Carroll

*«Uno de los secretos de la vida es que lo que realmente vale la pena es
lo que hacemos por los demás»*
Lewis Carroll

El comienzo de un sueño

Junio de 2014

Sergio miró a través de la ventanilla y suspiró aliviado, el despegue no había sido para tanto. Podía ver el ala izquierda del avión; su hermana se había empeñado en que esa era una de las zonas más seguras.

Sara había estado casi más nerviosa que él, y por eso la dejó encargarse de los preparativos, al fin y al cabo, estaba convencido de que si aquello caía no podría contarlo. Había volado con su familia de pequeño, pero era incapaz de recordarlo, por eso, al verse sobre las nubes, su rostro dibujó la misma sorpresa y fascinación que el resto de los niños del pasaje.

Era el comienzo de una nueva vida, había necesitado diez años para reunir el valor suficiente, pero por fin estaba allí sentado, a miles de metros de altura, camino del que debía ser su nuevo destino.

Había pasado la noche en vela viendo películas con su hermana, necesitaba poder dormir durante el vuelo.

Se puso los cascos, reclinó el asiento y al cabo de unos instantes estaba profundamente dormido.

Le despertaron los aplausos de la gente. El avión había aterrizado sin contratiempos. Los pasajeros y la tripulación lo celebraban. Sergio no salía de su asombro, ¿cómo había podido dormir todo ese tiempo? Al segundo sonrió satisfecho, jamás imaginó que le resultara tan fácil, ni siquiera había necesitado tomarse un somnífero. Estaba pletórico, comenzaba a sentirse dueño de su cuerpo. Cogió su maleta del altillo, no había necesitado facturarla, llevaba lo justo y necesario para comenzar su aventura. Se dirigió a la salida con paso firme. Si algo había aprendido durante esos últimos años, era a no mirar atrás, siempre hacia adelante. Lo que quedaba tras él jamás podría cambiarse, darle vueltas carecía de sentido.

La azafata le dedicó una sugerente sonrisa, sin duda, su más de metro noventa, su pelo castaño sobre los hombros y sus impresionantes ojos verdes, no habían dejado indiferentes a muchas de aquellas mujeres. Él se limitó a guiñarle un ojo, y siguió al resto de pasajeros. Eso sí, sorprendido, aquel gesto que solía dedicar a las mujeres llevaba tiempo en desuso. La vida se abría paso a través de su cuerpo, y eso le gustaba, habían sido demasiados años alejado de todo.

Estaba en el Aeropuerto de Livingstone, sentir que pisaba el suelo de Zambia le pareció mágico. Había sido un poco extremo eligiendo África como primer destino, pero decidió que, si lo hacía por fin, sería sin miedos. Aquel ímpetu súbitamente recobrado no dejó indiferente a su hermana, que aterrada trató de hacerle claudicar, hasta que se vio obligada a dejarlo. Si le quería debía permitirle marchar, aquella era su particular prueba de fuego, él la había escogido, y él debía superarla. Le adoraba y quería verle feliz, fuera donde fuese, por lejos que estuviera. Si él sonreía de nuevo, la distancia no sería un inconveniente.

Cuando el taxi le dejó en el Hotel, no pudo evitar dibujar una enorme sonrisa, no esperaba menos, su hermana no había sido capaz de entenderlo, aunque, lo más probable era que no hubiera querido hacerlo. Aquel sitio no tenía nada que ver con lo que él hubiera elegido. Quería algo pequeño y discreto, que se integrara perfectamente en la vida de los lugareños. Pero aquel complejo hotelero, decorado al más puro estilo africano, con todo lujo de comodidades, perfecto y evocador para el turismo, resultaba demasiado artificial para su gusto. Era un escenario idílico, pero nada tenía que ver con la realidad que Sergio buscaba.

Se relajó al pensar que ese sería solo su primer alto en el camino. Tenía planes más ambiciosos que el simple turismo, pero llevaba años fantaseando con poder visitar las Cataratas Victoria, y sin duda, Sara no había sido capaz de encontrar nada más cerca, estaban a menos de cinco minutos andando. «Un poco más, y me mete dentro», pensó divertido al recordar el carácter protector de su hermana.

No había podido encontrar alojamiento en otros puntos que estaban dentro de su itinerario, pero, si eso no le ponía nervioso, ¿por qué debía asustar a Sara? Pero..., sí lo hizo, cuando supo que el viaje no quedaba planeado al milímetro, sintió que le faltaba el aire. Consideraba que su hermano se estaba lanzando sin paracaídas demasiado pronto. Pero no le quedó otra que escuchar

sus razones, y transigir, sabía que en el fondo llevaba razón, era ahora o nunca. No debía detenerlo.

Se dirigía a recepción cuando se vio obligado a frenar de golpe, de lo contrario un par de cebras, que deambulaban a sus anchas por el recinto, le habrían pasado por encima. Lejos de sobresaltarse, sonrió de nuevo y buscó el móvil en el bolsillo de su camisa.

—¡Hola enana! ¿Qué tal todo?

—¿Has llegado bien? —preguntó Sara con impaciencia.

—¡Eso espero, porque si no, estoy viendo cebras y necesito ayuda!

—Corta el rollo gracioso.

El carácter de Sergio no dejaba de sorprenderla, siempre había sido capaz de reírse de sí mismo. Lograba convertir lo dramático en recuerdos cómicos en los que le gustaba recrearse de vez en cuando. Solía decir que solo eran pequeñas lecciones de vida y que había que aprender a reírse de todo de vez en cuando. Sin embargo, para Sara diez años no habían sido suficientes, todavía lloraba cuando lo recordaba, daba igual donde estuviera, a menudo en el autobús de camino al trabajo. No estaba preparada para escuchar aquel tipo de bromas, aún no.

—Lo siento renacuaja. —dijo pesaroso. Conocía a su hermana, y sabía que no había tenido ninguna gracia.

—Pensé que te gustaría estar rodeado de parte de la fauna salvaje, y era uno de los pocos hoteles que te permitía disfrutar de ese privilegio con seguridad. —dijo molesta por la guasa de su hermano.

—¡Si es perfecto, mico! —mintió tratando de relajarla, mientras veía como un mono arrebatava la tostada a un cliente que desayunaba en la terraza, a la vez que dos jirafas caminaban con tranquilidad por el recinto— Si al final va a resultar más real que estar en la selva con Tarzán y Chita. —añadió sin poder evitar soltar una enorme carcajada. Aquella situación resultaba del todo surrealista, un teatro que nada tenía que ver con los documentales que había visto sobre África.

—¿Pues qué esperabas; hambre, niños desnutridos y cólera?! —preguntó molesta. Lo había intentado, había tratado de guiarle hasta donde él quería, pero su empuje inicial había chocado con un serio conflicto de intereses, su arraigado afán por protegerle.

—¡No mujer!, tampoco es eso, no te enfades, solo pretendo llegar cuanto antes a esos sitios, antes de que sea demasiado tarde. Cada una de esas

personas es importante y sabes que el tiempo juega en su contra. Al ver que Sara no decía nada, cambio de táctica y dijo: —Con que no haya un león detrás de alguno de estos matorrales me doy por satisfecho, y por las enfermedades no te preocupes preciosa, ya sabes que me puse el lote completo antes de salir de Madrid; dudo que mientras esté aquí inventen una nueva vacuna.

—¡Eres tonto, pero tonto de remate! —dijo por fin, emulando su risa. Aquel payaso al que adoraba no tenía remedio— Te mereces que te devoren, por ingrato.

—¡No lo digas muy alto pelirroja, ese gato que viene hacia mi parece hambriento!

—¡Sergio, déjalo ya!

—¡Es broma, es broma!, ya me conoces.

—Por eso mismo quiero que te lo tomes con calma. Está bien que trates de renacer de tus cenizas, pero no hace falta que te devoren o te despeñes por tus adoradas cataratas el primer día.

—Hermanita, prometo ser un angelito, de verdad, haré que te sientas orgullosa de tu niño. —contestó sonriendo de nuevo. Su madre solía decir que Sara era como su segunda madre, estaba claro que no pensaba bajar la guardia. En ocasiones como aquella, Sergio añoraba esos días en los que los móviles eran como pensar en un coche volador del futuro, cuando para bien o para mal, tenías tu propio espacio, sin estar siempre localizable.

—¡Está bien, chistoso!, tendré que fiarme, pero te juro que como te pase algo...

Pero no pudo terminar, Sergio la interrumpió antes de que pudiera sofocarse más. Cuando se lanzaba era temible.

—¡Vale, vale!, cuando empiezas con las amenazas me das más miedo que las fieras de la selva.

—Sabes que te quiero. Por eso no me tomas en serio. —dijo con voz añorada. Sergio pudo imaginar sus pucheros, aquellos que hacía siempre que trataba de salirse con la suya.

—Por eso mismo, porque me quieres, debes relajarte. No podré conseguirlo si tengo que llamarte a cada minuto.

Sara suspiró profundamente, sabía que su hermano tenía razón, se estaba comportando como una niña y estaba olvidando el objetivo de aquel viaje.

—Lo siento, perdóname, soy una exagerada. Pero es que...

—Lo sé, tranquila, confía en mí, todo saldrá bien. —Interrumpió sabiendo perfectamente lo que necesitaba oír su hermana— Te llamaré cada noche ¿Te parece bien? —propuso tratando de encontrar la manera de relajarla, sin tener que sacrificar su valioso tiempo dándole explicaciones cada cinco minutos.

—Perfecto. —aceptó dando palmas como una cría.

—¡Eso sí! —Puntualizó Sergio— Si un día fallo no pierdas el norte, ya sabes dónde estoy, en el hotel la conexión es genial, pero no sé cómo será en otros sitios.

—Tranquilo, no llamaré a la policía hasta las doce del día siguiente.

—¡Sara!, ¿me has entendido? —insistió sabiendo que no bromeaba. Sara era capaz de movilizar al mismísimo ejército.

—¡Tranquiii, peque! —cortó entre risas— No eres el único que sabe bromear.

—¡Eres lo peor, bicho!

—Y tú el mejor, pulga. Pásalo bien. —dijo haciendo que Sergio sonriera de nuevo. Era un hombre de treinta y tres años, pero Sara seguía empleando todos aquellos apelativos con él.

Cuando colgó, recordó que ni siquiera había deshecho la maleta. Se dirigió a su enorme y cómoda habitación, y sin poder evitarlo, se olvidó de organizar y sucumbió ante aquella imponente cama con mosquitera blanca, que presidía la estancia. Estirarse le reconfortó y sin darse cuenta cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó había anochecido. Le fastidió descubrir que el día se había esfumado, pero decidió tomárselo con calma, lo daría por perdido y al día siguiente madrugaría y comenzaría su aventura. Pensó bajar al restaurante, pero después de ducharse la pereza se adueñó de él. Se acomodó en el sillón, encendió la tele y tras ojear la carta del restaurante, llamó al servicio de habitaciones. En un perfecto inglés, pidió el kibbutz, un tipo popular de ensalada, a base de verduras frescas, que recogían de su propio huerto. Deseaba conocer la gastronomía local, pero consideró que la noche no era la mejor ocasión para esa clase de experimentos. Pedir una ensalada no era exótico, pero sí seguro. La promesa que le hizo a Sara debería esperar, por suerte las orugas no figuraban en el menú del día.

Un nuevo amanecer

Nunca antes había presenciado un espectáculo como aquel. Había visto amanecer en infinidad de ocasiones, sobre todo cuando veraneaba en el Puerto de Santa María. Pero aquel juego de luces, colores y sonidos, formaban un conjunto idílico, perfecto. Cerró los ojos y aspiró el olor a tierra mojada, que lo inundaba todo. Sin duda, las cataratas debían estar cerca.

La temperatura era perfecta. En algunas zonas desérticas del continente el calor era mucho más sofocante, pero Zambia tenía clima subtropical, y eso lo hacía mucho más llevadero. Decidió ponerse unos vaqueros, una camisa blanca remangada y las magníficas botas que Sara le había regalado. Era rara la ocasión en que se desprendía de sus deportivas, eran parte de su indumentaria habitual, pero en esta ocasión siguió el consejo de su hermana. El terreno era bastante irregular; barro, gravilla, piedras... Por una vez agradeció la perseverancia de Sara. Cogió la mochila y se dirigió al restaurante. Estaba hambriento.

Aquello estaba repleto de turistas de todos los rincones del mundo. Sergio decidió dejar la terraza para los más atrevidos. No le apetecía nada compartir su café con aquellas jirafas. Se sentó frente a la ventana tratando de encontrar un poco de intimidad. Apenas se había acomodado, cuando alguien se dirigió a él con voz suave.

—Buenos días. —dijo Ana paralizada frente a él. Le había reconocido. Habían pasado bastantes años y Sergio tenía un porte mucho más fornido y varonil. Pero aquellos ojos, esa mirada..., nunca podría olvidar esa mágica y profunda mirada.

—Hola. —contestó levantándose con su habitual galantería— ¿Nos conocemos? —preguntó encantado por la posibilidad de que hubiera alguien cercano en aquel recóndito lugar, pero a la vez convencido de que jamás se habían visto, si así fuera, nunca la habría olvidado, era preciosa.

Ante aquella reacción, Ana se quedó sin habla. << ¡Cómo has podido ser

tan tonta!, ¿cómo iba a acordarse?>>, se reprochó a sí misma avergonzada por su torpeza. Observó que Sergio aguardaba su respuesta y entonces improvisó.

—No, que va. Te escuché hablar con el camarero en español y no he podido reprimirme. A veces llegas a echarlo de menos y cuando ves a alguien de España reaccionas como si fuera de la familia. Lo siento.

—Pero eso tiene fácil solución. —Sugirió antes de que pudiera marcharse — Me llamo Sergio, ¿Y tú eres...? —dijo tendiéndole la mano.

Ella bajó la mirada, aquellos ojos lánguidos y penetrantes la inquietaban.

—Ana. —contestó sorprendiéndose a sí misma. No tenía tiempo para eso.

—Entiendo perfectamente lo que dices, acabo de llegar y ya me siento perdido en medio de tanto guiri. ¿Me acompañas? —pidió señalándole la silla que tenía enfrente. Ana dudó un instante, aquella situación era difícil, en cuanto supiera quien era la magia se esfumaría. Sin embargo, cuando volvió a mirarle, algo inesperado se despertó en su interior, quería saber más de aquel hombre que siempre la había intrigado.

—Será un placer. —aceptó retirándose con coquetería un mechón rubio que le tapaba la cara.

—¿Negocios o placer? —preguntó Sergio centrando toda su atención en aquella bonita muchacha, de cara angelical y ojos increíblemente azules.

—Por desgracia trabajo. ¿Y tú?

—Por suerte ambas cosas, pero dime... ¿en qué trabajas? —insistió tratando de desviar la atención hacia ella.

—Soy médico, trabajo para Médicos Sin Fronteras.

—¡Uhhh!, suena serio. —dijo tratando de disimular su sorpresa. Aquella era una increíble coincidencia, la única española que había encontrado pertenecía a su mismo gremio.

—No creas. —dijo encogiéndose de hombros— Es como serlo en cualquier otro sitio, solo que..., con menos glamour, menos dinero y más diarreas. Al instante se arrepintió de haber hecho ese último comentario, pero por alguna razón que desconocía, se sentía cómoda hablando con él, era como si le conociera de toda la vida.

Sergio se carcajeó al ver como se ruborizaba, estaba como un tomate.

—Te entiendo, nuestra profesión está sobrevalorada. No hay padre que no quiera tener un hijo médico o abogado, pero lo que no saben es que la realidad no tiene nada que ver con esas increíbles películas americanas.

—¿Nuestra profesión? —preguntó asombrada ante aquella inesperada

revelación.

—Sí, dejé la carrera en *stand by* con veintitrés años y la terminé hace cuatro. —Ana no daba crédito a lo que escuchaba, estaba sorprendida por la forma en que Sergio había logrado remontar y dar semejante giro a su vida. Hubiera deseado delatarse ante él, decirle quien era y el momento exacto en el que se habían conocido. Pero en el fondo sabía que no era fácil, probablemente solo lograría espantarlo.

—Entonces, ¿trabajas en algún hospital de aquí? —interrumpió ansiosa por saber más de aquel imponente hombre, que le atraía sin remedio. Había conocido su parte más emocional y vulnerable, pero ver aquella otra, la parte seductora e interesante, la tenía completamente hechizada.

—Lo cierto es que ni siquiera he llegado a ponerme la bata.

«¡Pues te quedaría de fábula!» pensó agitada, sin poder desviar los ojos de sus fornidos brazos.

—¿Y eso? —quiso saber, tratando de salir de su embelesamiento. La sola idea de imaginarle con la equipación completa y el fonendoscopio colgado del cuello, la ponía cardíaca.

—Pues verás... —dijo apoyando los codos sobre la mesa, acercándose más a ella— no encajaba, durante las prácticas no dejaban de repetirme que debía distanciarme del paciente, no debía implicarme, de lo contrario sufriría.

—¿Y eso te supuso un problema? —preguntó sorprendida. Aquel principio era de manual básico.

—Lo entendí, simplemente, no lo compartía. Elegí la medicina porque quería sentirme útil y poder nombrar a cada paciente por su nombre. Si solo hubiera querido ver carne sería carnicero.

Sus palabras eran duras, pero Ana las entendía perfectamente, ella misma estaba allí por razones similares.

—¿Entonces...? —comenzó a decir Ana con suspense.

—Entonces decidí hacer este viaje. Quiero ver con mis propios ojos algunos de los lugares donde necesitan ayuda. No me conformo con la visión que nos ofrecen anuncios, reportajes y noticias.

—Pero este lugar... —sugirió confusa, haciendo con la mirada un minucioso escrutinio de la sala.

—Lo sé, lo sé. —asintió bajando la mirada. Sin duda, aquel lugar era una clara contradicción a sus argumentos— Lo creas o no, es cosa de mi hermana. Verás, ella...

Pero no dejó que terminara. Apoyó los codos sobre la mesa, emulando su relajada postura, y aproximándose a él, dijo: —¿Por qué no iba a creerte?

Sergio agradeció no tener que entrar en detalles sobre el carácter protector de Sara.

—Yo misma me avergüenzo de estar aquí.

—¿Te avergüenzas? —preguntó sin entender el sentido de sus palabras.

—No me malinterpretes. Dormir en una cama es genial y ducharse ni te cuento, pero cosas como el desperdicio de comida en el buffet o los animales hipnotizados, me ponen nerviosa.

—¿Animales hipnotizados? —preguntó entre risas. Aquella chica era dulce y a la vez ingeniosa.

—¡Síííí!, ¿no te has fijado? —dijo haciendo uso de un tonillo misterioso, que a Sergio le puso los pelos de punta. El terciopelo de su voz le resultaba acogedor, cálido. Era como estar en casa— Las dos jirafas parecen siamesas, nunca se separan. Las cebras caminan en círculos y los monos... ¡Dios mío, los monos!, esos son cleptómanos perdidos. El gesto serio y los ojos abiertos como platos, le otorgaban una apariencia cómica, que hizo que Sergio se carcajeara a mandíbula batiente. Aquella mujer no solo era guapa, también era ocurrente y divertida como ninguna.

—Si tanto te disgusta, ¿por qué te hospedas aquí? —preguntó confundido.

— Pues muy sencillo. —Comenzó a decir haciéndole un simpático guiño — Porque el director del hotel colabora con nuestro proyecto y me sale gratis. De lo contrario, preferiría montar mi tienda de campaña ahí fuera, haciendo compañía a las cebras, jirafas y monos.

Hablaba con gracia y determinación, dos cualidades que Sergio admiraba. Su aspecto era dulce y frágil, pero irradiaba una vitalidad que había logrado deslumbrarle.

—Entonces trabajas en Zambia, ¿dónde exactamente? —quiso saber cada vez más intrigado por la vida de aquella joven reivindicativa, que no parecía temerle a nada.

—En realidad trabajo en un pequeño pueblecito de Zimbabue, dudo que aparezca en los mapas. —Aclaró torciendo el gesto— Ya sabes, aquí puedes ver un precioso escaparate, pero allí las cosas no son tan bonitas. Nos encargamos de prestar asistencia sanitaria a sus habitantes y también a otros pueblos de alrededor, pero los recursos nunca son suficientes.

—Sé a qué te refieres, elegir este camino debe ser satisfactorio a nivel

emocional, pero a la vez frustrante.

Sergio sabía que lidiar a diario con la sensación de impotencia, queriendo hacer más sin saber cómo, podía resultar desesperante.

—Pero ver sus preciosas sonrisas merece la pena, es la mejor recompensa y te hace olvidar esa horrible sensación que describes. —puntualizó con un brillo especial en la mirada. Recordar a sus pequeños siempre hacía que volviera a ver la vida de color de rosa. Por ellos merecía la pena cualquier tipo de sacrificio.

A Sergio no le pasó inadvertida aquella emoción que se dibujó en su fino rostro. Sin duda, lo suyo era vocacional.

—Pero... ¿Y tú? —preguntó incómoda por sentirse el centro de la conversación.

—¿Yo?

—¿Has elegido alguna especialidad?

—Me decanté por la psiquiatría. Considero que son muchas las personas afectadas por enfermedades como la esquizofrenia, de hecho, son muchos los jóvenes que la padecen. La juventud es nuestro futuro y, sin embargo, palidece olvidada, tristemente encerrada.

Ana recibió con asombro aquella inesperada noticia. Saber que había elegido aquella rama de la medicina hablaba del tipo de persona que debía ser. Sin duda, la valentía y el coraje eran cualidades innatas en aquel maravilloso hombre.

—¿Estás bien? —preguntó Sergio al ver que ni siquiera pestañeaba.

—Sí. Es que me sorprende que reclamen tu presencia en África. La psiquiatría es un tema tabú, olvidado.

—Lo sé. —asintió sabiendo perfectamente a qué se refería. —Hay muchas personas perdidas, personas que ni siquiera son conscientes de que algo les está ocurriendo. Dejan escapar un tiempo precioso, en el que no reciben ayuda. Y por desgracia, cuando por fin llega, muchos no logran recuperarse y siguen a la deriva, desesperados y perdidos.

Cualquiera hubiera admirado la pasión con que hablaba de su profesión, pero por desgracia, ella veía más allá, conocía el trasfondo de la amargura que evocaban sus palabras, había sido testigo mudo de ello.

—¿Qué tienes pensado? —quiso saber. Estaba intrigada. Su forma de hablar indicaba que tenía un plan. Sin duda, había llegado a Zambia con un claro propósito.

Sergio sonrió. Aquella preciosidad no se andaba por las ramas, era directa.

Pero de pronto, el móvil de Sergio sonó insistente. Trató de ignorarlo, pero al final se vio obligado a buscarlo en el interior de su mochila. «¡Malditos teléfonos!» pensó irritado por tener que cogerlo. Ana, que lo observaba en silencio, miró con disimulo su reloj, y al percatarse de la hora que era, dijo con cara de circunstancias:

—¡Sergio, te dejo, que no llevo!

—Mamá, espera un momento. —pidió tapando con la mano el altavoz para dirigirse a ella— ¿Me acompañas a las cataratas?

—Lo siento, tengo varias reuniones y terminaré tarde. —informó pesarosa. Nada le hubiese gustado más que ver aquel lugar de ensueño junto a él, pero aquello no haría más que complicar las cosas.

—Entonces, cenamos. Tenemos una charla pendiente. —exigió tajante, pretendía impedir que se marchara sin concretar una cita.

Ana sopesó la conveniencia de volver a coincidir con él, y aunque su mente dijo no, habló su corazón.

—De acuerdo ¿Te parece bien a las ocho? Creo que para entonces habré terminado.

Sergio no contestó, se limitó a guiñarle un ojo. Un rasgo habitual, que a ella comenzaba a resultarle encantador.

«¡Por favor, está buenísimo!» pensó mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Cómo estás mamá? —preguntó poniendo los ojos en blanco, sin dejar de recrearse en la graciosa y perfecta feminidad de aquella que se alejaba.

Una hermosa visión

Contemplaba las cataratas sumergido en sus pensamientos. Jamás se hubiera imaginado sentado tranquilamente frente a ellas. Durante años le costó conciliar el sueño, y un buen día, su madre trajo consigo aquel cuadro, el de las Cataratas Victoria. A Sergio le pareció una horterada *made in China*. El paisaje era perfecto, pero el sonido del agua, que parecía caer formando pequeñas hileras, resultaba perturbador y siniestro. El primer día le quitó las pilas y aprendió a contemplarlo. Pasó varias noches en vela. Cerraba los ojos e imaginaba como debía ser la humedad del ambiente y el verdadero ruido del agua al chocar contra las rocas.

La extensión que ocupaban era increíble, innumerables litros de agua fluyendo incesantes. Una perfecta fusión del hombre con el entorno, con lo eterno. No le sorprendió verse completamente empapado, de pies a cabeza. Era una sensación refrescante, a la vez que relajante.

Se divirtió viendo las rocambolescas peripecias de un grupo de turistas, que, ataviados con chubasqueros y paraguas, no dejaban de dar graciosos saltitos entre escandalosos gritos.

«¡¿En serio pensaron que con eso dejarían de darse un buen baño?! ¡pobres ingenuos!» pensó divertido.

Le hubiera encantado que Sara estuviera allí, sin duda, habría disfrutado de lo lindo con aquel espectáculo. Entonces, pensó en hacer algunas fotos, aquella maravilla merecía ser immortalizada por su cámara de última generación. Cuando estaba a punto de hacerse un *selfie* alguien dijo:

—¡Patata!

Sergio retiró la cámara sobresaltado.

—Veo que no te cansas. —dijo Ana acercándose a la valla para mirar el chispeante esplendor de las cataratas. Llevaba años visitándolas, pero nunca dejaba de sorprenderse. Aquel lugar le transmitía paz— Es preciosa, ¿verdad?

—Sin duda lo es. —contestó admirando a la chica que tenía ante sus ojos.

«Preciosa y lista, un cóctel explosivo», pensó al ver como elevaba los brazos para peinar su cabello mojado. Una visión sensual, que hizo que se le secara la boca. Como pudo continuó hablando, sin apartar la vista de la espectacular visión que ella le brindaba— ¿No tenías trabajo? —preguntó deseando saber por qué había cambiado de idea.

—Ya ves, reunión aplazada. El tipo debe ser demasiado importante como para ser puntual. —contó malhumorada— Algunos personajes piensan que solo su tiempo es valioso, pero... ¿sabes?, el mío no tiene precio. El tiempo que paso aquí es tiempo que no dedico a mis niños.

Su mirada estaba repleta de rabia, algo que a Sergio le extrañó, nunca hubiera imaginado que aquella belleza pudiera tener tanto genio.

—¡Uisss!, perdona.

Pero..., ¿qué estaba haciendo?, ¿qué podían importarle a él sus problemas?

—Tranquila, a mí también me desespera que la gente no sepa ser formal.

—Lo llevo fatal, chico. —«¿Chico?»», pensó al instante. Desde luego lo estaba bordando, no dejaba de dar un tropezón tras otro. «Al final pensaré que soy completamente estúpida».

Sergio sonrió ante aquel inesperado apelativo. Hablaban prácticamente a gritos y eso hacía que Ana exagerase sus gestos y pareciese aún más cómica.

Sergio estaba encantado. Hacía tiempo que nadie le hacía reír de esa manera.

—¿Te parece si nos marchamos? —propuso muy cerca de su oído, haciendo que Ana se estremeciera de pies a cabeza. Aquella voz seductora y perfecta le convertía en una tentación que no le convenía. Tenía demasiados temas pendientes, no tenía tiempo para flirteos ni romances.

Deshicieron el camino sin dejar de reír. Ana había llegado a tiempo de fotografiar a un grupo de turistas asiáticos que, tras resbalar y caer en fila al suelo, habían protagonizado una simpática película, mientras trataban de levantarse sin éxito. Ahora ella se lo mostraba a cámara lenta y ambos reían a carcajadas. Por suerte habían salido ilesos.

—Mira, cuando logran levantarse este vuelve a arrastrarles. —decía caminando junto a él.

—Me alegra ver que se te ha pasado el berrinche.

—No merece la pena, los ricos siempre mandan. —dijo guardando por fin el móvil.

Llegaron al puente que comunicaba el acceso de las cataratas con el hotel.

Se detuvieron y apoyados en la barandilla, sin dejar de mirar hacia abajo, Ana buscó proseguir la charla que tenían pendiente.

—Y dime, ¿dónde piensas ejercer la psiquiatría? No es por desmerecer, pero no estamos precisamente en la cuna de la cultura. Si en los países avanzados sigue pesando una losa sobre las enfermedades mentales, imagina en países como este. La mayoría de los pueblos son tremendamente pobres y sus habitantes analfabetos, dudo que sepan de su existencia. ¿Quién acudiría a tu consulta?

—No quiero que me encuentren, en realidad pretendo ser yo quien logre dar con ellos. —anunció dejándola de piedra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó encogiéndose de hombros. Aquello carecía de sentido.

—No he venido aquí en busca de ninguna organización o agrupación de médicos a la que unirme. Mi intención es fundarla. —confesó ante la incrédula mirada de Ana. Aquello iba mucho más allá de lo que había imaginado. Aquel hombre había retomado las riendas de su vida de forma apoteósica.

—¿Con qué pacientes? Ya te he dicho que aquí nadie reconoce ese tipo de enfermedades. Cuando alguna familia observa comportamientos extraños en alguno de sus miembros, se limitan a encerrar a la persona, a encadenarla como si fuera un perro, e incluso a enjaularla. Y eso en el mejor de los casos. —argumentó con tristeza. Aquella realidad era inquietante y devastadora. Que en pleno siglo XXI aquello siguiera ocurriendo, resultaba lamentable.

—Lo sé. —asintió consciente de lo que decía— Cuando me especialicé recorrí varios centros psiquiátricos, y terminé desesperado. La mayoría están en plantas altas, las ventanas están cerradas a cal y canto, no tienen ningún lugar de esparcimiento para los enfermos...

—Sé de lo que me hablas. —interrumpió Ana, incapaz de continuar viendo la tristeza en sus ojos— Por eso sigo sin entender por qué has elegido África. —Sergio asintió cerrando los ojos, sabía lo que trataba de decirle.

—Durante años pensé que podría cambiar el sistema, desdibujar el concepto de la enfermedad, acabar con el estigma. Pero después de chocar contra innumerables puertas, llegué a la conclusión de que hay que cortar el problema de raíz. Si un árbol está enfermo has de curarlo a través de sus raíces, de lo contrario, volverá a enfermar con el tiempo. De nada sirve cambiar los fallos que seguimos cometiendo allí, si aquí se sigue sometiendo a estas personas en silencio. —argumentó tratando de resumir su propósito.

Resultaba difícil hacérselo entender sin aburrirla. Pero nada más lejos de aquello, Ana había escuchado con admiración sus intenciones. Su idea era ambiciosa, pero a la vez humana y desinteresada, y eso le gustaba. Sergio encarnaba todas las cualidades que siempre había soñado ver reunidas en un hombre.

—Lo que tratas de hacer me parece increíble, pero también una lejana utopía. —opinó afligida. Ella misma aplaudiría ver hecha realidad esa fantasía, pero las murallas que debería escalar resultaban demasiado elevadas.

—Será más real de lo que puedas imaginar. Solo estoy aquí para encontrar el lugar. Después toda la maquinaria se pondrá en marcha. —afirmó contundente, dejándola de nuevo abrumada. ¿Cómo había sido capaz de conseguirlo?— Cuando comencé con esto quise saber cómo estaba la situación en el resto de países. Alarmado descubrí que las barbaridades del pasado no están obsoletas, en muchos lugares continúan practicándose esas y muchas otras. En varios países como la India, Sudamérica o Siria, tratan de curar la esquizofrenia con exorcismos, magia e incluso sacrificios. Piensan que la persona está poseída y llegan a cometer verdaderas atrocidades. —Ana torció el gesto impresionada. Aquella información no le resultaba del todo ajena, pero escuchar aquellas verdades resultaba duro, demasiado difícil de asumir.

—Resulta increíble a estas alturas. —interrumpió tratando de empatizar con él. Estaba realmente tenso. Ana comprendía perfectamente lo que sentía. Lamentó ver el dolor que reflejaba su penetrante mirada— Pero pienso que no será sencillo escalar esa montaña.

—Las cosas importantes nunca lo son, requieren un esfuerzo. —Sus palabras no podían ser más sensatas. Ana se había reconocido años atrás en aquellas intenciones. Ella misma había tratado de cambiar el mundo, pero se rindió tras recibir el primer portazo— Iré pueblo por pueblo y llamaré a cada puerta si es necesario. Pero te aseguro que no pararé hasta que cada una de esas personas condenadas al olvido, tenga una oportunidad, en un lugar al que lleguen a poder llamar hogar. —Ana, dejándose llevar por la congoja que habían despertado en ella sus palabras, se aproximó y besó dulcemente su mejilla— ¡Eres increíble! —dijo tratando de tragar aquel nudo de emociones que oprimía su garganta— De verdad, espero verlo algún día.

Sergio, consciente de que su charla había sido demasiado exhaustiva, tocó con mimo su hombro y dijo. —Siento haber nublado esa preciosa sonrisa.

—Eso tiene fácil solución. —contestó sonriéndole con los ojos vidriosos.

Realmente, había tenido que esforzarse para no terminar llorando a lágrima viva.

Aquella formidable visión, fundida con el entorno, hizo que Sergio se sintiera en el cielo, un cielo que pensó no merecer pero que deseó hacer suyo. Sin pensarlo, la atrajo hacia su cuerpo y la besó en los labios. Ansiaba probar la dulzura que emanaba de ellos. Complacido, sintió que ella accedía a sus exigencias, besándole con la misma entrega.

—Lo siento. —dijo Ana avergonzada. Ella no era así, no era de esas que besan a la primera de cambio. No solía dejarse llevar de esa manera.

—¿Lo sientes? —preguntó sin alejarse un milímetro de su boca. Le gustaba su olor, su suavidad, su cercanía— He sido yo quien te ha besado. En el fondo llevaba razón.

«Pero yo te he respondido sin dudar», pensó conmovida. Aquellos ojos nublaban su mente. Pero no estaba siendo sincera con él, y aunque quería no era capaz de reunir el valor para serlo.

—Verás, no quiero que te confundas. —dijo tratando de convencerse a sí misma de la conveniencia de poner distancia de por medio— Estoy aquí única y exclusivamente por trabajo. No tengo tiempo para distracciones.

Aquella forma de calificarlo le dejó frío, no esperaba que reaccionara de esa manera. Era fuego y de pronto un gélido bloque de hielo.

—¡Tranquila preciosa! —dijo con prepotencia— Solo ha sido la magia del momento, yo tampoco tengo tiempo para tonterías. —contraatacó dolido por su forma de expresarse. Acto seguido, se alejó de ella y comenzó a caminar en dirección al Hotel. Decepcionada al ver que no la esperaba, Ana echó una pequeña carrera para ponerse a su altura, y poniéndose frente a él, dijo tendiéndole la mano: —¿Amigos?

—Tengo demasiadas amigas. —dijo con aire seductor, dispuesto a no ceder ante los encantos de aquella que estaba demasiado ocupada para conocerle— Pero si eso te hace feliz, de acuerdo. —asintió estrechándole la mano.

Al percibir su tacto, Ana sintió como se le ponía el vello de punta, su cercanía despertaba en ella miles de sensaciones, que ella misma se había prohibido llegar a sentir. Con un sugerente guiño Sergio se despidió de ella.

—Hasta pronto, amiga.

Ana incapaz de decir nada, se limitó a ver como se alejaba aquella figura imponente, que le hacía cuestionarse si podría introducir el factor amor en su

agitada vida.

Baila conmigo

—Baila conmigo. —pidió extendiendo su mano hacia ella, mientras sonaba «*She*», esa preciosa canción de Elvis Costello.

No había sido capaz de desnudar su alma ante ella. Aquella otra parte de su vida yacía enterrada, y aún tardaría tiempo en poder sacarla a flote. Pero no podía evitar sentir que ya la conocía, solo se habían reencontrado. Sin que pudiera imaginarlo, Ana pensaba exactamente lo mismo, aunque en un sentido mucho más literal. Ella tampoco había sido completamente sincera, y sabía que tarde o temprano aquello le terminaría pasando factura. Pero de momento se relajó, quería disfrutar del momento. Se sentía segura entre sus fuertes brazos, un privilegio que siempre se había negado. Jamás había permitido que nadie entrara en su vida, no resultaba compatible con su labor, era complicado. Pero allí, en ese mágico momento, deseó ser para él la mujer que describía la canción, Ella, simplemente ella.

Cansados de bailar, aunque pesarosos por tener que dejar de sentir el cálido roce de su piel, decidieron sentarse a cenar algo.

—¿Solo comes eso? —preguntó sorprendido por el pequeño trozo de pescado colocado en el centro de su plato,

—No necesito más, estoy acostumbrada a cenar poco. —aclaró con naturalidad.

—Deberías cuidarte. —sugirió preocupado. Se sorprendió a sí mismo con aquel comentario. Por alguna extraña razón comenzaba a sentir la necesidad de cuidar de ella.

—¡Tranquilo hombretón!, estoy sana como una manzana. Tras el comentario se tapó la boca con ambas manos. Lo había hecho otra vez. «¿Hombretón?». De nuevo, Sergio comenzó a reír, Ana era divertida y espontanea como ninguna otra.

—No pasa nada. —dijo dándole un sutil toquecito en la nariz— Mi madre también me llama así.

«¡Lo que faltaba, ahora hablo como su mamaíta!, ¡Maldita sea!», se reprochó a sí misma. Lo último que deseaba era recordarle a su madre, por buena que pudiera ser aquella señora.

—Y dime, ¿qué echas de menos? —quiso saber Sergio.

— Ehhh... —dudó un instante— Añoro a mi familia, a mis amigos, a mi querido Bobby...

—¿Quién es Bobby? —preguntó sin dejarla terminar. Deseando que no se tratara de algún amigo especial que hubiera podido dejar esperándola.

—Bobby es mi perro, es estupendo. —contestó haciendo que la respiración de Sergio volviera a normalizarse.

—Pero lo que más echo en falta es la tranquilidad de mi casa. Esos ratitos después del trabajo, en los que, agotada, me tiraba en el sillón ante el televisor, para ver una película romántica, con un buen helado o un inmenso bol de palomitas. —dijo entornando los ojos extasiada— De solo pensarlo se me pone la carne de gallina, mira —anunció con espontaneidad, extendiendo el brazo hacia él.

—¡Uhhh!, me pones los dientes largos. —dijo acalorado por su más que sugerente forma de contarlo— Resulta apetecible —añadió acercándose a ella con una mirada pícaro y seductora, que hizo que el corazón de Ana se acelerase.

«Bésame, lo necesito» pensó comenzando a entornar los ojos.

—¿Tendrán helado, amiga? —soltó de pronto, dejando su libido por los suelos.

—Imagino. —susurró decepcionada, y desesperada al ver como se alejaba en busca de su postre.

Aquella torpe salida fue lo único que se le ocurrió a Sergio para mantenerse alejado de ella. Ana se lo había dejado claro, no había sitio para nada más en su vida. Pero era demasiado tentadora y él ansiaba vivir a tope la vida, sin barreras ni medidas. No estaba dispuesto a comenzar apostando por una mujer que le cerraba su corazón sin ni siquiera intentarlo.

Al cabo de unos minutos, Sergio regresó con un par de copas de helado, una de chocolate para él y otra de fresa y frutos del bosque para Ana.

—Espero que te guste, tenía buena pinta y no he podido resistirme. —dijo poniendo la copa ante sus ojos.

—Gracias, no pensaba tomar nada, pero, ¿cómo negarme? —dijo llevándose una primera cucharada a la boca. Un gesto que a Sergio le resultó provocador y sensual. Sabía que Ana no había puesto intención al hacerlo, simplemente era sugerente, no necesitaba esforzarse.

Saborearon aquel refrescante postre entre risas. Ana llegó a probar de la

copa de Sergio con absoluta naturalidad, como si se conocieran de toda la vida.

—Oye, preciosa, empiezo a sospechar que preferías el chocolate, — sugirió sonriente al ver que Ana tomaba una nueva cucharada.

—Ya te he dicho que me encanta —contestó relamiéndose como una niña. Algo que a Sergio le pareció simplemente encantador. La hubiera besado, pero no lo hizo. Se mordió el labio inferior y se limitó a limpiarle con el dedo un pequeño rastro de chocolate de la barbilla. Ana tembló de nuevo al sentir el tacto de aquellas grandes manos. Pero había sido clara al respecto, no tenía sentido esperar nada de aquel hombre, a pesar de que solo fuera capaz de pensar en volver a besarle.

—¿Qué haces mañana? —preguntó Sergio tratando de retomar temas más serios, solo así podría olvidar la tentación que sentía.

—Mañana tengo dos reuniones más, imagino que me llevarán todo el día —mintió pretendiendo zanjar cualquier posibilidad de volver a verlo. No era capaz, no podía tenerle ante ella y volver a dedicarle aquella forzada indiferencia. Para nada le resultaba indiferente. Las mariposas de su estómago no descansaban un solo instante. Quería tenerle a su lado, necesitaba escucharle, y esa necesidad era precisamente lo que la llevaba a distanciarse — ¿Tú que harás?

—He alquilado un todo terreno y en el hotel me han recomendado un guía. Quiero empezar la búsqueda cuanto antes.

—¿La búsqueda?

—Un lugar, necesito encontrar un lugar para establecer nuestro primer centro. Un sitio en el que poder comenzar a recibir gente cuanto antes. No quiero perder más tiempo. —contó preocupado.

—Cerca de nuestro pueblo hay varios que podrías visitar. Ya sabes..., no esperes encontrar ninguna infraestructura, sin embargo, la situación es excelente y el entorno una maravilla digna de ver. —De pronto, se detuvo, «¿Qué estoy haciendo?», pensó sin dar crédito a todo lo que acababa de salir de su boca. Si quería perderlo de vista, ¿por qué le animaba a encontrar ese sitio en Zimbabue?— Aunque, si lo prefieres, en Zambia también puedes encontrar lugares excepcionales. —rectificó pesarosa.

—Primero debo comenzar con lo más divertido, ya sabes, la maldita burocracia. —aclaró con cara de resignación. Sin duda, los trámites previos iban a ser la parte más aburrida, sobre todo teniendo en cuenta la barrera del

idioma. Sergio hablaba el inglés con fluidez, pero no todos lo hacían. Sabía que tendría que contar con el guía en todo momento.

—Por eso no te preocupes, ya sabes que aquí un buen billete por delante puede acelerar muchos trámites. —dijo en tono crítico.

Empecemos las cosas bien, preciosa. —Puntualizó haciéndole un encantador guiño— Lo que bien empieza bien acaba.

—Te deseo suerte. —Intervino Ana pesarosa.

A Sergio aquello le sonó a despedida. No estaba dispuesto a conformarse con aquello. Debía continuar su camino, pero no se resignaba a no volver a verla.

—Al menos, dime donde trabajas. Puede que algún día pase cerca y pueda hacerte una visita. —propuso luciendo una de sus habituales y encantadoras sonrisas.

Ana hubiera deseado ser fuerte, decirle que no era la opción más sensata. Finalmente, cogió una hoja de su pequeña libreta de notas y anotó la dirección. Después se la dio sin pensarlo. Sabía que no estaba obrando como debía.

Sergio, satisfecho por aquel pequeño logro, se acercó a su oído y dijo: — Gracias doctora. Acto seguido, se deslizó sinuosamente por su mejilla y le dio un suave beso, muy cerca de los labios. Ana sintió que su respiración se entrecortaba. Hubiera deseado que volviera a besarla como lo había hecho en las cataratas, pero de nuevo pensó que aquello era lo más conveniente y sensato.

—Adiós. —alcanzó a susurrar con mirada lánguida, mientras veía como aquel hombre espléndido por dentro y sublime por fuera, se marchaba de su vida, probablemente para siempre.

—¿Cómo vas peque? —preguntó tumbándose en la cama.

—¡Me has llamado! —aplaudió Sara como una niña. Tirándose en el sillón, deseosa de escuchar las anécdotas de su hermano.

—¡Serás impaciente!, te dije que lo haría.

—Lo sé, lo sé, pero es que el tiempo pasa muy despacio cuando esperas algo. —Sergio sonrió con amargura. ¿Cuándo sería capaz de bajar la guardia? Sabía que había sido duro para todos, pero ya era hora de recobrar la normalidad y dejar de sobreprotegerle. Era un hombre y no podía continuar viviendo entre algodones.

—Pues verás, metí la cabeza en la boca de un león, después eché una carrera con las jirafas, y...

—¡Déjalo ya bobo! Guarda las bromitas para mamá.

—¿Mamá? —preguntó resoplando. Sí, también tenía que llamar a su madre, el día no iba a tener horas suficientes.

—Sí, listillo, quiere que la llames.

—Sara, ya te dije...

—Tranquilo, ya le he dicho que nos llamarás un día a cada una. — interrumpió sabiendo que empezaba a agobiarse.

—Gracias, enana.

—Y ahora cuenta. ¿Has ido a las cataratas, hay españoles en el hotel, y la comida...?

—¡Para, para! —Escuchó a su hermana reír al otro lado y le gustó. Aún le conmovía que su familia fuera recuperando poco a poco la alegría.

—Vale, me callo. —asintió tapándose la boca.

Sergio comenzó a describirle la sensación que había experimentado al ponerse delante de aquel refrescante y mágico espectáculo. Sara cerró los ojos e imaginó la perfecta armonía que su hermano describía. Sabía lo importante que era ese lugar para Sergio, lo había convertido en su particular santuario, un lugar de peregrinaje, en el que refugiarse cuando se hallaba perdido. De pronto, aquella foto que observó durante años, cobraba vida.

—¡Ojalá pudiera estar allí contigo! Si no me hubiera comprometido...

—Lo sé, tranquila. —interrumpió percibiendo la tristeza en su voz. Sara quiso acompañarle, pero su nuevo jefe no se lo puso fácil, la inminente celebración de varios juicios importantes y el traslado del bufete, habían propiciado que este le diera una rotunda negativa, no era momento para prescindir de ella— Cuando te den las vacaciones te espero, no te libras. — trató de conformarla.

—Cuenta con ello. Pero dime, ¿hay más gente de España?

A punto estaba de hablarle de Ana, cuando decidió callar. Su hermana siempre había sido una entusiasta casamentera, no quería que comenzase con sus confabulaciones e historias románticas.

—Hay varias personas, pero no he conocido a nadie en especial. —Mintió tratando de limitarse a lo que realmente le había llevado hasta África— ¿Cómo están Elisa y Martín? —quiso saber antes de colgar. Elisa era su hermana mayor, entusiasta y vitalista, aunque ahora se encontraba sumergida de lleno en el estudio de unas oposiciones, que se había propuesto aprobar, aquello ocupaba todo su tiempo. Martín, que solo era tres años mayor que él,

era temperamental e impulsivo, vivía la vida a tope, sin ningún tipo de reservas, y aunque quería a su familia, los problemas que pudieran tener apenas alcanzaban a rozarle. Durante aquellos difíciles años no fue diferente, se limitó a ser un simple espectador, y aunque Sergio se sintió dolido, le perdonó, era su hermano y le quería.

—Ya sabes, en su línea. Elisa agobiada. Las pruebas son la semana próxima. —Él asintió, podía imaginársela como un manojo de nervios. Siempre se tomaba sus obligaciones muy a pecho, algo que admiraba en ella, aunque a veces le aconsejaba que se relajara y simplemente escuchara el plácido discurrir de la vida— Y Martín en una de sus escapadas con su nueva conquista, creo que en Ibiza. —Sergio sonrió. Aquel era el día a día de su hermano; le impresionaba su forma de afrontar la vida sin la más mínima preocupación, a veces incluso lo envidiaba, pero otras, la mayoría, temía que todo aquel trajín terminara llevándole por mal camino.

—Dales recuerdos. —Se limitó a decir, antes de que Sara pudiera obligarle a realizar más llamadas.

—Les he dicho que estás bien. Quieren fotos, un buen reportaje gráfico.

Tras charlar con su hermana durante más de una hora, por fin, se dejó caer sobre su enorme y mullida cama. Durante unos instantes la gracia y dulzura de Ana pasaron por su cabeza. La habitación era inmensa y los evocadores ruidos de la noche africana, le hicieron sentirse inmensamente solo. Le hubiera encantado poder conversar con ella. Valoró la posibilidad de ir a buscarla a su habitación e invitarla a una última copa, pero entonces, volvieron a su cabeza las palabras de ella, estaba allí solo por trabajo, él no entraba en sus planes. Apagó la luz, se giró para admirar la perfecta luz de la luna que penetraba por el amplio ventanal, y sin darse cuenta se quedó dormido.

Le despertaron unos golpes tímidos pero insistentes. A tientas buscó el móvil en el cajón de la mesilla. Eran las dos de la madrugada, ni siquiera había dormido dos horas. Se puso el pantalón y se dirigió a la puerta. Los golpes no cesaban. Retirándose el pelo de la cara, abrió y se encontró con Ana, que boquiabierta le observaba de arriba abajo. Verle con aquel pijama de raso negro y el torso desnudo, marcando sus perfectos abdominales, hizo que sintiera que el corazón se le salía del pecho, era incapaz de normalizar el ritmo de sus latidos. Sergio consciente de su reacción, se apoyó en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre sus trabajados pectorales, sabiendo que aquella postura señalaba aún más su musculatura. Ana desvió la

mirada acalorada, si continuaba mirándole se lanzaría a sus brazos, y olvidaría lo que había ido a decirle.

—Hay luna llena. —alcanzó a decir en un tímido susurro.

—¿Y...? —Se limitó a contestar, lanzándole una mirada seductora, que hizo temblar cada rincón de su engarrotado cuerpo. Ana tragó saliva y volvió a intentarlo, mientras él la miraba fijamente a los ojos.

—Las condiciones son propicias, con un poco de suerte podremos ver un arco iris lunar. Es algo espectacular y...

—¿No trabajabas mañana? —preguntó resentido al recordar cómo había tratado de esquivar cada una de sus propuestas durante la cena.

—Bueno, sí, pero... —titubeo sin saber que decir, no quería volver a mentirle. —Es difícil de ver, merece la pena pasar la noche en vela. ¡Venga aburrido, acompáñame! —pidió poniéndole ojitos y morritos. Sergio trató de mantener su postura erguida y provocadora. Quería ponérselo difícil, quería tentarla, descubrir si realmente no había lugar en su vida, pero le resultó imposible contener la risa. Sin darse cuenta, Ana le había desarmado y reía como un chiquillo, mientras ella sonreía triunfal.

—Me visto y nos vamos. —dijo abriendo del todo la puerta para que entrase. Ana al ver que tendría que rozarlo, improvisó.

—Te espero en el hall en diez minutos, mientras, voy a por mí mochila.

Cuando Sergio entró en su habitación y cerró la puerta, Ana, apoyada contra la pared, respiró profundamente, necesitaba que sus constantes se normalizaran. «¡Es demasiado, por Dios que cuerpo!, ¿Cómo voy a resistirme?», pensó, sintiendo su corazón cada vez más agitado.

Caminaban en silencio hacia el puente. Ana le había explicado que entrar en las cataratas de noche estaba prohibido, pero de nuevo, el dinero era capaz de mover montañas.

Ana sacó un mantel rojo de su bolsa y Sergio la ayudó a extenderlo en el suelo. Estaban a una distancia prudencial de las cataratas. El clima era perfecto, pero no les apetecía terminar empapados a esas horas de la noche. La luna llena lo envolvía todo, reflejándose de forma sutil y misteriosa sobre las chispeantes gotas de agua. Era noche cerrada, de lo contrario hubiera resultado imposible vislumbrar aquel fenómeno. Un arco de luz envolvió la infinita grandiosidad de las cataratas.

—Cierra los ojos. —Susurró Sergio rozando su oído— Escucha el ruido de la noche, percibe el agua rompiendo contra las rocas, siente el latido

acompañado de tu pecho.

Cuando se detuvo, Ana no quería escuchar nada de aquello, era una experiencia sensorial y sublime, pero solo quería continuar sintiendo la suave caricia de su voz, aquellas cosquillas que nacían en su estómago y morían en su boca, ansiosa por volver a saborear aquellos labios

—¿Ya? —preguntó temblorosa, sin abrir los ojos.

Sergio, que la observaba en silencio, hechizado por aquel gesto dulce e ingenuo, incapaz de retener durante más tiempo sus instintos, se acercó a su oído, y susurró, despertando en ella un leve escalofrío: —Doctora, ¿tiene tiempo para un último beso? Ana abrió los ojos y al encontrarse con su lánguida y verdosa mirada, no respondió, se limitó a rozar con suavidad sus labios, un gesto que hizo temblar a Sergio. Aquella mujer era una auténtica fantasía. La atrajo hacia sí, y una vez la tuvo entre sus fuertes brazos, respondió a su tentadora provocación devorando con lujuria sus cálidos labios. Llevaba años añorando retomar aquel contacto con una mujer, aquel placentero y ansiado bálsamo que tanto había soñado recuperar algún día, y ahora degustaba en aquella perfecta y sabrosa boca.

Después de saciarse de aquella deseable calidez, ambos se abrazaron para contemplar aquella efímera y plateada ilusión, que se abría paso ante sus entusiastas miradas, haciendo que parecieran inmensamente pequeños.

Ana se sintió el centro del universo. Estar resguardada entre sus brazos le reportaba una seguridad que nunca antes había experimentado. Se sentía cobijada, segura. No podía permitir que saliera de su vida, quería saber que existía, que se encontraba bien, que conseguía todo lo que quería. Ansiaba verle feliz y deseaba poder reunirse con él algún día.

—Sergio, yo...—comenzó a decir con miedo.

—Dime, preciosa. —contestó dibujando un cálido beso en su cuello.

—¿Qué dirías si te digo que ya nos conocíamos? —soltó sin pararse a pensar, si lo hacía retrocedería. Temía su reacción, no quería que saliera corriendo.

—Te diría que no es posible, si así fuera te recordaría. —puntualizó tranquilo, mientras cerraba los ojos y aspiraba el aroma de su pelo.

—Fue hace tiempo, unos diez años. —aclaró conteniendo la respiración. Aquel debía ser el detonante. Y no se equivocaba, al segundo notó que Sergio se tensaba y se incorporaba con rudeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó afectado por aquel inesperado comentario.

—Hice las prácticas en Alcalá de Henares, aquel día cuando llamaron para acudir a tu domicilio y la doctora me pidió que la acompañara no imaginé encontrarme con ese tipo de urgencias, no estaba preparada para entender lo que te estaba pasando, me quede paralizada ante tu sufrimiento, tú no puedes recordarlo pero antes de que te llevaran al hospital estuve allí, en tu casa, siento no habértelo dicho antes, yo...—No pudo decir más, Sergio se retiró de su lado y se levantó para ponerse frente a ella. La rudeza de su mirada hizo que se le helara la sangre, no era de enfado ni desafiante, estaba decepcionado. Pudo ver el reproche de la mentira en aquellos cálidos y tristes ojos.

—Lo sabías y has callado todo este tiempo. No necesito tu compasión, ni tu psicología de abnegada doctora. Lo superé hace años, solo trato de aprender de ello y dejar atrás la pesada losa que arrastré durante tantos años. No quiero sentir piedad ni cercanía por lo que me ocurrió, solo quiero normalidad, recuperar lo simple y no volver a ver lo que ahora veo en tus ojos. —argumentó con dureza. Si algo no toleraba era la mentira. La traición y la falsedad ya habían abierto una brecha en su vida, no estaba dispuesto a dejar que ocurriera de nuevo.

—Lo siento Sergio, no pretendía... —Pero no la dejó terminar, se había sentido humillado y traicionado. Nada de lo que Ana pudiera decir podría cambiarlo.

—Solo pretendías enmendar tu forma de juzgarme aquel día. Pero como ves, no lo necesito. Era un crío asustado, que apenas comenzaba a vivir, cuando su mundo se hundió en todos los sentidos. No quiero cerca de mí a nadie que pueda mirarme como tú lo estás haciendo ahora mismo.

—Pero no es eso, Sergio yo...—trató de explicarle buscando el roce de su mano, un gesto que él rehusó retirándose de nuevo.

—Querías hacer de mí otra de tus buenas obras, algo desinteresado y piadoso. Pero te has equivocado, busco todo lo contrario.

Ana escuchaba con los ojos anegados en lágrimas, no podía creer las crueldades que salían de su boca, ¿cómo podía pensar eso de ella? Hubiera deseado explicarle que aquel día, mientras la madre de Sergio le contaba las cosas que le habían llevado a encontrarse en aquel estado, ella, sin poder apartar la vista de su cálida y asustada mirada, sintió rabia por no haber podido conocerle antes, deseó haber podido ayudarlo, no por pena, sino porque su dulzura despertó en ella esa extraña curiosidad, ese deseo de saber

quién era.

—Sergio, por favor, deja que te explique. —consiguió balbucear sin que las lágrimas dejaran de deslizarse por sus mejillas. Él la miró conmovido, flaqueó durante unos segundos, ver llorar a esa belleza le derrumbaba. Pero hizo un esfuerzo por ignorar su impulso de abrazarla, no podía hacerlo, ya había vivido bastante tiempo de mentiras. Entregó su corazón sin condiciones, y se lo pisaron hasta hacerlo trizas. No volvería a repetirlo. Le había mentado y no merecía la pena escucharla.

—Adiós Ana, te deseo lo mejor. —dijo clavando sus increíbles ojos verdes en ella. Después se dio la vuelta y se alejó dejándola presa de la congoja, hundida en un mar de lágrimas. Aquella última mirada fría y distante había hecho que su corazón comenzaba a resquebrajarse. De nuevo, Sergio desaparecía de su vida, probablemente para siempre.

Alguien mueve mis hilos

Diez años antes.

Madrid, 4 de junio de 2004

—Deja que te ayude—dijo Sara angustiada al comprobar que su hermano no exageraba, era incapaz de atarse las zapatillas— Tranquilízate, el médico no tardará en venir. —dijo arrodillándose para anudarle los cordones.

—No sé qué me pasa, me siento raro, es como si no fuera dueño de mi propio cuerpo. —confesó aturdido sin dejar de temblar. Estaba aterrado, nunca antes había experimentado aquella extraña y perturbadora sensación.

—Aquí te ayudarán, pulga. —dijo con mimo, haciendo uso de aquel apelativo cariñoso por el que le llamaba desde niño. Sergio se limitó a cerrar los ojos a la vez que se recostaba en el hombro de la que consideraba su mejor amiga. Sara siempre había estado a su lado, y en aquella ocasión no iba a ser diferente.

Al cabo de unos minutos, en los que Sara no dejó de apretar con fuerza la mano de Sergio, tratando de transmitirle calma, la puerta de urgencias de abrió de par en par, Julia y Luis la atravesaron corriendo, con el corazón en un puño, ¿qué le pasaba a su hijo?

—Tranquilizaros. —pidió Sara, haciéndoles una señal con la mano— El médico nos atenderá en unos minutos. —anunció al ver el rostro desencajado de sus padres.

—¿Cómo estás cariño? —preguntó Julia sentándose al lado de su hijo. Pero Sergio era incapaz de pensar con claridad, se incorporó con la mirada perdida, sin dejar de mirar a un lado y a otro, como si le aterrara todo lo que le rodeaba, y con un hilo de voz dijo: —No sé mamá, es como si fuera otra persona, como si alguien moviera mis hilos.

Julia, muerta de miedo, le abrazó con ternura, mientras las primeras lágrimas de dolor e impotencia comenzaban a deslizarse por sus mejillas. Miles de preguntas se agolpaban en su cabeza, mientras su marido, impactado y confuso, se mantenía sentado a distancia, sin dejar de llevarse las manos a la cabeza, incapaz de hallar respuestas a lo que estaba ocurriendo.

—Tranquilo papá. —trató de relajarle Sara, apoyándose en su hombro.

Estaba tan asustada como ellos, pero, el tiempo le había enseñado que en situaciones como aquella sus padres solían verse desbordados, y a menudo, debía ser ella el pilar que les hacía mantener la calma— Seguro que no es nada. —insinuó poco convencida.

—¿Nada? —contestó mirándola con los ojos anegados en lágrimas.

Sara se quedó en estado de shock, su padre era un hombre tradicional y duro, nunca le había visto llorar. Verle derrotado la tenía completamente desconcertada.

—¿Acaso no has visto todo lo que ha sucedido? —preguntó tratando de tragar el nudo de emociones que oprimían su garganta.

—Lo sé papá, estaba allí. —puntualizó sentándose a su lado. —Puede que solo sea estrés, sabes que no atraviesa su mejor momento —argumentó mirando con tristeza a su hermano. Ver a ese chico de veintitrés años, de cuerpo atlético y mirada profunda, encogido e indefenso como un cachorrillo, le estaba partiendo el corazón por momentos. Sergio era pura fuerza y vitalidad, un triunfador; el mejor jugador de su equipo de fútbol, un estudiante sobresaliente y el líder de su grupo de amigos. Aquel al que todos trataban de emular— Seguro que no es nada.

Sara no pudo terminar su torpe argumento, la puerta de la consulta se abrió y los dos se dirigieron hacia Sergio para tratar de ayudarlo.

— Vamos, cariño. —dijo Sara ofreciéndole su mano— ¿Estás cansado? —preguntó al ver que bostezaba— Enseguida podrás descansar. Comenzó a tirar de él para levantarlo, pero Sergio no podía poner de su parte, sus piernas flaqueaban.

—No puedo. —confesó con cara de circunstancias.

—Dejarme. —pidió Luis, apartándolas con cuidado— Vamos hijo, apóyate en mí. —propuso levantándole el brazo por encima de su cabeza.

Sara observaba la escena conmovida, nunca había visto el pánico en los cansados ojos de su padre, siempre había sido estricto y exigente con Sergio, y por eso, verle allí, tratando de protegerle, hizo que Sara se planteara la posibilidad de que realmente latiera un corazón de padre debajo de aquella fría coraza.

Sara apretaba con fuerza la mano de su hermano, que la miraba desorientado, parpadeando constantemente, como si tratara de despertar de un mal sueño. Se sentía impotente, era incapaz de ayudarlo, y el temblor de sus propias piernas comenzaba a resultarle insufrible. Su corazón y su cuerpo

latían frenéticos, hasta el punto de sentir que la gente podía notarlo.

El médico aguardaba que alguien comenzara a contarle lo sucedido, pero ninguno parecía saber por dónde empezar. Finalmente, fue Sara la que se dirigió a él. Su voz temblaba tanto o más que sus piernas, pero debía hacerlo, Sergio necesitaba ayuda.

—Verá, está tarde mi hermano regresó del trabajo y se encerró en su cuarto. Mi padre me dijo que llevaba gran parte del día actuando de modo temerario en la obra, y que al final de la tarde no había parado de reírse por cosas sin sentido. —comenzó a decir angustiada. Ver como Sergio cerraba los ojos y se limitaba a recostarse en su hombro, hizo que todo su ser se estremeciera, ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Y si era algo grave y llegaban tarde para ayudarlo? Acarició con ternura el rostro de su hermano, y continuó— Cuando entré en su cuarto, vi que se tapaba la boca con fuerza, trataba de frenarlo, pero era incapaz de parar de soltar pequeñas risitas. Me acerqué a él y le pedí que lo dejara, le dije que nuestro padre estaba preocupado, pero él me miró con los ojos llorosos y me confesó que no podía. También me dijo que la música le obligaba a hacer movimientos y cosas que no quería.

El médico tomaba anotaciones y asentía, anotaba y asentía, pero no pronunciaba una sola palabra. Sara y sus padres, con el corazón en un puño aguardaban lo peor completamente aterrorizados. El estado de Sergio empeoraba por momentos.

—Deben dejarle ingresado. —se limitó a decir, sin ni siquiera mirarlos— Todo indica que ha sufrido un brote psicótico. —añadió sin dejar de escribir, como si aquel diagnóstico fuera poco más que un resfriado. Sara y sus padres se miraron confusos, ninguno era capaz de alcanzar a comprender la gravedad de aquello. Cuando por fin se dignó a mirarlos, pudo ver la desesperación en los rostros de aquella familia. Se quitó las gafas con tranquilidad, y observándoles fijamente con sus pequeños e inexpresivos ojos, dijo: —Es algo químico, un aumento de la dopamina propicia el deficitario funcionamiento de los neurotransmisores. Esto se traduce en una serie de efectos positivos y negativos, que el paciente sufre en forma de alucinaciones, apatía, depresión...

—Perdone. —interrumpió Sara fuera de sí. Escuchaba, pero no lograba entender nada de lo que estaba diciendo— ¿Podría explicarnos que implica todo eso? —pidió ansiosa porque fuera capaz de adaptar aquello a un lenguaje accesible para personas ajenas a su formación. Ninguno de los tres era

médico.

El hombre subió las cejas extrañado, ¿acaso no había sido suficientemente explícito? A pesar de ver golpeado su ego, se cuadró en la silla y añadió con gesto serio: —Sergio no es dueño de sus actos, es como si alguien controlase todos y cada uno de sus movimientos y sentimientos. Hasta que pase más tiempo con él no sabré el alcance de los daños, pero lo más probable es que esté escuchando voces y vea cosas que en realidad no existen.

Al escuchar aquello, Sara creyó morir, tocó con suavidad la cabeza de su hermano y deseo estar en su lugar, no conocía la enfermedad ni sus secuelas, pero aun así no lo dudó un instante, quería que le pasara a ella, si le hubieran dado la opción se hubiera cambiado por él sin dudarle. Verle así era lo más doloroso que había experimentado en su vida, Sergio era su hermano, su amigo, su protector, su confidente... ¿Por qué había tenido que pasarle aquello?

—¿Volverá a ser el mismo? —preguntó Sara, aterrada ante la posibilidad de poder perderle.

El doctor miró a Sergio, que continuaba ausente con los ojos cerrados, y se limitó a negar con la cabeza. Sara sintió que estaba a punto de desmayarse, pero no podía, debía sostenerle, debía aguantar todo aquello por él, una de las personas que más le importaban en el mundo.

—¿A qué puede deberse, por qué ha sucedido? —preguntó Julia secando sus lágrimas con un pañuelo—. Mi hijo es un chico fuerte y sano, un gran atleta y un excelente estudiante. No entiendo como...

—No trate de entenderlo señora. —interrumpió con la intención de impedir que aquella mujer continuara condenándose al sentirse incapaz de hallar razones lógicas para explicar lo inexplicable.

Luis, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, se levantó colérico y dijo: —Si ustedes no lo saben, ¿cómo van a poder ayudarlo?

—Tranquilícese señor. —pidió con tono conciliador. No era una persona demasiado cercana, pero su padre entendía la impotencia y dolor que podía sentir aquella familia.

Sara, limitada por la postura que seguía manteniendo, le pidió calma con la mirada.

Fue su madre la que se acercó hasta él para abrazarle. Sin embargo, Luis se zafó de su abrazo, le costaba mostrar sus sentimientos, sobre todo delante

de un extraño.

—No le he dicho que no podemos ayudarle, solo me refería a que se desconoce la raíz del problema, no sabemos qué lo desencadena. Se piensa que a veces hay una serie de factores sociales que lo propician, pero también se está estudiando la posibilidad de que sea genético. A menudo existe una predisposición, y la enfermedad puede llegar a desencadenarse o simplemente no llegar a manifestarse a lo largo de la vida. Creemos que factores como el desarrollo en la adolescencia o el consumo de drogas, pueden llegar a propiciar que se desencadene.

Aquel último comentario hizo que se mirasen entre ellos. Algo que el doctor Rodríguez captó de inmediato.

—¿Saben si ha consumido drogas? Preguntó sin rodeos.

Ninguno supo qué contestar, la respuesta era complicada. Hablar de aquel tema les avergonzaba. Después de romper con su novia Sergio había retomado el contacto con amigos de la infancia, que ahora habían adquirido nuevos hábitos, como el consumo de marihuana. Sergio, hundido y desesperado tras la ruptura, escogió integrarse de nuevo en aquel grupo que ya nada tenía que ver con su forma de vida. Acceder a compartir vicios como aquel era requisito indispensable para volver a entrar en aquel círculo de inestimable confianza.

Cuando sus padres descubrieron que fumaba marihuana y que les resultaba imposible conseguir que lo dejara, cometieron el que ahora consideraban el mayor error de su vida, consintieron que los amigos se lo llevaran a casa, porque al menos de esa manera no frecuentaba puntos de adquisición más peligrosos. Al fin y al cabo, su hijo siempre les dijo que fumar uno de vez en cuando no suponía nada, carecía de importancia. Así fue como cerraron los ojos ante un mundo que para ellos era completamente desconocido. ¿Por qué no iban a confiar en su hijo?

De pronto, Sergio se incorporó, abrió los ojos y miró a su hermana para pedirle ayuda. Sara no necesitó más. Sergio no podía seguir así, se desesperaba por momentos.

—¿Le parece si dejamos las explicaciones para otro momento? —propuso asustada. No quería dejarle allí solo, desconocía el tipo de ayuda que podían prestarle, pero ellos no sabían qué hacer, estaban atados de pies y manos. Solo les quedaba una opción, confiar, y... por desgracia no les resultaba alentador.

Conforme, el médico se levantó y pidió que le acompañaran hasta el pasillo. Luis se acercó a Sergio para ayudarle, pero en esta ocasión se negó a

soltarse del brazo de su hermana, el pánico se había adueñado de la totalidad de su cuerpo.

Enseguida un celador llegó hasta ellos, con una silla de ruedas.

—¿A quién me llevo en limusina? —preguntó con humor. Aunque cambió el gesto al ver que nadie le reía la gracia. Las miradas se centraron en Sergio, y este, sin dejar de temblar buscó la aprobación de Sara, que, mirándole con una sonrisa ahogada en llanto, le tomó de la mano y le guio hasta la silla. Un mar de sentimientos contradictorios se agolpaba en su cabeza, ¿estaba haciendo lo correcto?, ¿y si no le estaban dejando en buenas manos?

Sergio bajó la cabeza resignado. Sara supo que confiaba en ella, y creyó morir, ¿qué estaba haciendo?

Ninguno pudo quedarse junto a él aquella dolorosa noche. Las normas eran distintas para los pacientes que ingresaban en psiquiatría, era un área restringida. Solo podrían verle un par de horas al día durante el tiempo que estuviera ingresado.

Cuando volvieron a la sala de espera se encontraron con Elisa y Martín. Elisa tenía el móvil apagado y cuando escuchó el mensaje lloroso de Sara salió disparada hacia el hospital temiendo lo peor. Martín en su línea, había sido incapaz de oír el suyo con el bullicio y la música disco del último pub de moda.

Cuando le pusieron al corriente de lo que había ocurrido, Elisa rompió a llorar. Sergio no se merecía aquello. Sin embargo, Martín recordó que había quedado y se marchó sin mayores contemplaciones, regresaría al día siguiente si su apretada agenda se lo permitía.

El comienzo de un sueño

Julio de 2015

—Las literas van en aquella habitación grande del fondo. —Aclaró Sara con los nervios a flor de piel. Desde que Sergio adquirió aquellos terrenos en Nyanga, un pequeño pueblecito de Zimbabue, no habían parado de trabajar, sin embargo, apenas quedaban quince días para la inauguración del centro, y todo estaba patas arriba— ¡Por favor, las cortinas, que alguien sujete las cortinas! —gritó fuera de sí. «¿Es que tengo que hacerlo yo todo?» pensó desesperada al ver que la mitad de aquellos hombres no eran capaces de entender sus órdenes.

—¿Es aquí donde dicen que anda suelta una fiera? —preguntó una voz ronca y vital justo detrás de ella.

—¡Sergio! —gritó lanzándose a sus brazos emocionada a la vez que aliviada.

Él la levantó en el aire y comenzó a dar vueltas entusiasmado por volver a verla.

—¡Suéltame loco, me estoy mareando! —pidió Sara muerta de risa.

Dicho y hecho, Sergio la bajó y si no llega a sujetarla, hubiera ido directamente contra el suelo.

—¿Cómo está mi chica favorita? —preguntó alborotando el pelo de su hermana.

Ella resopló y echándose el pelo hacia atrás, comenzó a decir: —Me alegra que estés aquí, no imaginas cuánto. Estoy exhausta, agotada.

—¿Qué ocurre, Sara? —quiso saber preocupado. Era raro ver a Sara tan alterada, eran pocas las cosas que lograban sacarla de sus casillas. Tenía una increíble capacidad de autocontrol. Sergio admiraba esa cualidad en ella. ¿Qué podía estar pasando para que estuviera tan nerviosa?

—Desde que te fuiste todo va mucho más despacio. Las obras se ralentizaron y cuando por fin terminaron la casa, me resultó imposible hacerles entender la disposición que debían seguir las habitaciones. —explicó de forma atropellada. Sin duda, todo aquello la superaba, por primera vez en su vida algo había sido capaz de alterar su templanza.

—Ven aquí. —dijo cogiéndola de la mano para guiarla hasta un cómodo sillón, que habían colocado en el espectacular porche de madera que rodeaba la casa. Se sentaron y Sara se cobijó en su hombro, como él hizo años atrás, y suspiró aliviada, su presencia le reconfortaba— ¿Estás más tranquila?

—Sí, no te preocupes. Es el reloj lo que me agobia. —Sergio la miró extrañado. ¿A qué diablos se refería? Al percatarse de su cara de asombro, Sara aclaró: —¡Solo faltan dos semanas Sergio, dos semanas! —repitió con los ojos abiertos como platos. Sergio se puso frente a ella de rodillas, cogió sus manos y luciendo una de sus relucientes sonrisas, dijo: —Respira pequeña, inspira y expira. Estoy aquí. Tenemos tiempo de sobra. —No hizo falta más, Sara soltó un profundo suspiro, y al cabo de diez minutos trabajaban hombro con hombro. Juntos lograrían darle forma a su sueño dentro del plazo previsto, ni más ni menos.

Sara observó incrédula como se desenvolvía con los obreros. Durante el último año había encontrado tiempo para estudiar *shona* y algo de *ndebele*, por lo que ahora se defendía con los tres idiomas oficiales del país.

En apenas cinco días, el interior de la residencia adquirió la calidez de un hogar. Era un lugar plácido y acogedor, pero a la vez luminoso, la luz que entraba por los amplios ventanales era un espectáculo de colores inigualable, no existía un cielo como el de África.

A menudo, Sergio se sorprendía pensando en Ana. Había tratado de olvidarla durante ese año, pero cada noche de luna llena regresaba a las cataratas, con la mera esperanza de volver a coincidir con ella. Y con cada nuevo amanecer se preguntaba qué estaría haciendo ella, la mujer que alejó de su vida por orgullo. Después se recomponía, se vestía y tras calzarse sus ahora inseparables botas, se ponía manos a la obra

El día de la inauguración había llegado. El plazo se había cumplido, y los dos hermanos estrechaban sonrientes la mano de los invitados que iban llegando.

—¿Has visto la cara del doctor Stewart? —preguntó Sara satisfecha, dando un empujón a su hermano. Aquel hombre solo les había puesto trabas, cada vez que le pedían ayuda les acusaba de ilusos y temerarios. Sin embargo, ahora bajaba las orejas al tener que reconocer que el proyecto estaba en

marcha y contaba con numerosos y prestigiosos inversores.

—¡Deja que pruebe las orugas! —bromeó su hermano.

Sara sonrió complacida al ver la felicidad en sus ojos. Aquella era su noche, el comienzo de lo que tanto había esperado.

Pero de pronto, Sergio se quedó de piedra, tras la persona que saludaba en ese momento, estaba Andrés Díaz, director de una fundación para la lucha contra la esquizofrenia, y junto a él, agarrada de forma cercana y posesiva estaba ella, la mujer que le había robado el sueño durante el último año. Estaba preciosa, lucía un delicado vestido de seda turquesa, que destacaba el intenso azul de sus preciosos ojos. Charlaba de forma distendida con su acompañante, un hombre al menos diez años mayor que ella, que era más conocido por sus líos de faldas que por su reputación como médico. Sergio resopló colérico, por fin volvía a verla, y solo podía pensar en la repugnancia que le producía ver como aquel rozaba su brazo. Ana, por su parte, consciente de que se dirigía directamente hacia él, se limitaba a sonreír y a coquetear con su acompañante. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza, era incapaz de hacer otra cosa. Sin que él pudiera percatarse de ello, le había estado observando en la distancia, entregada a la colosal visión que le ofrecía aquel hombre varonil de cuerpo escultural que tanto había extrañado.

Sara, que se había percatado del prolongado silencio de su hermano, se giró hacia él y pudo ver como entornaba los ojos, a la vez que todo su cuerpo se ponía en guardia. Algo pasaba, de eso no cabía duda.

Cuando la pareja que saludaban se retiró, los ojos de Sergio y Ana coincidieron. Para ellos, sin que nadie pudiera saberlo, el mundo se detuvo durante unos gloriosos y mágicos instantes, en los que ambos pudieron hablarse sin palabras, se habían añorado, más de lo que ninguno estaba dispuesto a reconocer.

—Te felicito, Sergio, has hecho un trabajo excelente,

Aquella voz chirriante le despertó de su particular ensueño. Era Andrés, que, sin soltar, para disgusto de Sergio, a su acompañante, le felicitaba dibujando una falsa sonrisa. Sara al ver que su hermano se mantenía estático y callado, mirando con descaro a esa mujer, extendió la mano hacia aquel y dijo:

—Encantada de conocerle Sr. Díaz, conozco su trabajo.

Era mentira, Sara no tenía ni idea de su trayectoria, solo se limitaba a echar un sutil capote a su hermano, que continuaba ausente.

De pronto, Ana bajó la mirada. Si continuaba centrando sus ojos en aquel

que había resucitado las mariposas que hasta entonces dormían aletargadas en su estómago, no podría evitar lanzarse sobre él para besarle con la entrega que había soñado.

La pérdida de aquel sublime contacto visual, hizo que Sergio despertara de su embelesamiento. Sin dejar de fruncir el ceño, desvió con desgana la mirada hacia aquel que charlaba con su hermana, y estrechó su mano. Hubiera deseado apretarla, estrujársela sin compasión, pero se contuvo, aquel espécimen no merecía la pena.

Después, los hermanos centraron sus miradas en Ana, que miraba a su alrededor, evitando coincidir con los ojos de Sergio.

—Me alegro de volver a verte, amiga. —dijo por fin Sergio con voz serena y apagada, haciendo que ella se estremeciera por todos los recuerdos que acudían en tropel a su cabeza. El recuerdo de su mordaz y cálida boca le había acompañado en sus numerosas noches de soledad en África. Cerraba los ojos y se deleitaba rememorando la invasión de aquellos abrasadores labios, que de nuevo la tentaban.

—Y yo. —alcanzó a susurrar, ante la impotencia de no poder decirle todo lo que sentía, comenzando por lo mucho que le había echado de menos.

—Ella es mi hermana. —dijo desviando la mirada hacia Sara, que contemplaba en silencio la escena, incapaz de no hacer románticas conjeturas.

«Seguro que ella es la razón por la que nos instalamos en Zimbabue y no en Zambia» pensó mientras se inclinaba para darle dos besos.

—Encantada, Sara. Esta la miró sorprendida, ¿por qué sabía su nombre? Pero Ana no tardó en aclarárselo.

—Conocí a tu hermano el año pasado en Zambia y no dejó de hablar de ti.

—Espero que fueran cosas buenas. —interrumpió golpeando con el codo a su hermano. Un gesto de complicidad que despertó la sonrisa de Ana. Sergio, que la observaba, sintió que el corazón se le encogía. ¡Llevaba tanto tiempo ansiando volver a ver esa encantadora sonrisa!

—No lo dudes, es tu mayor admirador. —aclaró haciéndole un guiño a la chica. Entonces, Ana apretó las mejillas de su hermano con una mano, como hacía cuando eran niños.

—¡Si es que me quiere! —dijo Sara sin soltarle la cara.

—¿Qué haces? —quiso saber Sergio retirándose con un movimiento brusco. Sara nunca se comportaba así, ¿por qué escogía aquel momento para ridiculizarle?

Entonces, todos empezaron a reír, a excepción de Sergio, aquello no le había hecho ninguna gracia. Quería estar serio y conservar el rencor que había estado acumulando, parte reproche y parte añoranza. No estaba dispuesto a mostrarse vulnerable ante ella.

Lo que Sergio ignoraba era que Sara solo había tratado de propiciar un acercamiento entre ellos. Su instinto le decía que algo pasaba entre esos dos, tan solo necesitaban algo de ayuda.

El resto de la noche fue incapaz de quitársela de la cabeza. La observaba mientras charlaba con otros, mientras cenaba, mientras bailaba... y cuando la perdía de vista, no paraba hasta localizarla. Necesitaba saber dónde estaba en cada momento. La idea de que pudiera tener algo con aquel indeseable le estaba matando. Ana, por su parte, y aunque él trataba de evitarlo, se había percatado en varias ocasiones de la forma que tenía de mirarla.

Muchos de los asistentes habían acudido para ver el resultado de sus inversiones en el proyecto, pero otros tantos, que aún dudaban, lo hacían para tomar una decisión. Cada uno de aquellos socios en potencia era importante para ellos. Sin embargo, Sergio era incapaz de centrarse. Fue Sara, la que, tirando de picardía y encanto, se los fue ganando uno a uno, mientras observaba el desconcertante estado de su hermano. ¿Qué le pasaba?, ¿por qué se comportaba como un niño al que le arrebataban su juguete favorito?, se preguntaba cada vez más convencida de que la respuesta provenía de aquella misteriosa mujer.

Ana se excusó con Andrés, necesitaba salir a tomar el aire. Se ofreció a acompañarla, pero logró darle esquinazo con el pretexto de ir primero al baño.

Acomodada en aquel blanco y cómodo sillón, respiró profundamente y cerró los ojos. Una suave brisa hizo flotar su cabello dorado y el cálido ruido de la noche formó una armoniosa melodía, con la que deseó poder quedarse dormida. Estaba en el cielo. Saber que Sergio estaba cerca la reconfortaba. Se conformaba, aunque ni siquiera pudiera tocarlo. Los últimos días habían sido duros, muchos de los niños habían enfermado, y ella pasaba las noches en vela preocupada por aquellos pequeños, que le robaban el corazón con cada beso.

—Precioso anochecer. —Escuchó decir junto a ella. Le reconoció al instante, hubiera reconocido aquella voz en cualquier parte. Abrió los ojos y giró el cuello muy despacio. Junto a ella estaba Sergio, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, observando el increíble cielo de matices rojizos y

anaranjados que se cernía sobre ellos. Un juego de luces y sombras que danzaban mientras la fiereza de la jungla se iba aplacando, dejando paso a la serenidad de la misteriosa y salvaje noche africana.

«El esmoquin le sienta como un guante» pensó incapaz de mostrarse indiferente. Había fantaseado con la idea de volver a verle, pero jamás soñó que pudiera tener aquella apariencia. Parecía el perfecto y apuesto galán de una de sus películas favoritas. El seductor Gary Grant y el inigualable Rock Hudson, palidecían a su lado.

Tras un prolongado mutismo en el que Sergio la contempló con admiración y deseo, Ana contestó:

—Es el mejor momento del día. Me relaja sentarme y contemplar como fluye la magia, como se mezclan los colores hasta formar fuego. Da igual lo horrible que haya podido ser el día, contemplarlo me devuelve la fe en un nuevo amanecer.

Sergio escuchó extasiado su suave voz. Su apasionada forma de expresarse hizo que ansiara besarla, pero puso todo de su parte por evitar sucumbir a sus encantos, llevaban tiempo sin verse, lo más probable era que volviera a desaparecer de su vida.

—¿Entonces sigues trabajando en Zimbabue? —preguntó ansioso por saber lo que había sido de ella en ese último año.

—Hay cosas que nunca cambian, aunque quisiera sería incapaz de marcharme y abandonar a mis niños. —contestó bajando la mirada, de pronto era vidriosa y lánguida.

Sergio al percibir la tristeza en sus palabras, deseó abrazarla, pero pesaroso se limitó a decir:

—¿Tienes problemas?

—¿Y quién no? —respondió tajante. Su respuesta evasiva hizo que Sergio se incomodase. Pretendía ayudarla, pero no estaba dispuesto a humillarse.

—Perdona, no pretendía ser indiscreto. —dijo resentido, mientras se giraba para volver al interior de la casa. Pero de pronto sintió que le agarraban del brazo

—Por favor, no te vayas. —pidió con la tristeza aún instalada en sus ojos.

Sergio se volvió y al ver la congoja en su mirada accedió a quedarse otro rato. Ana respiró aliviada por haber logrado retenerle, lo último que deseaba era despedirse tan pronto.

—Lo siento, a veces activo los escudos sin darme cuenta, debe ser

instintivo. —se disculpó con una encantadora sonrisa, que hizo temblar a Sergio.

—¿Escudos? —preguntó sin poder evitar sonreír. ¿Acaso le consideraba una amenaza?

—Ya sabes, no tengo tiempo para nada que no sean obligaciones. Digamos..., que me he vuelto algo antisocial. —A Sergio le confundió ese comentario, no parecía nada de eso sujeta del brazo de aquel impresentable.

—¿Y qué me dices de Andrés? —preguntó sin titubeos. Aunque al momento se arrepintió de haberlo hecho, lo último que pretendía era mostrar interés por ella.

Ana, molesta al percatarse de lo que estaba insinuando, le dedicó una mirada de reproche, que hizo que a Sergio se le helara la sangre. Se había excedido y ya era tarde para tratar de enmendarlo.

—No tengo que darte explicaciones, ni a ti ni a nadie, ya soy mayorcita para decidir con quién paso mi tiempo.

Aquella respuesta cogió desprevenido a Sergio, por algún motivo esperaba que lo negara.

—Llevas razón, no soy quien para...

Pero no pudo terminar. Ana le cogió de la mano pesarosa. Había vuelto a hacerlo, había sido ella la que le había pedido que continuase a su lado y ella insistía en alejarle.

—Ven, siéntate a mi lado. —exigió atrayéndole hacia el sillón. Él, eclipsado por su azulada mirada, obedeció sin titubeos. Pensó hacer valer su ego y marcharse mostrándole su más rotunda y despiadada indiferencia, pero cuando sintió su cálido y electrizante tacto, supo que su voluntad se amilanaba, y su corazón se sometía a sus más absurdos y devastadores deseos. Si sabía hacerlo podría lograr de él lo que quisiera, no opondría ningún tipo de resistencia— Te he echado de menos. —confesó mirándole directamente a los ojos, sin soltar su mano.

Sergio aturdido por su cercana confianza, le mantuvo la mirada y tras recorrer con sus dedos el contorno de sus suaves labios, la cogió con ternura del cuello para lanzarse contra sus tentadores labios. Sus bocas emprendieron un juego sensual y desenfrenado, que hablaba de añoranza, necesidad y anhelo. Ambos se habían buscado en la noche africana, los dos se habían sentido perdidos, alejados de una parte esencial para ellos, el otro.

Sergio la estrechó contra su cuerpo, y al sentir que ella se refugiaba

exigente contra su pecho, sospechó que se había sentido tan sola como él, al menos en algún momento. Besó y saboreó aquellos labios, incapaz de saciar la sed que sentía de ellos, pero de pronto, al sentir unas lágrimas que fluían de sus ojos, se detuvo alarmado.

— ¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó sosteniendo su fino rostro entre sus fuertes manos. Ana enternecida por la dulzura de aquellas palabras, las que había soñado escuchar durante tanto tiempo, dudó de lo acertado de lo que estaba a punto de hacer. Para nada quería volver a perderlo, pero su vida era demasiado estresante, se había condenado de por vida, no había lugar para romances, mucho menos para el amor verdadero. No podía embarcarse en una relación si no era capaz de entregarse sin miedos ni condiciones. Sabía lo que había sufrido Sergio y no quería ser la persona que propiciara su recaída.

—No puedo. —alcanzó a decir, sin poder frenar las lágrimas que salían incesantes de sus ojos.

Sergio, incapaz de entender lo que decía, la miró fijamente y sin alejarse de sus labios, susurró: —¿No puedes?

Ana quiso tragar el nudo de emociones que luchaban por salir de su garganta, pero al descubrir que sería imposible, bajó la mirada y trató de zafarse de su abrazo.

—No Ana —dijo Sergio—. Te marcharás cuando logres que lo entienda. Has sido tu quien me ha retenido aquí esta noche. ¿Qué ocurre? —Ana asintió con la cabeza, sabía que tenía razón, pero si le quería debía dejarle marchar. Si permanecía a su lado terminaría haciéndole daño, y eso no se lo perdonaría jamás.

—Estoy prometida. —anunció dejando a Sergio helado. ¿Por qué le había besado, por qué se le había insinuado? Sergio pensó en Andrés y sacó sus propias conclusiones. Imaginarla con aquel mujeriego hizo que le hirviera la sangre y con el rencor dibujado en el rostro, se levantó con brusquedad, y anunció:

—A partir de hoy cada uno seguirá su camino, pero si algún día, vuelven a coincidir, te suplicó que finjas no conocerme. No comparto tu juego, no quiero formar parte de él. He sido sincero, te he abierto mi corazón y tú lo has pisoteado de nuevo. Olvídate de mí.

—Sergio, yo...

—No digas nada, ha quedado claro.

Ana sintió que se ahogaba, mientras él se alejaba de nuevo el aire dejó de

bombear con normalidad en su pecho. Deseó morir. Con él se marchaban sus únicas ilusiones y esperanzas. Su vida quedaba condenada a la rutina y obligaciones que ocupaban su día a día.

—Me marchó. —dijo Ana al oído de Andrés, sin saber que Sergio la observaba con el ceño fruncido, ¿cómo podía tener algo con aquel ser desagradable y mezquino? Su fuero interno clamaba por ir hacia él y derrumbarlo sin piedad, exigiéndole que renunciara a ella. Pero eso no tenía ningún sentido, nadie la obligaba a elegir aquello. Lo respetaría y la olvidaría centrándose en el trabajo. Se torturó hasta el final, necesitaba verla atravesar la puerta del brazo de aquel hombre que tanto odiaba, aquello le ayudaría a olvidarla. Después, aspiró profundamente, curvó sus labios con una forzada y tensa sonrisa, y se mezcló entre la gente. Había demasiado en juego.

Sin salida

Diez años antes.

Junio de 2004

Las horas pasaban agónicas junto a la puerta. Sara y sus padres aguardaban inquietos a que dieran las cinco, entonces comenzaría la hora de visitas. No sabían nada de él, aunque una enfermera conmovida por el dolor que pudo ver en sus ojos, accedió a contarles que había pasado la noche tranquilo.

Cuando apenas faltaban veinte minutos para que abrieran, Sara se aproximó a la ventanilla que había en la puerta, era estrecha y estaba tapada con un vinilo blanco. Alguien había despegado gran parte de aquel adhesivo y Sara pudo ver a través de aquel escalofriante hueco. La imagen la dejó impactada. Decenas de personas deambulaban por aquel angosto pasillo, arriba y abajo, sin rumbo ni destino. Caminaban cabizbajas, como fantasmas tristes y errantes. Sus brazos caían rendidos a ambos lados del cuerpo y sus pies se deslizaban, como si dar un paso resultara una tarea ardua y pesada. La visión resultaba trágica en sí misma, Sara nunca había contemplado semejante desolación, aun estando acostumbrada a los dramas personales que implicaba su trabajo en el despacho.

Pensó que nada podía ser más triste e inquietante que aquello, pero por desgracia se equivocaba. De pronto, le vio, estaba despeinado y bajaba la cabeza como el resto de pacientes, pero le reconoció al instante, era Sergio, que salía de una de las habitaciones para unirse a la marcha funesta que encabezaban aquellas personas tristes y vacías.

—¡Mamá, está aquí! —alcanzó a decir, con los ojos vidriosos a punto de desbordarse. Sus padres se incorporaron al oírlo y se precipitaron con impaciencia hacia la puerta. Julia se llevó las manos a la boca, ver a su hijo en semejante estado le rompía el corazón en mil pedazos. Luis se limitó a

maldecir a la vez que golpeaba con fuerza la pared, era imposible que aquel hombre débil y perdido fuera su hijo.

Cuando ambos se retiraron abatidos por lo que acababan de presenciar, Sara se apresuró a buscarlo de nuevo, necesitaba que él la viera, por duro que resultara. Quería que supiera que estaba con él, que pronto podrían abrazarse. Sin embargo, Sergio continuaba arrastrando su cuerpo sin levantar la mirada del suelo. Sara había comenzado a impacientarse, estaba a punto de rendirse y retroceder para sentarse, cuando de pronto su hermano se precipitó hasta el hueco por el que ella observaba. Aquella mirada fría y perdida avivó sus peores temores, nada indicaba mejoría, nada parecía haber cambiado en su estado. Pero de pronto, sin esperarlo, él colocó un pequeño trozo de papel contra el cristal. Con dificultad, Sara alcanzó a leer: «Hermanita quédate, por favor, no te vayas».

—¡Mamá dame papel y boli! —exigió girándose hacia sus padres. Aquel mensaje, aquellas palabras añidadas, que nada tenían que ver con el carácter intrépido y vital de su hermano, la habían desconcertado. ¿Por qué estaba tan asustado?, ¿por qué pensaba que iba a dejarle solo? Temblando improvisó una torpe y escueta respuesta: «Tranquilo enano, te veo en diez minutos». Después apretó la nota contra la diminuta ventana y al retirarla pudo ver que Sergio dibujaba una leve sonrisa, que la tranquilizó en cierta medida. Si era capaz de sonreír de aquel modo por complacerla, el ser mágico y bueno que ella conocía no se había marchado, al menos no del todo. Sergio era único por su entrega, por su amor incondicional hacia los demás, por su derroche de pasión y alegría ante la vida.

Al traspasar aquellas tétricas puertas, lo que parecía silencioso se tornó un espacio ruidoso y perturbador. Unos lloraban, otros reían o gritaban, y la gran mayoría se quejaba. Sara recorrió el pasillo del brazo de su madre. Solo podían entrar de dos en dos, y Luis había preferido que ellas fueran las primeras.

Pero Sergio no estaba. Fueron habitación por habitación, hasta que por fin lo encontraron. Estaba sentado en la cama, pensativo o al menos eso parecía. Al verlas no se levantó, se limitó a dedicarles una tímida sonrisa con la mirada.

Julia, sin poder demorar por más tiempo el reencuentro con su hombretón, se dirigió hacia él con los brazos abiertos.

—¿Cómo está mi cielo? —quiso saber alarmada por su aspecto

demacrado y sus profundas ojeras— ¿Has dormido algo corazón? —Sergio llevaba meses sin lograr conciliar el sueño, ninguna noche dormía más de tres o cuatro horas. Al comienzo su madre trató de ayudarle con remedios naturales como melisa o valeriana, pero con el tiempo aquello no le causaba ningún efecto, era como tomar simples caramelos.

—Sí, mamá, tranquila. —contestó besando con adoración la mejilla de aquella mujer que por él daría la vida.

Julia hizo un rápido recorrido por aquella agobiante habitación sin ventanas. Entró en el baño y tras observar lo que había, salió escandalizada. Era perfeccionista y exigente, aquello no cumplía mínimamente con lo que ella consideraba básico y necesario

—Enseguida vuelvo. —dijo arrugando la frente, mientras se limpiaba las últimas lágrimas que se deslizaban por su rostro.

Sara, que hasta entonces se había mantenido en un segundo plano, para concederles unos minutos de complicidad entre madre e hijo, la siguió y preguntó preocupada: —¿A dónde vas mamá?

Al ver el reproche en sus ojos, Julia se apresuró a calmarla.

—Confía en mi cariño, solo quiero hablar con el médico. —mintió conociendo a su hija. Si le decía que pensaba cantarle las cuarenta al responsable de que la habitación de su hijo fuera como una fría jaula de mármol, sin duda trataría de impedirselo.

Agotada, aceptó sin más la respuesta de su madre y se dirigió hacia Sergio, que aguardaba recostado en la cama.

—¿Qué tal campeón? —preguntó cogiéndole las manos con mimo. Él se limitó a encogerse de hombros, sin ni siquiera mirarla— Cariño, ¿te encuentras mejor? —insistió, impaciente por saber si la medicación surtía efecto. No le hacía ninguna gracia que su hermano estuviera tomando un antipsicótico, un anti parkinsoniano y varias pastillas para dormir por la noche. Había leído sobre sus múltiples efectos secundarios y se había planteado la lógica de todo aquello, ¿y si al final terminaban dañándole otros órganos?, ¿merecía la pena exponerle a males que podían ser incluso peores?

Después de un largo silencio, Sergio la miró fijamente, con los ojos muy abiertos y cara de espantó. Sara pudo ver miedo y enfado en su mirada, algo que jamás había visto, el corazón de su hermano no solía albergar ese tipo de emociones, aún menos unidas.

—Mira. —dijo señalando la tele— Es mi canción, me han robado la idea.

Sara se volvió para mirar hacia donde señalaba. Era un grupo que interpretaba una de aquellas canciones pegadizas del verano, ni siquiera sabía el nombre. Se levantó para poder verlo de cerca, y sorprendida pudo ver que Sergio la seguía.

—Son los mismos acordes, la misma letra. Es la misma. —dijo de nuevo, cada vez más angustiado.

—¿Le has hablado a alguien de ella? —preguntó Sara sin pensar.

Sergio negó con la cabeza, visiblemente agobiado.

Entonces, Sara volvió a mirar hacia la pantalla y parpadeó sacudiendo la cabeza, como si acabara de despertar de un profundo sueño. ¿Cómo había podido considerar aquello?, ¿cómo se había planteado la remota posibilidad de que tuviera algo de cierto? No había comenzado a reprocharse su torpeza cuando volvió a mirar a su hermano. «Y... ¿por qué no iba a creerlo?», pensó acongojada. Él jamás la había mentado, era la sensatez personificada, la sensatez llevada al extremo.

Consciente de que debía tratarse de una de aquellas alucinaciones de las que el médico les había hablado, pensó la manera de hacérselo entender de forma suave, sin hacerle más daño. Pero antes de que pudiera explicárselo, Sergio la arrinconó contra la pared, con la impotencia y la confusión instalada en los ojos. No la tocó, pero su extraña forma de mirarla resultaba sumamente inquietante, aquella expresión no le pertenecía. De pronto, Sara se sorprendió sopesando si debía desconfiar de la reacción que pudiera tener su hermano, ¿podía hacer algo inesperado, podía llegar a ser violento? Decenas de preguntas acerca de aquel cercano estigma invadieron su mente. Pero antes de obtener ningún tipo de respuesta, retrocedió y se sintió profundamente avergonzada, ¿cómo había podido dudar de su nobleza? No estaba dispuesta a tenerle miedo, ni ahora ni nunca. Estaba convencida de que el corazón marca la diferencia. En su trabajo como abogada había descubierto la diferencia entre aquello que torpemente llaman locura y lo que es simple y congénita maldad. Los presuntos cuerdos o sensatos solían acudir a ella buscando refugiarse en la enajenación mental, como torpe atenuante a sus crímenes. Sin embargo, los enfermos y reales enajenados solo tenían miedo. Un día, estando de guardia, le tocó asistir a un joven que parecía estar completamente perdido. Le habían apresado porque caminaba descalzo y desorientado por la calle, y fue incapaz de identificarse. Aquel chico, de gesto apocado y triste, solo quería ver a su madre y que alguien le devolviera su Biblia. Sara observó con

impotencia como se limitaban a tratarle como si estuviera borracho o drogado, ignorando el resto de señales, que a Sara le hicieron ver sin lugar a dudas, que se trataba de algo distinto. Ver que la policía se limitaba a reírse y burlarse le resultó desalentador. ¿De verdad habíamos avanzado?, pensaba al observar los pies descalzos del muchacho. Ni siquiera habían sido capaces de ponerle unas simples chanclas. Después de ese y otros casos, Sara siempre decía que temía a las personas malas por naturaleza, no a los enfermos. Según ella, aquellos estaban demasiado asustados como para plantearse ningún acto delictivo o dañino, y si alguna vez lo cometían solía coincidir con un abandono de la medicación o recaída.

Odiaba la manipulación de los medios al tratar el tema. Por alguna razón, después de un suceso dramático siempre aparecía el previsible desenlace, había sido una persona bipolar, esquizofrénica, maniaco-depresiva..., siempre un enfermo mental, una oportuna y recurrente coincidencia.

—Tranquilo, escucha corazón. —dijo por fin con ternura, tratando de atraer la atención de su hermano— Si no se lo has contado a nadie es imposible que sea tu canción, ¿no crees? —explicó tratando de hacerle entrar en razón. Había sopesado la conveniencia de seguirle la corriente, pero pensó que de esa forma no le ayudaba, solo fomentaba sus fantasías y retardaba el proceso de recuperación. No soportaba verle así, verle perdido y ausente era lo más duro que le había ocurrido en la vida. Necesitaba recuperarle.

Sergio no reaccionó al instante, pero al cabo de unos minutos, en los que Sara le miraba inquieta, respondió: —Lo sé, lo sé, es solo que a veces confundo la realidad con los sueños.

—Pasaré, solo debes relajarte y tener paciencia. Yo vendré cada día y estaré a tu lado. —trató de calmarle. Necesitaba hacerle saber que no estaría solo. Pero entonces, un temblor recorrió todo el cuerpo de Sergio. A pesar de sus palabras tenía miedo, pánico. Sara le abrazó conmovida, sintiéndose impotente. Se hubiera cambiado por él una y mil veces, a pesar de desconocer los pormenores de aquella enfermedad que paralizaba a su hermano.

—Todo el día hay música, en las habitaciones y en el comedor. —contó Sergio disgustado, o al menos eso indicaba el soterrado tono de su frágil voz.

—¿Y eso es malo? —preguntó sorprendida. Siempre le había gustado la música, a menudo se dormía con los cascos puestos y cuando amanecía la cadena musical era lo primero que encendía.

—La música me controla, me obliga a bailar cuando no quiero, guía mis

pasos. Cuando la escucho no puedo parar, aunque esté cansado. Es una tortura. —contó Sergio cerrando los ojos abatido.

Sara no entendía por qué le pasaba aquello, pero en ese instante pensó lo agotador que debía resultarle. «¡Si me desquicio cuando se me mete un pitido en el oído!», pensó imaginando la angustia que debía estar experimentando su hermano. ¿Cómo podía soportarlo? De nuevo, le abrazó y acunó con mimo. No podía verle sufrir, pero tampoco podía permitir que viera lágrimas en su rostro, por eso lloraba por dentro desde que había llegado. Estaba asustada como nunca en su vida, pero en cierto modo, ver que había sido capaz de contarle lo que le estaba ocurriendo afianzó sus esperanzas.

La puerta de la habitación estaba abierta, pero escucharon que alguien golpeaba en ella con los nudillos.

—Buenos días. —dijo un chico alto y moreno, que debía rondar la edad de Sergio. Su gesto era bastante sereno— ¿Echamos una? —preguntó dibujando una agradable sonrisa, mientras le mostraba un tablero de ajedrez.

—Vale. —contestó con desgana.

Sara sonrió y respiró aliviada. Por fin algo bueno. El chico se presentó como Javier, Javi para los amigos. Llevaba allí quince días, tenía diecinueve años, su madre era esquizofrénica y a él le había dado un brote psicótico. La medicación le iba bien y esperaba que pronto le dieran el alta.

Jugaron durante la siguiente media hora. A Sara le consoló que alguien de la edad de su hermano y tan encantador como Javier estuviera cerca. Además, ver que era capaz de centrarse y jugar aquellas partidas, alentaba sus esperanzas de ser testigo de una cercana recuperación. Volvería a ser el mismo, regresaría de su jaula de cristal.

Cuando Javier se marchaba de la habitación, para atender a sus visitas, Julia volvió a entrar. Por su gesto triunfal Sara dedujo que se había desquitado con el personal que había encontrado por los pasillos.

—Cariño, papá y Elisa quieren entrar a verte. —anunció dirigiéndose hacia él para besarle con adoración en la frente.

—De acuerdo mamá, salimos nosotras y que entren ellos. —contestó Sara, ante el silencio de Sergio.

—Vale, cariño.

Sergio se negaba a pasear de nuevo por aquel pasillo. Él mismo, dentro de su particular prisión, se había sentido incómodo deambulando como un zombi sin rumbo.

—¿Dónde está Martín? —preguntó Sara, besando a su padre y mirando con recelo a su hermana. ¿Dónde estaba?, ¿había sido capaz de no ir? Martín siempre había sido el más consentido de los cuatro, pero por algún motivo, que nadie alcanzaba a comprender, sentía celos de Sergio. Era algo irracional e injusto, aún más teniendo en cuenta que Sergio siempre le ayudaba y disculpaba cada uno de sus malos gestos, por descarados que fueran, Sergio nunca veía mala intención, le quería, era su hermano.

Un duro rescate

África.

Agosto de 2016

Sergio esperaba en el porche sin dejar de frotarse las manos, estaba preocupado. En la última visita que habían hecho algunos de los sanitarios a un asentamiento cercano a Masvingo, pudieron comprobar aterrados, como una familia tenía a su hijo adolescente atado a un árbol. Habían querido intervenir, pero al final consideraron prudente contar con la aprobación de Sergio, debía ser él quien encontrara la manera de lograr que la familia se lo entregara. La situación en Zimbabue era de precariedad y suma pobreza, sobre todo en el campo y pequeños asentamientos como aquel. En numerosas ocasiones, los familiares ponían un precio ridículo a la libertad de algún miembro de su familia, de esa forma obtenían lo necesario para subsistir algún tiempo, a la vez que aligeraban su carga. No era un método que Sergio aprobara, pero a menudo resultaba el único camino para lograr alejarlos del infierno.

—Vamos, no quiero que se nos eche la noche encima. —exigió Sergio a Cesar y Jorge, ambos médicos comprometidos con el proyecto y a la vez amigos, ante todo amigos.

Sergio había comenzado rodeándose de personas cercanas, médicos y sanitarios de su confianza. Aunque, jamás desatendía las peticiones de voluntarios que pretendían ayudarlo, ya tenían cinco incorporados en plantilla y las solicitudes no cesaban.

La visión era triste y dolorosa. Un grupo de niños se rebozaban en el barro, sin ningún tipo de vigilancia. El menor no debía tener más de cinco años, y el mayor de ellos rondaba los diez. Nada más ver el todo terreno, se levantaron y corrieron tras él, llevándose repetidas veces las manos a la boca.

Sergio comprendió lo que querían. Aquella escena se repetía incesante en muchas de las aldeas y poblados que visitaban. Sin pensarlo mandó a Jorge detener el vehículo, cogió una bolsa de la parte de atrás y bajó de un salto, para dirigirse hacia los pequeños, que ahora pedían comida a voces. Entregó una bolsa con víveres a cada uno, y se lo agradecieron con inmensas sonrisas, teñidas de barro. El más pequeño tiró del pantalón de Sergio, que conmovido intuyó lo que pedía. Sin pensarlo le levantó hasta tenerle a la altura de sus ojos, y entonces, el crío, sin dejar de sonreír, le plantó un beso enorme y sonoro en la mejilla. Aquella ternura, aquella gratitud a cambio de algo tan básico, era triste viniendo de criaturas indefensas como aquellas. Era como si le hubieran dado la vida. Resultaba imposible no conmoverse.

Cuando por fin llegaron, la chabola sucia y destartada a la que iban, estaba sumida en la más absoluta y profunda oscuridad. Parecía que la tierra se hubiera tragado cualquier forma posible de vida.

—¿Escucháis eso? —preguntó Jorge llevándose el dedo a la boca para pedirles que se mantuvieran en silencio.

No habían tenido tiempo de contestar, cuando un nuevo gimoteo les puso en alerta. Aquel lo habían escuchado sin problema. Sin pensarlo rodearon la casa, que parecía poder caerse de un momento a otro.

De nuevo..., silencio.

Hasta que César les llamó para que le siguieran. Les condujo hasta el árbol que habían visto el día anterior. Hubiera preferido que no estuviera, pero allí seguía, acurrucado al pie del inmenso tronco, con las rodillas clavadas contra el pecho, balanceándose hacia atrás y hacia adelante, mientras balbuceaba frases carentes de sentido.

Sergio se había quedado paralizado. Aún le costaba acostumbrarse a ese tipo de lamentables hallazgos. En el fondo no quería, deseaba ser capaz de emocionarse con cada paciente que llegase a su vida, no estaba dispuesto a perder ese pequeño, pero vital rasgo de humanidad. Conmocionado se agachó junto a ese muchacho semidesnudo y tembloroso, a la vez que hacía una señal a sus colegas para que le quitaran las cadenas.

—Tranquilo, ya no estás solo. —comenzó a decir mostrándole sus manos extendidas, limpias y vacías, sin nada que pudiera intimidarlo ni causarle miedo alguno. El chico ni siquiera se inmutó, continuó su particular balanceo, sin levantar la vista del suelo— Hemos venido para llevarte a casa, allí te cuidaremos. —continuó argumentando. Trataba de calmarle, mientras los otros

intentaban liberarlo. De pronto, se revolvió y los miró con un gesto desconfiado y amenazante— No pasa nada, solo van a cortar las cadenas, no te dolerá. —dijo rozando con prudencia su hombro. Quería ganarse su confianza, no pretendía espantarlo. El joven, que, a pesar de su aspecto sucio y desaliñado, no debía llegar a la treintena, le miró en esta ocasión, y aunque su mirada estaba completamente desorientada y perdida, Sergio intuyó que no era peligroso. Bajo aquella dolorosa apariencia latía un corazón que merecía la pena salvar.

De pronto, Sergio se puso tenso y comenzó a levantarse lentamente. Hacia ellos caminaba un grupo bastante variopinto de personas, sin duda, la familia. Algunos llevaban palos y la expresión de sus rostros no dejaba a la vista una actitud conciliadora. Jorge y César continuaban empeñados en la ardua tarea de cortar aquel pesado yugo, pero al ver el gesto pálido y los ojos abiertos como platos de su amigo, se detuvieron y se giraron buscando el motivo de su preocupación. Cuando fueron conscientes de la gravedad de la situación, propusieron marcharse, parecía razonable claudicar y regresar en otro momento. Sin embargo, Sergio no estaba dispuesto a dejarle allí tirado, no en aquella penosa situación, aquello era inhumano, conocía perros que llevaban mejor vida. En ningún caso estaba dispuesto a regresar sin él. Sin pensar en el peligro que podía suponer aquello, avanzó en su dirección, con paso firme y cabeza alta. Sus compañeros le observaban atónitos. A escasos metros de ellos, el grupo se dispersó para dejar paso a un hombre mayor, de constitución corpulenta y mirada fría y severa. Sergio supo que era su padre, no precisamente por el mimo o dedicación, sino por su aire de posesión, aquel muchacho que agonizaba junto al árbol era suyo, y los latigazos y heridas visibles en su cuerpo, eran su particular y deplorable obra de arte.

—Quiero llevármelo. —anunció Sergio con frialdad, señalando al muchacho, sin dejar de sostenerle la mirada.

El hombre miró a sus acompañantes asombrado, incapaz de entender por qué aquel extranjero que parecía tenerlo todo, pretendía llevarse su mayor desgracia.

La mayoría de los hombres comenzaron a reírse, sin dejar de apuntarle con el dedo. Sin embargo, varias mujeres agacharon la cabeza, pesarosas, sin duda, la madre y algunas hermanas, pensó Sergio al observarlas.

—¿Qué quiere? —preguntó Sergio sin andarse por las ramas, no estaba dispuesto a perder su valioso tiempo con aquellos insensatos.

El hombre abrió mucho los ojos y dibujó una sonrisa de satisfacción.

Sergio sabía que tratar de explicarles su cometido era imposible, una batalla perdida de antemano. Pensaban que el chico estaba maldito, hechizado. Por eso carecía de sentido tratar de hacerles razonar.

Al cabo de unos minutos, Sergio apretaba con pesar la mano de aquel hombre, cuya ignorancia le había impedido apiadarse de su propio hijo.

Sergio se sentó en la parte trasera junto a Abu, así se llamaba. El chico receloso y asustado, a pesar de haber sido rescatado de la propia antesala del infierno, se encogió buscando refugio junto a una de las puertas, sin dejar de balancearse. Jorge y César habían tenido que trasladarle hasta el interior del vehículo, de momento era incapaz de incorporarse, tenía los miembros completamente engarrotados y entumecidos.

Sergio, lleno de ira, observaba con amargura el sufrimiento del muchacho. Le hubiera gustado acercarse y posar su mano en su huesudo y ensangrentado hombro, para tratar de aliviarle, hacerle saber que ahora estaba protegido, pero sabía que para llegar hasta él primero debería concederle tiempo.

Hicieron el trayecto, hasta el que sería el primer hogar de Abu, en silencio. Solo los ruidos del atardecer africano y el débil balbuceo del chico, rompían el ambiente de pesadumbre y tristeza. Sergio no podía evitar torturarse con lo que llevaba años preguntándose, ¿por qué cualquier enfermedad era digna de compasión, mientras los enfermos mentales, además de padecer el mal que les acechaba, se veían obligados a esconderse, avergonzarse y ser condenados al eterno y pesado yugo del estigma? Cada día entendía más a su hermana. Desde que Sergio enfermó, a Sara se le hizo cuesta arriba continuar con la hipocresía y mediocridad de su trabajo.

Por eso, cuando Sara le comunicó su deseo de trasladarse a Zimbabue para trabajar con él, Sergio se sintió el hombre más afortunado del mundo, no solo por tenerla cerca, sino porque sabía que sería una gran aliada, lucharía con uñas y dientes contra el sistema y cualquier indeseable.

Cuando llegaron Sara salió a su encuentro. Cada vez que salían se quedaba intranquila. Nunca sabía con qué tipo de personas podían toparse, ya que no siempre reaccionaban de forma pacífica. Por eso solo respiraba cuando les veía regresar sanos y salvos.

—¿Qué tal peque? —preguntó Sergio abrazándola— Todo ha salido bien, tranquila. —dijo haciéndole un gesto para que mirase hacia el interior del vehículo.

Sara apenas podía ver nada. Abu estaba tan asustado que había terminado agazapándose en el suelo. Cuando Sara abrió la puerta el corazón se le encogió. Durante el último año se había acostumbrado a ese tipo de visiones, pero jamás sería algo frío y rutinario, cada caso era único, cada persona era distinta. Emocionada y sin poder contener las lágrimas, rodeó el vehículo para situarse junto a la puerta donde el chico se recostaba aterrorizado. Al abrirla, Abu se sobresaltó y se tapó los ojos con las manos. Sin duda estaba aterrado. Sin pensarlo se apresuró a tenderle la mano, con movimientos lentos y calculados. Cuando el muchacho sintió aquel delicado roce sobre su castigada y ajada piel, levantó la mirada sin dejar de temblar. Sara se encontró con aquella mirada triste y perdida, y sin poder evitarlo, un sin fin de recuerdos dolorosos atravesaron su mente. Cuando comprobó que no se revolvía contra ella, tiró con mimo de su mano. Pretendía que su llegada fuera tranquila, no quería que asumiera su nueva condición con miedo. Cuando vio que el chico se arrastraba sin incorporarse, se percató de su torpeza, sería incapaz de ponerse en pie, al menos de momento. Miró a su hermano, y se entendieron sin palabras. De inmediato, Sergio se puso junto a ella y con maestría y suavidad le asió por debajo de los brazos y le levantó como si de una pluma se tratara. No pesaba más de cuarenta kilos, era un pequeño saco de huesos zozobrantés y asustados.

En el interior de la casa el revuelo era general. Cada vez que llegaba un nuevo miembro, el resto reaccionaba como si se tratara de un nacimiento, como si llegase un nuevo hermano. Eran una gran familia, con alegrías y problemas, como cualquier otra.

De pronto, Sergio sintió que le tiraban del pantalón, bajó la mirada y se encontró con los dulces ojos de Amalí, la pequeña de la casa. Tenía cuatro años, la encontraron en un asentamiento de Zambia. Su familia la tenía encerrada en una diminuta jaula, como si fuera un triste pájaro prisionero, ni siquiera tenía espacio suficiente para estirar las piernas y apenas le daban de comer una vez al día. Lo sorprendente fue encontrarla con vida. Su madre había muerto a manos de su propio padre, que no dudó en ajusticiarla cuando supo de su infidelidad. La pequeña pasaba las noches gritando desconsolada y hablando en medio de terribles pesadillas. Sin duda el resultado de haber sido testigo presencial de la macabra actuación de su padre. Cuando la encontraron en semejante estado, Sergio estuvo tentado de acabar con la vida de aquel miserable, que arrojaba comida y agua a la jaula de su hija, como si de un

animal se tratara, de hecho, a sus perros les daba mejor vida. Pero de nuevo, sopesó el sin sentido que supondría mancharse las manos con la sangre de semejante desecho humano, no merecía la pena truncar la estabilidad del hogar que habían fundado, eran muchos los que le esperaban. En aquella ocasión no tuvieron que entregar nada a cambio, el hombre accedió gustoso a deshacerse del motivo de sus desvelos. Aunque aquel infra hombre arrastró su maldad hasta el final, se negó a entregarles la llave de la jaula, y Sergio se vio obligado a forzarla, mientras la cólera e impotencia crecían en su interior, al sentir las frágiles manitas de la pequeña aferrándose a su brazo. Las primeras noches fueron duras, Amalí no paraba de llorar y gritar sin consuelo posible, pero con el tiempo y el amor necesario, las pesadillas y el miedo remitieron. Ahora era una niña completamente sana y feliz, la alegría de la casa. Su padre había perdido cualquier derecho sobre ella, y Sergio no había dudado un solo instante, había comenzado los trámites para adoptarla, era su niña, siempre le llamaba papá y estaba dispuesto a volver realidad aquel vínculo que latía en el corazón de la niña. Sara le ayudaría.

—¿Cómo se llama papi? —preguntó Amalí mirando fijamente a Abu, que tiritaba en los brazos de César.

—Se llama Abu, cariño. —contestó Sergio agachándose para estar a su altura.

—¿Podré jugar con él, papi? —quiso saber emocionada, dando palmas y saltos de alegría. En el año que llevaban funcionando habían recogido a más de sesenta personas. No siempre era fácil, a veces se complicaba y les llevaba más tiempo del que deseaban, pero nunca se rendían, no hasta lograr llevarlos a casa.

—Mi amor, tendrás que esperar un poquito. ¿Recuerdas cuando llegaste aquí? —La pequeña se colgó del cuello del que consideraba su verdadero padre y asintió con una increíble sonrisa, capaz de iluminar el firmamento.

—Tenía pupa. —dijo mirando con curiosidad hacia Abu— Pero me diste muchos besos y ahora estoy buena, ¿verdad papi?

—Si corazón, eso es. —contestó conmovido. Todavía se emocionaba al ver la estrenada y preciosa sonrisa de su bonita princesa.

—Toma, te lo presto. —anunció Amalí ofreciéndole al chico su osito de peluche— Papá me lo regaló para que dejase de tener miedo por las noches, y ahora duermo solita con la luz apagada, como los mayores.

Pero Abu era incapaz de relajarse, estaba realmente asustando, solo fue

capaz de esconder su rostro en el hombro de César, buscando seguridad y consuelo.

—Anda, princesa, vete a jugar con los chicos, y luego juego un poquito contigo. —pidió Sergio tratando de ahorrarle a su hija aquella triste y lamentable visión.

—¿A la casa de muñecas? —preguntó entusiasmada con los ojos muy abiertos. Sara había llevado desde España aquel juguete de cuando era pequeña, y Amalí pasaba las horas muertas jugando con sus pequeños personajes y muebles.

—Está bien cielo, jugaremos si eres una buena chica y dejas que papá trabaje. —prometió abrazándola con ternura. Amalí había colmado de alegría su vida, había disipado cualquier mínimo espacio cedido al miedo o la incertidumbre. Era imposible no contagiarse de su magia. Sin dejar de sonreír, la niña le dio un enorme beso y se marchó cantando y dando saltitos.

—Veo que hemos aumentado la familia. —comentó una voz de mujer tras ellos. Sergio sonrió al escuchar a Begoña. Era una doctora gaditana, que reunía en sí toda la gracia y duende de su tierra. Deambulaba por la casa con enormes zapatos de princesa, bata decorada con emoticonos y peluca de trol. Pretendía despertar la risa de los más pequeños, y lo conseguía cada día, incluso con los adultos. Para ella medicina y humor eran filosofías que debían caminar unidas, siempre de la mano.

—¿Qué tal bruja? —preguntó Sergio volviéndose para abrazarla.

—¡Señora bruja! —respondió con una de sus enormes sonrisas— ¿Cómo se llama el grandullón? —quiso saber caminando lentamente hacia Abu, que continuaba doblado, balanceándose en el suelo, junto a las piernas de César.

—Es Abu, te hablé de él.

—Lo sé, lo sé, pero es mucho más guapo de lo que me dijiste. —puntualizó retirándole con un movimiento lento el pelo de la cara. El chico ni siquiera levantó la mirada del suelo, se limitó a rodear con los brazos las piernas de César. Begoña, que se había agachado, levantó la mirada y se encontró con aquellos ojos que adoraba. César y ella habían estudiado en la misma universidad y se habían reencontrado de forma milagrosa en aquel remoto y fascinante lugar. Ninguno pudo ignorar las señales, y ahora compartían sus vidas.

—¿Qué tal, preciosa? —preguntó guiñándole un ojo.

—Aquí mi arma, intentando hacer nuevos amigos.

—Begoña, creo que lo mejor sería intentar asearle un poco y hacerle un chequeo completo. —propuso Sergio impaciente por aliviar el dolor de aquel nuevo miembro de su gran familia.

Begoña entornó los ojos, incapaz de relajarse ante aquella nueva, aunque cotidiana visión. Ella tampoco había podido acostumbrarse. Era duro, cada nuevo contacto era impactante y dejaba una nueva marca de dolor en sus corazones.

—Eso está hecho. ¿Verdad muchachote? —dijo tratando de atraer la mirada de aquel joven asustadizo.

Entre César y Sergio lograron darle un baño, aunque no fue tarea fácil, Abu pataleaba y gritaba, como si fuera su primer contacto con el agua. Luego, Vanesa, una voluntaria que hacía las veces de peluquera, logró cortarle el pelo, mientras le sujetaban procurando no asustarlo.

Aquel día y los que le siguieron comenzaron a administrarle la medicación que le habían pautado; un antipsicótico y un ansiolítico para que pudiera dormir por las noches. La falta de colaboración de Abu les había complicado la determinación de un diagnóstico más preciso, pero observando sus movimientos y reacciones, supieron sin lugar a dudas, que sufría alucinaciones y delirios. Padecía esquizofrenia paranoide. Vivía encerrado en un mundo que le atormentaba durante años, y era la primera vez que recibía algún tipo de ayuda. El caso era grave, había pasado demasiado tiempo torturado y perdido en un mundo irreal, que había llegado a ser su única certeza. Sin embargo, el pronóstico era bueno, a los pocos días de comenzar a medicarle, Abu comenzó a calmarse, seguía ausente y asustado, pero los gritos habían cesado.

Poco a poco, día tras día, vieron cómo iba enderezando su postura. Caminaba, aunque con dificultad, ayudándose de un bastón que Sergio había improvisado trabajando con mimo sobre la rama de un árbol.

La duda

Once años atrás

Apenas habían dormido, dejar a Sergio una segunda noche en aquel hospital había sido horrible. Al terminar la hora de visitas permanecieron durante horas sentados en la sala de espera que había al otro lado de aquella siniestra puerta, sin hablar, en silencio, cada uno sumergido en sus propios y dolorosos pensamientos. Sara no había podido dejar de reprocharse su mentira, la forma en que le había fallado. Le prometió protegerle y no había sido capaz de cumplirlo, ¿acaso lo había intentado?, se preguntaba incesante, incapaz de hallar una respuesta que no la condenara.

Julia y Luis se limitaban a lamentarse. Julia solo quería recuperarle y lograr entender porque siempre sufrían los más buenos. Luis estaba demasiado paralizado como para desarrollar complicadas conjeturas, se recreaba contando una y otra vez como Sergio había expuesto su propia seguridad moviéndose de forma temeraria por los andamios. Y aquella insistencia sacaba de sus casillas a Sara, ¿por qué no lo dejaba, por qué no canalizaba su rabia hacia la búsqueda de soluciones?

Eran las doce de la mañana, habían quedado con la doctora Rodríguez, estaba encargada del caso de Sergio, y les había citado para hablar de su estado. Era una mujer de ojos azules, fríos e inquietantes, no había ninguna calidez en aquella mirada distante, que les observaba sorprendida, incapaz de comprender por qué estaban tan alterados y asustados. No mostraba la más mínima empatía, se limitaba a partir de su experiencia, y olvidaba que aquellas personas no podían comprender lo que estaba ocurriendo.

—Sergio ha hecho testamento. —soltó aquella mujer, sin pensar, rompiendo bruscamente el silencio que reinaba en la sala.

—¿Cómo dice? —preguntó Sara conmocionada, mientras sus padres observaban boquiabiertos— ¿Qué quiere decir? —insistió impaciente por

confirmar que su hermano estaba bien. Entonces, la mujer sacó un montón de folios del bolsillo de su bata y los puso sobre la mesa.

Cuando Sara terminó de leerlos, se encogió de hombros, era incapaz de entender lo que había querido decir la doctora al hablar de testamento. Aquello era más bien un diario, un cúmulo de sentimientos y pensamientos, que Sergio había plasmado con un lenguaje admirable. A simple vista podían parecer meras incongruencias, pero al profundizar en su lectura, Sara descubrió en sus letras la congoja de su hermano. No era ninguna torpe ni cobarde despedida, era el testimonio de su tortura, el reflejo de la delirante brecha que se había abierto en su vida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sara con gesto tosco. Aquel comentario había dejado sin aliento a sus padres. Julia sollozaba desesperada y Luis deambulaba de un lado a otro de la habitación con las manos en la cabeza, todo aquello le superaba.

Entonces, la doctora comenzó a divagar, dando rodeos, sin centrarse en la cuestión que la muchacha le había planteado. Una aptitud que no dejó indiferente a Sara, que comenzaba a sospechar que todo aquello enmascaraba algo mucho más grave.

—Explíquese, por favor. —exigió Sara apoyándose sobre la mesa para mirarla fijamente a los ojos. Aquella mirada helada y azulada no le decía nada, era inexpresiva, de allí no podría extraer la información que buscaba.

—Verán, anoche Sergio estuvo a punto de quitarse la vida. —dijo sin rodeos, sin dignarse a levantar la mirada.

Sara se llevó las manos a la boca impactada. ¿Qué le había sucedido a su hermano?, ¿por qué había dado tantos rodeos antes de contárselo?

Julia y Luis llegaron hasta ellas con el pánico instalado en los ojos. No podían dar crédito a lo que acababan de escuchar. ¿Sergio, su Sergio había intentado dañarse a sí mismo?! Aquel no era su hijo. Sergio era un luchador nato, un amante de la vida, siempre se aferraba a ella con uñas y dientes, aun cuando las condiciones no eran las más propicias. Él jamás se rendiría de aquella manera.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? —preguntó Sara fulminándola con la mirada. Su paciencia tenía un límite, y aquella mujer había logrado minar la escasa virtud de le quedaba.

Consciente de que no podía dilatar durante más tiempo el relato de lo que había sucedido, la doctora les rogó calma y les pidió que tomaran asiento.

—Anoche logró salir del recinto, accedió a las escaleras contra incendios y bajó por ellas. Cuando llegó a la primera planta, como no había más tramos, saltó de cabeza al vacío.

Sara y sus padres iban a decir algo, cuando les pidió calma con la mano y continuó diciendo: —Por fortuna, uno de los hombres de seguridad le alcanzó en ese preciso instante. A tiempo de cogerle por los tobillos. Está bien, pero hemos tenido que vendarle el tobillo, se hizo un esguince.

—¿Cómo han podido permitir que pusiera su vida en peligro?! ¿Qué tipo de seguridad tienen aquí? —increpó Luis colérico. Le había confiado a su hijo y habían estado a punto de perderlo.

—Tranquilo cariño. —trató de calmarle Julia, incapaz de parar de llorar.

—¿Por qué no nos llamaron?! —preguntó Sara fuera de sí. Habían pedido expresamente que les llamaran ante cualquier contratiempo, que los pusieran al corriente de cualquier incidente. Era lo normal, lo que solían hacer con cualquier paciente, si alguien empeoraba o le ocurría algo fuera de lo normal lo comunicaban de inmediato a su familia. Pero hasta en aquel aspecto el trato había sido diferente y degradante, habían omitido aquel detalle sin ningún tipo de remordimiento, permitiendo que recibieran la noticia de golpe, sin preaviso, incluso haciéndoles creer que Sergio había tratado de suicidarse.

Por suerte obtuvieron el silencio por respuesta. La doctora se limitó a bajar la mirada, mientras arrugaba la boca, un gesto que la delataba y que Sara agradeció, no hubiera soportado ver su falsedad y prepotencia al tratar de emitir una torpe excusa. Estaba siendo duro, demasiado doloroso.

—¿Cuándo podremos verle? —preguntó Sara con rotundidad. Estaba furiosa. No quería escuchar nada más. Solo necesitaba comprobar que estaba bien, que no había sido más grave de lo que contaba.

—Tendrán que esperar a la hora de visitas. —contestó mirándose el caro reloj de su muñeca.

Sara resopló pidiendo, de nuevo, calma a sus padres, que habían tenido que sentarse tras el impacto de la noticia. No podía creer lo que escuchaba. Eran solo las doce del mediodía, no estaba dispuesta a esperar cuatro horas. Por nada del mundo aguardaría ese tiempo.

—¿De eso nada! —contestó Sara tajante. De pequeña la timidez la consumía hasta límites inimaginables. Pero exponer sus casos ante un Juez y una sala repleta de gente, le había servido para no andarse por las ramas, sobre todo cuando sabía que llevaba la razón.

La doctora la miró sorprendida, con los ojos abiertos como platos, y frunciendo el ceño, dijo, para sorpresa de todos: —Veré que puedo hacer. — Acto seguido se levantó y salió por la puerta. Entonces Sara respiró aliviada y se dirigió hacia sus padres, que la miraban orgullosos y agradecidos.

—Gracias cariño. —dijo Julia entre lágrimas— No sé qué haríamos sin ti.

—Tu madre tiene razón. —intervino escuetamente Luis, para sorpresa de Sara. No solía ser demasiado explícito.

—Tranquilos, nos dejaran verle.

No acababa de decir aquello cuando la puerta se abrió de par en par y apareció una silla de ruedas. Los tres se quedaron sin palabras. Sergio estaba sentado en ella, cabizbajo y callado.

— Les dejaré unos minutos a solas, pero después deberán irse. —dijo el celador, que parecía tener prisa por marcharse de allí cuanto antes. A continuación, se fue y Sara se apresuró a agacharse junto a su hermano. Necesitaba encontrarse con su mirada. La incertidumbre de saber si estaba bien la estaba consumiendo por dentro.

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó cogiéndole con nerviosismo de las manos.

Sus padres se mantuvieron detrás de ella, no querían agobiarle. Aun así, aguardaban impacientes su respuesta.

Tardó unos minutos en reaccionar, unos instantes que a Sara se le hicieron eternos. Pero finalmente, levantó la cabeza lentamente y sin alcanzar a abrir los ojos, contestó: —Tenía miedo, había sangre en las paredes. Solo quería irme a casa y no me dejaban.

Sara se abalanzó sobre él para abrazarle con fuerza. Sergio estaba asustado, temblaba de pies a cabeza, como nunca lo había hecho. Mientras las primeras lágrimas de angustia y frustración comenzaron a surcar el cansado rostro de Sara, imaginó lo terrible que debía ser aquello, lo aterrador que le resultaba imaginar que aquel que adoraba pudiera ver aquellas cosas espantosas. No poder estar para sujetar su mano y decirle que nada era cierto, le ocasionaba una increíble sensación de impotencia.

—Cariño, tranquilo, toda va a salir bien. —dijo Julia llegando hasta ellos para besar con ternura la cabeza de su hijo. Había sido incapaz de frenar sus instintos de madre, su campeón estaba sufriendo y necesitaba hacerle saber que podía contar con ella.

Luis se tragó las lágrimas, que en los últimos días se habían instalado

incesantes en sus duros y cansados ojos, y se limitó a dar unas palmaditas en el hombro de su hijo. Las palabras morían atropelladas en su garganta luchando por salir, pero fue inútil intentarlo, no pudo decir nada.

Al cabo de un rato, algo más calmado al sentirse protegido por los suyos, Sergio les contó que le habían sedado y paralizado con una horrible camisa de fuerza. Había sido una pesadilla de la que solo quería despertarse, quería marcharse a casa, necesitaba escapar de todo aquello.

Tras escucharle con el corazón roto en mil pedazos, estuvieron tentados de llevárselo en ese preciso instante, pero no podían, no sabían cómo tratarle y los síntomas positivos aún persistían. Las alucinaciones continuaban nublando su visión del entorno, no podía distinguir lo que formaba parte de su vida de lo que eran meros espejismos.

De nuevo en tus ojos

—¡Vamos papi! —gritaba Amalí tirando de su mano con fuerza. Estaba entusiasmada. Era su cumpleaños y Sergio le había concedido su mayor deseo, hacer una excursión a las cataratas. Eran muchas las noches que Sergio había logrado dormirla contándole la maravillosa sensación que experimentó al verse ante ellas. Ella escuchaba ensimismada, con los ojos chispeantes e impacientes. Ahora por fin haría realidad su sueño, las visitaría.

—Tranquila preciosa, enseguida nos vamos.

Pero la pequeña continuó saltando de un lado a otro. Era incapaz de estarse quieta. Sergio la observó y sonrió sin poder evitarlo. Aquella no era ni la sombra de la niña que un día llegó a refugiarse entre sus brazos. Ahora era independiente, extrovertida y despierta. Tenía un don especial para conseguir todo lo que quería. Tenía hechizados a todos los miembros de la familia.

En ese preciso instante César y Begoña entraron en la sala charlando y dedicándose cómplices miradas. Su relación ya era conocida por todos, algo que les había relajado, ya no tenían que perseguir pequeños instantes furtivos para estar juntos apenas unos segundos. Ahora podían darse la mano con naturalidad e incluso besarse, momento en el que los niños siempre aplaudían. Tras ellos llegaron Abu y los que podrían acompañarlos. Les hubiera encantado poder llevarlos a todos, pero eran demasiados y solo contaban con un par de vehículos. Además, por desgracia, no todos estaban en condiciones de poder hacer su primera salida.

—¡Abu! —gritó Amalí lanzándose enérgicamente a los brazos del muchacho. Unos brazos fuertes y una espectacular sonrisa la recibieron, elevándola por los aires— ¡Haz el avión, el avión, quiero volar muy alto! —gritó sabiendo que aquel día nadie podría resistirse a su mellada sonrisa.

Abu, encantado con el cariño que le profesaba la que consideraba su hermana, accedió gustoso a cada uno de sus caprichos. Aquel era su hogar, su familia. Solo habían pasado seis meses desde su llegada, pero su evolución había sido admirable. Una vez que la medicación hizo su trabajo, estabilizándole y alejando de su mente lo que en realidad no existiría nunca, solo tuvo que ir aflorando su bondadosa personalidad. Aunque todavía alguna

noche se despertaba envuelto en sudor, torturado por recuerdos difíciles de borrar.

—¡Más alto, más alto! —exigía la niña cuando Sergio llegó hasta ellos.

—Vamos renacuaja, no te aproveches. —dijo extendiendo los brazos para que Abu se la entregara.

—No pasa nada, me encanta oírla reír.

—Lo sé, campeón, pero no dejes que esta brujilla abuse de ti. —contestó guiñándole un ojo a ese chico de gran corazón del que se sentía orgulloso— Te dejo a cargo de todo, ya sabes que el resto de médicos y asistentes están para ayudarte. Si surge algún problema me llamas y si no...

No pudo terminar, Abu puso la mano en su hombro y asintió cerrando los ojos. Sergio lo entendió al instante, no debía preocuparse de nada. Le hubiera encantado que fuera con ellos a las cataratas, pero aquella era la mayor limitación que el joven seguía teniendo, le costaba ir a cualquier sitio que estuviera más allá de los muros de su casa, de su particular y sólida fortaleza. Por eso, mientras lograba superarlo, habían optado por darle un cargo de responsabilidad. De esa manera pretendían que fuera ganando confianza en sí mismo, hasta que un día lograra salir a la calle sin percatarse del gran paso que estaba dando.

—No te pongas triste, volveré enseguida y te traeré algo. —dijo Amalí tirándole insistentemente del pantalón. Abu sabiendo perfectamente lo que la pequeña reclamaba, se agachó para ponerse a su altura y así le dio un fuerte y estruendoso beso en la mejilla.

Sergio soltó una carcajada. Su niña pensaba que un beso no era real si no sonaba.

—Tranquilo, tenemos clase de baile. —recordó Isabel, otra de las voluntarias, que impartía clases de flamenco y español. Querían tratar de transmitirles el conocimiento que les había sido negado al condenarles como a proscritos. Pero también dejaban pequeños espacios para actividades lúdicas y deportivas. El cuerpo era tan importante como la mente.

—Estupendo, pero esta vez nada de tacos. —apuntó Sergio dibujando una de sus seductoras sonrisas. En la última clase de español, los más jóvenes le habían pedido a Isa, como solían llamarla, que les enseñara insultos de su país. Ella ni corta ni perezosa les hizo una increíble lista en la pizarra.

—Volveremos a tiempo de que Amalí sople las velas en familia— puntualizó Sergio.

—La tarta ya está. Es preciosa. Le va a encantar. —dijo Isa entusiasmada al imaginar la cara que pondría la niña.

—Seguro, no hay mejor repostera que tú. Sin duda se había superado, aquel enorme castillo de fondant rosa con todas las princesas Disney colocadas a lo largo de una blanca escalinata, haría las delicias de los más pequeños, sobre todo, de la cumpleañera, que ya se había levantado con la tiara puesta.

Cuando llegaron al hotel donde tiempo atrás Sergio renunció al dictado de su corazón, un extraño nudo se instaló en su garganta y un sin fin de recuerdos le abordaron. Era inevitable no pensar en ella. Ana estaba entre los juncos, podía sentirla en el suave roce del viento y en el olor a tierra mojada que lo inundaba todo, trasladándole a la noche que descubrió el arco iris lunar junto a ella.

—¡Papi, papi, jirafas! —gritó Amalí corriendo como loca detrás de aquel par de jirafas inseparables. Sin poder evitarlo, Sergio sonrió de nuevo, ella estaba presente en cada rincón. Recordar su preciosa sonrisa hizo que un extraño sentimiento se instalara perturbador en su estómago. ¿Qué le ocurría?, ¿por qué no paraba de verla en todas partes? Sabía que no tenía sentido torturarse con aquella historia del pasado, fue una bonita visión, pero solo era eso, una ilusión del pasado. No debía traerlo de nuevo a su vida.

De pronto, vio que Amalí se dirigía como una flecha hacia los monos, con su pequeño oso entre las manos. Al instante, abandonó su momento de profunda debilidad y echó a correr en dirección a la niña. Aquellos animales alocados no eran de fiar, los había visto hacer demasiadas diabluras a los turistas.

—¡No te acerques! —gritó asustado al ver que apenas faltaban unos centímetros para que la cría tocara a uno de ellos.

—Papi, ¿qué pasa? —preguntó acongojada en el preciso instante que Sergio la cogía con urgencia entre sus brazos.

—Nada mi amor, pero no debes acercarte, pueden ser peligrosos, ¿de acuerdo? —advirtió con gesto serio, ante la mirada asustada de la chiquilla.

—¿Por qué no puedo acariciarlos?, si son monísimos. —contestó poniéndole ojitos.

«Monos monísimos, ingenioso», pensó divertido abrazando a la única chica que había logrado robarle el corazón. Lo de Ana lo consideraba más bien una obsesión, un sentimiento que no había logrado apartar de su cabeza.

Sin embargo, jamás le entregaría nada, ella no lo quería, se lo había dejado más que claro, traslúcido.

—Son monísimos, pero pueden hacerte daño. —aclaró insistiendo en la conveniencia de guardar las distancias— ¿De acuerdo señorita?

—De acuerdo señorito. —contestó haciendo que Sergio sonriera de nuevo, para después corregirla. Era pequeña, aún cometía algunos de aquellos fallos gramaticales que resultaban divertidos pronunciados con su charlatana media lengua.

En el comedor los chicos disfrutaban con todo lo que les rodeaba. Para ellos no solo el entorno era increíble y novedoso, también la exquisita y variada cantidad de comida que aparecía expuesta ante sus ojos. Todo era deslumbrante, mágico.

—Aquí debe vivir un mago de los buenos. —insinuó Rodrigo con los ojos fuera de sus órbitas. No hubiera podido imaginar algo así, ni en sus mejores sueños. Un comentario inocente e ingenuo que conmovió a Sergio. Aquel muchacho que ahora sonreía y observaba maravillado había sido golpeado hasta la saciedad por sus propios padres, aconsejados por el sabio brujo de su asentamiento. César le encontró con un hilo de vida en el cuerpo. Los padres se negaban a entregárselo, se habían propuesto sacar el mal de su cuerpo. Aquella fue la única vez que su compañero se saltó el protocolo, no consultó a nadie ni esperó a reunirse con él, se limitó a romper la jaula que habían construido para retenerle, le envolvió en una manta y le sacó de allí a punta de pistola. Solo tenían armas para casos extremos en los que pudieran verse atacados por algún animal, nunca habían pensado en la remota posibilidad de verse obligados a intimidar a nadie con ellas. A César le consoló pensar que se había protegido de bestias más peligrosas que cualquier animal. Aquellos desalmados no podían considerarse humanos.

Ahora, con dieciséis años, los ojos de Rodrigo brillaban rebosantes de vida. Cuando le recogieron no conocían su nombre y él era incapaz de pronunciarlo, por eso decidieron ponerle uno español y castellano, uno que sonara fuerte y rotundo, como sonaba Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

—Ve a por helados con Amalí, ¿quieres? —propuso Sergio pensando que probar algo así les parecería sublime, mágico.

—¿Helado? —se lanzó a preguntar Amalí que lo había escuchado, mientras Rodrigo miraba extrañado a Sergio.

—¿Veis aquel mueble rectangular? —Los niños asintieron con un movimiento de cabeza— Es una nevera llena de deliciosos helados.

A Rodrigo le costaba decidirse, aún le faltaba iniciativa, no solía desenvolverse solo en lugares públicos, siempre necesitaba que alguien fuera por delante. Pero Amalí, mucho más resuelta y atrevida, se levantó de un salto y dijo: —Sígueme, cobardica, probemos un helado.

Sergio soltó una enorme carcajada ante la ocurrente salida de su hija. «Menudo peligro va a tener la princesita», pensó encantado con la decisión que había tomado. Adoptarla había sido lo más sensato que había hecho en su vida.

—¿Sobornando con helados? —preguntó una voz aterciopelada, que Sergio reconoció al instante. Su estómago se contrajo e incapaz de girarse aguardó a que fuera ella quien se hiciera visible ante sus desconcertados ojos.

—De eso nada, solo les enseñaba uno de los placeres de la vida. — contestó sintiendo la garganta reseca. Por un momento pensó que sería incapaz de seguir hablando. No sabía por qué, pero estaba nervioso como un chiquillo.

—¿Placeres?, ¿no son demasiado pequeños para hablar de esos temas? — preguntó sentándose frente a él con una enorme sonrisa, que a Sergio le hizo suspirar por dentro. Estaba realmente preciosa.

—La vida está llena de pequeños placeres, incluso para los niños. El helado es uno de ellos, ¿no crees?

—Recuerdo uno de frutos del bosque que me gustó especialmente. — respondió haciendo que Sergio se revolviera en su silla. Tenerla frente a él le incomodaba, ¿o tal vez le encantaba? Habían sido muchas las veces que había fantaseado con la idea de volver a tenerla frente a él, había hecho infinitas especulaciones sobre cuál habría sido su reacción al volver a verla. Pero ahora era imposible decidir qué podía ser lo correcto. Sabía que lo más sensato era dejarlo estar, olvidarlo, pero el dictado de su corazón se había reactivado, y le pedía justo lo contrario.

—¡Papi, papi, es de chocolate, está riquísimo! —gritó Amalí entusiasmada, seguida de cerca por Rodrigo, que parecía satisfecho con su enorme helado de fresa.

Impresionada al haber escuchado aquella palabra, «papi», Ana se mantuvo expectante y guardó silencio. «¿Está casado?», pensó al calcular la edad que debía tener la pequeña. No había pasado tanto tiempo desde la última vez que se vieron.

Sergio, aunque se había percatado del desconcierto que aquello había ocasionado en ella, optó por callar y no aclarar nada, si le interesaba lo más mínimo debería ser ella quien preguntara.

—¡Hola!, me llamó Amalí, este es Rodrigo y el serrote que pone cara de enfado es el grandullón de mi papi. —soltó de carrerilla la pequeña, dejando boquiabierta a Ana, que no salía de su asombro— Eres muy guapa, ¿cómo te llamas?

Conmocionada sacudió la cabeza y contestó con rapidez: —Ana.

—Bonito nombre, mi papi siempre dice...

—Déjalo ya, renacuaja. —cortó Sergio al percatarse de que la curiosidad de su pequeña era insaciable. Si continuaba así terminaría desnudándole ante ella.

—¡Jo papi, yo quería...!

—Vale, vale princesa, termínate el helado y sal un rato a jugar. —interrumpió de nuevo, temiendo lo que pudiera salir de la boca de aquella indiscreta muñequita. Con la mano llamó a Jorge, que comía junto a otros niños en la mesa de al lado.

Sospechando lo que ocurría, Jorge se apresuró a llegar hasta ellos.

—Chicos, ¿os parece si investigamos un rato por el hotel? —propuso dibujando una enorme y cómplice sonrisa, que atrajo la atención de Amalí.

—¿Investigar?, ¿cómo en los libros de Indiana Jones que papi nos lee?

Sergio sonrió y agachó la cabeza. Y por primera vez, aunque decepcionada, Ana se emocionó al ver la adoración que existía entre padre e hija, sin duda era mutua. Sergio era un buen padre.

—¡Eso es! —contestó Jorge cogiendo a la niña en brazos para elevarla por los aires. Amalí gritó al sentir el cosquilleo en su estómago mientras subía y bajaba una y otra vez. Era como volar, le encantaba.

—¡Vamos Rodrigo, encontraremos el tesoro! —El muchacho resignado y poco convencido les siguió sin rechistar. Si había un chico obediente y ejemplar, ese era Rodrigo.

Sergio lanzó un beso a su princesa y ella hizo como si lo atrapara y se lo plantó con efusividad en la mejilla, igual que hacía cada noche cuando su padre le lanzaba un último beso de buenas noches desde la puerta. Respiró aliviado al saber que tendría unos minutos de calma. Estaban en buenas manos.

—¿Estás casado? —preguntó Ana con recelo.

Aquella pregunta le trajo de vuelta a la realidad. La mujer con la que no

había podido dejar de soñar estaba de nuevo allí, a su lado, y al parecer sí pretendía obtener algunas respuestas. Satisfecho al percibir su interés, la miró con sus penetrantes ojos verdes y dijo: —No, nunca he estado casado.

—Entonces...

—Amalí es mi hija adoptiva. —aclaró queriendo atajar cuanto antes todas las posibles conjeturas.

Ana suspiró sin ningún disimulo, un gesto que sin saber por qué, avivó las esperanzas de Sergio.

—Lo siento, pensé que... —trató de aclarar inquieta por lo que pudiera pensar.

—Lo sé, tranquila, no eres la primera que lo piensa.

—Entonces, puede decirse que eres una especie de padre soltero. —comentó Ana sin pensar. Al instante se arrepintió, ¿porque había dicho eso?

—Bueno, más que una especie me gusta considerarme un padre que aprende día a día de esta maravillosa locura.

—Perdona mi torpeza. —insistió Ana, cada vez más colorada. ¿Por qué se comportaba de aquella manera tan absurda?

—Deja de pedir perdón, los amigos se aceptan con sus defectos y virtudes.

Sergio volvió a dedicarle una de sus sublimes sonrisas, aunque en esta ocasión fue Ana quien no halló motivo de risas.

«¿Amiga?», pensó contrariada. Le había echado de menos más que a nadie en su vida. No tenía por qué estar allí, por fin había alguien por debajo de ella, una persona que se encargaba de aquellas superficiales reuniones que tanto detestaba. Pero ella regresaba de vez en cuando, con la única esperanza de volver a encontrarlo.

—Es increíble lo que has hecho, sigo tus pasos a través de las redes y no dejo de sorprenderme. —confesó Ana admirada por el hombre en que se había convertido.

—Todavía nos queda mucho camino por recorrer. Hemos comenzado a programar la apertura de un nuevo centro en Latinoamérica.

—También estoy enterada. Eso lo hace aún más increíble. —alabó orgullosa por su brillante trayectoria. No solo había fundado un centro psiquiátrico, sino que ya tenía otro en proyecto— Lo que no sabía es que fundabas auténticas familias.

—Las personas que llegan a nuestra casa no deben ver simplemente un centro psiquiátrico que les abre sus puertas. Nuestra intención es que tengan la

familia que nunca tuvieron y sientan el cariño que les fue negado.

—Parece que lo estás consiguiendo. —dijo Ana sonriendo al ver como Amalí perseguía a una de las cebras.

—Eso espero. A veces es difícil.

—Ya imagino.

—Todos son casos extremos. Llegan a nosotros destrozados física y mentalmente. A menudo, nos cuesta que confíen. Nos negamos a emplear métodos de sujeción como camisas de fuerza o correas en la cama, y eso hace que debamos duplicar las atenciones y vigilancia en los primeros días.

—¿Y qué hacéis cuando os encontráis con alguna persona que reacciona de forma violenta ante vosotros? —preguntó Ana cada vez más interesada por lo innovador de sus métodos.

—Hemos acolchado un par de habitaciones para que no puedan hacerse daño. Eso sí, el techo está abierto. Me niego a que no puedan ver las estrellas. Hasta el momento nadie ha pasado en ella más de dos días, el tiempo necesario para ganarnos su confianza. Después continuamos con el diagnóstico y procedimiento habitual.

—Me encantaría ver como trabajas. —confesó, incapaz de enmascarar el profundo interés que sentía.

—No trabajamos, convivimos. Cuando llega un nuevo miembro todos nos unimos en la lucha por recuperarlo, independientemente de que cada uno deba cumplir de forma disciplinada con la medicación pautada.

—Me encantaron las habitaciones repletas de luz y color. Has creado un hogar, realmente no tiene nada que ver con un Hospital psiquiátrico.

—Siempre quise zonas de esparcimiento y libertad. Lo considero crucial para su recuperación. No puedes encerrar a un corazón herido, la cicatriz se hará aún más profunda.

Ana suspiró ante tan sentida revelación, y Sergio no pudo evitar fijarse en la forma que tenía de observarle.

—Y no viste nada. —continuó nervioso al sentir su penetrante mirada— Después dejamos que cada persona que se unía a nosotros plasmase su personalidad en las paredes. El resultado ha sido increíble, entre los colores vivos destacan relucientes los árboles de Abu, las nubes de Amalí, los pájaros de Rodrigo..., te encantaría.

—Me gustará ir a verlo cuando me invites. —dejó escapar inclinándose hacia él de forma sugerente. Algo que sorprendió a Sergio, que, aunque

hubiera deseado besarla sin pensar en el desenlace, recordó la presencia de aquel indeseable que le acompañaba el día de la inauguración. Aquella imagen le puso fácil poder actuar con indiferencia hacia aquella debilidad que por primera vez se insinuaba ante él sin recato.

—¿Y tu trabajo, como lo llevas? —cambió de tema con rapidez. Si ahora era ella quien mostraba interés, él no estaba dispuesto a sucumbir ante su flamante figura como un novato adolescente.

—Seguimos trabajando sin descanso. Cada vez son más los necesitados y menos los recursos. Nada parece suficiente y la impotencia se extiende entre los que tratamos de ayudarles.

—Siento oír eso. Si hay algo en lo que pueda ayudarte no dudes...

Pero no le dejó terminar, su desaire le había afectado más de lo que jamás sería capaz de admitir. Había tenido tiempo de reflexionar sobre sus propios errores, se había torturado buscando el sentido a la forma que tuvo de alejarle de su vida y había pasado innumerables noches en vela, cavilando la manera de traerle de nuevo a su vida. Por eso contestó orgullosa: —No te preocupes, nos arreglaremos.

Lo que Ana no sabía era la necesidad que tenía Sergio de protegerla, aquel sentimiento se había visto afianzado con su dura ausencia. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, aunque estuviera hablando su orgullo herido.

—¡Papi, papi, me he hecho una pupita! —gritó Amalí llegando hasta él con lágrimas en los ojos— Sergio se levantó alarmado, temiendo que alguno de aquellos animales pudiera haber hecho algo a su pequeña.

—¿Qué te ha pasado mi amor? —preguntó agachándose junto a ella— La niña extendió el dedo meñique hacia él. Quería que viese su tiritita.

—Tranquilo, no es nada. —dijo una voz a su espalda. Era Jorge que seguía de cerca a la niña— Se ha empeñado en tirarse por el tobogán de mayores y se ha rozado al bajar.

—Pero mi chica es la más valiente, ¿verdad princesa? —dijo abrazándola con mimo. Amalí se refugió en los fuertes brazos de su padre. Sergio era su Superman particular, su héroe.

Ana, que también se había levantado alarmada por los sollozos de la pequeña, observaba conmovida la tierna escena. Ver como actuaba con aquella preciosa muñequita no hacía más que incrementar su anhelo por verse mecida entre aquellos fuertes y seguros brazos. «¡Quién fuera ella!», pensó sorprendiéndose a sí misma.

—¿Te parece si vamos un ratito a descansar a tu cama de princesa? — preguntó Sergio a su hija, tras lograr recuperar el aliento.

—Vale papi, pero tú duermes conmigo la siesta, ¿Vale?

Ana puso los ojos en blanco. De nuevo le invadía aquel pensamiento. «¡Qué fácil lo tiene la mocosa!», pensó divertida.

—Está bien, pero nada de cosquillas y juegos, que ya nos conocemos.

La pequeña sonrió con picardía.

—Bueno Ana. —dijo volviéndose hacia ella— Me ha gustado volver a verte, pero el deber reclama a esta especie de padre.

—Lo entiendo. —contestó contrariada por su sarcasmo y por saber que de nuevo se marchaba de su lado— ¿Estaréis aquí muchos días? —preguntó ansiosa por saber el tiempo que le quedaba para tratar de forzar un nuevo encuentro.

—Nos marchamos antes de que anochezca. Iremos a visitar las cataratas y después pondremos rumbo a casa. —contestó dibujando la decepción en el rostro de Ana. Deseaba tener más tiempo, necesitaba lograr enmendar cada una de sus torpezas.

—Pasadlo bien. —dijo agachando la cabeza.

—Ven con nosotros. —sugirió Amalí, mirándola fascinada. Aquella mujer le parecía un verdadero ángel, apenas era capaz de recordar la cara de su madre y pensó que debía ser tan hermosa como ella— ¡Papi, papi!, ¿puede venir? —pidió entusiasmada.

—Hija, Ana tiene cosas importantes que hacer, no puede perder el tiempo con nosotros. —aclaró Sergio sin ni siquiera mirarla, centrándose de lleno en los suplicantes ojos de su niña. Amalí miró de nuevo hacia Ana y poniendo morritos, dijo:

—Por favoor, ven con nosotros, será diver.

Ana dudó un instante la conveniencia de hacer aquello, pero finalmente y por primera vez en muchísimo tiempo, dejó que fuera su corazón aletargado el que decidiera.

—Será un placer ver las cataratas con vosotros. —anunció acariciando la barbilla de la pequeña, que aplaudió pletórica, mientras su padre parpadeaba por lo inesperado de la respuesta.

—Entonces, nos vemos a las cinco en recepción. —dijo Sergio encontrándose con los azulados ojos de ella. De nuevo, estaba allí, aquel océano en el que no le importaría perderse.

Rompiendo el silencio

Caminaban el uno junto al otro, mientras Amalí revoloteaba alrededor de ellos, lanzando hojas y pétalos de flores que había recogido por el camino.

No encontraban las palabras adecuadas, ninguno de los dos reunía el valor para romper el incómodo silencio. Ana temblaba de pies a cabeza, mientras Sergio disfrutaba recordando la otra ocasión en que atravesaron aquel grandioso puente. Nunca fue capaz de olvidar aquel beso.

—Para un poquito, cariño, nos estás poniendo perdidos. —pidió Sergio retirándose unas hojas del pelo.

—¡Jo papi!, es como en el cuento de la Cenicienta. Se casan y los invitados les tiran flores. —Sergio soltó una carcajada. Ya imaginaba por donde iban las intenciones de su hija, siempre había sido una pequeña y romántica alcahueta.

—¿Te gusta la Cenicienta? —preguntó Ana sorprendiendo a Sergio.

—¡Me encanta!, es la mejor de las princesas.

—Pues, ¿sabes?, de niña también era mi favorita. Tú me recuerdas a ella. —La niña sonrió encantada.

—¿Tu mamá te leía el cuento? —preguntó Amalí emocionada por aquel descubrimiento.

—No, la verdad es que me lo leía mi papá, mi mamá trabajaba muchas horas. —Sergio le agradeció aquel detalle con una dulce mirada. Amalí había tardado en dejar de preguntar por su madre, y aquel gesto de Ana tratando de empatizar con ella, a Sergio le llegó al corazón. Por primera vez en aquellos últimos años, fue capaz de mirarla sin los ojos del rencor— Recuerdo que tenía su vestido y unos tacones que lucían al chocarlos. —recordó dejando a la cría boquiabierta.

—¡Qué suerte, papi!, yo también los quiero. —protestó poniendo los bracitos en jarras.

Ana, temiendo haber metido la pata con aquel comentario, se apresuró a

decir:

—Aquí es difícil encontrar algo así. —La niña no tardó en dibujar la decepción en su bonito rostro— Pero te prometo que si lo encuentro en alguno de mis viajes a casa, lo traeré para ti. Ya va siendo hora de que otra princesa lo luzca.

El rostro de la pequeña volvió a iluminarse, ilusionada con la idea de que llegara ese momento.

—Gracias Ana, tu sí que me entiendes. —soltó Amalí con un tono que la enterneció. Sergio tampoco pudo evitar mirar con deleite aquella traviesa carita que le tenía cautivado.

—¡Mira, Sergio, es precioso! —gritó Rodrigo emocionado al verse ante las imponentes cataratas. Ni siquiera se habían percatado de que estaban ante ellas. Estaban tan cautivados por los encantos de la niña, que no habían reparado en la humedad que comenzaba a empaparles.

—¡A refrescarse! —gritó Jorge llamándoles a su lado— Pero tened cuidado, no quiero tener que tirarme detrás de ninguno.

—¿Puedo ir? —preguntó Amalí muerta de impaciencia.

—Sí, pero sin carreras. —indicó Sergio, a la vez que llamaba la atención de Jorge con la mano— ¡Cuidado, compañero, te mando a la tranquilita!

Jorge asintió levantando el pulgar. Sabía muy bien lo que significaba aquello, no debía perderla de vista. Ambos conocían sus pequeñas y peligrosas ocurrencias. Aprovechaba el más mínimo despiste para organizar increíbles travesuras. En resumen, tenía un rostro angelical, pero era realmente temible.

El eco de las risas de todos los que habían asistido a la excursión pudo oírse en las cataratas. Se estaban divirtiendo como nunca antes lo habían hecho, para los niños era una experiencia inolvidable. Ante ellos se habría un nuevo horizonte de sensaciones. Sentir el frescor en la cara era reconfortante, pero el verdadero espectáculo era contemplar la grandiosidad de la estampa. El agua fluyendo incesante, como si fuera eterna. La espuma naciendo al chocar el agua contra las rocas.

—Me encanta este lugar. —confesó Sergio para disipar el incómodo silencio que se había creado de nuevo entre ellos.

Ana sorprendida por su repentina cercanía, contestó:

—Es la belleza sin adornos, en estado puro. La naturaleza hace su perfecto trabajo y nosotros solo tenemos que contemplarlo y deleitarnos con su

maravillosa y radiante armonía.

Sergio la escuchó con deleite. El aterciopelado tono de su voz siempre había logrado desarmarlo. La observaba como el que mira un paisaje perfecto, en el que no cambiaría absolutamente nada. Pero los celos seguían muy presentes en su corazón, que latía agitado por saber qué tipo de relación le unía a ese médico que le resultaba sumamente desagradable y mezquino. Sin poder frenar su impulso, preguntó:

—¿Todo bien con tu novio? —Al instante se arrepintió de haber dicho aquello. Con su torpeza había derribado su fría y distante apariencia. ¿Cómo justificar su interés al respecto?

Ana sorprendida por la directa e inesperada salida de este, se detuvo a pensar confundida. ¿A quién se refería? Desde que estaba en África no había tenido tiempo para romances, nada más allá del inocente flirteo y beso que compartió con Sergio. Impaciente por averiguar el porqué de aquella descarada insinuación, contestó:

—No sé a quién te refieres. Antes de venirme corté con mi última pareja, David, y desde entonces no he tenido tiempo para compartir momentos con nadie especial, mucho menos mi vida.

—Sabes a quien me refiero, estabais muy agarraditos en la inauguración de mi centro. —insistió esperando escuchar la respuesta que tanto había temido.

—Imagino que hablas de Andrés, pero permite que te corrija. No puedes estar más equivocado, él es mi...

—No tienes que darme explicaciones. —interrumpió pesaroso por haberse delatado ante ella.

Ana deseó aclararle aquel punto, sabía lo que estaba pensando, pero su rotundidad al no dejarla terminar, la llevó a dilatar aquel mal entendido en el tiempo, quizá así aprendiera a no darlo todo por sentado.

—¡Papi, papi, me he bañado! —gritó Amalí, trayéndoles de regreso al mundo real, que agonizaba ante sus furtivos y frustrados deseos. Ambos se giraron y vieron a la niña calada hasta los huesos, parecía un cachorrillo después de darse un chapuzón.

—¡Serás diablillo!, pero, ¿tú te has visto? —dijo Sergio poco sorprendido. Las travesuras de su hija se habían convertido en algo cotidiano.

Amalí sonrió entre dientes, mientras escurría con maestría su empapada camiseta. Conocía el temperamento de su padre y aguardaba la reprimenda resignada.

—¡No te enfades, papi! —dijo Ana, con sorna— Sabes que es parte del ritual, nadie puede venir a conocer a la preciosa Victoria y marcharse sin refrescarse en ella. Sería como entrar en una tienda de golosinas y salir sin caramelos.

La cría sonrió al ver que Ana le guiñaba un ojo. Un gesto de complicidad que a Sergio le dejó sin aliento. Aquella muchacha parecía tener a su hija tan hechizada como a él mismo. Y lo cierto era que no podía culparla, por algún motivo era irresistible.

—No me enfado, cariño, es que no quiero que pilles un resfriado. Todavía recuerdo el último. —aclaró tratando de no parecer un tirano sin corazón.

—Pues se acabó el problema. —anunció Ana quitándose la pequeña mochila que llevaba a la espalda, para comenzar a rebuscar en ella— Creo que llevo un par de camisetas de la última campaña que hicimos.

En cuestión de segundos Ana superponía una camiseta sobre los hombros de Amalí.

—Te valdrá, es una talla S. —puntualizó Ana, ante la mirada incrédula de Sergio. —Parecerá un vestido, pero estarás sequita.

— ¿Talla S? —preguntó Amalí curiosa, deseando saber si aquello era cosa de mayores.

—Verás, significa que dentro de las tallas de adulto es la más pequeña. —aclaró Sergio sin dar rodeos. Cuando su hija buscaba respuestas era mejor no andarse por las ramas, al menos dentro de lo razonable.

Amalí levantó los brazos para que su padre le pusiera la camiseta. Al instante, soltaba escandalosas carcajadas, mientras decía:

—¡Mirad, parece que no tengo piernas!

Ambos sonrieron. Era imposible no hacerlo. La niña era capaz de llevar la luz a un mundo de tinieblas.

Después, Amalí se unió al resto del grupo. No estaba dispuesta a dejar de jugar.

En silencio, Sergio disfrutó de las risas de aquel grupo de personas que renacían de nuevo, con un prometedor comienzo, sin prejuicios ni torturas. Mientras los ojos de Ana resplandecían de orgullo y satisfacción. Sergio era un profesional ejemplar, pero también un gran ser humano, algo mucho más valioso, al menos para ella.

Saciados de la sublime visión, regresaron al hotel. Debían marcharse si no querían faltar a la promesa que habían hecho a los que aguardaban en casa.

Pero antes, Sergio se había propuesto que todos se dieran una ducha, refrescarse podía ayudarles a soportar el viaje de regreso.

—Ha sido un placer volver a verte. —declaró Sergio volviéndose hacia Ana, mientras Jorge acompañaba a los más pequeños hasta sus habitaciones.

—Lo mismo digo. Espero poder visitar vuestra casa algún día.

Sergio asintió encantado al oír aquella palabra, casa era como lo llamaban. Era el hogar de todos ellos y ella parecía haberlo entendido. No obstante, aunque su primer impulso fue invitarla formalmente, se contuvo. El recuerdo de sus excusas y negativas le abordaron de nuevo. No debía formarse falsas esperanzas. Era un juego perdido sin remedio, incluso antes de dar comienzo.

Su absoluto y mordaz mutismo hizo que el arrojó inicial de Ana se frustrara. Estaba arrepentida, pero... ¿qué podía hacer para hacérselo saber?, ¿cuánto más debería humillarse?

—Será mejor que ayude a Jorge. —dijo Sergio mirando hacia el ascensor. Amalí se negaba a subir. No iría a ninguna parte sin su padre.

—Sí, será mejor. —afirmó Ana, sabiendo perfectamente que la situación requería de su presencia.

Sin más, Sergio comenzó a caminar hacia el ascensor donde su hija había comenzado una de sus particulares pataletas arrastrándose por los suelos.

Ana vio pesarosa como Sergio levantaba con maestría a la pequeña del suelo, para abrazarla y besarla encantado. Hubiera pagado cualquier precio por tenerle precisamente donde ella le tenía, comiendo de su pequeña mano.

No digas adiós

La puerta de Ana sonó con insistencia. Sobresaltada se puso el albornoz blanco, que había dejado apoyado en el lavabo y corrió hacia la puerta. ¿Quién podía ser a esas horas? Era una mujer valiente y de recursos, pero cuando iba a girar el manillar la duda se apoderó de ella. ¿Y si era algún extraño con malas intenciones?

—¿Quién es? —preguntó con el corazón en un puño. Al principio no escuchó nada, solo un pequeño carraspeo sin dueño. Pero cuando insistió de nuevo, una voz quebrada y ronca contestó:

—Soy Sergio.

Sobrecogida por la emoción de pensar que estaba al otro lado, Ana se miró en el pequeño espejo de la entrada. —«¡Dios mío, estoy horrorosa, que pelos!», pensó abriendo de un fuerte golpe la puerta del armario. Necesitaba algo atractivo que ponerse, algo que pusiera de manifiesto mediante luces y colores lo que ella era incapaz de decir con palabras.

—Un segundo. —gritó temiendo que Sergio pudiera marcharse.

Rápidamente se decantó por un elegante vestido de seda verde manzana, de corte griego y con un precioso adorno de brillantes en la cintura. Era elegante y sutil, pero a la vez atractivo. Le otorgaba un toque sexy que no solía derrochar a menudo. Recogió su pelo rubio en una coleta alta y tras calzarse unas cómodas y vistosas sandalias plateadas, se dirigió con decisión hacia la puerta.

Cuando abrió, Sergio deambulaba de un lado a otro del pasillo. Parecía nervioso, al menos, como ella.

Ana se apoyó con torpeza en el canto de la puerta, tanto fue así, que, al cruzar una pierna sobre la otra, a punto estuvo de dar de bruces contra el suelo. Era incapaz de articular palabra, como si alguien hubiera agarrado con fuerza sus cuerdas vocales para tirar de ellas.

Sergio llegó hasta ella mirándola con descaro a los ojos y se precipitó con

delirio contra sus carnosos labios, para tomar con adoración lo que había probado y soñado reencontrar durante tanto tiempo.

Ana, acalorada, se sentía en una nube. De pronto, supo que su pie derecho se elevaba, como si emulara una postura de baile. Estaba perdida. Aquella era la confirmación de su flaqueza, de su rendición total e incondicional ante aquellos sublimes brazos. Nadie besaba como él, nadie lograba estremecerla por dentro y derretirla por fuera.

Ana, perdiendo cualquier atisbo cedido a la razón, le hizo frente sin barreras ni pudores, degustando el cálido sabor de cada efímero e increíble rincón de su maravillosa boca. Aprisionada sin queja sobre el frío mármoleo que decoraba la pared de la entrada.

«Todo lo bueno dura poco», pensó decepcionada al percatarse de la distancia que Sergio propiciaba entre ambos. De pronto, estaba a la deriva, su brújula y su norte se habían esfumado, para dejar paso a una nueva sesión de confusión e indiferencia.

—Perdona, no he debido...

—Tranquilo, debe ser el influjo que ejerce África en sus intrusos.

—Solo he venido a despedirme, los niños me esperan en el hall. —dijo con frialdad, aunque su interior ardía como un volcán en llamas.

—Me alegro de haber coincidido con vosotros. —contestó apenada. En su interior deseaba ser capaz de suplicarle, pedirle que pasara aquella noche con ella. Pero sabía que era imposible, eran demasiadas las responsabilidades que habían contraído ambos.

—Lo mismo digo. Espero que volvamos a vernos algún día.

—¿Quién sabe?, puede que el destino vuelva a propiciar alguna breve coincidencia. —fantaseó esperando que, si así era, no fuera un encuentro fortuito, sino uno que por fin les concediera el tiempo que parecían demandar sus corazones— Espera. —pidió haciéndole un gesto con la mano— Tengo algo para Amalí, sé que es su cumpleaños.

De nuevo, Sergio se quedó atónito junto a la puerta, aquella mujer estaba en todo, era dulce y a la vez sumamente detallista. No había un solo instante en el que no sintiera unas ganas inmensas de besarla.

—Mira, le he pintado este dibujo para su habitación, me hubiera encantado comprarle algo, pero ya sabes que aquí...

—Es precioso, le encantará. —aseguró admirando el dibujo de Cenicienta que tenía ante sus ojos. Estaba pintado con todo lujo de detalles, como si en

cualquier momento la princesa fuera a salir del papel en busca de su zapato de cristal.

—Siempre me ha gustado dibujar, es algo que no me cuesta, me sale solo. Además, me relaja.

—Se nota, tienes talento. —apuntó dedicándole una sonrisa repleta de ternura.

—Bueno, lo dicho, espero volver a veros. —repitió incapaz de asumir la distancia que estaba a punto de imponerse entre ellos.

Al ver que Ana no se movía, fue él quien, tras dejar el regalo de Amalí en el suelo, se aproximó con paso decidido hacia ella, para cogerla con devoción por la cintura y atraerla hacia su cuerpo. Necesitaba, ansiaba llevarse aquel sensual e íntimo recuerdo consigo. Era imposible saber si volverían a verse, aunque ambos desearan que así fuera.

—Te echaré de menos, preciosa. —dejó escapar de su boca, mientras se alejaba lentamente de la única mujer que realmente le había importado.

Ana se quedó petrificada. En un principio no pudo manifestar reacción alguna. Aquel hombre, que la completaba como mujer y persona, le había dicho con voz profunda y dulce que iba a extrañarla. Era mucho más de lo que había soñado.

« Pero, ¿qué te pasa?», se preguntó al ver como doblaba la esquina del pasillo para desaparecer de su vida. De pronto, despertó, sacudió la cabeza incrédula ante su enorme e inexplicable torpeza, y echó a correr esperando poder darle alcance. Casi se habían cerrado las puertas del ascensor, cuando el pie de Ana se interpuso en su camino. Sus ojos se encontraron con la impresionante y gatuna mirada de Sergio, que tiró de ella y la introdujo en el ascensor para besarla, mientras este continuaba su agónico descenso hacia una inevitable e incierta despedida.

Perdieron la noción del tiempo. No sabían si bajaban o subían, ni siquiera si se movían. Disfrutaban deleitándose en la cercanía que ansiaban poseer y que pronto se desvanecería.

—¡Papi, papi!

Aquellos gritos rompieron el hechizo. Se separaron como si sus labios quemaran. Ante ellos estaba la pequeña Amalí, mirándoles con una sonrisa pícaro, que dejaba entrever lo que rondaba por su cabecita.

—Ya estoy aquí, cariño. —anunció acalorado, agachándose para coger a su hija— Toma, Ana ha dibujado esto para ti.

Sergio le entregó el dibujo de Cenicienta, y tal y como había profetizado, la cría se quedó con la boca abierta y los ojos fuera de sus órbitas, como si hubieran puesto en sus manos el mayor tesoro del mundo.

—¡Me encanta, es muy bonito! —gritó extendiendo los brazos hacia Ana, que al percatarse del reclamo de la niña, no dudó en acercarse para cogerla entre sus brazos.

—¡Como pesas! —observó Ana, despertando las risas de la pequeña.

—Es que ya tengo seis años, soy una mayor.

—Vamos listilla, no abuses de Ana. Le harás daño. —intervino Sergio, de nuevo emocionado por los sentimientos que despertaba aquella chiquilla en todos los que la rodeaban.

—Tranquilo, en realidad es una plumita. —susurró muy cerca de su oído, para después dedicarle un cómplice guiño.

—¿Vendrás a mi cumple? —preguntó de pronto Amalí, dejándoles perplejos— Será una fiesta de princesas, me encantaría que vinieras. Begoña hace las mejores tartas del mundo y me ha prometido que la de este año será preciosa.

Ana miró confusa a Sergio. Por nada quería dañar a la niña. ¿Cómo decirle que no sin enfadarla?

Al percatarse de su angustia, Sergio decidió echarle una mano.

—Verás preciosa, Ana tiene muchas cosas que hacer, hay mucha gente esperándola y si no va pueden regañarla.

Pero Amalí puso los brazos en jarras poco convencida y frunciendo el ceño dijo: —Lo que pasa es que tú no quieres invitarla. Es mi cumple y yo quiero que venga.

—Amor, a mí me parecería estupendo que nos acompañara. —aclaró despertando el entusiasmo de la pequeña— Es solo que no me gustaría que la riñesen, ¿lo entiendes?

Entonces, con todo el desparpajo del mundo, la pequeña se dirigió a Ana, que la sostenía pacientemente entre sus brazos, y dijo: —¿Si les pides permiso y te dejan, vendrás?

Nuevamente miró hacia Sergio. No quería mentirle, y aunque le parecía estupenda la idea de acompañarles, tras recibir un gesto afirmativo de él, prometió intentarlo.

Sin embargo, vio alejarse los coches con el dolor instalado en sus ojos profundamente azules y vidriosos. Odiaba la incertidumbre, la dura

posibilidad de no volver a verle martilleaba incesante su cansado corazón.

Un día inolvidable

—¡Que no cumple uno, que no cumple dos, que no cumple tres, que no cumple cuatro, que no cumple cinco, que cumple seiss! —Gritaban todos en el inmenso comedor de la casa, cuando la increíble tarta rosa de dos pisos entró por la puerta, cubierta de velas cantarinas y princesas. Begoña la dejó con cuidado frente a la niña, que se llevó las manos a la boca emocionada.

—¡Es la mejor tarta del mundo, están todas las princesas y hay un castillo rosa! —Observó emocionada, ante la cara de satisfacción de Begoña. Su reacción había sido la esperada.

—Pues claro, cariño. Begoña es la mejor repostera de todo el mundo. —Contestó Sergio, agradeciendo el detalle de su compañera con la mirada.

—Ha sido un placer, lo que sea por mi princesa. —Contestó la aludida, haciendo una cómica inclinación ante la niña que todos adoraban— Ahora tienes que soplar con todas tus fuerzas.

—Y no olvides pedir un gran deseo. —Puntualizó Abu colocándose junto a ella.

—Pero recuerda que solo puedes pensarlo. —Dijo su orgulloso padre, acercándose a ella para cogerla y sentarla en sus rodillas— Venga, ahora llegas mejor a la tarta. —La animó a la vez que le daba un dulce beso en la mejilla.

—Tranquilo papi, ya sé que si lo digo en alto no se cumplirá.

—Eso es, ahora... ¡soplaaa!

Con las luces apagadas y los aplausos y vítores de todos los que la querían, Amalí formuló su secreto y profundo deseo. Después, sopló con todas sus fuerzas. Deseaba que se cumpliera, por ella y por su padre.

—¿Qué has pedido cielo? —Preguntó Jorge revolviendo con cariño su rizado y oscuro pelo.

—¡No seas tramposo, no pienso caer!

—¡Está bien, está bien, jolín con la princesa! —exclamó divertido al ver el carácter de aquella que no levantaba un palmo del suelo.

—¡No chinces a la damita! —intervino César, que llegaba hasta ellos con un inmenso regalo en las manos. Dio un rápido beso en los labios a Begoña y

después dejó sobre la mesa la inmensa caja, que la niña analizaba con impaciencia.

—¿Es para mí, es para mí? —preguntó inquieta levantándose de las piernas de su padre.

—No, es para mí. —contestó Jorge, abrazándose cómicamente a la caja.

—¡Quita pesado! —pidió Cesar propinándole un empujón, con el que este fingió caer de forma estrepitosa al suelo, despertando las carcajadas de todos.

—¡Jooo, yo también quiero ser una princesa! —dijo aniñando la voz, haciendo que todos rieran de nuevo. Sin duda, Jorge era el payaso del grupo.

Cuando por fin puso sus pequeñas y regordetas manitas sobre el paquete, sus almendrados y dulces ojos resplandecieron soñadores. Sergio la contemplaba ensimismado. La casa y los que vivían en ella eran su gran logro, su obra, su sueño, pero aquella graciosa renacuaja le había devuelto la ilusión, las ganas de seguir disfrutando de la vida. ¿Cómo podía conceder tanto amor alguien tan pequeño?

—¿A qué esperas?, ábrelo ya. —Sugirió Sergio consciente del nerviosismo de su hija.

Amalí se abalanzó sobre la caja y con maestría se fue deshaciendo de los metros de papel y lazo rosa que la envolvían. Cuando por fin quedó al descubierto lo que contenía, la niña comenzó a gritar:

—¡Papi, es el castillo de Frozen que yo quería!

Sergio desconocía todo aquel mundo escarchado de princesas, que tenía deslumbrada a su hija. «¿Una princesa de hielo?», pensó el día que su hija se lo pidió. Sin dudarle un momento acudió a Sara, que, aunque no podía estar presente por motivos de trabajo, se encargó de que llegase puntual para un día tan señalado en la vida de su sobrina.

—Lo sé, cariño, me alegra que te guste. —dijo recibiendo un mar de abrazos y besos.

Poco después, mientras la pequeña jugaba emocionada con Abu al castillo, y el resto de niños jugaban a poner la cola al burro, Sergio cogió su teléfono y marcó el teléfono de su hermana.

—¿Qué tal exploradora? —preguntó feliz contemplando la alegría en el rostro de Amalí.

—Bien, todo en marcha. —contestó agitada. La había cogido en plena encrucijada— ¿Y mi bichito? —preguntó impaciente por conocer la reacción de su sobrina.

—Ha sido un éxito, hermanita. Está como loca. No sé qué haría sin ti, siempre logras llegar donde yo me pierdo.

—¡A ver llorón!, hay cosas que forman parte de nuestro particular mundo de chicas, y aunque quisieras no podrías llegar. —contestó entre risas.

—Pues, sea cual sea el motivo, gracias. —insistió Sergio. Para él que Sara llenara aquellas pequeñas lagunas, era importante. Y ver a su pequeña exultante de alegría era algo que le llenaba el alma.

—Solo siento no poder estar allí con vosotros. —lamentó pesarosa. Su tono de voz cambió al instante. No habían previsto aquel viaje, lo habían planeado para mucho más adelante, pero las circunstancias exigieron una intervención de urgencia, y allí estaba, en Puerto Rico. Una organización humanitaria había sabido de su trabajo como institución psiquiátrica en África, y les habían llamado para ponerles al corriente de un caso que les había dejado tremendamente impactados. Aunque también habían previsto abrir una nueva casa en algún país de Sudamérica, de inmediato supieron que aquel caso no podía esperar. Fueron incapaces de mirar hacia otro lado. Era otro candidato perfecto para formar parte de su más que enorme y próspera familia.

—Lo sé. Amalí sabe que tus manos han hecho posible lo del precioso castillo, con el que ahora mismo está jugando. Está deseando abrazarte y hacerte un ataque de besos. Aunque siento decirte, que de momento he salido beneficiado del reparto de efusivos besazos sonoros y achuchones.

—¡Ayyyy, mi chica! —suspiró emocionada al recordarla. Nadie daba mejores besos sonoros que ella. Eran apoteósicos. Le hacían sentir como si flotara en el mismísimo cielo— Dale un millón de mi parte, estruendosos y chispeantes, como a ella le gustan.

—Tranquila, lo haré en cuanto pare de jugar un momento. A este paso dormiré agarrada al castillito.

—Pues déjala, hoy es su día.

—Lo sé, lo sé. ¿Qué te crees? Lleva todo el día haciendo que todos, absolutamente todos, hagamos su santa voluntad.

—¿Qué no conseguiré esa preciosa sonrisa?!

Sara sonreía completamente ensimismada. Recordar la cara redondita de aquella preciosidad hacía que olvidara todos sus males.

—Dime, ¿qué tal va todo? —Preguntó Sergio con un tono mucho más frío y serio. Sin duda el asunto lo exigía. Sara había viajado junto a Carlos y Jesús, otros dos médicos de la casa, para lograr rescatar, en el sentido más literal de

la palabra, a un hombre al que su familia había decidido sacrificar. Llevaba años encerrado en un pequeño y oscuro zulo, desde que con veinte años comenzara a oír voces. Nunca había tenido una actitud agresiva, simplemente, cuando confesó el mal que le acechaba, sus parientes cercanos decidieron que debía ser aislado, probablemente estaba poseído, endemoniado. Pero con el transcurso del tiempo, la ausencia de mejoría, les llevó a convencerse de que su cuerpo en esta vida ya estaba perdido, pero quizá pudieran salvar su alma encomendándola de alguna forma a través de ese sacrificio.

Por desgracia, eran muchos los supuestos sanadores, hechiceros, curanderos y más que dudosos sabios, encargados de meter este tipo de creencias y sugerencias en la cabeza y corazón de personas vulnerables, ignorantes y débiles.

—Se llama Braulio, ahora tiene cuarenta y seis años, y es un auténtico cielo. —informó emocionada por el éxito del rescate, como les gustaba llamarlo cuando se trataba de un caso complicado. Calificarlo así les hacía centrarse en la urgencia que requería, en la importancia de restar segundos a su lamentable agonía.

—¿Está con vosotros? —preguntó ansioso por conocer el desenlace.

—Sí, está justo a mi lado. Me has llamado en el preciso instante en que salíamos del pueblo.

Sergio cerró los ojos y respiró aliviado, mientras su rostro dibujaba una sonrisa triunfal. Cada rescate, cada logro, representaba la oportunidad de una nueva vida, el comienzo de algo que debió ser y por el contrario fue talado sin motivo, como el árbol que se desecha por no dar frutos.

—Es tranquilo y amigable. Aunque no puedo negarte que continúa tremendamente asustado. Se estremece con cualquier ruido, incluso con los baches del camino.

—¿Fue difícil? —quiso saber angustiado al conocer los múltiples impedimentos que solían encontrarse.

—Al principio, sí. Estaban convencidos de llevar a cabo su macabra locura. No les bastaba con que les quitásemos lo que consideraban un problema, querían completar su salvaje ritual de sangre.

—¡Pandilla de desgraciados! —condenó Sergio sin poder ocultar su ira. Después dibujó una forzada sonrisa, su hija pasaba cerca y no quería parecer enfadado.

—Cálmate y escucha. —pidió Sara. No quería que su hermano se alterara

por nada del mundo, aunque en ocasiones resultaba inevitable— Cuando Carlos les dijo que el caso de Braulio había salido en todos los canales y periódicos del mundo y que, si no le dejaban venir con nosotros, Naciones Unidas intervendría, firmaron más papeles de los que debían.

—¿Naciones Unidas Sra. Letrada? —Preguntó orgulloso del carácter luchador de su valiente hermana.

—Ya sabes pequeño, cuando me sale la vena de abogada soy temible. Y siempre es mejor tirar del pez más grande antes que del chico. ¿Para qué andarse por las ramas? Otra cosa te digo..., no sería ninguna locura contar con la intervención de Naciones Unidas. A todos los organismos y asociaciones deberían vincularles este tipo de casos.

—¡Eres mi heroína! —reconoció Sergio admirado— De mayor quiero ser como tú. —continuó con guasa entre relajadas carcajadas.

Sara resopló increíblemente aliviada, a su hermano solo quería darle alegrías. Aquella era una ocasión para celebrar, un nuevo miembro se uniría en breve a la familia.

—¿Cuándo regresáis? —quiso saber impaciente por tener a su hermana de nuevo sana y salva en casa.

—En un par de días me tenéis de nuevo allí dando guerra.

Sergio sacudió la cabeza y sonrió incrédulo. Aquella increíble mujer no parecía saber lo crucial que les resultaba su ayuda. Se empeñaba en infravalorar su trabajo.

—¡Papi, papi!, ¿es la tita? —intervino por fin Amalí, ansiosa por recuperar la atención de su padre.

—Sí, cariño, es tu tía. ¿Quieres decirle algo?

—¡Tita, tita, me encanta el castillo de Frozen!, ¿cuándo vendrás para jugar conmigo?

Sergio observó encantado la espontánea y fluida forma de hablar de su pequeña. Durante varios minutos Amalí endulzó los oídos de Sara con todo tipo de zalamerías y besos viajeros, como ella solía llamar a los que se envían en la distancia.

—Toma papi, dice que te pongas. —dijo la pequeña, entregándole el teléfono.

—Gracias cariño. Ve con los chicos. Me despido de tu tía y juego contigo.

—¡Chachi! —gritó en un perfecto español.

Sergio consideraba importante que la niña conservara su cultura y raíces.

Aquella era su tierra y siempre lo sería. Pero también le hacía ilusión viajar con ella a España. Estaba impaciente por presentársela al resto de su familia. Por eso, había insistido en integrarla en el grupo que aprendía español con Isaac, un voluntario de Madrid, que llegó hasta ellos sin apenas formación, pero con unas ganas inmensas de ayudar. Finalmente, con la ayuda de Mati, un nativo que le ayudaba con las traducciones, había logrado convertirse en un dedicado y apasionado profesor de español en la casa. Todos le adoraban, incluida Amalí, que se reía a carcajadas por los errores que cometía de vez en cuando.

—Sara, te dejo. Ya has escuchado a tu preciosa sobrina, me toca ponerme la tiara y mantener el tipo como un tío.

—Bueno machote, seguro que estás guapísimo y no te resta masculinidad. Te veo en unos días. Os quiero.

El teléfono se cortó de pronto y Sergio no pudo evitar preocuparse de nuevo. No se tranquilizaría hasta tenerla de regreso. Cada viaje era un riesgo y ambos lo sabían.

De pronto, la suave voz de Amalí le relajó. Aspiró profundamente y con una inmensa sonrisa caminó hacia ella.

—¿Dónde está mi princesa?!

El juego había dado comienzo.

Un inesperado regalo

La Navidad había llegado, era 24 de diciembre. Sergio y Sara habían hecho suyas las tradiciones de su madre, las que siempre lograron llenar sus vidas de ilusión y sueños.

Esa mañana todos estaban desbordados. Sara terminaba de colocar los adornos con Amalí, Abu y el resto de niños. César y Jorge sacaban bebidas y provisiones del sótano. Begoña daba los últimos retoques a una impresionante tarta de tres pisos, decorada con estrellas y simpáticos angelitos regordetes y sonrientes. Los demás trataban de ayudar en todo lo que podían. Nadie quería estar de brazos cruzados, todos querían aportar su particular granito de arena en un día tan señalado.

—Tranquila, Niara. —dijo Sergio, mientras le daba un calmante y un vaso de agua.

—Gracias doctor. —dijo la mujer con voz temblorosa y los ojos anegados en lágrimas.

—Las voces desaparecerán. —intervino de nuevo. Pretendía calmarla. Por desgracia sabía lo desesperante que podía resultar aquello. Escuchar algo incesante dentro de su cabeza, martilleante y profundo, era lo peor que le había pasado en su vida. El solo hecho de recordarlo le atormentaba.

Por desgracia, a veces el caso se resistía y algunos de los efectos de la enfermedad no remitían. En aquellas pocas, pero desafortunadas ocasiones, todo dependía en mayor medida de la fortaleza de la persona. Algunas eran capaces de vivir con ello, terminaban aceptándolo resignados, como el que vive con un sonido perturbador y constante instalado en su mente. Otros, por desgracia, elegían rendirse. El suicidio era algo demasiado presente en este tipo de enfermedades. Sin embargo, por fortuna, desde que Sergio había fundado su casa en Zimbabue no había tenido que lamentar ninguna pérdida, aunque sí un intento de huida por parte de Johari, una chica recién llegada que no terminaba de concederles su confianza. También una ingesta masiva de

pastillas por parte de Sharik, un muchacho inseguro y tímido, que en realidad tenía menos problemas de los que pensaba. Por fortuna también llegaron a tiempo en este último caso, y después de pasar por un doloroso lavado de estómago, el chico comenzó a valorar de distinta manera la vida.

—Vamos Niara, vayamos con el resto, te vendrá bien distraerte. Te encantará ver lo que estamos preparando.

La mujer le miró con gesto amargo y declinó su ofrecimiento con un simple movimiento de cabeza. Acto seguido se tumbó en la cama y le dio la espalda, adoptando una postura fetal, indefensa.

Sergio no insistió más. Conocía perfectamente aquella angustiada desidia. En muchas ocasiones se había derrumbado así, sin previo aviso. Simplemente necesitaba descansar y agradecía la paz que le brindaba la soledad. Bastante tenía con sus propios demonios, aquellos que no concedían tregua ni descanso.

—¿Cuál de mis niños quiere un poco de turrón de chocolate? —preguntó Braulio sonriente, sosteniendo una enorme bandeja. Su recuperación había sido impresionante. Habían bastado algunos antidepresivos y pastillas para lograrlo. En cuestión de semanas ya parecía un hombre nuevo, lleno de vida y dispuesto a ser útil allí donde se le requería. Sin darse cuenta, su entrega y derroche de amabilidad, le habían coronado como el abuelo de todos, o “el mejor yayo del mundo”, que era como Amalí solía llamarlo.

—¡Yo quiero! —Gritó Amalí desde lo alto de la escalera. Sara la sujetaba para que terminara de poner la estrella sobre la copa del enorme abeto.

—¡Estate quieta o nos caeremos con árbol y todo! —advirtió su tía, asustada al ver que la niña sacaba medio cuerpo fuera de la escalera.

—¡Te tengo princesita tragona! —anunció Sergio cogiéndola con fuerza, para alivio de su hermana. Había escuchado las voces en el pasillo y alarmado había corrido al imaginar la escena.

—Es oír chocolate y se olvida del resto del mundo. —Dijo Sara al ver correr a la niña hacia donde Braulio se había sentado.

Todos lo sabían, Amalí era la más golosa de la casa, y si se trataba de chocolate era capaz de cualquier cosa. Se hubiera lanzado sin dudarlo desde lo alto de la escalera, sobre todo, si era chocolate Shuchard, aquel que Sergio le había mostrado en un anuncio tiempo atrás, el delicioso turrón que Papá Noel sacaba de su saco en Navidad. Aquel chispeante crujido del maíz inflado, cubierto de chocolate, la volvía completamente loca.

—¿Y quién no? —Contestó Sergio levantando la ceja con gesto desafiante.

Al instante Sara supo sus intenciones. Entonces, Sergio le dio un empujón y echó a correr.

—¡Espera!, será...

Sara vio divertida a su hermano atravesando el salón entre saltitos y gritos de triunfo. Aquellas manifestaciones de alegría no dejaban de sorprenderla, las atesoraba y hacía recuento, como el que hace acopio de sus más valiosos recuerdos y tesoros.

—¡Braulio, yo también quiero! —pidió Sergio tratando de alcanzar la bandeja junto al resto de los niños.

—¡Papi, papi, que se gasta, que tú eres muy grande!

Sergio soltó una carcajada al ver el gesto de preocupación de su hija, que no dejaba de tirar de su pantalón. Sin duda, le veía como a una gigantesca amenaza.

Braulio, que siempre le miraba con ojos de gratitud, le dio un trocito de turrón y le guiñó un ojo. Entonces, Sergio fingió llevárselo a la boca. Por el rabillo del ojo pudo ver como la pequeña arrugaba la boca poniendo los brazos en jarras.

—¡Papi, eso no se hace, Braulio dijo pequeños y tú eres un mayor!

Divertido, Sergio se arrodillo ante su adorada princesa y poniendo ante sus ojos el trozo de turrón que Braulio le había dado, dijo: —Toma, cielo, solo quería coger un trocito más para ti.

La niña fue dibujando lentamente una de sus preciosas sonrisas y mirándole con ternura acarició su rostro y propuso: —Mira papi, sé lo mucho que te gustaba de pequeño, ¿te parece si lo compartimos? —Después lo partió con maestría y puso una de las partes frente a la boca de su encantado y sorprendido padre— ¡Eaaa, abre la boquita, que viene el avión! —Sergio obedeció hipnotizado. A continuación, la pequeña se comió la otra mitad, y al instante los dos rodaban por el suelo con los dientes cubiertos de aquel rico y entrañable manjar navideño.

—Es un encanto de niña. —destacó Sara ayudando a su hermano a levantarse del suelo, mientras Amalí regresaba junto al resto de los niños, que ahora jugaban al trenecito siguiendo a Braulio.

—Si llega a ser andaluza no me sale más salá. —Bromeó Sergio consciente del poderío de su hija.

—Ya te digo, nos tiene loquitos. —Secundó su hermana.

—¿Cuánto falta? —Preguntó Sergio impaciente.

—Tranquilo, deben estar al entrar por la puerta.

Aquella Navidad sus padres y hermanos se habían animado a viajar para estar junto a ellos. Por fin habían aceptado su invitación. Carlos y Jesús habían ido a recogerlos, mientras él trataba de enderezar sus casos más difíciles. Estaba nervioso, no por su llegada, sino por como pudieran comportarse ante aquel nuevo y desconocido mundo, y sobre todo, por como pudieran aceptar la adopción de Amalí. Aquella era su familia, su inmensa familia y para ellos pedía respeto y amor, lo que todos se habían profesado durante todo aquel tiempo. Le preocupaba la aptitud de Martín, dudaba de su capacidad para respetar todo lo que habían formado. Pero debería hacerlo, al menos si quería permanecer allí con ellos.

El timbre sonó. Sara y Sergio cruzaron una mirada de complicidad. Sergio respiró hondo y caminó hacia la puerta, con Amalí sujetando su pierna.

—¡Mira papi, soy tu pata de palo, como aquel pirata!

Abrió con un movimiento firme y enérgico. ¿Para qué dilatarlo más? Las cosas había que enfrentarlas, cuanto antes mejor.

—¡Hijo! —gritó su madre, lanzándose a sus brazos.

—Mamá, estás guapísima. —dijo tras besarla en la mejilla.

—Y tu delgadísimo, pero ya está aquí tu madre para prepararte un buen cocidito madrileño.

—¡Uhhh! —exclamó Sergio relamiéndose. Nadie cocinaba como ella.

—¡Haz sitio, sobona! —Dijo tras ella Martín. Como siempre tan bruto y ocurrente. De un salto se echó sobre Sergio y le abrazó con fuerza. Algo que le dejó extrañado. Martín había sido un experto en evasión, sobre todo durante su ingreso y posterior convalecencia. ¿A qué venía aquello?

«Será el espíritu navideño» pensó restándole importancia. Al fin y al cabo, Martín jamás cambiaría, era él, luego él y después él también.

A continuación, su padre le abrazó y besó con mimo. La difícil situación que habían vivido le había cambiado de alguna manera. Lejos quedaba el hombre exigente y duro que fue. Desconocía la forma de ayudar a su hijo, y eso le frustraba de una manera secreta, que incluso su mujer desconocía, pero allí estaba, feliz y dispuesto a continuar haciéndole sentir su amor y respeto.

La última en saludarle fue Elisa, visiblemente emocionada, le había extrañado. Era la parte soñadora y divertida de la familia, ella siempre había sabido despertarle una sonrisa en los malos momentos. Sergio la abrazó como si llevaran años sin verse. Sin duda, también la había echado de menos.

—¿Qué tal papaíto? —preguntó mirando a la niña que seguía agarrada a su pierna. Lo cierto era que todos se habían percatado de su presencia, pero por algún motivo, que Sergio desconocía, ninguno había sentido la mínima curiosidad por ella o, al menos, lo habían disimulado muy bien. Aquello en cierto modo le incomodó, ¿acaso no les hacía ilusión conocerla?

De nuevo se dejó llevar por el espíritu navideño, y queriendo pensar que habían preferido dejarle a él las presentaciones, recogió a su pequeña del suelo y mirándoles con ella en brazos dijo con orgullo: —Familia, os presento a mi hija Amalí.

La pequeña se refugió en el hombro de su padre. Normalmente era una niña extrovertida y ocurrente, pero ver como todos la observaban en silencio terminó por asustarla.

Sergio acarició su espalda para calmarla.

—Cariño, son los abuelos y los titos, ya habíamos hablado de ellos, ¿recuerdas? —Pero Amalí continuó inmóvil, exigiendo cobijo entre los brazos de su padre, que miraba atónito a su familia. Aquella no era la forma de actuar de su hija.

—No sé, no sé. —dijo Julia acercándose sigilosamente a la niña— Alguien nos había dicho que aquí vivía una pequeña y preciosa princesa a la que le encantaba recibir regalos, pero si nos hemos equivocado será mejor que nos vayamos.

De inmediato logró atraer la atención de la pequeña, que se giró muy despacio y comenzó a buscar con la mirada.

—Están en el coche. —intervino de nuevo Julia— Si me acompañas los traemos juntas y te ayudo a abrirlos, ¿qué te parece? —A continuación, extendió su mano en dirección a la niña.

Sergio la observaba en silencio, no quería forzarla, esperaba que fuera ella quien reaccionara y les concediera su confianza.

De pronto, Amalí extendió los brazos hacia la mujer que ahora se sentía abuela y, sin dudarle, la recibió encantada.

Tras aquellos tensos momentos de incertidumbre, Sergio se relajó y resopló con fuerza, a la vez que agradecía el gesto de su madre con una inmensa sonrisa, que a Julia le iluminó el alma, nada le hacía más feliz que ver dichoso a su hijo.

—¡Es preciosa, Sergio, una auténtica monada! —dijo Elisa abrazándole— Me encanta que por fin alguien me haya hecho tita.

—Preciosa y morenita. —apostilló Martín. Un comentario desafortunado que le hizo ganarse una mirada amenazante de Sergio y la desaprobación de su padre, que no dudó en reprenderle en ese preciso instante.

— Hijo, creo que tu comentario está completamente fuera de lugar.

—¿Qué esperabas? —intervino Sergio ofuscado— Por si no te habías dado cuenta estamos en África. Aquí los niños rubios y pelirrojos escasean— No obstante, decidió obviar su carácter mezquino e intolerante y de nuevo decidió no tomárselo a pecho. Por nada del mundo quería comenzar el encuentro con una disputa.

—Lo siento tío, no pretendía... —comenzó a disculparse torpemente.

—No pasa nada. —cortó Sergio— Os enseñaré el resto de la casa y vuestras habitaciones.

Mientras se adentraban en el salón, cientos de miradas curiosas se centraron en ellos.

—¿Qué opinas papá? —preguntó Sergio, apoyando la mano en el hombro de su padre. Algo que a Luis le gustó. Sergio lo desconocía, pero su padre había pasado infinidad de noches en vela reprochándose la dureza con que siempre le había tratado.

Pero Sergio era incapaz de albergar rencor en su pecho. No olvidaba la severidad con que Luis le había juzgado años atrás, pero en un momento dado había preferido perdonarle antes que condenarle. Quería disfrutar de aquel hombre más cariñoso y tolerante, el que ahora se desvivía por cuidarle.

—Todo lo que te hace feliz está bien para mí, hijo. —contestó dándole un suave cachete en la mejilla— Y si te interesa saberlo, te diré que me encanta la idea de que por fin una pequeña me llame abuelo.

Aquellas últimas palabras eran las que Sergio ansiaba escuchar. Satisfecho por la más que evidente aprobación de su padre, se giró para abrazarle.

Aquel mundo era nuevo para Luis, las muestras de afecto aún le costaban, pero día a día iba logrando superarlo. Encantado recibió el abrazo de su hijo, era otro pequeño paso hacia su objetivo, apoyarle en cada una de sus decisiones.

—¡Madre!, ¿tienes un hospital, o un hotel? —preguntó Martín con su típica indiscreción.

—¡Martín! —reprendió de nuevo su padre.

—Ni una cosa ni otra. —zanjó Sergio— Estás en mi casa y esta es mi gran familia.

Martín parpadeó y arrugó la frente. Para nada pensaba considerarse parte de aquel gallinero. Por mucho que su hermano se empeñara en llamarlo de otra manera para él no eran más que una pandilla de enfermos, de los que no quería saber nada.

—¿Familia?

—Cállate Martín. —trató de mediar Elisa, que hasta entonces se había mantenido en la sombra, avergonzada por las absurdas salidas de su hermano.

—Tranquila, Elisa. —dijo Sergio mirando con cariño a su hermana. Después se dirigió a su hermano con una mirada mucho más fría y una voz ronca y seca que pretendía dejar las cosas muy claras.

—Verás Martín, como te he dicho, esta es mi otra particular y especial familia. Cada una de estas personas tiene un rincón en mi corazón y no permitiré que trates de ofenderlas. Me resulta indiferente si quieres ser parte de ello, pero lo que sí quiero es tu respeto.

La claridad y rotundidad de sus palabras dejaron paralizado a Martín, que en cierto modo esperaba encontrarse con el ser débil y vulnerable que palidecía a su sombra en los últimos años. Sin embargo, aquel otro hombre, le superaba en palabras y acciones.

Martín se limitó a bajar la cabeza y todos dieron por concluido el tema.

Poco a poco Sergio les fue presentando al personal y a su inmensa familia, a excepción de aquellos que se encontraban indispuestos aquella noche, entre ellos Niara, a la que Sergio visitó de nuevo antes de comenzar la cena.

—¡Papi, papi! —gritó Amalí llegando hasta la habitación donde Sergio se despedía de Niara, tras dejarle una bandeja con la exquisita cena que habían preparado.

—Princesa, ¿no te he dicho mil veces que no me busques cuando sabes que estoy ayudando a alguien que está malito? —la reprendió de forma poco convincente.

—No se preocupe doctor. —pidió Niara. Sergio prefería que le llamaran por su nombre, pero algunas personas insistían en llamarle así y él lo respetaba— Me encanta ver su alegría, ¡es tan risueña!

—Risueña y descarada. —añadió Sergio revolviendo con dulzura el pelo rizado de su inquieta hija— A ver, ¿qué era tan importante como para no poder esperar? —preguntó cogiendo en brazos a la pequeña para marcharse— Buenas noches Niara, mañana temprano vendré a visitarte.

La mujer sonrió y se despidió de la niña con un simpático gesto de sus

manos.

—¡Papi, papi, el vestido de Cenicienta y los zapatos que tienen luces! —
contó con los ojos abiertos como platos.

—¿Eso te ha dado la abuela? —Preguntó sorprendido. No le había contado nada sobre los gustos de Amalí. «Vaya tino tiene la abuela». Pensó satisfecho por aquella oportuna coincidencia.

Pero entonces Amalí negó insistentemente con la cabeza y se lo aclaró, diciendo: —¡Que no papi, que ha sido Ana!

El corazón de Sergio dio un vuelco. Un calor abrasador azotó su cuerpo y como pudo alcanzó a preguntar: —¿Cómo has dicho?

—Ana está aquí. —A Sergio le bastó oír aquello. El resto de palabras atravesaron su mente, vacías, para perderse en la nada— Y me ha traído un traje de Cenicienta y unos zapatos igualitos que los que ella tenía cuando era pequeña.

No es que fuera el mejor momento. Tener a su familia en casa complicaba las cosas o al menos distorsionaba las fantasías que había formado en torno a ese esperado momento, el del reencuentro, el de Ana buscándole a él y no al contrario.

—¡Anda bichito, ve a jugar, enseguida estoy contigo! —exigió dándole un pequeño azote en el culete.

—¡Vale, papi!

Engarrotado y confuso como hacía tiempo que no lo estaba, Sergio se dirigió a su habitación, donde para bajar la tensión de su cuerpo, se dio una ducha. Después de ponerse un vaquero y una camisa azul oscura, que destacaba sus brazos y su espalda ancha, se dirigió al salón con decisión, nadie debía percibir la marejada que azotaba el interior de su cuerpo.

Ya en el pasillo pudo escuchar sus risas, su timbre dulce y aterciopelado, aquel que lograba ponerle el vello de punta.

Durante unos instantes nadie se percató de su presencia. La mayoría de los niños se arremolinaban alrededor de Ana y los adultos estaban encantados con la compañía de su familia. Así, apoyado en la pared, pudo contemplarla en la distancia. Su pelo rubio ondulado, sus profundos ojos oceánicos, sus carnosos labios... Derrochaba sensualidad vestida con aquel vestido palabra de honor en color rojo. Estaba sencillamente perfecta. Por un instante creyó que estaba en un sueño. Tenerla allí era demasiado, sublime.

Pero los sueños suelen durar poco. Eso pensó cuando se percató de que su

hija le había visualizado y se giraba para gritar:

—¡Papi, papi, está aquí!

De inmediato todos miraron en la misma dirección que la pequeña, todos excepto Ana, que tuvo que respirar profundamente antes de atreverse a hacerlo.

Su familia, que no había dejado de contemplar a la despampanante joven, preguntándose cuál sería su relación con Sergio, se sorprendió al ver aquella faceta de galán. A penas habían podido vivir sus amores de adolescencia.

Cuando sus ojos coincidieron ocurrió lo mismo que la vez anterior. De pronto, la sala estaba vacía. Ana podía sentir su perfume, su cercanía, mientras Sergio era capaz de sentir el suave tacto de su piel y la dulzura de sus labios. Parecían flotar en una ilusoria burbuja de nieve.

—¡Qué buen gusto tienes! —escuchó decir a su hermano, que le dio un fuerte golpe en la espalda, con el que despertó de aquel ensueño. El bullicio volvió a ser el centro de la sala.

De pronto, Amalí llegó hasta él y exigió rotunda: —¡Papi, ven conmigo, corre! —Después tiró del brazo de su padre con insistencia.

Sergio, aún trastornado por la inesperada visita de Ana, la siguió como un autómatas, mientras mantenía su propia lucha interna. Sentía la garganta reseca y su corazón latía a mil por hora, dos sensaciones que se incrementaban conforme se aproximaban a ella.

—Mira papi, es precioso, me lo voy a probar. —contó la pequeña mirando entusiasmada el vestido.

Ana se entretenía quitando las etiquetas del traje, sin levantar la mirada. No veía el momento de encontrarse con aquellos ojos que hacían girar todo su mundo, pero era incapaz de hallar las palabras que justificaran su presencia en la casa. ¿Qué podía contarle? Debía ser algo medianamente creíble y que a la vez no la mostrara ante sus ojos como una mujer desesperada.

—Hola Ana, me alegra volver a verte, ¿qué tal estás? —dijo Sergio tratando de salvar el incómodo silencio que se había instalado entre ellos.

Solo entonces Ana se dignó a mirarle, con las mejillas sonrojadas y el corazón a punto de salirse de su pecho.

—Bien, pasaba por aquí y ya ves... —argumentó abochornada. Las palabras fluían con dificultad de su garganta. Al instante se arrepintió de haber utilizado aquella torpe excusa. «Pensaré que soy tonta». Se dijo a sí misma. Entonces trató de enmendarlo diciendo: —Lo cierto es que la última vez que

nos vimos en el hotel y hablamos de lo mucho que le gustaba a tu hija la Cenicienta, recordé aquel disfraz olvidado que tenía en mi casa y cuando fui a Madrid lo busqué. Me decepcionó descubrir que mi madre los había regalado, pero tuve la suerte de localizarlos en la tienda Disney, apenas han cambiado.

Sergio asintió. Sin duda era un bonito detalle.

—¡Papi mira, los zapatos tienen luces! —gritó Amalí, tirando nuevamente de la mano de su padre para captar toda su atención.

—¡Me encantan, gracias Ana! —dijo la pequeña abrazándola con fuerza.

—De nada. Me alegra que te gusten. —respondió acariciando con dulzura la carita de la niña— Pero lo cierto es que ya me iba.

Ese anuncio hizo que Sergio sintiera una brutal sacudida en el pecho, como si un terremoto agitara cada parte de su cuerpo. ¿De nuevo aparecía en su vida para desvanecerse como el viento? Había sido paciente con aquel juego de sobrecogedores encuentros y fatales desencuentros, pero en esta ocasión no estaba dispuesto a consentirlo, al menos no sin intentarlo.

—De eso nada. —intervino Sergio.

Su rotundidad la dejó completamente descolocada. Normalmente Sergio se mostraba mucho más comedido, incluso distante.

—Cenarás con nosotros y te quedarás a celebrar la noche del árbol.

Ana se quedó petrificada e incapaz de oponer resistencia se limitó a aceptar con una candorosa sonrisa.

—¡Sí, sí, Ana se queda! —volvió a gritar la cría entusiasmada.

Compartieron una cena repleta de manjares, que los padres de Sergio se habían encargado de poner rumbo a España antes de que llegasen las fiestas. Cordero, pavo, marisco, jamón de bellota, polvorones, turrónes... Un sin fin de exquisiteces, que hicieron las delicias de adultos y niños. Habían dispuesto todas las mesas del inmenso comedor formando un enorme cuadrado. El abeto había quedado perfectamente ubicado en el centro, a modo de típico aderezo navideño. Cuando iban a sentarse, la enorme marejada humana y las exigencias de los niños, hicieron que Sergio y Ana terminaran separados. Podían verse, pero no escucharse. Ambos coincidieron al pensar que aquello constituía una enorme contrariedad, pero más tarde fueron capaces de sacar provecho a ese desafortunado inconveniente. Podían mirarse sin reparos ni pudores, podían contemplarse sin miedos ni reticencias. Así decidieron disfrutar de su particular espectáculo, mientras cientos de voces atravesaban sus oídos sin que apenas alcanzaran a escucharlas. Estaban en su particular

universo.

Ana disfrutó viendo el carácter extrovertido y jovial de Sergio. Sobre todo, le conmovía la forma que tenía de consentir y mimar a su inquieta hija. Resultaba adorable. De una forma extraña e ilógica envidiaba la suerte de aquella que era objeto de sus constantes atenciones. «¡Quien fuera Cenicienta!». Pensó suspirando, apoyada sobre la mesa.

—Te gusta, ¿verdad? —Preguntó la madre de Sergio, ocupando la silla que había quedado vacía junto a ella.

Ana la miró avergonzada, ¿tanto se notaba?

—¿A qué se refiere? —preguntó tratando de esquivar el tema.

—Vamos hija, ya tengo mis añitos. Que haya pasado mi época de amor tórrido y pasional no significa que no sea capaz de reconocerlo cuando lo veo.

—Se equivoca señora, su hijo y yo solo somos amigos. —contestó mirando de nuevo hacia Sergio, que en ese momento se levantaba para elevar a la pequeña por encima de sus hombros.

—¿Quién ha dicho nada de Sergio? —preguntó Julia volviendo a captar la atención de la chica.

Ana bajó la cabeza resignada. Sin duda aquella mujer era astuta. Había obtenido su respuesta sin que Ana tuviera que decir una sola palabra.

—Tranquila cariño, tu secreto está a salvo conmigo. Solo quería decirte que, si reconoces y admites el amor en tu pecho, adelante, pero si existe la mínima duda o reticencia en ti, por favor, aléjate cuanto antes. Sergio es de esas pocas personas que saben entregarse en cuerpo y alma, sin condiciones. Me pareces una buena chica, pero no quiero que vuelvan a hacerle daño.

Ana se limitó a asentir con un tímido parpadeo. Ella lo sabía mejor que nadie. Sabía que Sergio había sufrido una profunda decepción con su amor de juventud. Acababa de comprar un par de alianzas de oro cuando supo que el que consideraba el amor de su vida le había traicionado. Aquello le condujo a un abismo sentimental que terminó llevándole a frecuentar la compañía de amigos que habían cambiado, antiguos compañeros de recreo que le introdujeron en el mundo de las drogas y la bebida. Aquella mezcla explosiva sumada a la predisposición que Sergio pudiera tener, terminó por condenar su salud para siempre. Ahora, aunque prácticamente repuesto, debería seguir tomando su medicación el resto de su vida.

Estaba sumergida en sus propios pensamientos. Las palabras de Julia resonaban incesantes en su cabeza. ¿Y si llevaba razón, y si le hacía daño? De

pronto, Amalí saltó sobre su regazo sobresaltándola.

—¡Amalí, que susto me has dado!

—Vamos fuera, toca la fiesta del árbol.

Ana sintió curiosidad. ¿Qué fiesta podía girar en torno a un árbol? No obstante, decidió dejarse sorprender y dijo:

—Ve con Abu y el resto de tus amigos, voy al baño y enseguida me reúno con vosotros.

Abu cogió su mano y dijo con dulzura:

—Vamos, yo te llevo.

La niña besó la mejilla de Ana y se marchó con el muchacho sin dejar de mirar atrás.

Ana, que había perdido completamente de vista a Sergio, se adentró en la casa para tratar de encontrar el aseo.

Sergio, que escuchaba resignado las fanfarronadas de su hermano, observó como Ana abandonaba el salón. Temiendo que pudiera ser otra de sus escaramuzas, decidió seguirla.

—Martín, tengo que hablar un momento con Begoña. —dijo aprovechando que esta pasaba junto a ellos.

—Vale tío, te veo fuera. —dijo Martín siguiendo la oleada de personas que se dirigían al exterior de la casa.

Ana se miró al espejo, suspiró profundamente y dijo con determinación:

—No le haré daño. —Al menos, esa era su intención. Se había cansado de rehuirle con absurdos pretextos. Estaba agotada de seguir el camino contrario, el que nada tenía que ver con el que su corazón le dictaba. Sabía que Sergio había sufrido lo indecible y sabía que se había levantado de forma admirable. Por nada quería tirar por tierra su trabajo. Pero necesitaba darse la oportunidad, necesitaba comprobar si era capaz de permanecer en su vida sin causarle mal, sin hacerle daño.

Abrió la puerta decidida y altiva. Iba a girar a la derecha cuando escuchó decir:

—¿Huyes de nuevo?

Miró hacia el otro lado y allí estaba él, apoyado en la pared. Con aquella postura tan común, la que acentuaba cada músculo de su cuerpo.

Sorprendiéndose a sí misma, fue con determinación hacia él y le besó en los labios, dejando aflorar toda su pasión y sostenido deseo.

Sergio, aunque sorprendido por su inesperada reacción, la recibió

encantado. Descargo en sus labios besos prisioneros y la estrechó con la pasión que la recordaba cada noche. Sobraban las palabras. La nostalgia, la necesidad y el deseo formaban letras a través de sus cuerpos. Uno hablaba de amor y el otro respondía besando de forma más profunda e intensa.

Durante unos minutos, que ambos creyeron infinitamente perfectos, sus cuerpos se transmitieron toda la verdad que su voz había silenciado durante demasiado tiempo.

Escasamente se separaron para cambiar la postura de sus labios. Ninguno quería ser el primero en abandonar aquel idílico ensueño. Sin poder saberlo, coincidían en el mismo miedo, la incertidumbre, la duda de saber si tendrían la más mínima oportunidad tras aquel mágico momento.

Finalmente, fue Ana quien dio un paso atrás, turbada y acalorada por la intensidad de aquel momento, que tantas veces había esperado poder recrear.

—Yo lo... —No pudo seguir. Sergio la mandó callar poniendo con suavidad un dedo sobre sus labios.

—No lo estropeemos con excusas ni arrepentimientos, ¿de acuerdo?

Ella asintió, en el fondo agradecida porque la hubiera detenido a tiempo. Sin duda, hubiera truncado con sus miedos aquel maravilloso momento.

Sin poder evitarlo, la cogió instintivamente de la mano, para proponerle ir a reunirse con el resto para la fiesta del árbol. Los pequeños debían estar impacientes.

Incapaz de contener por más tiempo la curiosidad que la comía por dentro, y encantada al sentir que Sergio estrechaba con fuerza su mano, preguntó por fin:

—¿En qué consiste la fiesta del árbol?

Sergio, guiñándole un ojo con picardía, contestó:

—Para averiguarlo tendrás que acompañarme.

Encantada le siguió, sin poder dejar de admirar la perfecta unión que formaban sus manos.

El árbol del olvido

—¡Ya estamos todos! —gritó César al ver llegar a Sergio de la mano de Ana. Con el pulgar hacia arriba dio la orden a Jorge, que al instante pulsó el interruptor, ante la expectante mirada de todos.

De pronto, la oscura y profunda noche africana se vio superada por miles de blancas y parpadeantes luces, que iluminaban el increíble árbol milenario, en cuyo pie se encontraban apilados cientos de regalos envueltos con alegres papeles y lazos. Todos comenzaron a aplaudir entusiasmados, mientras Sergio disfrutaba viendo iluminarse los ojos de todos aquellos que un día no podían ver.

Poco a poco fueron formando dos filas inmensas alrededor del árbol.

Ana observaba con curiosidad aquella particular tradición que todavía no comprendía. Y se deleitaba sintiendo el roce de aquella mano que aún sostenía la suya.

Una vez que todos estuvieron sentados, Braulio se situó junto al árbol y dijo:

—Para evitar el jaleo de todos los años, nadie se moverá de su sitio. Serán César, Jorge y Begoña los que irán repartiendo poco a poco los regalos, ¿de acuerdo?

La mayoría de los niños gritaron impacientes, mientras los adultos se limitaban a mirar con ternura hacia éstos, que eran la alegría de la casa, el futuro.

Observando la ilusión que iba dibujándose en cada una de aquellas personas al recibir su obsequio, Ana sintió la necesidad de romper el silencio.

—¿No viene Papá Noel cuando están durmiendo? —preguntó en un susurro muy cerca del oído de Sergio.

—Solo para los más pequeños.

—¿Por qué alrededor de este árbol? —insistió Ana, tratando de saciar su curiosidad.

Sergio que ya había podido ver la expresión de Amalí al recibir su regalo, centró por fin toda su atención en la mujer que había cumplido su deseo aquella noche. Su sola presencia había hecho que lo tuviera todo en el mundo,

al menos así se sentía.

Con agilidad Sergio se levantó del suelo, y tras hacer una señal a Begoña, que esta captó al momento, propuso:

—¿Damos un paseo? —Ana asintió con un leve parpadeo y él le ofreció de nuevo su mano.

Juntos recorrieron las hectáreas que delimitaban la impresionante casa, esa que Sergio jamás llamaría hospital. De ahí que sobre la entrada de la puerta principal hubiera un cartel donde ponía: «La casa de piedra», ese era el significado de Zimbabue, casa de piedra, algo fuerte y resistente como lo que él había creado.

Solo el sonido del viento y los animales rompían el profundo silencio de la noche. Un cielo cubierto de estrellas, que emulaban puntas de diamantes, hacía acogedora esa noche de Navidad africana.

Se sentaron sobre un tronco y continuaron contemplando las constelaciones. A Sergio le encantaba localizarlas y Ana disfrutaba descubriéndolas, sabía que estaban allí pero nunca había tenido tiempo de buscarlas.

—Cuando construimos la casa. —comenzó a contar Sergio, logrando que Ana se relajara— El árbol que has visto estaba fuera de la finca. —Ana le miró sorprendida— Nunca entró en mis planes tenerlo dentro, ya has visto el espacio que ocupa. —Ana asintió con una sonrisa— Pero cuando trajimos a Abu, cada noche se marchaba de su cama y terminaba amaneciendo dormido a los pies del árbol.

—¿Por qué hacía eso? —preguntó Ana extrañada.

—Al principio no lo entendía. Pero durante aquellos primeros días le observé y comprendí lo que pasaba. Abu se iba integrando en las actividades de la casa y comenzaba a encariñarse con nosotros, pero cuando llegaba la noche se imponía su propio castigo.

—¿Castigo? —preguntó atónita.

—Le habían hecho asumir que era malo, le habían convencido de que no era digno de ser feliz, y por eso...

—Se imponía su propia tortura. —interrumpió terminando su frase.

Sergio asintió bajando la mirada. Recordar aquellos episodios aún le dolía.

—Era solo un muchacho y no se consideraba merecedor de lo que pretendíamos ofrecerle. A pesar de que sentía pánico acurrucado debajo de

aquel árbol, que fue su tormento durante tantos años, él lo buscaba y temblaba bajo su sombra hasta quedarse dormido.

Al ver su gesto de extrañeza ante lo que estaba contando, Sergio explicó:

—Se lo que piensas. ¿Por qué no lo corté y lo hice desaparecer de su vista? —Ana se encogió de hombros a la espera de obtener una respuesta— Pues verás..., no lo hice porque estaría eliminando algo hermoso y mantendría el miedo presente en su memoria. Decidí que la belleza debía continuar formando parte de su vida, solo debía otorgarle otro sentido. Por eso, mandé ampliar el muro hasta el árbol y poco a poco fuimos creando tradiciones alrededor de él. Quiero que Abu sea capaz de soñar debajo de un árbol, quiero que pueda guarecerse bajo su sombra en verano, quiero que pueda escribir su nombre junto al de la mujer que ame, quiero... que sueñe.

No pudo terminar su apasionada lista de deseos para aquel chico. Ana se inclinó hacia él para robar un beso de sus labios, aquellos que le hacían temblar cuando hablaban y derretirse cuando estaban callados.

—¡Uhhh! —dijo cuando ella se retiró— Este sí que ha sido un verdadero regalo.

—Nadie me dijo que debía ponerlo bajo el árbol. —contestó nerviosa.

—Me alegra que no lo hicieras. —confesó acercándose lentamente a esos labios que siempre le habían tentado.

Durante el tiempo que se estuvieron besando con deleite y entrega, varias estrellas fugaces surcaron sus cabezas en vano, porque aquella pareja nada podía pedir ni esperar, su sueño se había cumplido. Estaban juntos bajo un cielo infinito, mágicamente iluminado.

—¿Te quedarás? —dijo resistiéndose a dejar de rozar sus labios.

—¿Quedarme? —preguntó Ana aún hipnotizada, sin ni siquiera abrir los ojos.

—No quiero que termine esta noche. Quiero que te quedes a mi lado.

—Pero... está tu familia. —recordó considerando imposible lo que Sergio sugería.

—Lo sé, tranquila, sabes que tengo varias cabañas para invitados. Diremos que se ha hecho tarde y todos pensarán que tiene sentido.

Ana dudó sin poder evitarlo. Quedarse aquella noche podía ser la culminación de sus sueños, pero también asumir el compromiso del que había estado escapando. ¿Estaba preparada para hacerle feliz? Entonces, cuando su boca estaba a punto de exclamar una frustrante negativa, las noches en vela

añorando su presencia, su voz y su increíble mirada, cruzaron como una agónica visión por su cabeza. No quería perderle, no podía decirle adiós, era demasiado doloroso.

—Acepto tu invitación. —soltó rozando con mimo sus labios— Pero espero que sepas comportarte como un caballero. —añadió con una sorprendente sonrisa— Sergio negó con la cabeza.

—No pienso prometerme eso.

Ambos sonrieron con complicidad. Sin duda aceptaban el juego. Eran adultos, se estaban retando y asumían cual podía ser el más que probable desenlace.

Regresaron cogidos de la mano. Satisfechos por haber vencido la grieta que un día decidieron crear entre ellos.

Los niños corrían jugando al corro alrededor del árbol, mientras Begoña cortaba y repartía la tarta.

—¡Tiene una pinta estupenda! —dijo Sergio cogiendo dos platos para acercarse a ella.

—Ya me extrañaba a mí. —comentó divertida golpeando la mano de Sergio, que trataba de probar la tarta con el dedo— Es peor que los niños. — Ana sonrió a la chica. Sergio era dulce y entrañable.

—¡Papi, papi, quiero más tarta! —gritó Amalí llegando corriendo para arrebatarse el plato de las manos.

—Nadie te cuenta que cuando eres padre el dulce te queda completamente vetado. —observó con humor, mirando con frustración la tarta.

—Toma llorón, puedes comerte la mía. —dijo Ana, que de nuevo sonreía con una de sus ingeniosas salidas.

—¿Qué tal si compartimos, preciosa? —dijo guiándola hacia el porche. La noche era perfecta y desde allí las vistas serían inmejorables.

Tranquilos como hacía tiempo que no estaban, ambos observaron el horizonte, mientras aspiraban el salvaje aroma a libertad que emanaba de aquella árida y mágica tierra. Sus corazones aleteaban por la real cercanía del otro. Por primera vez se trataba de algo más que un maravilloso sueño y no temían perderse, solo anhelaban que la noche se tornara eterna.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —solicitó Ana con voz tímida y soterrada.

—¡Uhhh, miedito me das!

—¿Miedito? —repitió Ana sin poder evitar soltar una enorme carcajada.

Sergio se tocó la cabeza con aire despistado, y avergonzado explicó: —Es una expresión de Amalí. Nadie te dice que siendo padre descubrirás también tu lado femenino.

—Pues no te sienta nada mal. —observó Ana dándole un ligero beso en los labios.

—Dime, ¿qué quieres saber? —Ana asintió y continuó con lo que siempre había querido preguntarle.

—¿Tuviste alguna recaída?

—Sergio apoyó los codos sobre la mesa y pensativo buscó la manera de explicar aquella parte tan angustiada de su vida.

Consciente de lo difícil que le podía resultar aquello, Ana trató de retroceder sobre sus palabras.

—Perdona Sergio, no he debido preguntarte algo así, lo siento.

Pero Sergio necesitaba sincerarse, deseaba ir cerrando puertas. Solo así podrían tener un nuevo comienzo. Por eso, comenzó su duro alegato.

—Cuando pasaron dos años me había estabilizado, había vuelto a la vida. Daba clases de teatro, jugaba al tenis, acudía a clases de informática y trabajaba por las mañanas en una tienda de ropa. Todo parecía ir viento en popa. Pero cometimos el error de preguntar si sería prudente dejar la medicación por un tiempo, por si cabía la mínima probabilidad de que la enfermedad no fuese crónica. Mi psiquiatra cometió el fallo de pertenecer a esa parte de colegas que piensan que si el paciente recupera la normalidad y sus hábitos de vida, es probable que al retirar la medicación los síntomas no vuelvan a manifestarse nunca.

Ana apretó los dientes temiendo el desenlace. Su experiencia le decía que aquella no había sido una buena idea.

—Piensa mal y acertarás. —añadió al percatarse de la cara de circunstancias que ponía ella— Durante meses no experimenté ningún cambio, a parte del físico. En poco tiempo perdí más de diez kilos y pensé que la vida me sonreía. Pero después hubo días puntuales en los que creía haber escuchado algo, percibía cosas que no debían estar allí. Mi familia se empeñaba en decirme que estaba obsesionado y probablemente asustado ante la expectativa de que pudiera volver a repetirse. Cualquier cosa antes que admitir la inminente y fatídica derrota.

Ana cogió su mano para masajearla con mimo. No quería ver aquel profundo pesar en sus ojos.

—Tranquila. —susurró él dibujando un tímido beso en sus finas manos— El caso es que las voces y los miedos regresaron a mi vida, con tal intensidad, que cuando quise pedir ayuda fue demasiado tarde. Quería, necesitaba salir de mi cuerpo. No podía vivir escuchando todo aquello, palabras huecas carentes de respuestas.

—¿Volviste al hospital? —interrumpió Ana, agobiada por el sufrimiento que había podido llegar a sentir aquel que lo era todo para ella.

—No. —contestó tajante dejándola desconcertada.

—Cuando fueron conscientes de la gravedad de la situación, mis padres planearon un día de campo.

—¿Un día de campo? —preguntó Ana perpleja. ¿Cómo podía ayudarle aquello?

—No sabían cómo decírmelo, no se atrevían a pedirme que retomara la medicación. Sabían que era consciente de todo lo que implicaba volver a tomarla.

Ana entendía perfectamente sus palabras, más de lo que hubiera podido desear. Los antipsicóticos podían conllevar múltiples efectos secundarios; riesgo de diabetes, inminente aumento de peso, impotencia sexual..., un sin fin de consecuencias que hacían difícil asumir lo que era necesario.

—¿Cómo reaccionaste? —preguntó Ana con cierto pudor. Sabía que hablar de aquellos momentos le estaba resultando tremendamente doloroso.

—Mi hermana Sara está convencida de que cada persona que sufre este tipo de enfermedades reacciona en función a su corazón.

—No te entiendo. —confesó Ana interesada por aquella extraña teoría.

—Sara es abogada y antes de dejarlo todo para venirse a trabajar conmigo, enfurecía cada vez que alguien trataba de valerse de la enajenación mental como excusa, tratando así de atenuar la pena. Ella suele decir que las personas que nacen malas son las que realmente deberían infundirnos temor, porque los locos tienen demasiado miedo para perseguir el daño como propósito. No significa que una persona enferma no pueda cometer un crimen o barbaridad, pero en la mayoría de los casos responderá a la ausencia o abandono de la medicación necesaria.

—¿Locos? —preguntó con reticencia.

—No me malinterpretes. Sara suele decir que soy su loco favorito. Hace tiempo que olvidamos su connotación negativa., ya no resulta importante. Porque, según ella, si la gente califica así a personas como yo, debemos

aprender a no ofendernos. La ignorancia es atrevida y las personas no alcanzan a ver qué tan respetable es un enfermo de la mente como un enfermo del corazón. ¿Por qué uno despierta la compasión y otro el rechazo? ¿No se supone que mente y corazón son complementarios? ¿Por qué sentimos lástima por alguien que padece párkinson y no por el enfermo de esquizofrenia?

Ana escuchaba pesarosa sus argumentos. Aquellos que cada enfermo debería llevar por bandera. Sin embargo, pacientes y familiares palidecían bajo la tenue luz de una vergüenza absurda, que a menudo cerraba puertas a mejoras y avances.

—Nadie logra imaginar lo duro que es, el antes y el después. Cuando salí del hospital me dieron unas muletas porque aún tenía el esguince en la pierna derecha. Estaba tan rígido y entumecido por la medicación que me senté en el pasillo y comencé a llorar como un niño. La puerta, mi ansiada libertad estaba tan cerca..., pero era incapaz de caminar hacia ella. Mi hermana volvió a subir a planta y enseguida regresó con un enfermero enviado por la doctora. Me inyectó un antiparkinsoniano y al cabo de unas horas las articulaciones me dolían bastante menos, aunque tardaría meses en dejar de parecer un auténtico robot.

—Déjalo Sergio, no hace falta que continúes, mi amor. —trató de calmarlo.

Pero necesitaba hacerlo, precisaba zanjarlo para poder partir de cero con ella. Quería que conociera con detalle los pormenores de aquel difícil momento, el de su inesperado regreso al infierno, su amarga recaída.

—No sigas. —insistió Ana arrodillándose frente a él, demandando el contacto de su vidriosa e increíble mirada.

—Terminaré enseguida. —anunció tratando de tranquilizarla. Solo quiero que conozcas como terminó aquel maldito e inoportuno día de campo. Así conocerás también la particular relación que siempre he mantenido con mi padre, ese que hoy se muestra débil y dispuesto.

—Está bien, cariño. —dijo Ana acariciando su rostro.

—Mi padre me provocó. —dijo de pronto.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada.

—Aquel día, mis hermanas y mi madre habían descartado la posibilidad de ingresarme, no estaban dispuestas a abandonarme a mi suerte en aquella cuarta planta sin ventanas ni esperanzas. Habían pensado llevarme a una clínica privada y una vez pautada la medicación, llevarme a casa donde ellas

mismas me cuidarían hasta que recuperase de nuevo la cordura.

—Me parece admirable. —opinó Ana convencida de la fuerza y amor de esas mujeres.

—Ellas son maravillosas, pero él tenía que ponerme a prueba.

De nuevo esa expresión que tanto la inquietaba. Estaba deseando saber que quería decir con eso, pero de ninguna manera pensaba presionarle.

—Mi padre me contó sin miramientos lo de la medicación y no conforme con ello, comenzó a increparme de malas formas.

—¿Por qué hizo eso? —quiso saber incapaz de salir de su asombro.

—Autocontrol. Quería sacarme de mis casillas y ver que era capaz de frenarme y no lanzarme contra él. Nunca hemos tenido una buena relación, pero jamás me atrevería a tocarle, ni siquiera estando enfermo.

—¿Qué pasó? —preguntó furiosa con aquel hombre que apenas conocía pero que consideraba entrañable.

—Le dije que se marchara. Logré sujetarme. Pero te juro que cualquier persona en su sano juicio le hubiera dado lo que pedía.

—Si estando tan enfermo y sin medicación lograste controlarte, secundo la teoría de tu hermana. No basta estar enfermo para reaccionar de forma agresiva. El corazón también juega un papel crucial en todo esto.

—Ahora ya lo sabes todo. —Anunció cabizbajo— Después de aquello nunca he dejado de medicarme y me enfrento a sus efectos con ejercicio y dieta sana. La vida merece la pena. Nunca pensé poder volver a valorarla, y aquí me tienes... ante la mujer más bella del mundo. Encantado con el hecho de poder besar sus preciosos y dulces labios.

Con una sonrisa blanca y perfecta se inclinó hacia ella y aprisionó su boca, relajado y confiado. Se lo había contado absolutamente todo, ya no existían espacios vacíos ni oscuros entre ambos. Ansiaba no volver a mirar atrás y aquel era su particular comienzo junto a ella.

Un inesperado torbellino

—Y fueron felices y comieron perdices. —Terminó de leer Sergio. Sonrió al ver que su hija se había quedado profundamente dormida. «Así parece un angelito», pensó embobado al contemplar los bonitos y perfectos rasgos de su regordeta carita— Buenas noches princesita. —Dijo besando con ternura su frente. La pequeña dibujó una preciosa sonrisa y suspiró feliz, el día había estado repleto de emociones y sorpresas.

Parecía imposible, pero por fin el silencio se había ido adueñando de las dependencias de aquella enorme casa. El cálido y adormecedor murmullo de la noche lo envolvía todo.

Mientras los niños descansaban ya en sus literas y el resto de adultos se retiraban agotados, la familia de Sergio se acomodaba en los sillones del porche. La brisa era fresca pero no molesta, apetecía sentir aquel frescor natural y puro en la cara.

—Bonita fiesta. —dijo Julia al ver llegar a su hijo.

—Gracias mamá, sabía que te gustaría. —Julia adoraba todo lo que tenía que ver con la Navidad, por eso Sergio no dudó un segundo que aquello le encantaría.

—Me enorgullece ser abuelo. —Informó Luis con gesto altivo. No quería ser menos, se había propuesto no bajar la guardia, su hijo sentiría su admiración incondicional a cada momento.

—Y a mí tía. —añadió Elisa sonriente— Es preciosa y risueña.

Martín fue el único que no dijo nada. Pero a esas alturas, Sergio estaba curado de espanto. Casi era preferible tenerle bien calladito, así se ahorra sus cotidianas meteduras de pata.

—¿Dónde está Ana? —preguntó Sergio con fingida indiferencia. Le había alertado no verla, temía que hubiera decidido regresar al hospital junto a los niños.

Las miradas se centraron en él y enseguida sospechó lo que pensaban. No obstante, decidió frenarlos cuanto antes.

—No penséis lo que no es. Somos compañeros de profesión y no hay más. Guardad esas sonrisitas. —Mintió tratando de resultar convincente. Hubiera

preferido gritar a los cuatro vientos que era su pasión, su particular e inspirador sueño, pero sabía que aquello alentaría el deseo de su madre por conseguirle una mujer y despertaría las molestas insinuaciones de su hermano.

—Dijo que estaba cansada y Braulio la acompañó hasta su cabaña. —dijo Elisa, sin dejar de lucir una sugerente sonrisa.

Aquella contestación hizo que Sergio soltara un profundo suspiro, aliviado al descubrir que había decidido quedarse.

—Es una chica preciosa y dulce, me gusta. —observó Julia de forma comedida, intentando no incomodar a su hijo.

—Sin duda lo es, mamá. —Reconoció él sin profundizar en el tema.

—La pasión con que habla de su trabajo es admirable. Me recuerda a ti. Ambos vivís para vuestras profesiones. —dijo Elisa incapaz de omitir una pequeña mención a las sorprendentes coincidencias que, sin duda, existían entre ellos.

—Está cañón, pero es un poco estirada. —añadió Martín, haciendo que su familia le mirase resignada. No obstante, ninguno se tomó la molestia de decir nada. Aquel comportamiento egocéntrico y pueril les tenía completamente hastiados.

Durante un rato charlaron de forma distendida sobre sus vidas. Estaban relajados y la noche era propicia para compartir confidencias. Sobre todo, trataron el tema de Amalí y el inminente viaje de Sergio a Madrid. Le habían concedido el premio DKV Medicina y Solidaridad y, aunque odiaba ese tipo de eventos, que le convertían en el centro de todas las miradas, no había podido rehusarlo.

—¿Traerás contigo a la pequeña? —preguntó Julia con las manos unidas a modo de súplica, mientras abría los ojos de forma dulce a la vez que cómica. Julia era un cielo de mujer y adoraba a sus hijos por encima de todo.

—Sí, mamá, tranquila, aprovecharé para enseñarle nuestro país y presentarle al resto de familiares y amigos.

Su madre aplaudió como una chiquilla. Desde que Sergio enfermó su corazón se saciaba dando pequeños sorbos de vida. Las cosas que antes juzgó insignificantes, ahora componían impresionantes tesoros. Nada era máspreciado para ella que los besos y abrazos de su familia.

Sergio sonrió al verla feliz y la acunó con mimo entre sus brazos. Esa mujer era el pilar sobre el que se había sostenido su mundo durante los últimos años. Cuando estaba a punto de caer era ella quien le levantaba y

cuando se hundía, aquella frágil mujer bajaba al mismísimo infierno para rescatarle.

—Tenemos tiempo de ponerle una habitación. —anunció Luis dejándoles de piedra. El hombre era bastante suyo, por lo general resultaba imposible conseguir que moviera un solo mueble de su sitio. Sus colecciones y antigüedades ocupaban cada rincón de la casa. Que estuviera dispuesto a sacrificar uno de sus atesorados espacios resultaba cuanto menos desconcertante.

Lo que ninguno podía sospechar era que Luis, el padre de familia estricto y exigente, había aprendido a frivolar y a dar importancia a lo que realmente la tenía. Todo lo que antes formaba el enorme engranaje de su vida, ahora no eran más que inservibles piezas rotas, simples trastos sin destino.

—Antes va mi gimnasio. —Opuso Martín en su línea— Llevo años queriendo poner uno.

—No os preocupéis. —trató de mediar Sergio al percatarse de las miradas que sus padres lanzaban a su hermano— No merece la pena que sacrificuéis una habitación, apenas iremos algún día al año, eso si el trabajo nos lo permite.

—He dicho que mi nieta tendrá una habitación y la tendrá. —insistió Luis con firmeza, sin dejar de mirar fijamente a su otro hijo, al que también quería pero que no le ponía las cosas fáciles en aquel momento.

—Mejor me voy a dormir. —dijo Martín dejándoles con la palabra en la boca.

—Braulio, por favor. —pidió Sergio dirigiéndose a ese hombre bonachón que ahora se esmeraba en dejar bien recogido el comedor— ¿Te importaría acompañar a mi hermano? —El hombre asintió con una inmensa sonrisa.

—Venga, yo le acompaño.

Martín arrugó la frente y le siguió sin ni siquiera despedirse.

—Lo siento, Sergio, ya conoces a tu hermano. —Se disculpó Julia avergonzada por el comportamiento de su otro hijo.

—Siempre está igual, a ver cuándo sienta cabeza y nos deja un poquito en paz. —dijo Elisa acercándose a Sergio— No se lo tengas en cuenta.

—No te preocupes, ya nos conocemos. En el fondo no es tan fiero el león como lo pintan.

Sergio nunca perdería la esperanza, quería a su hermano y no se cansaba de decir que tenía buen corazón. Puede que algún día estuviera dispuesto a

compartirlo con ellos. Pero hasta entonces tocaba armarse de paciencia.

—Estoy agotado. —anunció Sergio, haciendo que todos asintieran— Creo que lo mejor será irnos a dormir, o mañana no habrá quien se levante. Amalí es madrugadora y...

No pudo terminar. Elisa se ofreció encantada a compartir cuarto con la pequeña. Algo le hacía sospechar que la noche no había terminado para su hermano.

—He visto que en la habitación de Amalí hay dos camas pequeñas. —dijo Elisa— ¿Quieres que duerma con ella y así descansas? ¡Aprovecha que estoy aquí hermanito!

La forma en que su hermana le guiñó un ojo, hizo que se percatara al instante de la oportunidad que le estaba brindando. Nada le apetecía más que correr a reunirse con Ana.

—Pero debes estar cansada. Y, además, si Amalí despierta y no me ve...

—Si despierta y no te ve. —interrumpió Elisa— Estará encantada de poder jugar a las princesas con su tía. Así que no seas petardo y vete a descansar.

Sergio dudó un instante la conveniencia de aceptar la mano que su hermana le tendía con picardía. Finalmente, dijo:

—Está bien, dormiré en la cama del despacho. —mintió tratando que desviar la atención de sus padres, que sin duda no tenían un pelo de tontos.

Tras asegurarse de que todos quedaban acomodados en sus respectivas habitaciones, Sergio caminó pensativo por el pequeño sendero que comunicaba las cabañas. La mayoría de las luces se habían apagado y ahora eran las constelaciones las únicas que guiaban sus inciertos pasos. Aquel infinito espectáculo de luces parpadeantes le guiaba de forma irremediable hacia su único destino. Estar junto a ella se había convertido en su único objetivo.

Cuando reunió el valor necesario, golpeó la puerta con decisión. No podía flaquear. Quería mostrarse fuerte y decidido ante ella. Deseaba borrar de su cabeza los momentos de vulnerabilidad y flaqueza que le habían postrado ante ella.

Cuando Ana abrió, sus miradas se encontraron en un melódico y ansiado baile. Habían soñado, habían reconstruido aquel encuentro. Pero nunca pudieron imaginarlo tan perfecto. El eco secreto de sus voces se abría paso a través de sus cautivos corazones. Ninguno había dicho una sola palabra y sin

embargo, ambos sentían que llevaban tiempo contándose mil y una historias que hablaban de amor y añoranza.

Perdido en ese inmenso mar azulado, que le tenía completamente hechizado, le ofreció su mano, sin decir nada, refugiándose en aquel silencio que de pronto era su aliado.

Ana, temblorosa y asustada por las emociones que luchaban por salir disparadas de su engarrotado cuerpo, aceptó su ofrecimiento.

De la mano caminaron al abrigo de la noche, sin emitir más sonido que el de sus desbordados corazones, como si temieran romper aquel plácido y perfecto momento de mudas confesiones.

El concierto interpretado por el viento que rozaba los gigantescos árboles y el misterioso sonido de un sin fin de animales ocultos entre la maleza, despertó el lado aventurero y salvaje de Sergio. Merecía la pena arriesgarse. El escenario era inspirador, embriagador y propicio.

Con determinación tiró de su mano para adentrarla en las sombras. Al pie de aquel centenario e impresionante árbol, cuyos enormes brazos parecían agitarse al ritmo de la cálida y ligera brisa. Era increíble, a la vez que extraño, tener esa temperatura en pleno mes de diciembre. Nada tenía que ver con las gélidas navidades que solían vivir en Madrid.

—Hace calor. —dijo Sergio, apoyando sus manos a ambos lados de Ana, que se había recostado nerviosa en el tosco y gigantesco tronco de aquel impresionante árbol.

—Demasiado, nunca llegaré a acostumbrarme a este clima.

—Tiene su encanto. En estos meses tan pronto truena y llueve, como la noche está en calma..., es sorprendente y en cierto modo mágico.

—A mí me desequilibra tanto sube y baja. —Contestó ella con una enorme sonrisa— Me gusta lo predecible, lo contrario me asusta.

—Lo sé.

Sergio recordó sus evasivas, sus huidas, su forma de rendirse incluso antes de que algo prometedor pudiera dar comienzo. Estuvo a punto de echarle atrás. Aquella preciosa mujer parecía negarse a poner boca abajo su mundo. Sin embargo, él estaba dispuesto a descubrir lo que podía depararles la duda, la locura y el desorden más absoluto. Al fin y al cabo, en eso consiste el amor, en un tornado, un ciclón, un vendaval que azota inexorablemente tu vida.

—El verdadero amor nunca avisa, te sorprende. —continuó argumentando Sergio.

Estaba dispuesto a lograr que bajara sus infranqueables barreras. Sin titubeos invadió el corto espacio que les separaba y besó con ternura sus labios. Al comprobar que ella se relajaba, cerraba los ojos y reclamaba su cercanía, no dudó un instante en hacer que fuera más profundo e intenso. Cada poro de su piel la había extrañado y su cercanía era lo único que anhelaba en ese perfecto e idílico momento

Durante unos minutos el mundo se detuvo para ellos, el viento cesó expectante y los fieros animales se concedieron un descanso. El silencio más absoluto se adueñó de aquel paisaje de ensueño, en el que solo cabía esperar el tímido y agitado rumor de dos respiraciones entrecortadas, que admitían sin palabras la necesidad que tenían el uno del otro.

Cuando el tiempo comenzó de nuevo su traidora y cotidiana andadura, Sergio observó con picardía que Ana continuaba con los ojos cerrados y sus labios rozaban los suyos demandando más calor del que le había dado. Satisfecho por aquel descubrimiento, que le llenó el alma, retrocedió con brusquedad y dijo:

—Ahora pídemelo.

—¿Cómo? —Preguntó incómoda y extrañada. ¿A qué venía aquello?

—No pienses, solo pídemelo que te bese.

Avergonzada, y sin entender lo que pretendía, finalmente lo hizo, le pidió que volviera a besarla. Y Sergio lo hizo al instante, con la misma entrega y pasión que lo había hecho minutos antes.

Cuando sus labios se distanciaron nuevamente, Sergio sujetó con ternura su barbilla para mirarla directamente a los ojos.

—Ábrelos. —Pidió conmovido. Aquel gesto de Ana despertaba su ternura. Ella obedeció, y aún confusa trató de encontrarse en su verde e inquietante mirada, la que llenaba sus sueños, aunque se empeñara en negarlo— ¿Acaso ha sido distinto?

Ana le miró aún más confundida. ¿A qué se refería?

—¿Qué quieres decir? No logro entenderlo.

Entonces, Sergio agarró con suavidad su fino rostro y descansando su frente sobre la de ella, explicó entre suaves susurros:

—¿Acaso ha sido peor el primer beso? Solo quiero que entiendas que lo espontáneo, lo inesperado y fortuito puede ser tan intenso e incluso más que aquello que aguardas con impaciencia. —Ana suspiró y bajó la mirada, sabía lo que quería decir. En el fondo llevaba razón. Siempre había presumido de

ser disciplinada y metódica, pero al final del día, era el torrente Sergio el que ocupaba sus pensamientos, él con sus apasionados besos y furtivas miradas.

—Pero lo nuestro no tiene sentido. Ambos somos prisioneros de nuestros respectivos trabajos y nos resultaría imposible compaginarlo. —Explicó pesarosa, incapaz de levantar la mirada.

—Ven conmigo. —pidió tomándola de la mano para guiarla hasta un enorme tronco partido que solían usar como banco.

Sentados el uno frente al otro, Sergio persiguió con insistencia el reencuentro con su mirada. Hasta que logró su propósito, hacerla reír y que le mirara. Tomó sus manos entre las suyas y dijo:

—Cariño, nuestros trabajos son nuestra pasión, pero nuestro corazón también necesita ser escuchado. Sé que puedes tener miedo, lo que me ocurrió no fue cualquier cosa, pero te prometo...

Esta vez fue Ana quien selló sus labios con un tímido beso.

—Jamás tendría miedo de ti, ni siquiera por estar enfermo. Tu corazón guía tus actos y no cabe duda de que es inmensamente generoso. Como bien dice tu hermana..., me dan más miedo los que presumen de estar cuerdos. — Sergio sonrió, ¡aquella frase era tan típica de Sara!— He tardado mucho tiempo en encontrarte. Eres la primera persona que siento mía, y aunque no compartamos ni una gota de sangre, cuando estás cerca siento que he llegado a casa, estoy en mi único y verdadero hogar.

—Entonces..., ¿estás dispuesta a intentarlo? —preguntó preso de la impaciencia.

Ana le miró con tal intensidad a los ojos que Sergio creyó hundirse en la profundidad de aquel precioso mar, ahora embravecido.

—Quiero que me sorprendas, que invadas mi espacio, que traigas la confusión y el caos a mi vida. —Sergio suspiró mientras escuchaba aquello que tanto había deseado— Porque para ser sincera...—Añadió con picardía— El primer beso me ha gustado infinitamente más, muchísimo más.

Encantado con aquella chisposa confesión, Sergio se levantó, tiró de ella, la tomó entre sus brazos y con un ligero y calculado paso de baile la inclinó hacia atrás, para tenerla justamente donde quería.

—¡Así que el primero! Déjame demostrarte que solo era un ensayo. Las verdaderas impresiones y sorpresas están por venir, preciosa. —Ana sonrió encantada. Sergio era caballeroso y seductor.

Como amantes furtivos, en mitad de la oscura y calurosa noche, llegaron a

hurtadillas hasta la cabaña de Ana, esperando no ser descubiertos. Ya habría tiempo para explicaciones. Ahora solo necesitaban lograr demostrarse la necesidad que tenían el uno del otro.

Así, con la luna como único y silencioso testigo, se entregaron con detenimiento al torbellino de emociones que demandaban sus acompasados corazones. Les había costado, pero cualquier miedo o límite era mejor que seguir estando separados. Descubrieron cada recóndito lugar de sus cuerpos, saborearon el dulce néctar de sus deseosos labios y se unieron como si fuera sencillo fundirse formando un único y acompasado universo.

A la mañana siguiente suspiraron al recordar la noche vivida, conscientes de que nunca antes habían experimentado una unión parecida. Anhelaban un nuevo encuentro aún sin haberse separado. El aire olía distinto, el sol brillaba distinto, el agua sabía distinto...todo era mágica y sorprendentemente nuevo, inesperado. El caos había entrado en sus plácidas y monótonas vidas, pero a partir de ahora siempre sería bien recibido.

Un amargo recuerdo

Con el tiempo la relación se fue afianzando. Sergio continuaba entregado en cuerpo y alma a su gran familia, y Ana seguía luchando por asistir a todas las personas que reclamaban su ayuda. Sin embargo, algo había cambiado en sus vidas, ahora hacían lo imposible por robar algo de tiempo a la entrega apasionada e incondicional que sentían por sus trabajos. Y si el día no les concedía ese placentero y efímero momento, ambos lo creaban, y se veían a hurtadillas en mitad de la noche, a menudo en sus cataratas, aquel rincón inmenso repleto de chispeantes y brillantes estrellas. La grandiosa y plateada luna era el único y fiel testigo mudo del amor que se profesaban. El resto quedaba oculto en la oscuridad, tras la cortina del plácido y cálido viento africano.

Sergio había conseguido abrir otra casa en Puerto Rico y ya estaba preparando la propuesta para conseguir ayudas y abrir otra en la India. Poco a poco estaba logrando su propósito, los perdidos comenzaban a encontrarse y los ciegos empezaban a mirar más allá de sus prejuicios.

—Un trozo de pastel por tu pensamiento. —dijo Ana mirando fijamente sus preciosos ojos verdes. Sergio llevaba tiempo en silencio, pensativo, observando el incesante curso de las cataratas sin decir nada. Este agitó la cabeza y consciente de su prolongada ausencia, dijo:

—Lo siento cielo, es difícil no dejarse seducir por tanta belleza. —Ella le besó con dulzura. Adoraba que la llamase así, cielo era una palabra que tenía un sin fin de connotaciones hermosas y cálidas para ella, y cuando él la pronunciaba el universo se tornaba insignificante, pequeño.

—A mí no me engañas seductor incurable, algo te preocupa, lo sé. — Sergio la besó en la punta de la nariz y sonrió, sabía que sería inútil, mentirle era misión imposible, ella siempre le descubría, decía que cuando faltaba a la verdad uno de sus ojos se abría mucho más que el otro.

—No los cierres. —pidió cogiendo el rostro de Sergio entre sus manos—

No intentes engañarme o te juro que...

—¿Qué harás? —la interrumpió achinando los ojos y luciendo una de sus increíbles sonrisas.

—De momento...dejarte sin pastel esta noche. —contestó sin poder contener por más tiempo la risa. Sergio lograba convertir la preocupación en carcajadas con tanta facilidad, que a veces le resultaba sumamente difícil no sucumbir a sus encantos y olvidarlo todo.

—¿Lo de pastel va con doble sentido?, porque me estás asustando— Entonces la abrazó para besarla con tanta pasión que Ana sintió flaquear cada músculo de su cuerpo. Ante él se volvía frágil, vulnerable.

Pero al retirarse, Sergio no encontró sus ojos cerrados, como de costumbre. Aquel gesto suyo que le hechizaba no se había manifestado, y, sin embargo, una mueca torcida y seca ocupaba su lugar. Supo que no estaba bromeando y consideró oportuno sincerarse con ella, al fin y al cabo, esa era una de las reglas del amor, apoyarse y nunca guardarse secretos.

—Está bien, tú ganas. —Declaró abatido, bajando la cabeza en señal de rendición.

Al instante, Ana tomó su barbilla y buscó insistente su entristecida mirada.

—No quiero ganar cariño, quiero que confíes en mí y aliviar los problemas que rondan por tu cabeza. —Sergio asintió pesaroso, sabía que llevaba razón, él fue el primero en imponer aquella norma, no quería rincones ni medias tintas entre ellos.

—Recordaba mi recaída. —Comenzó a decir con voz tenue. —Era una noche de luna llena como esta. —Ana le abrazó compungida. Deseaba borrar todo aquello de su mente, pero era difícil.

—Lograste superarlo, amor. Ahora estás bien, no tiene porqué repetirse.

—Lo sé, pero pasó mucho tiempo hasta que fui capaz de reconocerlo. Cada pequeño susurró o voz ajena y sospechosa me llevaba a pensar que no marchaba bien, pero eran tantas las esperanzas que habíamos puesto en mi recuperación, que ninguno queríamos reconocerlo, empezando por mí.

—Es normal, la primera vez te cuentan que un pequeño porcentaje de las personas que sufren un primer brote llegan a recuperarse completamente, ¿quién puede evitar desear formar parte de esa pequeña y favorable expectativa?

—Fui estúpido.

—No...., fuiste un ser humano. Te dieron esperanzas y te aferraste a ellas.

¿Cómo podías saberlo?

—Todos volvieron a sufrir por mí culpa.

—Te quieren y estuvieron a tu lado. No te martirices.

—Tú no estabas allí, no me viste. —Dijo dándole la espalda con rudeza—

Me resistí a creerlo aun cuando ya lo sabía. Mis hermanas me dijeron que debía volver a medicarme y perdí el control. —Ana frunció el ceño, ¿a qué se refería? Si de algo estaba segura era de que Sergio era incapaz de tener una reacción violenta, por él pondría ambas manos en el fuego.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó apoyando la mano en su hombro— Sergio resopló profundamente.

—Iba conduciendo cuando me dijeron que debería retomar el tratamiento.

—Ana asintió expectante, mientras Sergio se resistía a volverse para mirarla

— Me sentí acorralado, empujado a reiniciar algo que consideraba dañino, algo que me hacía sentir un hombre pequeño y débil. Y cuando insistieron algo me impulsó a cometer aquella imperdonable locura.

Ana, incapaz de continuar sintiendo su dolor sin poder consolarle, tiró de su mano con fuerza. Cuando logró que la mirase, pudo ver el cristalino vidrio de sus maravillosos ojos, un brillo que reflejaba la angustia de aquel turbio y desalentador recuerdo, algo que sin duda le atormentaba.

—Cuéntamelo y después lo olvidaremos juntos. —Propuso uniendo su frente a la suya. Sergio le dio un breve beso en los labios y prosiguió.

—Les dije que si me obligaban a medicarme estrellaría el coche. —Tras aquella confesión, se detuvo a tomar aire. Ana apretó con fuerza su mano y él continuó diciendo: —Entonces aceleré el coche en dirección a la glorieta. Pude ver el pánico en los ojos de Sara, que temblaba a mi lado, mientras los gritos de Elisa lo inundaban todo. Después, sin más, frené. No podía dañarlas, jamás podría.

—Frenaste cariño, no hiciste daño a tus hermanas. —trató de consolarle abrazándole con tristeza entre sus brazos.

—Me avergüenza, ¿cómo pude tener una reacción así delante de ellas?

—Lo importante es que encontraste la fuerza para recapacitar y volver a ser tú mismo. Estabas enfermo. Hiciste más de lo que cabría esperar. Si quieres continuar ayudando a los que sufren como tú lo hiciste, debes comenzar por no condenarte a ti mismo de esa manera, ya que, si no, estarías aplicando de forma hipócrita tus propios principios.

Sergio se mantuvo en silencio frente a la mujer que adoraba, bastante más

sereno, deleitándose en la calma y profundidad de sus cautivadores ojos oceánicos, los que le habían embrujado. Ella se había convertido en su bálsamo, en su más efectivo tratamiento para apaciguar el alma. Continuaba tomando un antipsicótico, pero desde que ella ocupaba su corazón y su mente, no había vuelto a necesitar una sola pastilla para dormir. Cada noche caía rendido entre sus brazos y amanecía incrédulo ante el rápido transcurrir de las horas. El infinito se proyectaba breve y efímero junto a ella

—No sé qué haría sin ti, sin duda eres mi comienzo y mi final, contigo empezó mi vida y contigo habrá de terminar. —dijo volviendo a su lado, haciendo que Ana sintiera que las lágrimas acudían a sus ojos, ligeras y exigentes.

—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, incluso enfermo eres capaz de pensar en los demás. Estoy convencida de que jamás volverá a ocurrir, pero si alguna vez te sientes mal espero que acudas a mí sin miedos. Juntos podremos superarlo.

De nuevo las palabras de Ana lograron disipar sus miedos. Y deseoso de volver a sentir su embriagadora cercanía, la atrajo hacia su cuerpo para besarla apasionadamente. Por ella sería capaz de volar, de alcanzar las estrellas y descender al propio infierno. Ningún sacrificio le parecía suficiente para colmarla de las atenciones que sin duda merecía.

Un mal presagio

10 de abril de 2017

—Os voy a echar muchísimo de menos. —susurró Ana con la voz entrecortada.

—Aún no me he marchado y ya siento un vacío inmenso. —contestó Sergio, haciendo que a ella se le saltaran las lágrimas. —Ven conmigo. —insistió de nuevo.

Pero Ana no podía. Nada le hubiera gustado más que acompañarle en ese emocionante viaje, pero el centro donde trabajaba no pasaba por su mejor momento, muchos niños habían enfermado y estaban completamente desbordados.

Sergio deseaba tenerla a su lado en aquel momento. Iba a recibir el premio que con tanto esfuerzo había ganado y además habían organizado una reunión en Madrid para tratar el tema de un nuevo hogar en la India. Sin embargo, aceptó con resignación su nueva negativa, sabía que no podía ausentarse dejando desamparados a sus niños.

—Tranquila cielo, te llamaré cada día.

—Déjales con la boca abierta. —Dijo abrazándose a él con desesperación, como si le perdiera para siempre. Ana creía en los malos presagios y por alguna razón ese día había amanecido intranquila. Si hubiera pensado que podía hacerle cambiar de idea, le habría suplicado que no se marchara, pero sabía que Sergio no creía en presentimientos ni miedos infundados, no era supersticioso, no serviría de nada.

—¡Ana, mira lo que me ha comprado la tita! —gritó Amalí saltando con ímpetu sobre ellos, mostrándoles unas revistas de Pepa Pig y las Princesas Disney.

—Son muy bonitas. —dijo agachándose para ponerse a la altura de la niña. No solo había afianzado su relación con Sergio, Amalí había hecho aflorar en ella sentimientos que le llevaban a querer protegerla como si fuera

el tesoro más valioso de su vida. Aquel encanto, aquella dulzura pícaro y risueño, la tenían completamente cautivada. Se podía decir que tenía dos dueños, dos personas que hacían rebosar su corazón como nadie antes lo había hecho.

—No llores, Ana. —pidió Amalí al ver unas pequeñas lágrimas que nacían en sus ojos— Te traeremos un regalo bonito y te llamaremos desde Madrid. —dijo con un acento español – africano, que no tardó en despertar las risas de ambos.

—Lo sé, cariño, es solo que echaré de menos leer cuentos juntas y jugar a las princesas con tu castillo.

—Por eso no te preocupes, te lo presto.

Aquel desparpajo, esa gracia que la pequeña derrochaba, le conmovieron. La despedida se estaba tornando aún más difícil de lo que había imaginado. La noche anterior apenas había pegado ojo, la había pasado contemplando la calma de Sergio al dormir, desesperada por la posibilidad de perderle.

—Recuerda. —comenzó a decir Ana tratando de frenar el nudo de emociones que oprimía incesante su garganta— Pídele a papá que te lleve a la tienda Disney en la Vaguada.

La niña le guiñó un ojo luciendo una enorme sonrisa y contestó: —Sí, sí, papá ha prometido comprarme a Rapunzel, es la princesa que nos falta.

—Estupendo preciosa.

Sergio las observaba embobado, sentía adoración por aquellas dos bellezas que inundaban su vida de amor y risas. «Son maravillosas», pensó emocionado al ver el vínculo que se había creado entre sus dos mujeres.

—Princesa. —intervino el orgulloso papá— Ve a la puerta de embarque con la tita, enseguida me reúno con vosotras.

—Pero papi, yo quiero...

—Lo sé, preciosa, pero necesito hablar con Ana a solas de cosas de mayores.

—Sí, sí..., cuando decís eso quiere decir que me vaya para que podáis daros besos de película. —Replicó poniendo los brazos en jarras de forma simpática y entrañable.

Sergio y Ana no pudieron evitar soltar una enorme carcajada. Las salidas de la pequeña no tenían precio, era espabilada e ingeniosa al mismo tiempo.

—¡Anda bicho, ve con Sara!

La niña se volvió hacia ellos y les sacó la lengua con los brazos cruzados

sobre el pecho. Sara levantó la mano y sonrió mirando a la mujer que había devuelto la sonrisa a su hermano. En los últimos meses se habían convertido en íntimas amigas y horas antes se habían despedido entre consejos y lloros. Estarían en contacto y si algo marchaba mal Sara la pondría al corriente.

—Es una muñeca. —dijo Ana mirando con ternura a Amalí, que caminaba dando saltitos de la mano de su tía.

—Como tú. —añadió girándola hacia él con un suave movimiento—
¿Estarás bien, preciosa?

—Todo lo que se puede estar sin vosotros.

Por megafonía anunciaron el embarque de los pasajeros del próximo vuelo con destino a Madrid. Entonces, se miraron angustiados, el momento había llegado, debían despedirse. Sergio sabía que aquel mes alejado de ella se le haría eterno, y Ana sentía la angustia de poder perderle. Aterrada le abrazó con fuerza.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Nada, es solo que te vas y...

No pudo terminar, Sergio la atrajo hacia sí y la besó con la misma entrega que ella le había abrazado, ansiando grabar en su memoria la suavidad y abrasante calor de sus perfectos labios.

Al cabo de unos instantes, en los que el tiempo se detuvo para ambos, Sergio se alejó de ella con frustración y desgana, aquel viaje cada vez le apetecía menos, pero debía marcharse. Encantado vio que ella mantenía los ojos cerrados, aquel gesto desbordaba su corazón y por eso decidió guardarlo, grabó a fuego esa imagen en su pecho, así la recordaría cada noche.

—Te quiero. —dijo dándole un último y breve beso, para después coger su maleta y dirigirse hacia la puerta de embarque sin mirar atrás.

—Y yo a ti. —susurró para sí misma.

Perdidos en la distancia

El avión aterrizó a las once de la noche en el aeropuerto de Barajas. Sergio y Sara esperaban agotados sus maletas. La pequeña se había negado a dormir durante el viaje; lo había pasado pintando, leyendo y charlando por los codos con su tía. Pero poco antes de que el avión tocara suelo español, la niña cayó rendida y ahora descansaba agarrada al cuello de su padre.

Cuando por fin atravesaron las puertas acristaladas en busca de su familia, sus padres y Elisa acudieron eufóricos en su ayuda.

—No hace falta mamá, no pesa. —trató de explicar Sergio a su madre. Pero la insistencia de esta era invencible, por lo que sabiendo que la maleta era ligera y fácil de transportar decidió darle el gusto— Ok mamá, tú ganas.

Julia cogió la maleta y caminó junto a su hijo orgullosa, sin dejar de mirar con ternura a la pequeña que dormía refugiada entre los brazos de su orgulloso padre. Luis se había ofrecido a cogerla, pero Sergio había creído conveniente no despertarla, de lo contrario sería imposible volver a dormirla y estaba realmente cansado, solo podía pensar en hablar con Ana, ducharse y acostarse lo antes posible.

Cuando llegaron Sergio miró con extrañeza el chalet adosado de sus padres. Seguía sin resultarle familiar. Cuando enfermó, Luis y Julia creyeron conveniente alejarse del que había sido su entorno. El barrio donde había pasado su niñez se había llenado de malos recuerdos.

—Vamos hijo, estarás cansado. —dijo Luis sujetándole la puerta.

Sergio subió sigilosamente por la estrecha escalera que conducía a la segunda planta.

—Cuidado hijo, ya sabes que las escaleras son lo peor de la casa. —advirtió Julia intranquila.

—No pasa nada mamá, en peores me he visto.

—Por aquí, cariño. —indicó Julia abriendo una puerta lacada en blanco en la que colgaba un coqueto cartel rosa con el nombre de Amalí.

Sergio se quedó boquiabierto al ver aquel derroche. Había una preciosa cama blanca con un dosel rosa en el que podían verse pequeñas coronas de princesas, que destacaban en relieve. Cojines, cortinas, alfombras, lámparas..., todo color rosa, con motivos de princesas. Y todo tipo de juguetes, incluida una enorme casa de muñecas, más alta que su hija, donde estaban colocadas con mimo todas las princesas que Amalí adoraba, incluida Rapunzel.

—¿No te gusta? —preguntó Julia con cara de circunstancias.

—Le encantará, se volverá loca. —susurró acercándose a la cama.

Aquello dibujó una sonrisa risueña en el rostro de su madre, algo que desbordó el corazón de su hijo. Deseaba hacerla feliz, se lo merecía.

Amalí parecía perderse en medio de aquella enorme y preciosa cama.

—Es una niña preciosa, mi vida.

—Lo sé, mamá, tengo suerte.

—¿Te apetece un Cola cao y unas galletas?

—Eso sería estupendo, mamá.

Sergio dejó entornada la puerta por si la niña se despertaba y bajó las escaleras delante de su madre.

—A propósito mamá, ¿dónde está Martín? —preguntó sentado frente a Julia, que preparaba con mimo un enorme tazón de cacao.

Sergio podía imaginar la respuesta, pero en cierto modo le pareció correcto preguntar por él.

—Ya le conoces cariño, es sábado y tu hermano no perdona una fiesta. Ha dicho que te verá mañana en el desayuno.

—Sergio asintió. Aquella respuesta no le pillaba de sorpresa.

—¡Oye hermanito! —gritó Elisa entrando de golpe en la cocina— Yo quiero un tazón de esos. ¡Uhhh..., como te lo montas!

Sergio soltó una carcajada y se levantó para coger otro tazón para su hermana.

—Anda..., siéntate envidiosa. —Elisa obedeció al instante acurrucándose a su lado. Le había echado muchísimo de menos— ¿Papá, te animas? —preguntó al ver a su padre atravesando el pasillo.

—No hijo, gracias. Tu madre me ha preparado un té con leche.

—¿Té?

Elisa se encogió de hombros y dijo: —Los años..., que le están volviendo muy fino.

Sergio tenía su propio cuarto, pero Elisa insistió en que durmiera con ella

en la habitación de invitados que había en la buhardilla. Estaba impaciente por intercambiar historias con su hermano, tal y como hacían de niños. En un principio Sergio trató de resistirse, estaba demasiado cansado, ya tendrían tiempo para compartir anécdotas. Pero el propio agotamiento le impidió continuar negándose, por lo que terminó escuchando las rocambolescas historias de su alocada hermana, hasta que sin poder evitarlo el cansancio le venció y cayó rendido ante la frustrada mirada de la muchacha.

A la mañana siguiente los gritos de Amalí inundaron la casa, sobresaltando a toda la familia. Sergio fue el primero en lanzarse de la cama. Bajó las escaleras de cuatro en cuatro, tanto fue así que a punto estuvo de comerse el jarrón que adornaba el final de aquel rellano.

—¡Me cago en la leche, casi me mato!

—Hijo, no digas palabrotas. —Le regañó Julia, que también subía las escaleras acompañada del resto de la familia.

Pero Sergio ni siquiera contestó, solo quería alcanzar cuanto antes la habitación donde estaba su hija. Con el corazón en un puño abrió con ímpetu la puerta. Había temido que Amalí hubiera podido caerse de la cama o cualquier otra desgracia, pero de pronto, su rostro dibujó una enorme sonrisa. Allí estaba su pequeña, pletórica, correteando de un lado para otro, dando gritos de emoción, sin saber que juguete escoger.

—¿Qué pasa, mi vida? —preguntó Sergio acercándose a ella.

—¡Papi, papi!, ¿han venido los reyes?

Sergio soltó una carcajada y con ella cogida del cuello contestó: —No, mi amor, los Reyes tardarán en volver, han sido los abuelos y los tíos. ¿Te ha gustado?

La niña se deshizo de su abrazo y siguió corriendo entusiasmada.

—¡Están todas papi, están todas, hasta Rapunzel! —gritó cogiendo a esta última entre sus pequeñas manitas— Mira que pelo más largo tiene, tan bonito como el de Ana, aunque un poco más largo.

«Ana» pensó apurado. La noche anterior la había llamado para decirle que habían llegado bien, pero el cansancio le había impedido dedicarle más tiempo. Debía llamarla.

—¿Os importaría darle el desayuno a Amalí? —preguntó mirando con cara de circunstancias a su familia— Me gustaría darme una ducha y necesito hablar con Ana.

—Tranquilo hijo, haz lo que tengas que hacer, ya nos quedamos nosotros

disfrutando de esta muñeca. —se ofreció Luis encantado de poder ayudar.

—Gracias, papá.

—De nada, hombre, para eso estamos.

—Hijo, tienes una toalla limpia en el baño azul y boxers nuevos en el segundo cajón de tu mesilla.

Sergio asintió y se marchó sonriendo. Algunas cosas nunca cambiaban. Aunque pasaran cien años él seguiría siendo el niño pequeño de aquella dulce mujer.

Espinas del pasado

—Hola, cielo, ¿cómo está mi bellezón?

Ana sonrió al otro lado de la línea. Todavía se ruborizaba como una cría cuando él le hablaba con aquel tono meloso. La verdad era que no había podido pegar ojo, aquel extraño presentimiento la había tenido inquieta y por la noche los nervios le habían jugado una mala pasada. Aun así, no quería preocuparle, por eso mintió de forma piadosa y le tranquilizó.

—Os echo muchísimo de menos, pero tengo tanto trabajo que me paso el día en medio de papeles estudiando distintos temas.

Aquella respuesta le calmó. Se había sentido fatal por tener que marcharse sin ella, pero escuchar que mantenía la mente ocupada le relajó. Puede que así se le hiciera menos dura la espera. Sin embargo, él tendría demasiado tiempo para extrañarla.

Hablaron durante algo más de una hora. De nada importante, solo de momentos que habían compartido juntos durante los últimos meses. Ana no pudo evitar reír a carcajadas cuando Sergio le contó su accidentado despertar y la reacción de Amalí al descubrir la habitación de princesa total que le habían montado.

—Te quiero, da muchos besos a mi niña. —se despidió Ana con lágrimas en los ojos. Un mes era demasiado tiempo. ¿Cómo iba a poder soportarlo?

—Yo también te quiero, cielo. Cuídate. Te llamo esta noche.

Y recuerda, si necesitas cualquier cosa antes de que vuelva, no dudes en acudir a Begoña, Jorge..., o cualquiera de ellos.

A continuación, le lanzó un beso y cuando Ana hizo lo mismo colgó pensativo. Treinta días eran demasiados. En un primer momento pensó acortarlo, pero tenía que aprovechar para integrar a su hija en su círculo familiar. Aquella era una oportunidad excelente.

La ducha le dejó como nuevo. Se relajó y bajó a la cocina para desayunar. Estaba sacando una taza del lavavajillas cuando alguien le saltó encima.

—¡Hermanitooo! —gritó Martín muy cerca de su oído— Deja eso, he traído churros, porras y chocolate.

Sergio se lo quitó de encima como pudo y mirándole con dureza, advirtió:

—Que sea la última vez que haces eso, ya no somos niños.

—Bueno, bueno..., doctor. Pues sí que te has vuelto estirado.

—No tengo ganas de tonterías, Martín. —anunció sentándose a la mesa.

—Tranqui, tranqui..., solo quería desayunar contigo y decirte que me apunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Ya sabes..., la comida. Mamá me ha dicho que vamos a comer costillitas al Tony Romas y ya sabes que ese sitio es mi debilidad. Vamos..., que no me lo pierdo, colega.

«¿Colega?», pensó al observar que su hermano jamás maduraría.

Sin duda, aquella era una de las encerronas de su madre, sabía que tenía libre el sábado y no había perdido tiempo en organizar planes. Pero él prefería pasar el día preparando el discurso que debía dar al día siguiente.

—¿Y cómo te va? —preguntó Sergio por compromiso. De nuevo se imaginaba la respuesta.

—Ya sabes..., chicas, chicas y más chicas. —se pavoneó enseñándole una foto en el móvil donde aparecía con dos gemelas en la cama.

—Me alegro por ti. —habló con desgana. La vida privada y promiscua de su hermano no le interesaba en absoluto. Atrás quedaron los años de adolescentes en los que no le quedaba otra que verse arrastrado y perjudicado por sus locuras.

—Oye..., ¿y el bombón de Anita?

—Ana, se llama Ana. —aclaró con un gesto frío, que descuadró por completo a Martín. Estaba acostumbrado a que su hermano soportara sus locuras e impertinencias, y aquel nuevo temperamento suyo le tenía completamente descolocado.

—Vale, vale..., no te pongas a la defensiva. Es que la chica está como un queso y solo quería saber si seguías con ella, porque si no, estaría dispuesto a...

—Quítate ese pensamiento de la cabeza. —exigió tajante mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué tal están mis hombres favoritos? —preguntó Julia entrando con una enorme sonrisa en los labios.

—Algunos de mejor humor que otros. —contestó Martín mirando de reojo a su hermano.

—¿Has dormido bien, cariño?

—Sí, mami. —contestó Martín con guasa.

—Le preguntaba a tu hermano, tunante.

—Ya imagino.

—He dormido bien mamá, a pesar de los ronquidos de Elisa. —contestó con humor a su madre.

—Me alegro hijo. —dijo poniendo ante él un plato con azúcar. Sabía que a Sergio le encantaba mojar los churros en azúcar.

—Yo no ronco doctorcito. —se escuchó decir a Elisa, que había oído el comentario desde el pasillo.

—No, es verdad, más bien relinchas. —provocó Sergio ganándose un fuerte golpe en el hombro.

—¡Auhhh!, ¿has estado yendo al gimnasio?

Sergio se llevó la mano al hombro entre risas. Le encantaba hacer rabiar a su hermana, y ella disfrutaba de la misma manera.

—El único ejercicio que conoce esta son los revolcones que se da en el Fiat patata con su novio. —intervino Martín rabioso por verse fuera de aquella complicidad entre hermanos.

—Habló el picaflor de la familia. —contraatacó Elisa sacándole la lengua de forma infantil— Y es un Fiat Regata.

—Lo que he dicho yo, un Fiat Patata del año la pera que se cae a pedazos.

—¡Serás niñato engreído! Ni que tuvieras un Mercedes o un BMW.

Sergio permanecía en silencio. Mientras que la cosa no fuera a más prefería no intervenir. El tiempo le había enseñado a tener paciencia. Enfrentarse a Martín por cualquier cosa solía terminar en una torpe tragedia.

—¡Bueno, se acabó ya!, parecéis unos críos. A ver si respetáis un poco que vuestro hermano solo lleva unas horas en casa. ¿Es esa la impresión que queréis causar a vuestra sobrina?

—Tranquila, mama, los niños se olvidan de todo. —contestó Martín incapaz de callar. Desafiar le resultaba mucho más divertido.

Julia clavó en él una mirada de escarcha.

Sospechando el rumbo que estaba tomando el sermón de su madre, Sergio decidió cambiar de tema. Enseguida encontró la manera de atraer su atención.

—Mamá, ¿Amalí sigue jugando con papá en la habitación?

Julia apartó su mirada de Martín y de pronto su gesto se volvió mucho más afable.

—Sí, hijo, están como locos jugando con la casa de princesas. No sé cual

parece más niño. Bueno..., sí..., diría que tu padre. Le he visto cambiando a las muñecas de vestidos y zapatos.

«Quien le ha visto y quién le ve», pensó Sergio sonriendo. El carácter suave y flexible de su padre aún le seguía desconcertando. —Me tomo esto y subo a sustituirle, el rosa debe salirle por las orejas.

—Tranquilo papi, yo me encargo. —anunció Sara desde la puerta. —Estoy deseando jugar con esa super casa de muñecas. Algunas no tuvimos tanta suerte. —dijo mirando con ojitos a su madre.

—¡Anda, llorona, te quejarás tú de algo, pero si tenías la habitación llena de trastos! —contestó Julia dándole un azote en el trasero.

—Te debo una, hermanita. —intervino Sergio aliviado— Así puedo empezar a preparar el discurso. No tengo ni idea de qué enfoque darle.

—Tú no necesitas enfoques hermanito, te saldrá rodado. Por algo eres el rey de la oratoria.

—Ojalá fuera tan sencillo. —susurró para el cuello de su camisa.

—Y lo será. —contestó su madre visiblemente emocionada.

Sergio miró a su madre con complicidad. Aquel árbol fuerte y firme que siempre le había sostenido. El tiempo le había enseñado a leer entre líneas e incluso en sus labios. Lejos quedaron aquellos días en los que Sergio ni siquiera podía hablar. Tras su regreso del Hospital nada ni nadie podía arrancarle una sola palabra. Hasta que un día cercano a la Navidad, Julia trajo consigo un pequeño cachorro, cuyo cruce de razas aún seguía siendo tema de debate entre ellos. Julia lo puso con mimo junto a su hijo y el animalito trepó con dificultad por el brazo de Sergio, que lo observaba con curiosidad. Entonces, comenzó a balancearse arriba y abajo con su diminuta lengua hacia fuera. Ante aquella divertida escena Sergio comenzó a reír y dijo: «Pues sí que empieza pronto el máquina». Ni que decir tiene que aquello le otorgó a su nuevo perro Lucho, apellidos y un lugar de honor en la familia.

Sergio pasó la tarde enfrascado entre notas y notas, que a menudo terminaban en la papelera. No resultaba sencillo resumir todo lo importante, todo lo que necesitaba transmitir en aquel acto. Eran demasiados los personajes ilustres e influyentes que acudirían, y no quería desaprovechar la ocasión de lanzar un mensaje que pudiera traspasar fronteras, para así lograr más inversores y poder continuar abriendo casas.

Mientras, la pequeña Amalí hacía las delicias de sus tías, que disfrutaban como niñas, disfrazadas con alitas y tiaras.

A la hora de comer, la familia al completo se trasladó al restaurante donde solían acudir para todo tipo de celebraciones. Las costillas y ensaladas eran sublimes, aunque el postre era lo que realmente les impedía cortar el cordón umbilical con aquel sitio. Su brownie con helado de vainilla y chocolate caliente era una explosión de sabores y sensaciones, un verdadero pecado para los sentidos.

Por eso, tras una opípara y deliciosa comida, cuando llegó la hora del postre, Amalí gritó: —¡Para mí el brownie!

Todos rieron divertidos y asintieron.

—Entonces..., brownie para todos. —pidió Luis entregando las cartas de postres a la camarera.

—Papi, papi, ¿si me gusta mucho puedo repetir?

—Claro princesa, aunque lo dudo. Ya verás..., igual tengo que ayudarte.

Amalí cruzó los brazos sobre su pecho y mirando a su padre con cara de pocos amigos, dijo: —De eso nada, listillo, confórmate con el tuyo.

Las carcajadas de la familia no tardaron en inundar toda la sala. Incluso uno de los camareros que lo había escuchado tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio y no soltar la bandeja. Amalí era risueña y espabilada como ninguna otra.

Pero aquel ambiente de festejo y dicha no tardó en verse perturbado por los acechantes demonios del pasado.

—¡Oh, Oh...!, mal rollo a las seis en punto. —anunció Martín, captando la atención de todos.

— ¿Qué pasa? —preguntó Sergio, que estaba de espaldas y no alcanzaba a ver lo que Martín miraba con tanto interés.

Para entonces la cara de sus padres era un poema y sus hermanas se habían girado de forma descarada.

—Termina el postre cariño, nos vamos. —apremió Julia a su nieta con ternura, aunque visiblemente apurada.

—¿Qué ocurre mamá? —preguntó Sergio persiguiendo su mirada. Tratar de imaginar quien podía encontrarse tras él le había inmovilizado por completo, era incapaz de girarse, pero tampoco podía soportar la incógnita durante más tiempo.

—Nada cariño, es solo que...

Los titubeos de su madre y la cara de entusiasmo de su hermano, terminaron con la escasa paciencia que le quedaba. Sin más contemplaciones

se volvió hacia el lugar que se había convertido en el eje de sus miradas y entonces la vio, aunque enseguida deseó no haberlo hecho. Allí estaba su pesadilla, su mayor equivocación, su decepción, su tormento..., cualquier descalificativo sería incapaz de hacer justicia a semejante arpía. Yeray, la mujer que ocupó su corazón para después pisotearlo sin compasión. La conoció cuando salía con su pandilla, cuando solo tenían dieciocho años. Sergio era el punto de referencia de su grupo de amigos, un chico con éxito al que todos admiraban e incluso emulaban. Eran muchas las chicas que revoloteaban a su alrededor, tratando de atraer sus miradas. Lo cierto es que Yeray jamás logró superar a ninguna de aquellas aspirantes, ni en gracia ni belleza, simplemente fue más astuta a la hora de trazar su camino, se ahorró preliminares y miraditas, para meterse de cabeza en su cama. Poco a poco, con sus dotes y artimañas logró atraer toda la atención de Sergio hacia ella, que de pronto rendía todo su mundo a los pies de alguien que no lo merecía.

Elisa y Sara jamás comprendieron que veía en ella, sobre todo teniendo en cuenta que siempre llevaba los dientes teñidos de azul, al parecer por algún medicamento que tomaba para curarse unas yagas. Sin embargo, Martín sí parecía entenderlo, ya que siempre se le desviaban los ojos al mismo lugar. Aquel generoso escote debía tener bastante que ver, o al menos eso pensaba él.

Pero la cuestión no era si su ex había sido más o menos lista, más o menos guapa... La cruda realidad era que no estuvo a su lado cuando enfermó, ni siquiera una llamada, ni siquiera una visita. Se desvaneció como el dañino humo del tabaco y jamás volvieron a saber de ella.

Los ojos de Sergio tropezaron un torpe y agónico segundo con los de ella. Lo suficiente para que las náuseas y el estrés se instalaran de nuevo en su cuerpo. Miró con angustia a su familia y respirando con dificultad, dijo: —Os espero fuera. Entonces se levantó y cogió a su hija, que protestó por no poder rebañar el chocolate del plato.

—Enseguida vamos, cariño. —indicó Julia nerviosa.

Mientras el resto de la familia recogía sus pertenencias y pagaba la cuenta, Sergio llegó como un rayo hasta la puerta de salida. Quería marcharse de allí cuanto antes, necesitaba que el aire fluyera de nuevo con normalidad por sus pulmones.

—¿Es tu hija? —escuchó preguntar muy cerca de su oído.

Desganado miró a su derecha y la vio, con aquella falsa y teatral sonrisa,

esa desagradable mueca que ahora odiaba.

—No tengo nada que hablar contigo. —quiso zanjar rotundo. Después aprovechó que una pareja le sujetaba la puerta y salió sin mirar atrás.

Pero ella no estaba dispuesta a rendirse.

—Espera, Sergio, siento lo que pasó, ¿no podemos hablar como personas civilizadas?

Sergio la miró con indiferencia y no dijo nada.

—Es preciosa. —dijo extendiendo la mano para tocar a la pequeña que la miraba con recelo.

Pero Sergio la detuvo antes de que alcanzara a rozarla.

—Ni se te ocurra tocar a mi hija. —advirtió agarrando su mano con rudeza.

—¿Por qué eres así conmigo?, eres injusto, yo...

—¿Qué sabrás tú de justicia?, solo eres una niña malcriada y caprichosa a la que nunca le ha faltado de nada.

—Está bien..., desahógate, di lo que quieras, pero volvamos a ser amigos.

Aquellas palabras dibujaron una sonrisa incrédula en la cara de Sergio. «¿Amigos?» pensó calibrando lo absurdo de la petición.

—Nunca fuimos amigos, aléjate de mi familia.

Sergio siguió su camino en dirección al coche y cuando Yerai estaba a punto de iniciar su persecución, sintió que una mano se posaba en su hombro. Era Julia.

—Escúchame lagarta, la otra vez me contuve, pero si vuelvo a verte cerca de mi hijo..., te juro que no te quedarán dientes en los que poder echarte ese potingue que usas.

—Yo solo quería hablar con él y...

—Tarde. —cortó Julia— La vida nos brinda grandes oportunidades que a menudo ni siquiera merecemos. Algunos son listos y las saben aprovechar, pero otros son necios como tú y las pierden. Aléjate de mi hijo.

Julia se marchó altiva y segura de sí misma. Un sentimiento de victoria y venganza recorrió cada parte de su cuerpo. Habían sido muchas las noches que había lamentado no haberse encarado con aquella nefasta aspirante a persona.

—Sigues teniendo una buena delantera. —susurró Martín al oído de Yeray, que maldecía junto a la puerta por no haber sido capaz de alcanzar su objetivo.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Julia volviéndose hacia atrás, para mirar a su hijo, que trataba de abrochar el cinturón de la silla de Amalí.

—Sí, tranquila, agua pasada no mueve molino.

Era cierto, el corazón de Sergio no albergaba ningún tipo de sentimiento por aquel personaje, al menos ninguno romántico. Solo el rencor y el odio estaban relacionados con el recuerdo de su nombre. Aun así, aquella noche no pudo dormir. Llamó a Ana, y aunque su voz logró apaciguarle, no consiguió evitar que un sin fin de recónditos y evocadores momentos vividos retornaran a su cabeza, haciéndole sentir ingenuo y mezquino. ¿Cómo pudo estar tan ciego por un ser tan manipulador y dañino?

Al despuntar el alba cayó rendido, no sin antes arrepentirse de haber cometido la torpeza de haberle dedicado un solo instante de su tiempo a esa otra que jamás debió entrar en su corazón. El olvido era su único y merecido rincón.

Dignidad y libertad

—Porque ese es nuestro mayor objetivo. No solo queremos recuperar la salud de nuestros pacientes, también queremos reconstruir su dignidad, sentar los cimientos que hagan estable y poderosa una estructura en la que todos y cada uno de ustedes colaboran. Que cada persona pueda poner nombre a su afección o dolencia sin necesidad de bajar la cabeza, sin tener que mirar a su alrededor con miedos ni reticencias. Y del mismo modo sus familias, esas personas anónimas y taciturnas, que, tras el velo de la vergüenza, de otros, que no la suya, se ven obligados a enmascarar la verdad por miedo a represalias, como si tuvieran algo que esconder, proteger o soterrar.

Concedamos libertad a enfermos y familias, una libertad que jamás debió serles arrebatada. Rompamos el duro estigma que nos conduce a la auténtica locura, la de la ignorancia y la hipocresía.

Concedamos justicia, pero justicia real, sin que tenga que ser divina. Admitamos que el enfermo no posee mente criminal, ya que a menudo es el criminal el que urde y planea a la perfección la locura.

Y Concédanme esta, mi primera ocasión, para declarar con rotundidad..., que tengo esquizofrenia, sin tener que bajar la cabeza, viendo la aceptación en sus ojos y el orgullo en los de mi familia.

Gracias por abrir su mente y sobre todo... sus valiosas carteras.

Esa frase con toque de humor ponía el broche final al increíble discurso que Sergio había dado tras obtener su merecido galardón en el Palacio de las Letras y Las Ciencias de Madrid.

Sergio recibió la merecida ovación del público y más tarde de su familia. Todos sin excepción estaban orgullosos de sus logros, incluso Martín, aunque le resultara imposible pronunciar palabra alguna, se limitó a golpearle con fuerza en el hombro, un gesto que Sergio captó y agradeció con un apretón de manos.

Entre risas y felicitaciones llegaron al coctel que se organizaba tras la entrega del premio. Amalí se lanzó orgullosa a los brazos de su padre y este disfrutó presentándola a muchos de los invitados. La soltura y gracia de la pequeña no dejó indiferentes a ninguna de aquellas personas, en su mayoría

colegas de profesión. Reían y bromeaban encantados con las salidas y ocurrencias de la niña.

—Cariño, ven con la abuela. —dijo Julia extendiendo los brazos hacia la pequeña, que no dudó en correr hacia ella con entusiasmo— Hijo, ¿te parece si tu padre y yo nos la llevamos a casa? Es tarde para ella.

Antes de que Sergio pudiera contestar, Amalí se le adelantó y contestó frunciendo el ceño: —Soy mayor abuela, no tengo sueño. —Acto seguido soltó un estruendoso bostezo que hizo que ambos sonrieran con ternura.

—¿Y si te digo que nos dormiremos viendo la peli de Enredados con palomitas dulces? —propuso Julia agachándose para estar a su altura.

—¡Sí, sí, Rapunzel! —gritó encantada con la idea que planteaba su abuela.

—Pues no se hable más, vámonos, el abuelo ha ido a por el coche. Creo que tus hermanos se quedan contigo.

—Gracias mamá, os veo en un rato.

Sergio besó a su madre y a continuación recibió un fuerte abrazo de su hija, que le besó con uno de sus sonoros y especialísimos besos.

—Te quiero, cielo. Cuida de los abuelos.

Julia y su hijo intercambiaron una mirada de complicidad, el uno confiaba ciegamente en el otro.

—Estaremos bien papá, yo me encargo. —aclaró Amalí con su habitual y chispeante soltura. Su encantado padre soltó una carcajada y revolvió con cariño su rizado e indomable cabello.

—Lo sé, bichito, lo sé.

La noche transcurrió tranquila y resultó sumamente productiva. Sergio puso todo su empeño en conseguir todo tipo de ayudas e inversiones en su nuevo proyecto, y fueron muchos los que accedieron a contribuir aportando su pequeño granito de arena.

Sara y Elisa se esmeraban en ayudar del mismo modo, logrando llegar hasta peces menos gordos, que también podían ayudar en su justa medida. Sin embargo, y para no romper con la costumbre, Martín se limitaba a ir detrás del primer par de piernas que se cruzaban en su camino. Por desgracia para él, eran presas inteligentes que le veían venir en cuanto abría la boca.

—Hermanito, está siendo un éxito. —anunció Sara llegando hasta él pletórica— He conseguido que colaboren el enanito gruñón y Mr. Bean. —dijo mirando con guasa hacia dos hombres que brindaban y reían.

—¿Douglas y Peterson? —preguntó sorprendido. Aquellos eran dos

huesos duros de roer, más bien dos tiburones que mantenían a buen recaudo sus rebosantes billeteras.

—Hermanito, no hay nada que no consiga una despampanante sonrisa y un buen par de..., copas. ¿Qué pensabas? Que una es digna y honrada, papi.

Ambos comenzaron a reír entusiasmados por lo bien que estaba trascurriendo la velada. Sus esfuerzos comenzaban a dar sus frutos y había que estar agradecidos por ello.

—¿De qué os reís, puedo unirme a la fiesta? —preguntó una achispada Elisa. No solía beber y tratar de emplear las mismas tácticas que su hermana se había vuelto en su contra.

—¿Qué os parece si nos vamos a casa? —sugirió Sergio al percatarse de su estado— Aquí ya no quedan peces que pescar y estoy agotado.

—A mí me parece una idea estupenda. —secundó Sara cogiendo por el brazo a Elisa, que parecía a punto de desplomarse— Así podremos ver una peli con palomitas.

Sergio puso los ojos en blanco, lo último que le apetecía era caer víctima de una nueva encerrona de su entusiasta hermana. Ni siquiera había podido compartir su triunfo con Ana y estaba deseando llegar para hablar con ella, pero tumbado en la cama, sin más compañía que el cálido murmullo de la noche. Aunque también era consciente de que el ruido de la noche madrileña nada tenía que ver con el apacible susurro africano.

—¡La noche es joven familia! —vociferó Martín llegando de la mano de una rubia que parecía haber perdido la mitad de su vestido.

—Pues que la disfrutes. —se limitó a decir Sergio. Acto seguido apretó su hombro con familiaridad y se marchó sin darle ocasión de proponer alguna de sus tórridas ideas.

—No te asustes. —dijo Martín dirigiéndose a la rubia que le miraba con cara de no entender el idioma— No es personal, es el estirado de la familia. ¿Os apuntáis chicas? —añadió mirando a sus hermanas, que en ese momento no quitaban el ojo de encima a la llamativa rubia, que ahora se quitaba con total naturalidad los tacones.

—No gracias. Prefiero irme a casa. —contestaron Sara y Elisa respectivamente.

—Como verás... —continuó Martín mirando a su acompañante— Estas son las sosas de la familia.

—¡Anda guapo..., a dormir la mona! —soltó Sara mirando la ridícula

escena que formaban aquellos dos con su particular cogorza.

—Toma, pídete un taxi, no seas irresponsable. —intervino Elisa metiéndole veinte euros en el bolsillo de la chaqueta.

—Hermanita, tengo dinero, ¿qué te piensas?

—Por si acaso. —zanjó con amargura. Todavía tenía reciente el recuerdo del último accidente de su hermano. De nuevo salió ileso, pero eso no hacía que dejaran de temer que algún día la suerte no estuviera de su parte.

La visión que se encontraron los tres al llegar a casa, era digna de ser immortalizada. Abuela y nieta dormían en el sillón a pierna suelta, con tiaras en la cabeza, maquilladas con brillos y purpurinas, y disfrazadas de princesa. Las palomitas de colores salpicaban como un divertido arco iris la alfombra y las latas de coca cola llenaban la superficie de la mesa.

—¡Vaya bacanal! —dijo Sara tapándose la boca para contener la risa— Espero que fueran sin cafeína. —añadió mirando cómicamente a su hermano— Sergio achinó los ojos ante el cachondeo de su hermana.

—Que no cunda el pánico. —susurró una voz a sus espaldas— Lo tengo todo controlado. —aclaró Luis con una inmensa sonrisa en los labios— No imagináis lo que han tardado en caer la princesa y la reina. Me tenían loco. Luis trae esto, Luis trae aquello...

Pero poder compadecerle resultaba difícil. Los tres comenzaron a doblarse de la risa.

—Reír, reír ingratos, el que ríe el último ríe mejor. A propósito..., ¿a quién le apetece un Cola cao? Es lo último que me pidieron sus majestades. —dijo sujetando dos enormes tazas entre las manos. Sergio se carcajeó de nuevo y sus hermanas no tardaron en seguirle.

—Me viene de vicio. —contestó Sara quitándole una de las tazas de la mano— ¡Uhhh, que rico!

—Yo también quiero. —intervino Elisa— ¿Compartimos? —propuso mirando a su hermano, que no podía dejar de reír junto a su padre.

—No gracias, prefiero irme a la cama, estoy agotado.

—Dale recuerdos a Ana. —pidió Sara guiñándole un ojo.

—También míos. —añadió Elisa.

—Buenas noches, chicas. Hasta mañana, papá. —dijo Sergio acercándose al sofá para coger con delicadeza a su hija. Por nada del mundo quería despertarla. Dormida estaba preciosa y tranquila, algo que a esas horas era digno de agradecer. Necesitaba espacio y tiempo para relajarse y poder hablar

con Ana más de tres palabras seguidas.

Un amargo descubrimiento

—Enhorabuena, cariño. —le felicitó Ana sin darle tiempo a decir nada—
Estoy orgullosísima de ti. ¿Cuándo podré ver el discurso?

—Gracias. Todo ha ido mejor de lo que esperaba.

—Sabía que lo harías genial. —interrumpió incapaz de ocultar la admiración y pasión que sentía por aquel hombre.

—Ha sido gracias a ti, no habría podido hacerlo sin tu apoyo y confianza. Eres mi inspiración, mi preciosa y temperamental musa. No imaginas cuanto te echo de menos. Bueno..., los dos. Amalí te ve en cada una de sus princesas. Ya sabes..., todas tienen el pelo largo como tú.

—Yo también me acuerdo muchísimo de ella. Tengo la habitación empapelada con sus dibujos.

—¿Qué tal todo por allí? —preguntó Sergio impaciente por saber cómo le iba. El trabajo en el pequeño asentamiento donde trabajaba Ana no era fácil. Desde que estaban juntos la había visitado en numerosas ocasiones y desolado había podido comprobar de primera mano la falta de medios y recursos que había en aquel pequeño y recóndito lugar olvidado por el mundo.

Ana dudó si contarle la verdad, no quería inquietarle. Pero finalmente pensó que, si no lo hacía, serían Begoña, Jorge o cualquiera de sus compañeros los que le pusieran al corriente, y aquello podía ser mucho peor.

El silencio de Ana puso en alerta a Sergio.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Tranquilo, no es nada.

—Intuyo que es mucho más que eso. Por favor, no te andes por las ramas. ¿Qué ocurre?

—Ha habido un brote de malaria. —contó entre sollozos.

—Cielo, dime... ¿tú estás bien? —preguntó moviéndose de un lado a otro de la habitación, con el corazón completamente desbocado.

—Sí, pero...

De nuevo rompió a llorar. A Sergio comenzaba a faltarle el aire.

Derrotado lamentó la distancia, aquel era un inconveniente que no podía salvar, aunque quisiera. Solo podía tratar de calmarla y así conseguir que le contara lo que estaba ocurriendo.

—Tranquilízate, amor, necesito saber lo que está ocurriendo. —pidió fingiendo estar más sosegado. En realidad, tenía la garganta reseca y llevaba unos minutos sin poder frenar el galope acelerado de su pecho.

—Es Duna. —balbuceó Ana.

Aquel nombre hizo que Sergio se revolviere temiendo lo peor. Duna era una encantadora niña de ocho años, por la que Ana sentía auténtica adoración. En su última visita Ana se la presentó entusiasmada y más tarde le confesó que le avergonzaba no haber reunido el valor suficiente para adoptarla como él hizo con Amalí.

—¿Qué le ocurre? —preguntó angustiado por cual pudiera ser la respuesta.

Después de un prolongado silencio, durante el cual Sergio creyó conveniente concederle su tiempo, Ana prosiguió, diciendo:

—Otros dos niños y ella han enfermado. No podrán superarlo.

Después continuó llorando. Estaba muerta de miedo, completamente aterrada.

—Tienes que ser optimista. Estoy seguro de que estáis haciendo todo lo posible. No serían las primeras personas que lograr sobrevivir a la malaria.

—Pero..., solo son niños. —susurró con un hilo de voz quebrada.

Sergio entendía perfectamente lo que Ana trataba de explicarle. Sabía que era prácticamente imposible que un niño sobreviviera a esa horrible enfermedad, pero no podía, no quería ver como se desmoronaba y perdía por completo la esperanza.

—Sí, mi amor, son niños y tú eres una magnífica doctora. Sé qué harás todo lo que esté en tu mano.

—Lo intento, pero no es suficiente y yo...

—¿Lo saben en casa? —quiso saber refiriéndose así a su especial y enorme familia.

—Sí, el otro día hablé con Begoña. Necesitábamos más medicinas y acudimos a todos los centros cercanos que pudieran ayudarnos.

—No me ha dicho nada. —observó confundido. La noche anterior había hablado con ella para saber cómo iba todo, pero no le había comentado nada al respecto.

—Perdóname, cariño, fui yo..., le pedí que no te dijera nada hasta que hablase personalmente contigo. ¿Te contó la feliz noticia? —preguntó algo más calmada buscando cambiar de tema.

Sergio dudó un instante. Todavía calibraba la gravedad de lo que acababa de contarle. Su mente sopesaba la conveniencia de coger el primer avión de regreso a casa.

—Sí, me lo ha contado. —contestó con indiferencia.

—Es estupendo que vayan a tener un bebé y que se vayan a casar, ¿no te parece?

—Allá cada cual con sus vidas. —contestó ofuscado. Lo último que le preocupaba en aquel momento era la vida sentimental de sus amigos, por mucho que los quisiera— Vuelvo en el primer avión que haya.

Pero Ana no le escuchaba, solo quería saber por qué se mostraba tan frío ante la noticia que acababan de darle dos de sus mejores amigos. Tenía sus particulares razones, pero Sergio no podía conocerlas.

—¿No te alegra que se casen, y que vayan a ser padres?

—Ana, ¿me has oído?

—Sí, me ha parecido entender que no te alegras por la suerte de tu amigo.

—Ana, por favor, no sé a qué viene esto. Simplemente no tengo tiempo para pensar en cosas que no tienen importancia.

—¿Que vayan a ser padres no es importante?! —soltó ofuscada.

Sergio estaba completamente descolocado. Sin poder entender aquella reacción, decidió tener tacto, y teniendo en cuenta la dura situación que estaba atravesando, le siguió el juego.

—Sí, cariño, es una gran noticia. Es solo que...

—¿Tú no quieres tener hijos? —interrumpió de forma atropellada, dejándole aún más desconcertado— En realidad nunca lo hemos hablado, y este es un momento tan bueno como cualquier otro.

—Yo no lo creo. —contestó de forma tajante.

—Pues yo lo veo muy sencillo, o quieres o no quieres y punto.

La forma déspota e inquisidora de ella le pilló desprevenido. Nunca, ni siquiera en uno de sus peores días, le había hablado con aquel tono.

—Ana, ¿qué te ocurre?

—Nada, no creo que te haya pedido la luna, solo quiero una simple respuesta.

—De acuerdo. —aceptó resignado—. No, no quiero. No entra en mis

planes tener hijos. Nunca lo hemos hablado, pero pensé que conociendo mi historial y sabiendo que acabo de adoptar a Amalí, entendías mi postura.

—¿Qué tiene que ver? —insistió sorprendida por la revelación que el amor de su vida acababa de hacerle.

—Todo Ana, todo. No quiero traer a este mundo a un niño o niña que pueda terminar sufriendo como yo. No quiero tener un hijo aparentemente sano y ver como a cierta edad desarrolla mi enfermedad. No podría verle sufrir. Me moriría. ¿Ahora lo entiendes?

—Pero mi vida, la medicina ha hecho grandes avances. Existe la selección para el caso de enfermedades hereditarias y...

—Sabes tan bien como yo que no es tan sencillo. —la interrumpió fuera de sí. No lograba entender por qué había que tratar aquel tema a distancia. —Que, si no son capaces de saber su origen exacto y mucho menos curarlo, ¿quién me garantiza que tengan los medios para impedir que suceda?

En el fondo y sin querer oírlo, Ana sabía perfectamente de lo que estaba hablando. Pero era tarde para pensar en aquello, ella solo podía descartar probabilidades y aferrarse a la posibilidad de que existiera algo parecido a la suerte. Poco antes de que Begoña le diera la feliz noticia, había sufrido un desmayo en el trabajo. Fue Noelia, su propia compañera y amiga, la que le dio la inesperada noticia cuando abrió los ojos. Estaba embarazada.

—¿Y si yo quiero tenerlos? —preguntó temblando de pies a cabeza, en un desesperado intento por obtener la respuesta que buscaba.

—Tendría que ser con otro. Lo siento. Podemos adoptar todos los niños que quieras, pero jamás tendré uno propio, nunca.

Ana cerró los ojos abatida y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Había imaginado el momento en que se lo diría, sus lágrimas hubieran sido de alegría y no como aquellas amargas y vacías. Sin poder creerlo, sin haberlo planeado, estaba viviendo la agónica despedida del que siempre sería el amor de su vida.

—Cariño. —insistió Sergio al sentir su congoja— espérame, enseguida estaré contigo.

—No hace falta. —contestó tajante— Nos trasladan.

—¿Cómo que os trasladan?

Estaba desconcertado, no lograba entender nada, mucho menos que Ana accediera a separarse de Duna en aquellos difíciles momentos.

—Trasladan al resto de niños para evitar que se contagien y quieren que

vaya con ellos. Me duele dejar a Duna pero no me dejan elección.

De manera egoísta aquella era la mejor opción. Ana estaría segura, dejaría de estar expuesta. Pero sabía cómo quería a la pequeña y por eso propuso:

—Hablaré con Kevin, me debe una, seguro que puede hacer algo para lograr que te quedes y en breve estaré allí para ayudarte.

—No quiero que hagas nada. Tengo que marcharme, será lo mejor.

La resignación y sometimiento de Ana no dejó indiferente a Sergio. Ella solía luchar y debatirlo todo, absolutamente todo.

—No hagas nada hasta que llegue, ¿de acuerdo? —pidió cada vez más confundido.

Pero Ana no podía quedarse. Nada más conocer la noticia de su embarazo sus superiores habían organizado su marcha. El riesgo al que estaba expuesta era demasiado alto. Debía abandonar el país cuanto antes. Aun así, tal y como sospechaba Sergio, había peleado con uñas y dientes por evitarlo, pero todos sus intentos habían sido en vano, debía acatar la decisión, era una orden.

—Cuando llegues no estaré. —anunció haciendo que el corazón de Sergio latiera a mil por hora.

—Ana, por favor, escúchame.

—No, escúchame tú ahora. No quiero que volváis. Es tu momento y el de Amalí. No puedes obligarla a abandonar lo que acaba de empezar a descubrir. Si me trasladan ya no corro peligro y no hay motivo para que tengas que volver corriendo.

—Pero..., ¿dónde te mandan?

—Aún no lo sabemos, te llamaré cuando llegue a mi destino.

Aquella incertidumbre le tenía completamente desbordado. No entendía absolutamente nada. Pero Ana no dio pie a mayores conjeturas y dijo:

—Sergio, te prometo que estaré bien. En cuanto llegue te llamo. No creo que nos trasladen lejos, imagino que será a otro de los poblados cercanos. Además, cuando pase el riesgo de infección volveremos todos aquí de nuevo. Seguro que regreso antes de que volváis.

Desorientado sopesó la situación con frialdad. Sin dudarlo hubiera cogido el primer vuelo para estar junto a ella. Pero si llegaba y ella se había marchado no tendría sentido haber arrastrado consigo a su hija. Por eso, tiró de templanza y resignándose a poder cometer el mayor error de su vida al escucharla, dijo:

—Está bien, si te alejan del foco me quedo más tranquilo, pero quiero que

me llames en cuanto conozcas tu nuevo destino.

—Vale, vale, así lo haré.

—Ana, si cuando me llames siento que sigues teniendo problemas, no te escucharé, colgaré y regresaré a tu lado. Te quiero.

Pero Ana no pudo contestar, tenía el corazón en un puño. En realidad, sabía que la mandaban de vuelta a Madrid, pero no había podido decírselo, necesitaba tiempo, tiempo para poner en orden su vida. Conocer la postura de Sergio ante la idea de ser padre había sido un golpe devastador. En el fondo de su corazón sabía que si le contaba la verdad Sergio cambiaría de idea y estaría a su lado, pero no quería eso, deseaba que se alegrara por ello y no pasar a convertirse en su eterna condena. Por eso, con la sensibilidad a flor de piel por todo lo que estaba viviendo, eligió el camino fácil, el que la alejaba de él sin ni siquiera intentarlo.

Sergio se sentó en la cama abatido y confuso. Repasó la conversación una y otra vez para llegar siempre a la misma conclusión, aquella no era la mujer luchadora y valiente que amaba, algo ocurría y debía averiguarlo. Con el ánimo por los suelos se levantó e hizo unas cuantas llamadas.

Después de una hora, cuando vio que no conseguía nada, tomó la decisión de esperar a recibir su llamada. En cuanto conociera su nuevo destino cogería el primer vuelo de regreso a casa.

Sin ti

Dos días después de aquella dura conversación, el avión de Ana aterrizaba en Madrid. Había sido una tortura no poder llamarle, pero hacerlo solo serviría para prolongar durante más tiempo su agonía. Cuanto antes pusiera en marcha el plan que había urdido antes le alejaría para siempre de su vida.

Ni la pequeña Duna ni los otros dos niños habían logrado superarlo. Se había quedado para escuchar el último suspiro de aquella pequeña que había despertado sus risas durante años, y ahora regresaba con el corazón roto en mil pedazos, algo que Sergio ni siquiera sospechaba.

—Hola pequeñaja. —dijo Andrés al verla aparecer cargada con dos enormes maletas. Había dilatado el momento de contarle a Sergio que aquel que tanto odiaba era su hermano y ahora ya era tarde, demasiado tarde.

—Ya ves, aquí me tienes de vuelta para incordiaros un rato.

—No seas tonta, mamá está encantada de que vuelvas.

Andrés era un hombre reservado y metódico, sobre todo en su entorno laboral, pero cuando llegaba a casa era completamente distinto, se relajaba y dejaba aflorar su lado afable y divertido, algo que Sergio jamás hubiera imaginado.

Con una enorme sonrisa cogió sus maletas y juntos se dirigieron al parking.

El trayecto hasta casa lo hicieron en absoluto silencio. Andrés estaba al tanto de lo sucedido, y algo le hizo saber al instante, que su hermana necesitaba tiempo antes de poder hablar con normalidad sobre aquello

Saludó a sus padres de forma apresurada. Era incapaz de enfrentarse a ningún tipo de charla o discurso de moralidad, aunque viniera de las personas que más quería y respetaba en el mundo. Escudándose en el cansancio que sentía, logró retirarse sin tener que comenzar la dura retahíla de amargas explicaciones.

Cuando atravesó la puerta de la que durante años fue su habitación; su castillo, su refugio y secreto lugar de confidencias entre amigas, un sentimiento

de añoranza mezclado con el más duro fracaso se adueñó de ella. Ansió volver a sentirse aquella joven independiente y soñadora, que no extrañaba nada porque nada quería. La misma que sonreía a la vida y se conformaba con ver un nuevo amanecer, por el simple placer de admirar la magia que era capaz de dibujar el cielo con sus infinitos y centelleantes colores, pura luz, magia y fantasía.

Agotada se dejó caer sobre la cama, sintiendo como los últimos resquicios de aquel sueño morían al topar con la fría realidad, la que la enfrentaba de nuevo a la soledad de aquel cuarto sin vida en el que Sergio no estaba. Durante horas lloró abrazada a la almohada, desesperada por ser consciente de que el frío se abría de nuevo camino a través de su cuerpo. La ausencia de él había comenzado a escarchar un corazón que ahora lamentaba haber entregado.

—¿Has logrado hablar con Ana? —preguntó Julia preocupada por el angustioso gesto de su hijo.

—No mamá, ha sido imposible. Y la espera está comenzando a volverme loco. No he pegado ojo en toda la noche.

—Seguro que está bien cariño, ya sabes que Ana sabe cuidar de sí misma. Lo más probable es que estén demasiado liados y no haya podido encontrar la forma de contactar contigo.

—Lo sé, mamá, es solo que...

No pudo terminar. El gran torrente Amalí saltó sobre él desplegando todo su encanto.

—¡Papi, papi, los abuelos me van a llevar al cine!

Sergio, con la pequeña colgando todavía de su cuello, miró sorprendido a sus padres. Era la primera noticia que tenía.

—Verás hijo. —comenzó a explicar Luis— Tu madre y yo hemos pensado que podíamos llevar a la pequeña a ver la película de la Bella y La Bestia. Le encantará.

—Así aprovechas para descansar o poner en orden tus cosas. —secundó Julia emocionada ante la idea de llevar a la niña a descubrir aquel mundo de sueños. La gran pantalla iba a dejarla sin palabras.

Sergio lo pensó un instante. Sabía que bregar con su pequeña podía resultar agotador. Pero no quería abusar de sus padres. Aunque en el fondo sabía que necesitaba esos momentos a solas con sus pensamientos.

Julia al verle dubitativo, se acercó a él y poniendo la mano sobre su

hombro, dijo: Cariño, ¿qué ocurre?, te veo intranquilo.

—Nada, mamá. —dijo tomando con mimo la mano de aquella mujer que adoraba. Es solo que no quiero que os canséis. No habéis parado desde que llegamos y Amalí no os dará tregua, no parará hasta agotaros.

—Papi, yo soy buena. —dijo de pronto Amalí, poniendo los ojitos que siempre lograbán derretirlo por fuera y por dentro.

—Lo sé. mi amor. —dijo llegando hasta ella para cogerla en brazos— Es solo que los abuelitos son mayores y se cansan. También debemos dejarles tranquilos en algún momento.

Pero aquel torpe argumento no iba a convencerla fácilmente. De pronto, Amalí comenzó a interpretar uno de sus teatrillos, cargados de falsos gimoteos y pucheros.

—¿Mayores, nosotros? —intervino Luis aproximándose a ellos con una enorme sonrisa— Lo que pasa es que papá es un aburrido, ¿verdad princesa? —dijo buscando la complicidad de su nieta con un guiño repleto de intenciones. Después miró a su hijo y frunciendo el ceño de forma cómica, dijo: —Grandullón, si no quieres venir a divertirme, al menos deja que los jóvenes lo hagamos.

Sergio no tuvo nada que decir. La entrega de sus padres le enternecía. Finalmente, pensó que probablemente sería el plan más emocionante que habían dispuesto para aquel día. Sin más, besó y abrazó con fuerza a su hija, y se despidió de ella, no sin antes advertirla: —Amalí, debes obedecer a tus abuelos en todo momento y cuando llegue la hora de volver a casa no valen pataletas. ¿Entendido?

—Entendido papaíto. —contestó tomando la cara de su padre entre sus pequeñas manitas— Toma, para que no me eches de menos. —dijo plantándole un impresionante y chispeante beso de los suyos en los labios.

«¡Será zalamera!», pensó al percatarse de la obra de teatro que había organizado ella solita.

Sus padres aguardaban junto a la puerta, incapaces de contener la risa. El carácter y vitalidad de aquella niña eran insuperables.

Cuando el silencio se apoderó de la casa, por fin vio la ocasión perfecta para hacer algunas llamadas.

—Cuéntame la verdad Ana, ¿qué te ha hecho ese desgraciado? —preguntó Andrés haciendo evidente su escasa paciencia. La noche anterior había esperado, no quería agobiarla, deseaba que fuera ella quien le contara qué

había motivado su marcha, ¿por qué se había marchado lejos del que días antes era el amor de su vida?

Ana dejó la taza de café que sostenía entre sus aún temblorosas manos y miró a su alrededor. No quería dar explicaciones a sus padres. No estaba preparada.

—Tranquila, estamos solos. —anunció, a la vez que tomaba su mano para tratar de calmarla. Ella era la única que lograba despertar aquel lado sensible en su recto y disciplinado modo de ser.

Ella quería, necesitaba desahogarse y contarle lo que había sucedido, pero Andrés había encontrado un rival en Sergio. Por alguna razón se sentía torpe y fracasado ante él. Ana jamás le había dicho nada de su enfermedad, no por vergüenza sino porque no quería poner en su mano la baza para tratar de humillarle. Le quería, sabía que en el fondo era una persona sensible y noble, pero cuando se trataba de trabajo todo era distinto, Andrés solía pensar que el fin justifica los medios. Cada fallo que Sergio cometiera, incluso cada logro, se toparía con algún comentario mediocre y ofensivo.

Por eso, conociéndole como lo hacía, decidió callar la verdad e improvisar una mentira con la que poder proteger al hombre que siempre amaría.

—No pasó nada. —comenzó a decir con frialdad— Simplemente, cuando le conté lo del embarazo quiso que dejara el trabajo, y ya me conoces..., eso es algo que no estoy dispuesta a hacer ni por él ni por nadie.

Andrés la miró incrédulo. Ana pudo ver como su rostro se descomponía por momentos. Aquel gesto agrio asustaba, pero había logrado justo lo que pretendía.

— ¡No puedo creer lo que escucho! —gritó fuera de sí. —¿Pero tú eres consciente de lo que dices? ¿Has dejado a un hombre que te quiere y te has marchado con vuestro hijo porque quiere protegerte?

Andrés era un hombre tradicional, casi chapado a la antigua, de esos que continúan pensando que el hombre es el cabeza de familia. Aquello le descuadraba por completo. En el fondo admiraba los logros de aquel hombre que estaba alcanzando todo lo que él apenas fue capaz de soñar. ¿Cómo podía su hermana abandonarle por ser un hombre atento y responsable?

Ana gritaba por dentro de pura impotencia y rabia. Odiaba el enfoque extremadamente machista de su hermano, pero por primera vez en su vida hubiera deseado ser aquel prototipo idealizado por su familia. Que Sergio la

cuidara era lo único que ansiaba en aquel agónico momento. Aun así enjugó las lágrimas que pugnaban por recorrer incesantes sus mejillas y trató de mantener el tipo ante el cúmulo de acusaciones que Andrés comenzó a verter sobre ella. Su indiferencia y desdén le tenían cada vez más ofuscado, no alcanzaba a comprender la indiferencia de Ana. Pero así era como ella pretendía tenerle, volcando su ira sobre ella y no contra Sergio.

—Puede que no le quisiera tanto como pensaba. —interrumpió de pronto, dejándole sin palabras.

Andrés sopesó en silencio el alcance de lo que su hermana acababa de soltar con ligereza.

—Entonces..., el niño... —comenzó a decir cada vez más confundido.

—¿Qué pasa con el niño? —preguntó con dureza, tratando de mantener rígido el escudo que ya había comenzado a derrumbarse por dentro— Aún hoy se dan este tipo de fallos.

Andrés tuvo que parpadear varias veces, atónito ante las últimas palabras de su hermana.

—No me mal intérpretes, quiero tener este bebé, pero no con Sergio, somos demasiado diferentes, queremos cosas distintas, no funcionaría.

Quería convencerle de que lo suyo era un imposible, algo que jamás debió comenzar, pero por nada del mundo estaba dispuesta a referirse al fruto de su amor con aquel calificativo, no era un fallo, más bien todo lo contrario, un sueño hecho realidad.

—No logro entenderte, eres doctora. Tienes a tu alcance...

De nuevo no pudo concluir con su nuevo reproche. Ana le interrumpió cansada de ver aflorar su anticuada e inquisidora personalidad.

— Por ahí no sigas. —pidió negando con la cabeza. Era incapaz de escuchar uno más de esos argumentos— Hoy por hoy ser madre soltera es una elección tan respetable como cualquier otra. Y lo cierto es que no te debo explicaciones, aún menos de cómo ni porqué permití que sucediera. Lo único que espero de ti es que no mantengas ningún tipo de contacto con Sergio. Él respeta mi decisión de marcharme y permite que sea yo quien se encargue del niño. África no es el sitio más indicado para criar a un hijo.

Ana sabía que aquella mentira tenía los días contados. Que su hermano desconociera la verdad, que en realidad Sergio ignoraba su futura paternidad, era algo que terminaría cayendo por su propio peso. Pero de momento necesitaba tiempo, tiempo para pensar y tratar de tomar la decisión correcta.

—Por mí no hay problema. No quiero estar en medio de esta batalla sin sentido. Preocúpate por lo que le dirás a ese niño cuando te pregunte por qué le alejaste de su padre, por qué no permitiste que formase parte de su vida.

Tras aquellas duras palabras, con las que Andrés dio la última estocada en el corazón de su hermana, se marchó dando un estruendoso portazo. Jamás entendería a las mujeres, o al menos eso pensó mientras se alejaba cabizbajo, incapaz de comprender la frialdad y superficialidad de su hermana.

Un nuevo desengaño

Había pasado una semana desde la última vez que Ana habló con Sergio. Desde que le pidió paciencia. Sería ella quien contactara con él. Pero los días transcurrían agónicos para Sergio y el resto de su familia, que no podía ver con indiferencia su apatía y tristeza. Nada, ni una llamada, ni una carta, ni siquiera las palabras tranquilizadoras de algún amigo en común. La tierra se la había tragado y él era incapaz de seguir arrastrando aquella horrible incertidumbre durante más tiempo. Sin perder un minuto más, se disponía a reservar dos billetes de regreso a Zimbabue, cuando su móvil comenzó a sonar. En un principio lo ignoró, vio que era Begoña, pero la desidia se había apoderado de él, no quería hablar con nadie, nadie que no fuera ella. Sin embargo, la incesante insistencia de su amiga le hizo pensar que tal vez tuviera noticias de Ana. Con desgana aceptó la llamada y una voz nerviosa y atropellada sonó al otro lado.

—Sergio, ¿lo has visto? —pudo entender a duras penas. Begoña parecía completamente desquiciada— No puedo creer que haya podido tener tanta poca vergüenza.

Sergio cada vez más confundido, trató de calmar el cúmulo de sin sentidos que salían de la boca de la que normalmente era una compañera sensata y prudente.

—A ver, Begoña, trata de calmarte. No entiendo absolutamente nada de lo que tratas de decirme. Respira hondo y vocaliza.

Begoña entendió al instante que su amigo tenía razón, en aquel estado no iba a lograr explicarse. Por eso, respiró profundamente varias veces tratando de recuperar la templanza.

—¿Estás mejor? —Preguntó impaciente por saber que todo iba bien. Conocer el estado de Begoña no hacía más que aumentar sus temores. ¿Por qué estaba tan alterada? Aquella ansiedad no le convenía en absoluto— ¿Estáis todos bien? —quiso saber cada vez más intranquilo.

—Sí, perfectamente. —contestó por fin con un tono mucho más sosegado y rotundo.

Ante aquella afirmación, Sergio no tardó en formar nuevas conjeturas.

—¿Se trata de Ana?

El prolongado silencio de Begoña hizo que Sergio temiera lo peor. Con el corazón desbocado, preguntó fuera de sí: —¿Se trata de Ana, que le ocurre? Por favor, contesta, necesito saber que ha sido de ella.

—¿Has leído la prensa? —preguntó dejándole aún más confundido.

—¿Qué tiene que ver eso? —quiso saber desesperado.

—Mira los ecos de sociedad y luego me llamas. ¿De acuerdo, cariño? —después colgó dejando a Sergio en un completo caos de sentimientos y dudas.

Con el rostro desencajado y el corazón en un puño llegó hasta la cocina donde desayunaban sus padres y su hija.

—¡Papi, papi! —gritó Amalí levantándose para ir corriendo hacia él con los brazos abiertos. —¿Quién te quiere un mundo?

Pero como si no la hubiera visto ni oído, la esquivó para rodear la mesa y quitarle a su padre con brusquedad el periódico de entre las manos.

—Pero hijo, ¿vosotros los jóvenes no veis siempre las noticias en la *tablet*, portátiles y cosas de esas? —preguntó Luis sorprendido por el extraño arrebató de su hijo.

—Hijo, ¿qué te ocurre? —preguntó Julia, que se había levantado para consolar a la pequeña, que hacía enormes pucheros por el inesperado desaire de su padre.

—¿Podéis callar un momento? Estoy buscando algo. —pidió en tono serio e intrigante.

—Si es la sección cultural o de comic, llegas tarde, tus hermanos ya han tomado buena cuenta de esas. —Añadió Luis tratando que calmar los ánimos. Pero enseguida la mirada que le dedicó su hijo le hizo saber que no había lugar para bromas, sin duda se trataba de algo importante. Por eso, decidió tenderle una mano.

—Cariño, ¿por qué no vais a vestiros las dos y luego salimos un rato al parque? —propuso haciendo un guiño a su nieta.

Su mujer, que le conocía como nadie, no tardó en captar la indirecta. Pero Amalí se resistía a marcharse sin recibir algún mimo de su padre.

Luis se giró buscando algún indicio que le dijera que Sergio estaba mejor, pero la mirada de espanto de su hijo le indicó todo lo contrario. El tema debía

ser serio.

—Cariño. —dijo Luis arrodillándose ante su desconsolada y preciosa nieta— Papá está preocupado por un tema de trabajo. En cuanto lo solucione se reunirá con nosotros y jugaremos a lo que tú quieras.

Amalí miró con recelo hacia el hombre que tanto quería, sin alcanzar a comprender por qué se comportaba de aquella manera. Ella solo pretendía recibir su dosis de besos y abrazos, como cada mañana.

—No puede ser, no puede ser... —murmuraba Sergio una y otra vez, sin dejar de negar con la cabeza.

—Vamos amor, te pondré guapa. —dijo con ternura Julia, sin dejar de mirar con preocupación a su marido.

—Tranquila cariño, yo me encargo. —trató de calmarla Luis, que tampoco era capaz de entender lo que estaba ocurriendo. Cuando se alejaron, sin saber muy bien que decir, se volvió hacia su hijo y apoyándose en su hombro, dijo: —Hijo, siéntate, hablemos.

—No hay nada que decir, papá. Se terminó para siempre. —Soltó Sergio arrugando el periódico con rabia.

—¿Es Ana, está bien? —alcanzó a preguntar con un hilo de voz entrecortada.

Su hijo levantó la mirada del suelo para mirarle, y con la rabia instalada en los ojos, contestó: —¿Bien?, bien es poco. Puedes verlo con tus propios ojos. —acto seguido, lanzó el periódico contra la mesa y se sentó para llevarse con desesperación las manos a la cabeza. Sentía que la frustración y la impotencia se abrían paso inexorablemente a través de su cuerpo y, sabía que debía frenarlo. El descubrimiento había sido desgarrador e impactante y, por eso mismo no merecía nada más que su desprecio e indiferencia.

Luis cogió alarmado el periódico. Quería saber cuánto antes el motivo que había puesto patas arriba el estado anímico de su hijo. Estupefacto observó una foto enorme en la que aparecía Ana junto a un hombre, en lo que parecía ser algún evento importante, ya que ambos vestían de gala.

—Bueno, hijo, no saques conclusiones precipitadas. Seguro que existe una buena explicación para esto.

—¿En serio piensas que algo puede explicar que lleve cinco días en Madrid sin decirme nada y que acuda a la cena del Colegio de Médicos del brazo de ese indeseable?

Luis solo pretendía ir con cautela, ni siquiera sabía quién era su

acompañante. En ningún caso sería él quien echara más lecha al fuego.

—Pero..., puede que sea una mera coincidencia, puede que haya intentado contactar contigo, quizás tenía algún compromiso ineludible y...

—No te esfuerces papá. Como siempre dices..., dos y dos son cuatro. No necesito más argumentos.

Durante unos minutos se creó un silencio incómodo entre ambos, pero de nuevo Luis esperaba pacientemente.

—Mañana regresamos a Zimbabwe. —Anunció con arrojo y determinación, mientras se levantaba luciendo un gesto mucho más frío e indiferente— Ella tiene lo que siempre había querido y yo tengo mi mundo esperándome.

El resentimiento y ofuscación estaban presentes en cada una de sus palabras, pero Luis decidió callar, en el fondo pensó que aquello sería lo mejor, si regresaba estaría ocupado y no tendría tiempo para hundirse.

—Como tú quieras, hijo. —Se limitó a decir con resignación. En el fondo hubiera deseado que ambos pasaran con ellos algo más de tiempo. Estaban encantados con la pequeña y era demasiado pronto para despedidas.

—Si no te importa, iré haciendo unas llamadas.

—Está bien, hijo. Por Amalí no te preocupes, tu madre y yo la llevaremos un rato al parque.

—Estupendo papá. Gracias.

De pronto, Luis vio que la luz había vuelto a retirarse de los ojos de su hijo, para dejar paso a la mirada escarchada y distante que durante años le había acompañado.

Al cabo de unas horas todo estaba listo; los billetes comprados y las maletas dispuestas. El avión salía de madrugada, de manera que Amalí dormiría la mayor parte del viaje. La calma era lo que más ansiaba Sergio en aquellos difíciles momentos.

—Begoña, mañana nos tenéis allí de nuevo. —informó con voz soterrada a su amiga.

—Lo siento, corazón. —dijo sabiendo cual era el motivo de su repentino regreso.

—Tranquila, cuando las cosas están de no salir..., pues ya ves.

El timbre de su voz hizo que Begoña supiera al instante que su compañero regresaba con el corazón roto, y que les esperaba una ardua tarea tratando de recomponerlo.

—Aquí todos os echamos de menos, ¿qué tal mi princesa?

—Deseando veros, ella también os echa de menos.

—Dile que tengo una sorpresita para ella. Le encantará.

—Descuida. Se lo diré.

—Sergio. —Comenzó a decir apurada— ¿Irás a verla antes de volver?

—¿Qué sentido tiene? —preguntó con desdén.

—Puede que tenga algún argumento. —sugirió tratando de avivar una llama que en el fondo creía extinguida. En realidad, no pensaba que existiera un motivo que justificara el modo de proceder de Ana, por mucho que la apreciara.

—Sabes tan bien como yo que no hay justificación posible. Conoces al impresentable que la acompaña en la foto.

Begoña bajó la cabeza y no dijo nada.

—Entonces, no te tortures más. Nos vemos mañana. Recuerda que todo pasa y el cielo vuelve a brillar bajo un nuevo y hermoso amanecer. Aplícate tus lecciones, ahora has de ser el alumno.

Sergio hubiera querido desquitarse, soltar sin pudores ni frenos todo lo que luchaba por salir de su garganta. Pero, de nuevo, tiró de sentido común, tragó saliva y abogó por la llegada de un nuevo día, esta vez...en África, donde la magia de las luces y sonidos de la noche lograrían apaciguar su alma.

Volar del nido

Se despertó bañado en sudor. La noche había sido interminable, apenas había logrado dormir más de dos horas seguidas. Desde su regreso de Madrid, Amalí no había parado de hablar de sus nuevos tíos y abuelos. Los echaba de menos. Con el paso de los días se fue relajando, y ahora sonreía de nuevo, rodeada de los que siempre fueron su familia. Aquello relajó en cierta medida a Sergio, que, al principio, al ver que su hija se dormía cada noche con los ojos arrasados en lágrimas, temió verse forzado a programar otra visita antes de lo previsto. Pero el tiempo lo cura todo, más aun tratándose de niños, que siempre resultan ser más fuertes de lo que pensamos.

Pero..., el suyo, su corazón, continuaba herido. Sus más profundos y pasionales sentimientos, los que en un comienzo rehusó albergar, yacían pisoteados por la mujer que un día, sin apenas darse cuenta, coronó como su ángel, su particular y única diosa.

Su carrera estaba en auge y las responsabilidades legalmente adquiridas. Por fin podía llamarse padre de Amalí sin ningún tipo de reservas, tenía una hija. Por eso, sabía mejor que nadie que no podía concederse el privilegio de hundirse. Aunque también era consciente de lo perjudicial que le resultaba aquella incesante zozobra, que martilleaba constante su recién adquirida cordura, como él solía llamar a esa plácida y recuperada sensación de equilibrio entre su mente y su cuerpo.

Había soñado con su recaída, y al despertar entre desgarradores gemidos, no había encontrado su mano, la de aquella mujer que prometió estar a su lado.

Esa pesadilla que se repetía incesantemente, hacía más real su ausencia, la de aquella que deseaba odiar, pero que amaba por encima de todas las cosas.

Aún no amanecía cuando se calzó sus desgastadas botas y cogió el abrigo con sigilo. Amalí se había quedado dormida a su lado y no quería despertarla.

Arrancó el todoterreno, y no tardó en achinar los ojos, al percatarse de lo estruendoso de aquel ruido. Seguro que alguien lo habría oído. Sin darle más

vueltas se adentró en la selva. Conocía los riesgos que podía ocultar la maleza, pero necesitaba sentir el aire fresco chocando gélido contra su rostro. Ansiaba volver a respirar sin dificultad, sin que un cúmulo de extrañas y dolorosas palpitaciones oprimieran exigentes su pecho.

Conducía rápido, sin rumbo, preso de un inquietante frenesí que se fusionaba perfectamente con el entorno salvaje, que poco a poco se fue dibujando ante sus ojos. El sol comenzó a elevarse, haciendo gala de sus tonos rojizos y anaranjados, con sutiles matices dorados. Una fusión que de pronto trajo el fuego al cielo y sembró de oro las inmensas llanuras, repletas de animales, que amanecían con la luz de un nuevo y deslumbrante día. Aquel momento, el despertar de todo, de la propia vida, era perfecto en sí mismo, y Sergio había aprendido a beber de él en los momentos de flaqueza. Aquella luz cegadora e infinita, que se adueñaba de todo lo que encontraba a su paso, lograba hacerle sentir pleno, repleto de energía.

Aún cegado por el sol, se detuvo a contemplar las oscuras y lejanas siluetas de tres elefantes que caminaban en fila. Sin poder evitarlo sonrió, Amalí se hubiera vuelto completamente loca, sobre todo con la cría, que caminaba segura entre aquellas dos imponentes figuras, que poco a poco se fueron desvaneciendo en el lejano horizonte.

Cuando regresó, Isabel le abordó visiblemente preocupada. Tenía el oído muy fino y se había percatado de su furtiva marcha en mitad de la noche.

—¡Ozú mi arma! ¿Ze pue sabé a dónde iba? —Preguntó apretando la cara de Sergio con ambas manos.

Isabel era un encanto, pero sus raíces flamencas la convertían en una mujer demasiado exagerada.

—Tranquila, mujer. —dijo tratando de zafarse de aquel apretón que comenzaba a resultar molesto— Salí a pasear. Necesitaba tomar el aire.

— ¡Aire dise, en mitá de la noche! ¿Tú está loco chiquillo? —Dijo desarmando a Sergio con su gracia andaluza. No reírse con ella era impensable.

—¡Hombre, por fin..., el desaparecido! —Escuchó decir tras él. Era Begoña, que, alertada por Isabel, aguardaba el momento de salir en su busca. En el fondo agradeció no tener que hacerlo— ¿Cómo se te ocurre salir solo en mitad de la noche? Es de principiante, lo sabes.

—Sabes que sé defenderme. —dijo acariciando con mimo la barbilla de su amiga— ¿Y Amalí, se ha levantado? —preguntó extrañado al no sentir la

algarabía que montaba por las mañanas.

—Ha desayunado y ahora está con César y Jorge pintando la habitación.

—¿La habitación? —preguntó sorprendido.

—Sí, se levantó diciendo que quería tener estrellas en el techo de su habitación, y aprovechando la pintura fluorescente que sobró de marcar las señales de emergencia, no se lo han pensado y se han puesto manos a la obra.

—Estupendo. Aprovecharé para hacer la ronda. Niara me tiene preocupado.

—¿No mejora?

—No terminó de encontrar la clave. —admitió pesaroso. Después se despidió con una forzada sonrisa.

—Sergio, perdona... —le detuvo Begoña poniéndose frente a él— No sé si es buen momento para comentarte lo de Abu, pero es importante que les contestemos cuánto antes.

—¿Abu, está bien? —Quiso saber al instante. No tenía ni idea de lo que podía estar ocurriendo.

—Tranquilo, está bien. Se trata de todo lo contrario.

—¿Entonces? —insistió, impaciente por saber de qué se trataba.

—Verás, los de Rhino África han accedido a formar parte de nuestro programa de inserción, y yo he pensado en Abu. Estoy convencida de que este es su momento.

—¿Rhino África?

—Sí, ¿no te acuerdas? El safari que está cerca de aquí, el que incluye en su itinerario las cataratas que tanto te gustan.

—Todos lo hacen. —contestó con indiferencia. Lo último que le apetecía era escuchar cualquier mención sobre aquel lugar, ahora maldito.

—Pero este es especial. Transmite magia e ilusión. Los turistas y en especial los niños disfrutaban de su particular encanto.

—¿Y qué tiene que ver Abu con todo esto? —interrumpió cortante.

—Acceden a recibir a una persona. Enseguida he pensado en Abu. Podrá desenvolverse en un entorno ajeno, rodeado de otras personas, pero a la vez estará cómodo, porque pasará la mayor parte del tiempo al aire libre, sin presiones ni forzadas ataduras. Sé lo mucho que le quieres, pero nunca paras de hablar de que cada persona tiene su momento especial en esta vida, pues bien..., este es el suyo.

Desde que Sergio abrió la primera casa en Zimbabue, fue consciente de

que el objetivo no era retener sino dar alas a quienes no las tenían. Sabía que probablemente algunos, los más enfermos, pasarían el resto de su vida allí, protegidos y trabajando dentro de sus posibilidades. Pero allí, en mágicos rincones que ellos irían creando; como el huerto que Isabel había decorado con enormes espantapájaros vestidos con trajes de sevillanas, el pequeño taller de orfebrería, el de mimbre... Ocupaciones que les permitían obtener pequeños ingresos y así una pequeña parcela de independencia. A algunos les resultaba indiferente ganar dinero, disfrutaban con el mero hecho de ocupar su mente en tareas que les gustaban y a la vez les relajaban. Pero la mayoría, los que estaban algo mejor, disfrutaban vendiendo sus creaciones en los mercados de pueblos vecinos.

Pero que su chico se marchara, que Abu emprendiera el camino solo, era algo más difícil de asumir, por mucho que su mejoría llenara su corazón de dicha.

Aun así, por mucho que le doliera separarse de él, sabía que Begoña estaba en lo cierto, sin duda, era su momento. Por eso, suspiró profundamente y dijo:

—Llámalos. Diles que le llevamos a uno de nuestros mejores chicos y que espero que cuiden muy bien de él.

— Hacemos lo correcto. —dijo Begoña, persiguiendo con mimo la mirada esquiva de su amigo.

—Lo sé.

—Luego te veo y me cuentas que tal encuentras a Niara. —Se despidió Begoña comenzando a caminar hacia la cocina.

—Espera. —pidió de pronto— Dile a Abu que me encargaré de llevarle.

Aquello no pilló desprevenida a Begoña. Le conocía perfectamente, sabía que necesitaba hablar con aquellas personas. Se aseguraría de que cuidaran bien de su niño, otro de sus muchos hijos, aunque en este caso no hubiera papeles de por medio.

En la niebla

Dos meses después

Aquella mañana de julio el cielo de Zimbabue amaneció cubierto por un espeso manto de niebla, algo bastante común en esa época del año.

Sergio observaba sentado en el porche. Aquella estampa invernal no presagiaba nada bueno, o al menos así lo pensaba él. Con los años había podido comprobar que la niebla solía traer consigo problemas. Tener buena visibilidad en aquellas tierras era cuestión de supervivencia. Lo contrario generaba en él una desoladora inquietud, que no le gustaba.

—¡Menuda mañanita! —dijo Jorge sentándose junto a él con una taza de humeante café entre sus manos— Sé cómo piensas, pero relájate, no tiene por qué ocurrir nada.

Sergio se mantuvo pensativo durante unos instantes. No compartía la tranquilidad de su amigo.

—Espero que tengas razón. —Se limitó a decir, a la vez que se levantaba para ir en busca de su hija— Luego nos vemos.

Pero no pudo llegar muy lejos. De pronto Amalí llegó hasta ellos como un torbellino.

—¡Papi, papi, cógeme! —gritó tomando carrerilla para saltar y que su padre la estrechara entre sus fuertes brazos.

Sergio la recibió con los brazos abiertos. Como cada mañana la hizo volar como un avión y después cubrió de besos su angelical rostro.

—¿No hay nada para el tío Jorge? —Intervino este poniendo morritos a la pequeña.

—Bueno... llorón, para ti tengo un beso de esquimal. —contestó llegando con soltura hasta Jorge, para chocar su nariz contra la suya.

—Creo que sigo prefiriendo tus maravillosos besos sonoros. —bromeó incapaz de contener la risa.

—Pues lo siento, esos se los di todos a papi.

—Otra vez será campeón. —intervino Sergio siguiéndoles la corriente.

—¿A dónde ibas tan deprisa corre caminos? —preguntó agachándose junto a su hija.

—Es verdad. Se me había olvidado. Papi, ¿sabes una cosa? Desde la ventana de mi habitación he visto un fantasma.

—¿Un fantasma? Ya te he dicho que los fantasmas no existen. Seguro que estabas soñando.

—Claro, princesa. —secundó Jorge, tratando de apoyar a su amigo en sus cotidianas tareas como padre.

—¿Y tú como lo sabes listillo? —preguntó Amalí encarándose con él con los brazos en jarra, un gesto cómico que ya era propio de aquella pequeña chisposa y descarada.

—Porque...solo existen... —comenzó a decir con intriga— ¡Los monstruos come niiiñas! —Acto seguido comenzó a correr tras ella con la boca muy abierta. Amalí corría despavorida alrededor de los sillones.

—¡Parad de una vez! —Pidió Begoña, sosteniendo una bandeja, que contenía galletas y un tazón de chocolate caliente.

—Gracias, mi amor. —dijo César luciendo una monumental sonrisa. Si ya era feliz a su lado, la noticia de su próxima paternidad le tenía flotando en una nube.

—Yo también quiero. —intervino Jorge, cogiendo una de las galletas.

—¡Quita de ahí! —bromeó Begoña, golpeándole en la mano con un ligero movimiento.

—¡Auuu, que carácter tiene tu mujercita!

Sergio observaba la situación en silencio. Era uno de esos pequeños momentos en familia que le daban la fuerza necesaria para seguir luchando cada día.

—Es el desayuno de la niña. —aclaró dirigiendo toda su atención hacia Amalí, que ahora miraba hacia otro lado— Lo ha dejado plantado en la cocina sin apenas probar bocado.

Sergio miró con desaprobación a su hija y dijo: —¿Es eso cierta, princesa?

—Pero papá, es que yo quería...

—Begoña no es tu criada. El desayuno se toma en la cocina y a la hora señalada para todos. —apuntó con gesto severo.

—Pero papá... —Insistió señalando con el dedo hacia el exterior de la casa.

—No me repliques Amalí. —repitió pesaroso por tener que ser duro con su hija. Pero ahora era el momento de corregir aquellas pequeñas cosas.

—¡Es el fantasma, papi! —gritó Amalí con los ojos fuera de sus órbitas.

Todos miraron hacía el lugar donde la niña dirigía su aterrada mirada.

Poco a poco, según atravesaba la espesa y blanquecina niebla, aquella silueta borrosa y fantasmagórica se fue tornando más nítida, lo que les permitió ver con absoluta claridad lo que ocultaba.

—Es Nilo, ¿qué habrá ocurrido? —preguntó Sergio con la preocupación instalada en la expresión de su rostro.

Nilo era uno de los voluntarios nativos que trabajaban en el campamento de Ana. Jamás hubiera caminado hasta allí en esas condiciones, a menos que pretendiera ser devorado o perderse y caer por algún barranco. Algo grave debía estar ocurriendo.

—Begoña, por favor, llévate a Amalí. —pidió levantándose con ímpetu— Su amiga no necesitó oír más, lo había entendido. El pánico en sus ojos había sido suficiente.

Amalí no protestó. Por primera vez estaba encantada de obedecer una de aquellas órdenes de su padre.

Tras ver alejarse a su hija con Begoña, Sergio echó a correr en dirección al hombre, que caminaba visiblemente fatigado hacia ellos. Cuando le alcanzó supo que Nilo estaba a punto de desplomarse.

—Deja que te ayude, amigo. —dijo cogiéndole con fuerza del brazo— ¿Te encuentras bien? —El silencio fue la única respuesta que obtuvo— ¡Agua, traed agua! —gritó volviéndose hacia sus compañeros.

Jorge se apresuró a buscarla, y César acudió en su ayuda.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó al ver que Sergio había terminado cargando con aquel corpulento hombre.

—No te preocupes, es como cuando cargaba tubos en la obra. —contestó dirigiéndole una forzada sonrisa.

Entre los dos le acomodaron como pudieron en uno de los sillones del porche. Enseguida llegó hasta ellos Jorge. Nilo se bebió el agua de un trago, estaba exhausto.

—Gracias. —dijo por fin, con un tímido y entrecortado hilo de voz.

—No hay de qué. —contestó sentándose frente a él junto a sus dos amigos.

Estaban impacientes por saber qué le había llevado a encontrarse en tan lamentable estado, pero parecían haberse puesto de acuerdo y aguardaban pacientemente. Nilo necesitaba recuperar el aliento.

—Es horrible, están perdidos. —alcanzó a decir con voz zozobranante.

—Dime qué ha pasado y te ayudaremos. —intervino Sergio echándose hacia delante. Cada vez estaba más preocupado. Aunque llevaba tiempo sin ir, conocía a todas las personas que trabajaban en aquel campamento y se había encariñado con todos los niños, los niños de Ana.

El hombre tomó aire profundamente y tratando de vocalizar, dijo: — Salieron de excursión y la niebla les sorprendió antes de que pudieran regresar. Hemos formado varios grupos para salir en su búsqueda, pero en estas condiciones es prácticamente imposible avanzar. Los que no terminan dando vueltas en círculo, se paralizan al mirar al frente y no ver nada.

Los tres se miraron impactados. Un mismo pensamiento cruzó por sus cabezas. No les quedaba mucho tiempo. Era imposible que un grupo así sobreviviera en medio de la selva. Miles de ojos les acechaban y para ellos solo existía la nada. Eran la presa perfecta, la inofensiva gacela.

—¿Iban a pie? —preguntó César, deseando obtener un no por respuesta.

Sergio y Jorge miraron a Nilo expectantes. Aquella era una cuestión importante.

—En dos jeep. —contestó preso de la congoja. Imaginar el más que probable destino, que aguardaba, escondido tras la maleza, a esos pequeños, le destrozaba el alma.

—Coger algunas provisiones, botiquines, mantas y vuestras armas. Nos vemos aquí en cinco minutos. —ordenó Sergio dirigiéndose hacia el interior de la casa. Sabía que era cuestión de tiempo. Debían encontrarlos cuanto antes. Si la niebla no levantaba y la noche caía, las posibilidades de encontrarlos con vida serían prácticamente nulas.

Lanzaron al maletero lo que habían podido recoger y siguieron el sendero que conducía directamente al poblado de Ana, como solían llamarlo, al menos, antes de que se convirtiera en un tema tabú para Sergio. El camino estaba lleno de baches y zanjas, pero el hecho de haberlo recorrido más de un millón de veces, jugaba a su favor.

Sergio conducía en silencio. La concentración era imprescindible en

medio de aquel silencio sepulcral teñido de blanco. No temía volcar, pero le aterraba que algún animal pudiera salirle al paso. César le observaba sin articular palabra, incrédulo ante la serenidad que mostraba su amigo en medio de tan angustiada situación. Mientras, Nilo, sentado en el asiento de atrás, junto a Jorge, no paraba de llevarse las manos a la cabeza, a la vez que parecía rezar algo en tímidos susurros.

—Hemos llegado. —anunció Sergio, al cabo de unos veinte minutos, que resultaron agónicos e inquietantes para todos.

Sus amigos suspiraron aliviados. Nunca antes habían pasado tanto miedo, ni siquiera, en una de sus peligrosas misiones de rescate.

Nilo se abalanzó hacia el manillar de la puerta. Quería llegar cuanto antes a la casa. Necesitaba averiguar si habían logrado encontrarles.

—Espera, Nilo. —pidió Sergio, cuando este ya había puesto un pie en el suelo— Aún faltan unos metros hasta la casa. No quiero que tropieces y caigas. Aún estás aturdido.

Nilo asintió con la cabeza. Sabía que llevaba razón, y por eso aguardó a que le acompañaran.

Una vez dentro de la casa, Nilo habló con varias personas que habían regresado de algunas de las partidas de rescate. Las noticias no eran nada alentadoras. Ni rastro, nadie sabía nada de ellos. Era como si la tierra se los hubiera tragado.

—César, coge las armas. Jorge, un par de mochilas con lo necesario. —mandó Sergio sin titubeos. No estaba dispuesto a perder más tiempo— Vosotros dos iréis por allí con este grupo. —dijo señalando a un horizonte que parecía haberse esfumado— Y yo iré en dirección contraria con estas personas.

—Te acompaño. —intervino Nilo, dirigiéndose a Sergio.

—¿Estás seguro? —preguntó preocupado por el estado de aquel hombre que aún parecía respirar con dificultad.

—Por supuesto, son mis niños.

Aquellas palabras conmovieron a Sergio. Eran tan familiares, tan cercanas. El repentino recuerdo de ella serenó su alma durante unos efímeros y deseables segundos. Pero en seguida recordó lo crucial de partir cuanto antes.

—Nos reuniremos aquí en dos horas. —puntualizó Sergio mirando fijamente su reloj— Si algún grupo se pierde, encender una bengala, asegurar el perímetro y esperad a ser rescatados. ¿Entendido? Que nadie se haga el

héroe.

—César y Jorge se miraron con cara de espanto. Después asintieron, tratando de emular la admirable templanza de su amigo.

Sergio caminaba al frente del grupo, junto a Nilo, que por fin lograba hablar sin tartamudeos ni requiebros. El resto de voluntarios les seguían de cerca, temblorosos, visiblemente asustados.

—¿Cómo se les ocurrió salir de excursión precisamente hoy? —preguntó Sergio con incredulidad.

Era el cumpleaños de Nasha, cuando le preguntaron que deseaba tener como regalo, pidió un picnic cerca del estanque.

—¿Estanque? —interrumpió Sergio. Aquel dato podía ser importante— ¿A qué estanque te refieres?

—No está a más de quince minutos andando. A los niños les gusta porque los elefantes suelen beber agua allí.

—Y otros muchos animales. —observó Sergio, en un tímido murmullo que no dejó indiferente a Nilo.

—¿Piensas que quizás...?

—Prefiero no pensar. —contestó Sergio cada vez más inquieto— Conozco ese lugar. Si han ido allí, no hay tiempo que perder. —añadió corrigiendo la dirección que habían estado siguiendo. Solía frecuentar ese pequeño paraíso con Ana. Les gustaba llegar hasta allí y, agazapados en el coche, ver la gran variedad de animales que llegaban para refrescarse. Una visión espectacular cuando el riesgo estaba controlado, y un verdadero infierno, si no lo estaba.

—Pero una partida de rescate llegó hasta allí y no encontraron rastro alguno de ellos. —informó Nilo, pesaroso por tener que truncar su entusiasmo al pensar que aquella podía ser la clave.

—Puede que volvieran por el otro lado. —opinó Sergio, que no estaba dispuesto a abandonarlos. Había tenido un pálpito y pensaba seguirlo— Es más peligroso, pero más corto. Puede que lo sepan, puede que uno de los acompañantes lo sepa.

—Tomás acaba de llegar como voluntario, no podría saberlo. —contó Nilo— La preocupación se dibujó de nuevo en el rostro de Sergio— Pero..., Ana conoce el terreno como la palma de su mano, lleva años aquí.

Aquel nombre. Nilo no podía haber pronunciado aquel nombre. Sergio se había quedado petrificado. De pronto, sus dudas, sus miedos, se habían duplicado.

—¿Ana? —quiso confirmar volviéndose hacia él con el rostro desencajado.

—Sí, después de la desgracia la mandaron a casa por seguridad, pero ella no podía estar más tiempo sin ver a sus niños. La doctora vino de visita. Lleva aquí una semana.

Sergio tomó aire con dificultad. La ansiedad que tanto temía comenzó a abrirse paso a través de su engarrotado cuerpo. Toda su vida pasó ante sus ojos. Solo importaba una cosa. Nada tenía sentido, nada..., si ella dejaba de existir.

Acalorado y conmocionado por la noticia, ordenó que le siguieran. Saber que ella estaba en peligro le concedía el empuje necesario para luchar con más fuerzas, para no quedarse paralizado.

Pasadas las dos horas que habían acordado, César y Jorge estaban de regreso en el poblado. Con las manos vacías y los ánimos completamente truncados. Les preocupó no encontrar a Sergio, pero aún más, caer en que la noche comenzaba a fundirse con la infranqueable niebla, cada vez más densa.

Sergio encabezaba la partida, con el corazón acelerado y un paso tan rápido que al resto le resultaba difícil seguirle. Nilo trataba de serenarle, pero Sergio ya no escuchaba nada. Ella y sus adorados niños estaban en peligro.

De pronto, un disparo atronador rompió el tétrico murmullo de la selva. Todos se quedaron petrificados, presos del pánico más absoluto, incapaces de moverse.

—Que nadie se mueva de aquí. —pidió Sergio fuera de sí. Después echó a correr en dirección al lugar donde había sonado. Caminó unos metros a ciegas, sin pensar, sin sopesar el peligro que podía aguardarle. Entonces, el grito de un niño surcó el cielo, a la vez que un nuevo disparo ensordeció sus oídos. Estaba cerca. Echó a correr en esa dirección, sin importarle con qué tropezar o donde poder caer. Al cabo de unos minutos escuchó sollozos. Estaba cerca, muy cerca. Tropezó con la sobresaliente raíz de un árbol y al levantar la cabeza lo vio, ante él, enorme, majestuoso, amenazante, un imponente león, de melena dorada y mirada penetrante, que se dirigía con fiereza hacia un pequeño, que lloraba desconsolado, mientras se arrastraba de espaldas por el suelo, tratando de alejarse. Con dificultad, Sergio vio que el animal emprendía su carrera hacia la frágil y desesperada presa. Sin tiempo para pensar en lo imposible que resultaba darle alcance en medio de aquel cielo, que había comenzado a clarear, pero aún nublaba el entorno, clavó la rodilla en el suelo,

apuntó, tratando de apaciguar su tembloroso pulso, y un nuevo disparo surcó la noche. A continuación, el niño gritó y el cuerpo sin vida de aquel imponente depredador cayó ante sus pequeños pies.

Sergio respiró aliviado, asombrado ante aquella imposible hazaña. Pero al ver que el niño se encogía y continuaba llorando, se dirigió hacia él para tratar de calmarlo.

Al cabo de unos minutos la niebla comenzó a disiparse con rapidez, haciendo posible que el paisaje comenzara a tornarse visible ante sus ojos. Sergio abrazaba al pequeño, que temblaba aún conmocionado. Sabía que debía continuar la búsqueda, pero no podía dejarlo.

Cuando había decidido proseguir, aun teniendo que cargar con él, una multitud de voces comenzaron a sonar en mitad de la noche. El niño se incorporó al instante y por fin, sus labios dibujaron una leve sonrisa. Entonces, Sergio lo supo, había reconocido aquellas palabras que sonaban huecas en medio del agitado viento.

—¡Saud! —gritó una voz de mujer.

Esta vez Sergio también la reconoció.

El pequeño, que parecía responder a ese oportuno y simbólico nombre, que no significaba otra cosa que “buena suerte”, echó a correr hacia un grupo de personas, cuyas siluetas se hacían más nítidas según avanzaban.

Sergio, que se había herido en una de las piernas al caer, se incorporó con dificultad, mientras sentía que su corazón luchaba por no salirse de su pecho.

Poco a poco todo se mostró visible ante sus ojos. Ensimismado contempló con adoración el cabello rubio que caía sobre el pequeño, mientras ella le abrazaba. Aquella fascinante y hermosa mujer a la que nunca había dejado de adorar en secreto. Con determinación y aún dolorido, caminó hacia ellos. Ansiaba abrazarla, sin que nada más importara. Había sentido el miedo de perderla devorando todo lo hermoso que residía en su pecho, y había descubierto que se limitaba a ella, solo ella hacía de él una persona completa.

Una vez junto a ella, se mantuvo en silencio, aguardando su momento.

—Él mató al león, él me ha salvado. —Dijo Saud, separándose de Ana para señalar con la manita hacia donde estaba Sergio.

—Gracias, no sé cómo podré agradeceréselo. Se separó del grupo y no pudimos encontrarle. —comenzó a decir, aferrada al pequeño, sin alcanzar a levantar la mirada.

—Me alegro de haber venido. —contestó ansioso por abrazarla, incapaz

de contener la felicidad que sentía por haberla encontrado, por sentirla tan cerca, tan viva.

Ana se mantuvo en silencio, completamente estática, impactada. Le había reconocido, siempre lo hacía, pero era incapaz de reaccionar, no podía.

—¿No vas a decirme nada, amiga? —dijo impaciente por reencontrarse con la profundidad de sus impresionantes ojos azules, aquellos que cada noche sustituían las estrellas de África en su casa.

Las lágrimas comenzaron a surcar el rostro de Ana. No estaba preparada para aquello. Había sido difícil, pero lo estaba consiguiendo. Sintiendo aún el temblor en sus piernas, comenzó a incorporarse, sin alejarse de Saud, que aún demandaba la seguridad que encontraba entre sus brazos.

Cuando sus miradas coincidieron, el mundo volvió a detenerse para ambos, como ocurría siempre. De nuevo uno de aquellos momentos de única y especial conexión, la eternidad fluyendo entre ambos.

Sergio, conmovido por el brillo que desprendía su vidriosa mirada, buscó su mano y la atrajo con decisión hacia su cuerpo. Cuando la tuvo ante él, aislada del resto del mundo, hizo lo único que su corazón demandaba en aquel infinito momento, besarla con toda la pasión que había mantenido cautiva durante tanto tiempo.

Ana, consciente del error de aquel momento de flaqueza, aceptó sus besos y le correspondió con la añoranza que cada noche cubría de lágrimas su almohada.

—Temí no volver a verte. Me estaba matando, no podía soportarlo. — confesó Sergio mirándola fijamente a los ojos, mientras retiraba con ternura un mechón de cabello que tapaba su rostro.

—Estoy aquí, mi amor. No sufras.

Sergio respiró hondo, apoyó su frente contra la de la única mujer que amaba y al bajar la mirada observó atónito un detalle que había pasado por alto. Tuvo que parpadear dos veces, pero no había duda, Ana siempre había sido de constitución sumamente delgada.

Incapaz de ocultar su desconcierto ante semejante descubrimiento, se irguió y retrocedió unos pasos, sin dejar de mirar fijamente hacia su vientre.

Ana, que se percató al instante de lo que sucedía, trató de explicarse.

—Sergio, por favor, deja que te cuente.

Deseaba hacerle partícipe de aquel secreto, el que jamás debió guardar. Había sido duro llevar el embarazo sin él. Necesitaba sentir su cercanía y

protección. Merecía la pena intentarlo.

Pero para entonces, Sergio había sacado sus propias conclusiones y no estaba dispuesto a escucharlo. La imagen de Andrés acudió torturadora a su mente.

—Lo siento, Ana, no puedo. Os deseo lo mejor. —dijo deslizando con nostalgia su mano por su delicado rostro. Después, se giró y se marchó sin mirar atrás.

Ana acarició la zona que Sergio había rozado, persiguiendo la calidez de su tacto, sabiendo que aquella era su particular y dolorosa despedida. Quiso correr tras él, detenerle y sacarle de su error. Pero sus piernas se doblaron, y resignada tuvo que sentarse para ver difuminarse en aquella temprana noche la imagen del hombre que era la razón de su vida.

Sois el futuro

Diciembre del mismo año

Abu escuchaba con admiración el discurso de Sergio. Desde que trabajaba en el safari era una persona completamente distinta, lejos quedaban ya sus miedos y reparos. Se había convertido en un chico divertido y espontáneo, que hacía las delicias de niños y mayores en cada una de las excursiones.

Aquella semana tenía vacaciones y Sergio le había propuesto que le acompañara en uno de sus viajes a Madrid. Debía dar una conferencia sobre las múltiples consecuencias que podían derivarse del consumo de drogas.

—¿Quién no se ha fumado un porro alguna vez? —preguntó uno de los alumnos sentado en la última fila, haciendo gala de una enorme y molesta sonrisa.

—No estamos tratando sobre quien lo ha hecho ni la frecuencia. —dijo Sergio con rotundidad. Había calado al gracioso de turno y no estaba dispuesto a entrar en su juego—Estamos hablando de las consecuencias que puede traer consigo el consumo de esa o cualquier otra droga. Hay personas que tienen cierta predisposición, son vulnerables y su cerebro no es capaz de soportar ciertas cosas.

—Pues el que no sepa fumar o beber que no lo haga, y lo deje para los demás. —soltó de nuevo, recabando como un payaso la aprobación del resto de sus compañeros, que en esta ocasión bajaron la cabeza al ver el gesto ceñudo de Sergio.

—Hace años pensaba como tú. No pasaba nada por probarlo. Al fin y al cabo... todos lo hacían, ¿no?

El joven de incómoda sonrisa ahora lucía un gesto de asombro mezclado con incertidumbre.

—El problema llegó cuando se convirtió en algo normal y cotidiano. —continuó explicando Sergio— Me encerraba durante horas en mi habitación,

jugando y fumando aquello que ahora remplazaba con normalidad al tabaco.

Su argumento, su vivencia personal, aquella que había protegido durante años de los extraños, había captado por completo la atención de los estudiantes, que ahora se mantenían expectantes en silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó su más ferviente admirador desde la primera fila.

—Que mi cerebro estalló, sin más, no pudo soportarlo. Poco a poco me había distanciado de todo lo que había sido importante en mi vida y había creado mi particular guarida, donde me sentía seguro. Me bastaba llamar a telepizza para ni siquiera tener que salir de casa. Imaginaos ahora, con tanta compra online y tienda cibernética. —Una risa sutil y general atravesó la sala — El caso es...—el silencio envolvió la sala durante unos segundos. Hasta que Sergio levantó de nuevo la cabeza y se reencontró con los cálidos ojos de Abu, que le animaba sin palabras. —Perdí por completo el contacto con la realidad. El tiempo y el espacio dejaron de existir como tales, y un sin fin de temibles y oscuras dimensiones se abrieron paso a través de mis cinco sentidos, que ahora latían a flor de piel, haciendo que todo oliera demasiado, brillara excesivamente, sonara incesante, quemara de forma insoportable o simplemente tuviera demasiado sabor a cualquier cosa.

—¿Qué quiere decir doctor? —preguntó un chaval apocado con cara de espanto.

—Que había perdido por completo el control de mi mente y mi cuerpo. Ver cosas que no existían fue solo la parte más notoria de aquella macabra pesadilla, en la que no parecía posible hallar la salida.

—¿Qué le dijeron los médicos? —preguntó aquel vacilón que ahora no parecía tener ganas de broma.

—Que había tenido un brote psicótico.

El murmullo en la sala fue general. La incredulidad y la sorpresa se abrían paso a través de aquellas mentes aún inmaduras, incapaces de comprender que un hombre tan brillante pudiera haber sido objeto de aquella enfermedad.

—Con el tiempo me diagnosticaron esquizofrenia paranoide. Y después de años cargando con el estigma y la absurda vergüenza, he comprendido que no tengo nada de lo que avergonzarme, y mucho menos nada por lo que tener que disculparme. ¿Acaso lo hacen el enfermo de corazón o párkinson? En mi caso, no es el corazón el que detiene su latido por un fallo cardiaco, sino el cerebro, que es un órgano motor igual de importante. Mi cerebro falla y no por ello soy

un criminal.

—Pero las personas con esa enfermedad son muy peligrosas. — interrumpió el mismo chico con cara de susto que había intervenido antes.

—No más que una persona con enfermedad coronaria que sufre un infarto mientras conduce una continental repleta de pasajeros.

Un nuevo conjunto de murmullos llenó la sala.

—Solo he venido aquí para pedirles dos cosas. —intervino Sergio de nuevo— Una es que no se dejen arrastrar por los demás. Ningún corazón tiene el mismo ritmo y ningún cerebro posee las mismas conexiones. Sean ustedes mismos y sopesen el valor que tiene su vida. Después, decidan si el riesgo merece la pena. Y en segundo lugar, les ruego que no prejuzguen basándose en torpes bulos premisas. Sean capaces de ver más allá de las ideas preconcebidas y los miedos sensacionalistas e infundados divulgados a diario por los medios. No es asesino el que podría matar, sino el que desea hacerlo. Teman el verdadero mal y aprendan a respetar la arcaica y sobrevalorada locura, que en el fondo carece de emoción e intriga. En sus manos está dar valor al futuro.

Aquel discurso, aquellas viscerales palabras atrajeron la atención de la multitud de jóvenes que parecían haber captado el mensaje de aquel cuya trayectoria conocían y admiraban. El de la última fila, aquel cuya ignorancia fue la primera en hablar, ahora iniciaba la ola de aplausos que se alzaban hacia el techo, mostrándole su más absoluto respeto.

—Ha sido increíble. —dijo Abu abrazando al que jamás dejaría de considerar su joven padre.

—Me conformo con que hayan sido capaces de captar el mensaje. — contestó apoyándose en el hombro de su otro hijo, del niño que se había hecho hombre sin apenas darse cuenta.

—Se han quedado impactados. ¿No has visto sus caras?

—El impacto es efímero. Me conformo con que se lo piensen un par de veces antes de hacer cosas que puedan marcarlos de por vida.

—¿Y ahora? —preguntó Abu, impaciente por saber que más le aguardaba aquel día.

—Pues ahora muchacho, iremos a casa para ver la que debe estar organizando Amalí con los abuelos y descansaremos un rato antes de ir a cenar con la familia.

—¿La famosa cena en ese restaurante que tanto te gusta?

—En realidad después de la última que tuvimos hemos decidido cambiar de sitio. Creo que mamá ha elegido un italiano. Te encantará, ya verás.

Los ojos del joven brillaron de pura impaciencia. Cualquier cosa que pudieran hacer juntos aquel día, para él constituía una gran aventura.

—¿Estás cansado? —preguntó Sergio al ver que bostezaba.

—Solo un poco. Los nervios no me dejaban conciliar el sueño.

—Por eso no te preocupes. Mi padre estará encantado de iniciarte en el famoso e histórico ritual de la siesta española.

Abu sonrió. Begoña ya le había puesto al corriente de aquello, haciendo uso de su habitual desparpajo.

Charlando llegaron hasta el parking donde habían aparcado y en cuestión de escasa media hora ya estaban en casa.

—¡Papi, papi! Dame mi regalo. —exigió la pequeña achinando los ojos. No había visto bolsas ni paquetes. Eso solo podía significar una cosa..., papá había olvidado su promesa.

La cara de circunstancias de Sergio no hizo más que confirmar las sospechas de la pequeña, que ya había comenzado a emitir sonoros y sobreactuados gimoteos.

—¡Lo prometiste, malo! —recriminó la niña con los ojos arrasados en lágrimas.

—Lo sé, mi amor. —contestó agachándose a su altura— Pero allí no había juguetes ni cuentos y hemos preferido volver pronto para jugar un ratito contigo.

La media sonrisa que comenzó a dibujarse en el rostro de Amalí, hizo que su padre respirara aliviado. Sin embargo, Abu empezó a retroceder con disimulo, para nada quería que le incluyeran en los planes. Adoraba a su princesa, como solía llamarla, pero siempre que jugaban a las casitas se eternizaba, por no hablar de que a menudo terminaba convertido en el bebé de pañales y biberón.

—Luis. —llamó Abu, aprovechando que este pasaba por el pasillo— ¿Me explicarías eso de las famosas siestas de España?

—Agarra una manta y sígueme jovencito. Te enseñaré donde está el mejor sitio para disfrutar de una memorable siesta.

La tarde transcurrió tranquila, entre juegos y apacibles sueños. Martín estaba fuera, en uno de sus matutinos viajes de placer, pero Sara llegó alrededor de las ocho. Había lamentado tener que perderse el discurso de su

hermano y no poder pasar el día en compañía de su adorada sobrina, pero su mejor amiga celebraba su despedida de soltera y ella se había comprometido a prepararlo todo con el mimo que merecía.

—¿Dónde está mi muñequita? —gritó nada más atravesar la puerta.

Amalí se levantó de un salto y salió corriendo en dirección al recibidor. Sergio se tumbó por fin sobre la cama, estaba agotado.

—¡Tita, tita!

—Si es mi princesa preciosa. Casi no te reconozco. ¡Que mayor estás!

—Es que ya se me ha caído otro diente. Mira. —Anunció la pequeña, mostrándole el enorme hueco que se había dibujado en la parte superior de su boca.

—¿Otra vez ha venido el ratón? —preguntó Sara sentándose en el sillón para cogerla y mecerla con mimo.

—No tita, me lo he guardado para ponerlo esta noche. Quería que lo pusieras debajo de la almohada conmigo.

—Gracias por esperarme, cariño. Verás... luego le preparamos un sublime trozo de queso y metemos el diente en una bolsita monísima que tengo.

Amalí aplaudió risueña la iniciativa de su tía. Todo lo que hacía con ella terminaba siendo una divertida y mágica aventura.

—Pero..., espera ratoncito. No sé, me parece que traigo en el bolso algo que viene del lejano Disney en busca de una preciosa y bondadosa princesa.

— ¡Esa soy yo tita, esa soy yo! —gritó Amalí saltando y extendiendo las manos hacia ella.

Sara sonrió encantada ante la reacción de la niña y rebuscó con intriga en el interior de su bolso, mientras la impaciencia de su sobrina crecía por momentos.

—¿Te ayudo a buscarlo, tita?

—No. Espera un poco. —pidió sin dejar de rebuscar.

De pronto, extrajo del bolso un paquete. Ni siquiera pudo ofrecérselo a su sobrina, pues inmediatamente tiró de él luciendo una pícara sonrisa. Entonces, comenzó a rasgar el papel de regalo con auténtica maestría, y cuando la cenicienta apareció ante sus ojos, con carroza, caballos, lacayo y hada madrina incluida, sus gritos de euforia inundaron toda la casa.

—Me encanta, tita. Es el regalo más bonito de todo el mundo mundial.

—Me alegra que te guste, cielo. Es de una colección que han hecho de princesas pequeñas. Si quieres podemos coleccionarlas.

La pequeña se lanzó al cuello de Sara con tanto ímpetu, que Sara cayó de espaldas en el sillón.

—Pero..., ¿se puede saber qué pasa? —preguntó Julia desde la puerta.

—Nada, mamá. Tranquila. Es solo un regalo.

—¡Por Dios santo!, parecía que se os caía la casa encima.

Al cabo de unos instantes, también aparecieron en el salón Luis en albornoz y Sergio, que no se había inmutado, conocía de sobra a su hermana y sabía que su llegada siempre traía de la mano sorpresas para su hija.

Sara miró con extrañeza a su padre, pero prefirió no preguntar y se lanzó a abrazar a su hermano, le había extrañado durante las dos semanas que se había trasladado a Madrid por cuestiones relacionados con los centros que tenían.

—Hija, pensaba que pasaba algo y he salido así por no venir como Dios me trajo al mundo. —explicó Luis avergonzado por su aspecto desaliñado.

—Tranquilo, papi. Me gusta tu nuevo look. —contestó sin dejar de abrazar con fuerza a Sergio.

—¿Qué tal por nuestra África querida? —preguntó dando unos pasos atrás para poder pasar revista al aspecto de su hermano.

—Todo sigue igual. No llevas tanto tiempo fuera de casa. ¡Exagerada!

—Pues a mí me ha parecido toda una vida.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Mira papi, la carroza tiene puerta y se abre. —dijo Amalí llegando hasta ellos con el juguete entre las manos.

—Lo veo cielo, es chulísimo.

—Es Dani. —Anunció Julia desde la entrada.

—¿Dani? —preguntó Sergio, dando un sutil empujón a su hermana.

Aquel nombre traía a su cabeza recuerdos imborrables. Dani había sido el primer amor de Sara. Se conocieron cuando solo eran unos críos. Siempre fueron inseparables, ninguno daba un solo paso sin contar con la aprobación del otro. Había estado con ellos cuando enfermó. Se encargaba de animar a Sara en sus horas bajas, que eran bastante frecuentes, y además encontraba tiempo para interesarse por él, brindándole su amistad incondicionalmente.

Un día que no podía más con aquel encierro, Dani preguntó a las enfermeras de planta si podía sacarle del Hospital para tomar un poco el aire. La respuesta fue contundente: “Nada fuera de aquellas cuatro paredes”. Al escucharlo, Sergio sintió que el espacio se hacía cada vez más pequeño, inmensamente asfixiante. Dani pudo ver la desesperación en sus ojos perdidos

y vidriosos. Entonces, sin dudarlo un instante, agarró la silla de ruedas y se dirigieron hacia el ascensor. Al llegar abajo las puertas se abrieron y Dani observó aliviado que nadie les observaba con especial atención. Guiñó un ojo a su sorprendido y encantado amigo y continuó empujándole hasta atravesar las puertas acristaladas, aquellas que daban paso a su perdida y ansiada libertad. El reencuentro con la luz del sol fue sublime, por primera vez en mucho tiempo agradeció sentirse vivo. Juntos atravesaron varias filas de coches, hasta alcanzar la entrada a los jardines de la universidad de ciencias. Aquella corta distancia, aquel efímero y plácido respiro, le permitió disfrutar de unos minutos de auténtica calma, y de paso descubrió la noble personalidad de aquel chico que, sin duda, era digno merecedor de su hermana.

Ese hubiera sido su deseo, que ambos terminasen compartiendo sus vidas. Pero Sara se fue distanciando y encerrándose en sí misma, hasta el punto de asumir el problema de Sergio como propio.

A duras penas fueron resistiendo, remolcando la relación cada vez que andaba a la deriva. Hasta el día que Dani, con el corazón roto en mil pedazos, se despidió de ella, incapaz de soportar la idea de que su gran amor le hubiera olvidado.

La presencia de Dani allí, podía abrir de nuevo las puertas para Sara, las puertas hacia una merecida y ansiada felicidad junto a un ser humano auténtico como lo era ella.

Tras saludar a Julia, Dani llegó hasta ellos. Por un instante dudó si estrechar la mano del que aún consideraba un hermano o, por el contrario, abrazarlo como habría hecho años atrás. Sin embargo, aquella incertidumbre duró poco. Sergio abrió los brazos y se abalanzó sobre él como un chiquillo, emocionado por volver a verle.

—¡Te has hecho todo un hombre! —observó Sergio luciendo una de sus encantadoras sonrisas.

—Y tú pareces otra persona. —contestó devolviéndole el cumplido—
¿Cuántos años hace?

—Demasiados. Aunque parece que fue ayer. Esta y tú aún usabais chupete.
—bromeó dando un nuevo empujoncito a Sara.

Dani se sonrojó al mirar de reojo a su hermana. Aquel gesto infantil aún residía dentro de aquel otro cuerpo, más alto y corpulento.

«Aún hay esperanza», pensó Sergio arqueando una de sus cejas.

—Tu hermana y yo coincidimos hace unos días en el metro de Goya. —

contó Dani, intuyendo lo que significaban los gestos y señales de su amigo—
¿No te lo ha dicho?

Sergio se giró para mirar con recelo a Sara. ¿A qué se debía tanto secretismo? Pero ella desvió la mirada y se limitó a decir: —Sí, fue pura coincidencia. Aunque lo de hoy es cosa de tu querida madre.

Al percibir la ironía en su tono, Sergio preguntó: —¿Cómo es eso?

—Vuestra madre me llamó para presumir de hijo y me dijo que regresabas. Me hubiera encantado ir a ver tu conferencia, pero he tenido que trabajar hasta medio día. Ya sabes...

—Tranquilo. —interrumpió Sergio para tratar de frenar sus innecesarias excusas— Te habrías aburrido muchísimo.

—No es lo que me han dicho. —dijo Dani— Brillante es el calificativo más suave que utilizan para calificar tu discurso.

—Ya sabes que la gente tiende a exagerar.

—Siempre empeñado en lucir esa dichosa falsa modestia. —añadió Sara, tratando de ocultar el tembleque de sus piernas. Lo cierto era que aún se ponía nerviosa en presencia del que un día lo fue todo para ella. Tenerle allí, junto a su hermano, era como dar un pequeño salto en el tiempo, a esos años en los que cada noche resultaba más fácil pensar en el mañana al dormir refugiada entre sus brazos. Odiaba recordar que un día eligió la cobardía y le apartó de su lado, para no tener que luchar por nadie que no fuera su hermano.

De pronto, un ligero carraspeo hizo que Sara y Dani, despertaran para volver de nuevo a una realidad en la que seguían separados, volviendo a sentir el dolor que eso les provocaba en silencio.

—Os toca. —dijo Julia mirando a sus hijos. Se había llevado a Amalí para vestirla y ahora la niña se ocultaba tras ella.

—¿Cómo dices mamá? —trató de aclarar Sergio, sin dejar de pensar en el motivo que llevaba a su hija a esconderse de aquella manera.

—Que os vistáis o perderemos la reserva.

Sergio asintió a la vez que Sara se encaminaba hacia su cuarto. Después se agachó y trató de encontrarse con el rostro angelical de su pequeña, que continuaba aferrándose a la cintura de su abuela.

—¿Qué ocurre cielo?

—Estoy enfurruñá. —contestó haciendo uso de aquella expresión que había tomado prestada de Isabel.

—Dirás enfadada. —puntualizó Sergio, tratando de corregirla.

—Pues no señorito, he dicho enfurruñá y no se hable más.

Sin poder evitarlo, Dani soltó una enorme carcajada. Acababa de ser testigo de uno de las ocurrentes salidas de la pequeña que ya creía conocer, sobre todo, teniendo en cuenta que Sara no dejaba de contarle anécdotas sobre ella.

—Está bien. Cuéntame porqué estás enfurruñá.

—No pienso hablarte durante el resto de mi vida.

Desde luego, Amalí era dramática como ninguna. Cuando dejaba aflorar su vena trágica era casi tan adorable como cuando soltaba cualquiera de sus ocurrentes y espontaneas anécdotas.

—Bueno, me costará no poder hablarte nunca más, pero si eso es lo que quieres...

Amalí le miró de reajo y con el ceño fruncido, dijo: —Es que la abuela dice que después de cenar con nosotros te vas a una fiesta.

Sergio respiró aliviado. Aquello lo explicaba todo. Al instante se arrodillo ante ella para tratar de hacerla entender aquello que tanto la había enfadado.

—Cariño, la abuela se ha equivocado. No es nada divertido. Solo se trata de una reunión de compañeros de carrera. Charlaremos un rato sobre cosas aburridísimas y después volveré a casa para preparar la excursión de mañana.

—¿Excursión, papi? —preguntó abriendo los ojos de par en par— ¿A dónde vamos?

—¡Uhhh!, no sé. Ahora que lo pienso..., mañana no podré hablarte y así será difícil disfrutar de nuestra visita al parque de atracciones.

—¿Has dicho parque de atracciones?! —gritó dando saltos de alegría.

—Solo si eres una chica buena y mayor durante el rato que papá tenga que estar con sus amigos.

—¡Lo prometo, lo prometo!

—Entonces, no se hable más, tenemos un trato señorita. —dijo cruzando el meñique con el de su hija para sellar aquella promesa.

El reencuentro

—No me apetece nada, Andrés. ¿Tú me has visto bien? Me mires por donde me mires seguiré pareciendo una vaca, aún con este precioso vestido. —argumentaba Ana sentada en la cama de su habitación cabizbaja.

—Eres una exagerada. Tienes la típica tripita de revista, nada más. —rebatía Andrés tratando de animarla.

—No entiendo tu empeño. Es una cena entre colegas de una misma profesión. No pinto nada allí. Ni siquiera soy de vuestra promoción. —insistió Ana desesperada por hacerle entender que por nada del mundo quería acompañarle. Aquel último mes se sentía especialmente hinchada, fea y torpe, por no hablar de la tristeza que se había ido apoderando de ella. A medida que se acercaba el día, aquel en el que conocería a su hijo, algo que ansiaba con toda su alma, no podía dejar de pensar que lo haría sola, sin poder entregarle aquella parte de su alma a la otra mitad que lo había hecho posible.

—Es solo una cena. No te lo pediría si fuera otro tipo de fiesta. Estarás cómoda y tranquila. Te lo aseguro.

—¿Haces todo esto por no coincidir con ella? —preguntó Ana, sospechando el porqué de su persuasiva insistencia.

—Clara no tiene nada que ver. Pero si para ti es un esfuerzo sobrehumano no te preocupes, iré solo. —contestó a la defensiva mientras caminaba hacia la puerta.

—Espera gruñón. No te pongas así. —pidió Ana con mimo. Para nada quería acudir a esa cena, pero estaba profundamente agradecida. Se sentía en deuda con su hermano.

Andrés, a pesar de su apariencia fría y distante, se había encargado de cuidarla durante todo el embarazo y había sido su particular pañuelo de lágrimas. Si la necesitaba junto a él no lo dudaría un instante, arrastraría su enorme tripa hasta allí y aguantaría el tipo.

Andrés, convencido de su victoria, se giró luciendo una sonrisa tontuna y poniendo morritos, como solía hacer de niño, dijo: —Tata..., eres la mejor, la única.

—Me debes una muy gorda, gordísima. —dijo Ana, acercándose al espejo

para recomponer su vestido y comenzar a peinarse.

—Lo se hermanita, lo sé. A propósito, ¿te he dicho lo guapísima que estás?

Ana se volvió para lanzarle una mirada inquisidora y contestó: —Esto no hay quien lo arregle, pero qué más da. No tengo pensado encontrar marido esta noche.

Durante un instante, ambos centraron sus miradas en el espejo y de pronto las risas inundaron toda la estancia.

—Anda, ponte guapo mientras voy por vigésima vez al baño.

—Te espero abajo, guapísima.

Ana volvió a lanzarle una de aquellas miradas amenazantes y Andrés creyó conveniente marcharse antes de ver desatada la furia de aquella embarazada con la sensibilidad a flor de piel.

—Solo un ratito, pequeñín. Después volvemos y vemos Sentido y Sensibilidad con un enorme bol de palomitas. —susurró Ana dirigiéndose al pequeño que crecía en su vientre.

A continuación, cogió el bolso, los únicos zapatos capaces de albergar sus hinchadísimos pies, y tras ponerse aquel abrigo negro, que llevaba meses sin lograr abrochar, bajó al salón para reunirse con Andrés.

A las diez habían terminado de cenar, pero como Amalí continuaba deleitándose con su postre de brownie con helado, Sergio creyó conveniente ir marchándose, de lo contrario ya no tendría sentido acudir. Aunque poco le importaba no cenar en aquella ocasión, ya que Amalí le había obligado a compartir con ella más de un plato.

Cuando el taxi le dejó ante la puerta del restaurante, Sergio miró con urgencia el reloj. Siempre había sido una persona discreta, y odiaba la idea de ser el centro de atención en cualquier circunstancia. Aun así asumió que en aquella ocasión sería inevitable, llegaba demasiado tarde.

Cuando llegó al salón donde se servía la cena, un camarero le indicó el lugar que tenía reservado. Con toda la discreción y rapidez que le fue posible, atravesó la sala hasta llegar a la mesa que amablemente le habían indicado. En el camino no fueron pocas las personas que detuvieron su paso para saludarle o simplemente felicitarle, algo que Sergio agradeció con la modestia y sencillez que solían caracterizarle.

Varios de sus compañeros de carrera estaban en aquella mesa, por lo que Sergio se centró por completo en ellos, incapaz de ver más allá, incapaz de alcanzar a sospechar que, al otro lado del salón, junto a la mesa de ensaladas,

una mujer temblaba de pies a cabeza por su sola presencia.

Andrés estaba entretenido con la imponente figura de una mujer rusa, que acompañaba a uno de sus antiguos compañeros. La idea de posesión ajena o pertenencia no era algo que frenase el aire conquistador de su apuesto hermano. Por lo que ella pudo disfrutar, aunque temblorosa y compungida, de aquella visión que traía a su corazón innumerables y bellos recuerdos.

Verle allí, a escasos veinte metros, despertó en ella una insoportable sensación de impotencia. Anhelaba ser cualquiera de aquellos que le escuchaban. Odiaba a cada mujer que llegaba hasta él para saludarle con un beso o sutil caricia. Deseaba poder sentir su piel de nuevo, ser el motivo de sus risas o el simple objeto de sus increíbles y expectantes miradas. Sin embargo, se sentía como un fantasma; invisible, errante y perdida.

—No es ese...—comenzó a decir Andrés, rompiendo de golpe su agónica calma.

—¿De qué hablas? —preguntó fingiendo no saber a qué se refería.

—Venga, no te hagas la tonta. Por eso llevas un buen rato en las nubes.

—En serio, no tengo ni idea de lo que tratas de decirme.

—¿De verdad que no has visto a Sergio?

Ana trató de fingir sorpresa, pero nunca había poseído el don del embuste.

—Claro que le has visto. —insistió Andrés comenzando a molestarla con su particular y acusador tono.

—¿Y a ti que te importa?

—A mí, nada en absoluto. Pero no estaría mal que aprovecharais para hablar como personas civilizadas, al fin y al cabo, él también tiene un papel principal en esta historia.

—Haz el favor de mantenerte al margen.

—¿Acaso no lo llevo haciendo casi nueve meses?

Andrés hizo amago de levantarse y Ana le retuvo alarmada ante la posibilidad de que pudiera buscar un enfrentamiento.

—Tranquila, mujer, solo voy al baño.

Ana respiró aliviada y le dejó marchar. A continuación, siguió observando cada uno de los gestos y movimientos del hombre que había marcado un antes y un después en su vida.

Sergio charlaba de forma distendida con una mujer morena y exuberante, que no dejaba de retirarle el pelo de la cara y rozarle el mentón de forma sinuosa.

Ana había proyectado en su mente la imagen de ella caminando hacia aquella desconocida para arrancarle sin contemplaciones su larga y rizada melena.

Todo aquello no hacía más que avivar su desesperación y el deseo de marcharse cuanto antes para poner fin a esa agonía profunda y punzante, que se abría paso a través de su pecho.

Estaba sopesando la posibilidad de aprovechar la ausencia de su hermano para escabullirse, cuando uno de los camareros tropezó con el bolso que una mujer había dejado en el suelo. La bandeja que sostenía voló por los aires y cayó de forma estruendosa contra el suelo. De forma instintiva, todas las miradas se dirigieron en esa dirección, hacia la mesa donde estaba sentada.

Sus miradas coincidieron en medio de un tímido, momentáneo y sobrecogedor silencio que lo envolvió todo. Ambos sintieron el ritmo acelerado de su corazón, los dos padecieron la misma carencia de aire, aquella dificultad para respirar con aquella sobrecogedora sensación de angustia. De pronto, el ambiente se había vuelto espeso y la sala pequeña, diminuta.

La mujer que había pasado la noche tratando de seducir a Sergio, no tardó en descubrir que ahora era otra la que captaba toda su atención.

Ana había tenido tiempo de acostumbrarse. Llevaba gran parte de la velada observándole, familiarizándose con su lejana e imposible cercanía. Sin embargo, Sergio no esperaba encontrarla en Madrid, mucho menos aquella noche.

—¿Todo bien por aquí preciosa? —preguntó Andrés sobresaltándola.

—Estupendamente. —contestó sacudiendo la cabeza, tratando de centrarse en las personas que ocupaban aquella otra mesa carente de interés para ella. No quería que Andrés se percatara de su dolor, debía seguir creyendo en su fingida y sólida indiferencia.

—Pues sí que está solicitado el doctorcito. —comentó Andrés mientras se sentaba.

—¿A quién te refieres? —Preguntó Ana con interés, a pesar de saber perfectamente a quien se refería.

—¿Quién va a ser? Pues el padre de la criatura. —susurró a su oído. Podía entender la distancia que se había creado entre ellos, pero no alcanzaba a comprender la indiferencia de Sergio en relación con el niño— La que está sentada junto a él no le quita la mano de encima. —observó haciendo que la

sangre de Ana hirviera de nuevo.

—Cielo, ¿me acompañas? —preguntó la rusa interponiéndose entre los dos, sosteniendo un cigarrillo entre sus afiladas uñas de porcelana.

Andrés estaba a punto de negarse cuando Ana apretó su mano y dijo: —Anda, ve con ella, estaré bien.

—¿Estás segura?

—Te lo prometo.

Sergio, que llevaba tiempo sin escuchar nada de lo que la gente le decía, vio como el objeto de su odio se alejaba del brazo de aquella llamativa mujer, que caminaba con dificultad con aquellas enormes plataformas.

Al perseguir de nuevo el reencuentro con los ojos de ella, vio enternecido como Ana se levantaba con dificultad de la mesa y trataba de mantenerse erguida a pesar del enorme peso que sostenía. Se mantuvo relajado pensando que probablemente iría al baño, pero cuando la vio despedirse y coger su bolso para dirigirse al ropero, todos sus sentidos se pusieron en alerta. Sin pensar, sin importarle lo que nadie pudiera dar por sentado, se levantó con determinación y fue tras ella.

Había sido rápida, pero logró darle alcance en la calle, donde Ana trataba de parar con desesperación un taxi.

—Ana, ¿estás bien? —preguntó con aquella inconfundible voz que la hizo temblar de pies a cabeza.

Ana no se giró y tampoco contestó. Continuó moviéndose de un lado para otro tratando de ignorarle.

Tras insistir varias veces y no obtener respuesta, Sergio se acercó a ella y cogió su mano.

—Ana, por favor, ¿podrías mirarme un momento?

Pero no podía, las lágrimas corrían a mares por sus mejillas, haciéndola vulnerable ante aquel que parecía haber rehecho su vida.

Al ver que resultaba imposible sacar nada de ella, se giró, hasta ponerse frente a ella.

—Ana, mírame. —pidió tratando de levantar su barbilla.

—Déjame, quiero estar sola.

—Ana, no puedo ver cómo te humilla. ¿Acaso no te das cuenta?

Aquellas palabras le hicieron entender al segundo lo que había pensado. Sergio daba por sentado que Andrés la engañaba con otras en su presencia. Algo absurdo pero oportuno.

—No te preocupes, no es la primera vez ni será la última. —dijo apartándose de su lado, para continuar tratando de parar un taxi. Por nada del mundo quería que viera las lágrimas que comenzaban a escaparse de sus cansados y tristes ojos.

De pronto, comenzó a llover con fuerza y Sergio tiró de ella para refugiarla bajo una marquesina.

—Deja que me marche. —pidió soltándole con brusquedad la mano.

—Te irás cuando hayamos hablado. Yo mismo te llevaré a casa si quieres.

—No necesito nada de ti. —murmuró entre dientes.

—Ana, no entiendo tu forma de comportarte conmigo. Fuiste tú quien se marchó, quien decidió dejar lo nuestro por regresar junto a ese otro que ni siquiera es capaz de respetarte en tu estado. —Reprochó colérico, aunque preocupado por aquella que siempre había deseado proteger, incluso en aquel momento de rabia y confusión.

De pronto, Ana se dobló y miró con cara de circunstancias a Sergio.

—Creo que acabo de romper aguas. —dijo retirándose el abrigo con cara de espanto.

Sergio se quedó bloqueado durante unos segundos de completa incertidumbre. Después, tomó las riendas de la situación y la ayudó a sentarse.

—Respira. Olvida todo lo demás y céntrate en la respiración. Estoy contigo y todo va a salir bien.

Ana lo sabía. No lo dudó un instante. Él siempre había sido su refugio, aquel que perdió cuando se marchó de África. Por eso, apretó su mano y disfrutó del contacto y calor de aquella piel que tanto había extrañado.

Antes de que pudieran decidir qué hacer, la puerta del restaurante se abrió. Era Elena, una compañera de Ana, que había salido para buscarla.

—Ana, por Dios, ¿te encuentras bien? —preguntó poniéndose en cuclillas junto a ella.

—Tranquila, es solo que este pequeñín quiere venir al mundo precisamente hoy. —contestó dibujando con ternura el contorno de su vientre.

—¿Aviso a tu hermano? Estaba con la rusa, pero vamos..., que le localizo en un plis. No creo que hayan podido ir muy lejos. —Soltó de carrerilla, sin que Ana pudiera frenarla.

—Sí, por favor. Dile que vaya trayendo el coche.

Elena salió disparada y entonces, Ana miró con cierto reparo hacia Sergio, temiendo cual pudiera ser la expresión de su cara.

La incertidumbre se había instalado en su rostro. Aquello no tenía sentido. Sin embargo, comenzaba a entender muchas cosas.

—Es tu hermano. Por eso te resulta indiferente su comportamiento. — Observó buscando su mirada— Pero, entonces tú...

Un nuevo quejido de Ana hizo que Sergio se centrara en ella y dejara para más tarde aquel enigma enrevesado, que aún tenía numerosas grietas.

—Aprieta mi mano y respira. Has visto esto cientos de veces. No debes tener miedo. —dijo besándola con dulzura en la frente. Un gesto que a ella la hizo sentir en el cielo, lejos de todo el sufrimiento acumulado, dejando atrás todos y cada uno de sus miedos.

—Vamos, preciosa, nos traen el coche. —Anunció Andrés a voz en grito— ¡Hombre, mira por dónde, justo a tiempo para conocer a su hijo! —Soltó sin que ella pudiera evitarlo.

La cara de Sergio era un auténtico poema. Mil preguntas sin respuesta se agolparon en su confusa mente. Si era cierto, si el niño era suyo, ¿por qué se había marchado de su lado? De nuevo consideró oportuno posponer la resolución de aquellas dudas, que, aunque cruciales, podían esperar.

—Ayúdame a levantarla. —pidió Sergio a ese hombre que de pronto había dejado de ser su rival y el destinatario de su furia.

Entre los dos sujetaron a una dolorida y cabizbaja Ana. No era así como había imaginado que él llegara a saberlo, no de la mano del bocazas de su hermano.

Cuando cruzaron las puertas de maternidad, Ana fue dirigida con rapidez a la zona de paritorios. Las contracciones se habían disparado. El pequeño había resultado ser de lo más impaciente.

Enseguida preguntaron quien acompañaría a la madre. En ese momento crucial, Sergio buscó respuestas en los ojos de Andrés, y este se apresuró a decir: —Él, este hombre es el padre de la criatura. Así que puede darle a él la bata y los mocasines verdes. —aclaró dando una palmadita en la espalda de Sergio.

Sergio, que aún flotaba en una nube, fue guiado hasta la sala donde habían llevado a Ana.

Al verse frente a la mujer que aún amaba, el dictado de su corazón se impuso de nuevo para dejar de lado las dudas. Con paso firme se dirigió hacia una llorosa y temblorosa mujer, que en el fondo temía su reacción y más que probable reproche. Se sentó junto a ella, tomó su mano y dijo: —Desconozco

las causas que te llevaron a ocultarme que iba a ser padre y te aseguro que me gustaría entender qué te empujó a marcharte de mi lado. Pero ahora lo principal sois tú y nuestro hijo, ese pequeño corazón de África que late impaciente por salir y conocernos.

Ana se apresuró a suplicar cobijo y perdón entre sus brazos y Sergio, a pesar de sus dudas y reticencias, la recibió encantado de volver a sentir el perfume floral de su cabello y el frágil roce de sus manos.

Al cabo de un rato, el ginecólogo hizo una última exploración y confirmó que había llegado el momento. Debían practicar una cesárea. Al final el bebé no se había colocado.

Ana, muerta de miedo, lloró como una niña aferrada a su cuello. Debían separarse de nuevo.

—Os espero aquí, cielo. No tengas miedo. Sois el sentido de mi vida.

Sin duda había cosas que aclarar. Había sufrido por su ausencia y la había condenado cada día. Pero ante ellos, en aquel momento, se abría paso una realidad que superaba cualquier rencor y posible duda.

Aquellas bellas palabras sin condiciones, llenaron el corazón de Ana, que recibió emocionada un suave beso que Sergio dejó caer sobre sus temblorosos labios.

Aun así, a pesar de sus buenas intenciones, mientras la camilla se marchaba, dejándole completamente perdido, no pudo evitar preguntarse por qué, por qué se alejó de él al conocer la noticia. Hubiera estado a su lado sin pensarlo un segundo, pero si ella no lo sabía, no resultaría ser la mujer que amaba.

Cuando llegó a la sala de espera, el pulso le temblaba. En otros tiempos hubiera dudado si se podría tratar de uno de sus delirios, pero atravesaba un periodo de estabilidad que le impedía dudar de sí mismo.

Se sentó en uno de aquellos desgastados e incómodos sillones, y apoyando los codos sobre las rodillas, se llevó las manos a la cabeza. Necesitaba pensar en todo aquello, necesitaba entender por qué había sido el último en conocer aquella sorprendente noticia.

De pronto, sintió una mano en su hombro. Levantó la cabeza con desgana, y se encontró con aquel que ahora le resultaba un completo desconocido. Andrés, el que se había revelado como el hermano de Ana, le observaba con prepotencia.

—¡Mira quién está aquí!, nunca es tarde si la dicha es buena. O al

menos..., eso dicen. —le reprochó sin ningún tipo de miramiento, arrastrado por la idea preconcebida, que su propia hermana había dejado que se formara.

—No sabía nada. Así que haz el favor de marcharte. Me gustaría estar solo.

Aquellas palabras le dejaron completamente desconcertado. Su hermana le había mentado durante todos esos meses. Había confiado en ella y como consecuencia había juzgado con dureza a un hombre que merecía su admiración y respeto, en lugar de su desprecio.

—No puede ser. Ella me dijo que cuando te contó la noticia le pediste que dejara el trabajo, y que al negarse diste por concluida vuestra relación, a pesar de su estado.

Sergio entornó los ojos, incrédulo ante aquel absurdo argumento, que carecía de sentido. Después recuperó la postura que mantenía minutos antes. Estaba confuso y agotado.

—Lo siento Sergio. De haberlo sabido no hubiera dejado que las cosas llegaran a este punto. Debí darme cuenta. No eres del tipo de personas que abandonan.

—Es normal. No me conoces. Pero ella..., jamás debió dudar de mí. —contestó sin dejar de apretar sus manos contra las sienes.

—A veces las cosas no son tan sencillas como parecen. Te aconsejo que no saques conclusiones precipitadas. Espera hasta que podáis hablar con calma.

—A mi modo de verlo. —le interrumpió incorporándose para mirarle directamente a los ojos— Tu hermana tomó una decisión. Dejó atrás África, y con ello a mí, el hombre con el que no quiso compartir su vida.

—Las cosas no son blancas o negras, Sergio, hay que pararse a ver los matices.

—Durante mucho tiempo mis únicos colores fueron los que se dibujaban en el cielo africano, mientras veíamos amanecer abrazados. Pero hoy..., ha sido como despertar de una mentira. Una mentira en la que solo yo creía.

—Sergio, por favor, piensa lo que vas a hacer.

—¿Lo que voy a hacer? —repitió sorprendido— ¿Vuelves a dudar de mí?

—No es eso. No me malinterpretes. Es solo que me gustaría veros felices.

—Asumiré mis responsabilidades como padre. Quiera o no quiera tu hermana. Pero más allá de eso, dudo que pueda existir nada.

La dureza y contundencia de sus palabras preocuparon seriamente a

Andrés. Creía conocer al sorprendente hombre que luchaba por no derrumbarse ante él. Sabía que nunca hablaba por el simple placer de hacerlo. Aquello pintaba realmente mal, y supo que sería incapaz de hacerle entrar en razón.

—Si me disculpas..., tengo que hacer unas llamadas. —anuncio Sergio levantándose para salir al pasillo.

—Por supuesto. Si dicen algo te aviso.

—Gracias.

Aún más confundido, por la conversación que acababa de mantener con Andrés, marcó el teléfono de su madre. No sabía si sería capaz de encontrar las palabras adecuadas, pero era algo que debían saber.

Cuando su madre recibió la noticia, no podía salir de su asombro. Pero al cabo de un rato, estaba ilusionada como una cría con la idea de ser abuela.

—Hijo, en cuanto vuelva tu padre, vamos para allá.

—Mamá, necesito que estéis con Amalí. Solo así estaré tranquilo.

—Pero hijo, nosotros podemos...

—Mamá, por favor. —Insistió demandando la ayuda incondicional de su madre.

—Como tú quieras, cariño. —aceptó resignada. Podía imaginar el trance que atravesaba su hijo.

—Gracias, mamá. A propósito, deja que sea yo quien se lo diga a Amalí.

—Se hará como tú quieras, hijo. Se pondrá como loca. Ya sabes que adora a Ana.

—Lo sé, mamá, lo sé.

Sergio colgó y volvió a entrar en la sala, en el preciso instante que salía el médico que se había encargado de practicarle la cesárea a Ana.

—Todo ha salido bien. —dijo dirigiéndose a ambos.

Andrés estrechó la mano del doctor, mientras Sergio respiraba aliviado, nunca había experimentado aquella sensación de miedo y pérdida.

—El padre puede entrar a verlas. —anunció sin saber a cuál de ellos dirigirse.

—¿Verlas? —repitió Sergio visiblemente emocionado.

—Así es. Mis más sinceras felicitaciones. Es usted el afortunado padre de una sana y preciosa niñita.

—Ya tienes dos mujercitas. —añadió Andrés tratando de empatizar con él.

—¿Dónde están? —preguntó, incapaz de fingir indiferencia. Estaba

ansioso por verlas.

—Atraviese las puertas y siga el pasillo hasta el final, luego gire hasta llegar a la sala número cinco.

Sergio salió disparado sin decir nada. De pronto, nada importaba, solo ansiaba poder verlas y calmar la sofocante agitación que latía en su pecho.

Atravesó la puerta con decisión, sin pararse a plantearse resentimientos ni dudas. Retiró una tosca cortina que le separaba del mayor sueño de su vida, y entonces las vio. Aquellas perfectas mujeres eran su particular cielo de África, brillaban con luz propia y resplandecían como las estrellas que solía contemplar cuando estrechaba a Ana entre sus brazos.

Ana, que sostenía con mimo a la pequeña, tendió la otra mano hacia Sergio, reclamando su presencia a su lado. Este, aún impactado por aquel inesperado descubrimiento, se dejó guiar como un niño. Ya junto a la cama, observó que la niña no tenía un solo pelo en la cabeza, pero su carita redonda y sus impresionantes ojos celestes, la convertían en el bebé más hermoso del mundo.

—Tiene tus ojos. —dijo Sergio, soltando un profundo suspiro, mezcla de dicha y calma.

—Y tu pelo. —añadió ella tratando de vencer el abismo que aún se mantenía abierto entre ellos.

—Bueno, es lo mejor que tengo. —contestó retirándose lentamente el pelo de la cara. No tenía ganas de bromear, pero también necesitaba que el ambiente entre ellos se relajara, de lo contrario no podrían aclarar nada.

—¿Quieres cogerla? —ofreció con voz temblorosa. Aún tenía miedo al rechazo. Confiaba en él, sabía que era una persona única y que su corazón era el más grande del mundo. Pero también era consciente de la gravedad de su mentira. No tenía excusas. Lo había hecho mal y si Sergio decidía hacérselo pagar, se vería obligada a respetarlo.

—No sé si sabré. —respondió dibujando la longitud de la niña con sus manos— Es tan pequeña que no sé cómo cogerla.

—Acércate y siéntate a mi lado.

Sergio se acomodó junto a ella. Pretendía centrarse solo en su hija, estaba allí solo por ella, pero estaba tan cerca... El olor floral de su cabello inundó sus fosas nasales, trasladándole sin pretenderlo al que había sido el mágico escenario de su amor; de sus noches de pasión y sus dulces despertares abrazados.

—Coloca los brazos como yo, como si formaras una pequeña barca. — indicó Ana con voz suave y mucho más relajada. Por algún motivo inexplicable, tenerle cerca siempre sosegaba su alma.

—¿Así está bien?

Ella asintió con un leve parpadeo y con sumo cuidado pasó a la pequeña a los brazos del que ya consideraba el mejor padre del mundo.

Aquella calidez, que de pronto llegó a sus fuertes brazos, hizo que, por primera vez en su vida, flaquearan. Aquella diminuta e indefensa criatura logró que se cuestionara el mismísimo sentido de la vida. Y la conclusión no se hizo esperar, era ella, esa pequeña parte de ellos mismos, del inmenso y verdadero amor que habían compartido. A partir de aquel instante, supo que Amalí y aquella pequeña serían ahora y siempre su único destino, su mayor y más brillante estrella.

Ana observaba emocionada aquella perfecta visión, esa mágica estampa, que también englobaba en un pequeño espacio la razón de su vida. Entre los brazos de su protector amante y amigo, su bebé se veía tranquilo y seguro, tal y como ella se sintió desde el primer momento que pasó a su lado.

—Lo haces genial. —observó soltando un enorme suspiro, que dejaba escapar admiración y añoranza. Le extrañaba demasiado. No había dejado de soñar con volver a sentirse al refugio de sus cálidos y apacibles brazos.

—Amalí ya estaba crecidita. Tengo experiencia en fuertes achuchones y besos sonoros, pero mis manazas no están acostumbradas a estos tamaños.

—Amalí es la niña más afortunada del mundo y Victoria no lo será menos.

—¿Victoria?

—¿Te parece bien? Para recordar siempre nuestras cataratas.

—Hace mucho que no voy. —puntualizó, dejando escapar parte de un reproche, que al instante murió en la sabia prudencia de su boca.

—A mí siempre me gustará volver. Allí fui inmensamente feliz, y por eso, si a ti no te importa, querría que ese fuera su nombre.

—Sea cual sea el motivo, me parece ideal para ella. Aunque si te soy sincero, con esa carita le vendría bien cualquier nombre.

Aquellos matices un tanto fríos y distantes, hicieran que Ana confirmara sus peores sospechas. Sin duda, estaba allí por su hija.

—Sergio, yo... Lo siento. Nunca quise hacerte daño, es solo que...

—Ya no tiene razón de ser. Ahora lo importante es este tesoro. Nos llevamos bien y creo que podremos organizarnos correctamente.

Aquellas palabras de nuevo la dejaban fuera de la ecuación. En el fondo sabía que lo merecía, pero no dispuesta a perderle, prosiguió con su desesperado discurso.

—Sergio, yo te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

—Dices que me quieres, pero decidiste ocultármelo y seguir sin mí, porque no te resultaba lo suficientemente bueno.

—Sabía que eras el mejor, siempre lo supe.

—¿Entonces? —Interrumpió dejando paso a esa duda que le había torturado durante tantos meses.

—Me dijiste que no querías tener hijos.

Sergio se quedó de piedra. Incapaz de entender lo que decía y temiendo poder ver desatada la cólera que se había acumulado en su cuerpo, optó por entregar de nuevo el bebé a su madre.

—Cuidado con la cabecita. —señaló Sergio sosteniéndola con sumo cuidado para que no se tambaleara demasiado.

—Tranquilo, ya la tengo.

Caminando de un lado a otro de la habitación, con la mano en la boca, trataba de encontrar las palabras que negaran aquello sin dañarla demasiado.

—Mira Ana, jamás hablamos de la posibilidad de tener hijos, pero viendo como soy con Amalí, no alcanzo a entender tu forma de juzgarme, y menos aún, tu cobarde huida.

—Te lo intenté contar cuando...

—Intentaste, pero no lo hiciste.

—Déjame terminar. —suplicó con la desesperación instalada en sus vidriosos ojos, mientras se inclinaba con dificultad para tratar de poner a la niña en la cuna.

—Espera, ya lo hago yo, tu no debes hacer esfuerzos, es demasiado pronto. —dijo Sergio al escuchar su voz quebrada por el dolor.

Antes de que Sergio pudiera hacer nada, Ana le cogió de la mano.

—Por favor, deja que te cuente.

Sergio, incapaz de zafarse de aquel tacto que tanto añoraba, permitió que le retuviera a su lado, aunque su orgullo hizo que rehusara sentarse junto a ella.

—Te lo quise contar cuando te llamé para decirte lo de Begoña. Me dejaste claro que jamás correrías el riesgo de que un hijo tuyo pudiera nacer enfermo. Me sentí incapaz de convencerte de algo que yo ya consideraba

hermoso.

—Pero ya no había elección. Si me lo hubieras contado lo habría considerado tal y como lo hiciste tú. Jamás me habría marchado de tu lado. —contestó incapaz de creer que hubiera interpretado de aquel modo tan estricto sus palabras. En cierto modo llevaba razón, en un momento dado tomó la decisión de no traer al mundo un hijo que pudiera sufrir del modo que él lo había hecho. Pero la quería, ante todo la amaba, y habría recibido aquella inesperada noticia como cualquier enamorado, besándola emocionado y manteniéndose a su lado.

—Tus palabras me cegaron. No atravesaba mi mejor momento. Los niños enfermaron y al poco ella... ella se fue.

Sergio supo que recordar la trágica y dolorosa muerte de su niña, como solía llamarla, era difícil. De hecho, al instante sus ojos desbordaban lágrimas ancladas en el recuerdo y la congoja se apoderó de ella.

—Me equivoqué, lo siento. —alcanzó a decir en un tímido y entrecortado balbuceo, que terminó de partir el corazón de Sergio en dos. Incapaz de ver derrumbarse a la mujer que lo era todo en su vida, la atrajo hacia su pecho y la acunó con mimo, como siempre hizo en los malos momentos.

—No puedo verte llorar. Me destroza el alma. Jamás debimos separarnos. —confesó bajando todas y cada una de sus barreras. El orgullo no tenía sentido cuando se trataba de amor. Quería estar junto a ellas, necesitaba tenerlas en su vida. No tenía sentido seguir frenando el cúmulo de sentimientos que pugnaban por verse liberados.

—Te quiero Sergio, siempre te he querido. —reconoció en un suave susurro, que se perdió con el latido de aquel corazón agitado, que ahora latía más fuerte por tenerla entre sus brazos.

—Y yo a ti, preciosa amiga y madre de mi hija. —contestó retirándola con mimo. Ansiaba reencontrarse con esa dulce y azulada mirada, ahora cristalina, por las incesantes lágrimas que aún derramaba— No llores más. —pidió secándole aquellas que deseaba fueran las últimas huellas del dolor que un día se instaló entre ellos— Bésame y hazme regresar a casa. Llevo demasiado tiempo lejos de África. —pidió ganándose uno de aquellos suspiros que Ana solía emitir siempre que iba a besarla.

Aquel beso no solo les devolvió a sus adoradas cataratas y a su amada África, sino que les trajo de regreso la sonrisa y la luz, relajando sus taciturnos corazones, que de nuevo latían juntos y acompasados.

De pronto, aquella pequeña y real muestra de su amor, les recordó que a partir de aquel momento las noches abrazados serían más cortas y los sueños profundos algo deseable pero escaso. Victoria había comenzado a llorar para hacer notar su presencia. Sergio, con bastante maestría, la cogió con sumo cuidado y con ella en brazos se sentó junto a la orgullosa mamá, que por fin tenía lo que siempre había deseado.

—¿Le han hecho ya alguna prueba? —preguntó Sergio observando con detenimiento a su bonita y perfecta hija.

—Algunas, pero aún tienen que llevársela para hacerle varias. —contestó tratando de calmarle— Cariño, sabes mejor que nadie que ahora solo podemos hacer una cosa. Lo demás irá viéndose con el tiempo. Aún se sabe muy poco sobre lo que tanto te preocupa. Puede que jamás vuelva a repetirse.

—Eso espero. —respondió besando con ternura a su niña en la frente— A propósito, ¿qué es eso que podemos hacer ahora por ella? —Preguntó no queriendo quedarse con la incógnita.

—Pues verás cielo. —contestó ella— Tú le cuentas los dedos de los pies y yo los de las manos. ¿No es lo que suelen hacer todos los padres en estos primeros momentos?

—Sergio dibujó una de sus impresionantes sonrisas. Adoraba a esa mujer. Solo ella lograba transmitirle aquella sensación de calma y dicha.

Su enfermedad le había hecho replantearse muchas cosas que parecían cotidianas, y a menudo se obviaban erróneamente. Por norma general, los padres solían decir: “Que nazca sano”. Eso parecía suficiente. ¿Pero de qué servía si con los años se manifestaba alguna enfermedad oculta, pero latente? Se había hecho esa misma pregunta miles de veces. Pero solo ahora, junto a ella, en ese preciso instante, era capaz de darle respuesta. Porque si nacía sano no tenía sentido pararse a especular sobre posibles enfermedades futuras. Solo había esperar, deseando y aguardando lo mejor, lo mejor en la vida de Victoria. Mientras, disfrutar de su presencia día a día, sería el mejor regalo que les concedería la vida.

Epílogo

África. Un año después.

Habían pasado el último año en Madrid esperando que Victoria creciera un poco. Disfrutaban de sus hijas y sus respectivas familias. Todo era perfecto.

Los dos centros que habían levantado con esfuerzo y unión, prosperaban, hasta el punto de haber puesto en marcha la apertura de un tercero.

Sara se había trasladado durante ese tiempo a Zimbabue, para encargarse de que todo marchara bien en ausencia de Sergio, que solo viajaba hasta allí cuando se requería su presencia de forma ineludible.

Pero al cabo de ese valioso e intenso tiempo, ambos sintieron que prolongarlo les distanciaba cada vez más del que consideraban su verdadero hogar. Continuar alejando a las niñas de aquel entorno les hacía sentirse hipócritas, porque si consideraban aquel lugar perfecto para otros niños, también debería ser así para sus propias hijas.

Por eso estaban allí de nuevo, en el país que les reunió y ahora acogía a su pequeña familia.

—A ver Victoria, es que no te enteras. La del pelo larguísimo es Rapunzel, mi favorita. —trataba de aclarar Amalí, mientras su pequeña hermana la miraba con extrañeza— Esta no se toca. ¿Vale? Si quieres puedes jugar con Aurora. Que también es guapa y tiene el pelo largo.

La pequeña asintió, pero acto seguido se lanzó a por la muñeca que su hermana le había prohibido.

—Ezta, ezta, me guta tata. —dijo Victoria con su media lengua, negándose a soltar a Rapunzel.

—¡Mami, papi, Victoria me ha quitado mi juguete! —gritó Amalí cuando supo que no podría recuperarla fácilmente.

—A ver chicas. Dejamos los gritos. ¿De acuerdo? —pidió Begoña llegando como una exhalación hasta ellas— Hoy es un día especial y no

queremos estropearlo. Os prometo que, si os portáis bien, habrá muchos regalos para las dos.

Al oír esa mágica y familiar palabra, que tanto le gustaba, la pequeña Victoria soltó la muñeca y dijo: —Legalo, legalo, quero legalo.

Amalí aprovechó para recuperar su tesoro. Después miró a Begoña y dibujando una preciosa sonrisa, dijo: —¿Has visto que mal habla la pequeñaja? Le vendrían bien unas clases de Isaac. ¿Verdad?

Begoña sonrió y revolvió el precioso pelo ensortijado de aquella niña que les daba tantos momentos de alegría.

—¿Dónde están mis princesas? —preguntó Vanesa entrando acelerada al salón— Tengo que peinaros y poneros muy guapas. Después vuestra tita os pondrá los vestidos tan bonitos que han elegido para vosotras.

—¡Bahhh! No nos gustan los vestidos rosas que Sara nos compró. —Refunfuñó Amalí, poniendo los brazos en jarra— ¿Verdad Victoria?

—No duta. —añadió la niña, emulando el gesto de su hermana con sus cortitos y regordetes bracitos. Victoria era una niña preciosa; de pelo rizado y rubio como su madre, y mirada verdosa y profunda como su padre.

Ambas eran en sí mismas, el sol y la luna de África. Brillantes como las estrellas y deslumbrantes como el rojizo cielo africano.

—Bueno, me ha dicho un pajarito... —comenzó a decir Vanesa con suspense— Que hay algo inesperado que descubriréis en cuanto estéis peinaditas, y que os hará inmensamente felices.

Victoria comenzó a dar palmas, emocionada. Pero al fijarse en la mirada achinada de su hermana, frunció el ceño y volvió a imitar su postura.

Finalmente, Vanesa las cogió de la mano y caminaron junto a ella con desgana.

—¿Está todo listo? —preguntó Sergio a César en el exterior de la casa.

—Casi. Sujétame al peque para que pueda comprobar las luces. —Contestó entregándole al pequeño Darío, que se había quedado dormido en los brazos de su padre.

—¡Cómo ha crecido! ¡Está tremendo! —observó Sergio, mirando con dulzura a ese niño que consideraba su sobrino.

—¿Verdad que sí? —asintió el orgulloso padre— Estoy deseando ampliar la familia. A Begoña y a mí nos salen bonitos los críos.

—Es guapísimo. —secundó Sergio sonriendo. Le encantaba ver tan feliz a su amigo.

—Eso es porque ha salido a su mamá. —añadió Begoña, que había escuchado la conversación sin que se percataran de su presencia.

—Sin duda. Eso le decía al feo de tu marido. Que gracias a Dios ha salido a ti. —bromeó Sergio, colocando con mimo al niño en el carrito que Begoña había llevado hasta ellos.

—¿Se puede saber a qué esperas para vestirte? —preguntó su amiga, moviendo con suavidad el carrito, para asegurarse de que el pequeño continuara durmiendo.

—Tranquila mandona. Hago dos comprobaciones y me transformo en el hombre más apuesto que puedas imaginar.

Begoña arqueó una ceja y se giró hacia su marido.

—De ti no espero menos. Nada de zapatillas y vaqueros. Que nos conocemos.

—Pero nena, es que...

—Ni es que, ni es que. Como seas menos galán que tu amigo, ya sabes quién duerme en el sillón esta noche. —amenazó guiñándole un ojo a Sergio, para después marcharse con el carrito.

—Bueno chaval, espero que tengas smoking o lo de crear críos perfectos tendrás que dejarlo para más adelante.

—¡Mira el gracioso! Quien ríe el último ríe mejor, amigo.

—La diferencia es que yo adoro a mis princesas, pero me tienen agotado. No tengo ninguna intención de ampliar la familia. De momento me conformo con el ritual, ya sabes... —bromeó de nuevo, propinándole un nuevo codazo al que sin duda consideraba su hermano.

—Las luces perfectas. —confirmó descendiendo por la escalera que su amigo había estado sujetando.

—Pues no se hable más. Hay dos mujeres exigentes a las que no debemos defraudar.

—Confirmando que los bancos están bien colocados y subo. Ve adelantándote. Al fin y al cabo, eres el protagonista. —dijo César poniendo la mano en el hombro de Sergio.

—Está bien. A propósito, ¿sabes dónde está Abu?

—La última vez que le vi se marchaba a preparar la sorpresa de Ana. Pero de eso hace ya tiempo. —observó mirándose el reloj— Debe estar al llegar.

—Si le ves dile que venga a verme, quiero darle algunas instrucciones.

—No te preocupes. No se lo perdería por nada del mundo.

—Lo sé.

Mientras tanto, Ana se paseaba de un lado a otro de la habitación, más nerviosa que nunca.

—Querida, no es para tanto. Que ya traéis una hija incorporada. —Soltó su madre, poniendo como siempre la puntilla en el momento menos oportuno.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Nada hija. Simplemente, que no necesitas la charla que a mí me dieron. Por algo tu vestido es blanco roto.

—Señora, será mejor que no trate de arreglarlo. —intervino Sara aniquilándola con la mirada.

—Pero hija, yo solo...

—Déjalo mamá. —cortó Ana. Lo último que deseaba era escuchar otra de sus torpes groserías.

—¿Alguien sabe dónde está Andrés? —quiso saber Ana, cada vez más inquieta. Aquel último año su hermano se había comportado con ellos de manera admirable, y ella sintiendo mayor complicidad con él que con su propio padre, decidió que debía ser quien la acompañara aquel día al altar.

—La última vez que le vi estaba con Dani en el porche. —Contestó Sara acercándose a ella para intentar que se sentara.

Cuando Sara decidió trasladarse definitivamente a Zimbabue, Dani se ofreció a seguirla y ella aceptó encantada. De nuevo eran aquella pareja ideal, que jamás debió separarse.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió de par en par.

—¿Alguien preguntaba por el padrino más sexy y encantador del mundo? —preguntó Andrés, haciendo un movimiento sinuoso con la entrepierna, que hizo ruborizarse a Isabel.

—¡Increíble, ha logrado sacarle los colores a la flamenca más descarada de la casa! —observó Sara dando un pequeño empujón a la sevillana.

Andrés, que había captado el comentario, se giró para hacerle un guiño descarado, que logró que su rostro se encendiera de nuevo.

—Vamos, vamos. —intervino Julia, tratando de sacar a la chica del apuro — El novio ya debe estar preparado.

—Estoy nerviosa, no puedo andar. —confesó Ana al borde del colapso.

—Espera, puede que esto te ayude. —dijo de nuevo su adorada suegra, dirigiéndose a la puerta— Adelante niñas.

De pronto, entraron Amalí y Victoria, luciendo un par de perfectos y

encantadores vestidos azules de Cenicienta. Caminaban despacio, tratando de lucir como auténticas princesas, mirando atentamente la luz que desprendían aquellos perfectos zapatitos que en realidad parecían de cristal.

Emocionada, Ana corrió a abrazarlas. Al estrecharlas con fuerza entre sus brazos, sintió que su vida no podía ser más perfecta. El hombre al que admiraba y amaba aguardaba para convertirse en su esposo. Les esperaba una vida repleta de romance y aventuras.

—Id con la abuela, niñas. —pidió dándoles un sonoro y fuerte beso en la mejilla.

—Vale mami. —contestó Amalí, cogiendo la mano de su hermana.

—Vamos fanfarrón. Ha llegado el momento. —anunció mirando con seguridad a su hermano.

—Agárrese fuerte bella señorita. —ofreció Andrés cuadrándose a su lado como si estuviera a punto de iniciar una marcha militar.

—Tampoco te pases. Relájate. —aconsejó Ana, sintiendo la tensión en su cuerpo.

Ana respiró profundamente, agarró con firmeza el brazo de su hermano, y juntos se dirigieron al exterior de la casa, donde familiares y amigos aguardaban sentados alrededor del árbol, aquel que comenzó evocando dolor y lágrimas, y ahora era símbolo de valentía y libertad para aquel inmenso y mágico hogar que habían formado.

—Todavía me parece un sueño. No puedo creer que todo haya terminado bien. —susurró Ana tras un profundo suspiro.

—El destino hermanita, el destino. —apuntó Andrés guiñándole un ojo.

La llameante noche africana comenzaba a envolverlo todo. Los ruidos de animales salvajes les recordaban la grandiosidad que se cernía sobre ellos, respetando el pequeño y mágico rincón que habían creado para dar lugar a sus propias maravillas. Decenas de luces de farolillos y velas de cristal hacían cálido y romántico el escenario que Sergio había mandado crear para ella.

Caminaba del brazo de Andrés, sin haber sido capaz de alzar la vista del suelo para reencontrarse con su mirada, aun deseándolo con todas sus fuerzas. Ansiaba el plácido instante de volver a reflejarse en su increíble mirada, pero se sentía nerviosa como una colegiala, era la misma inquietud que se instaló en su pecho el primer día que se cruzó en su camino.

Miles de destellos, mezcla de luces y estrellas, la iban guiando hasta un precioso altar de madera, donde Sergio llevaba tiempo deleitándose con la

perfecta visión que ella le regalaba sin saberlo.

Todo estaba dispuesto alrededor de aquel imponente árbol, donde un emocionado Abu contemplaba ilusionado junto a Niara, Braulio, Rodrigo y otros tantos, la deslumbrante entrada de la novia, que esa noche brillaba con luz propia.

De nuevo crearían un nuevo recuerdo allí donde un día solo reinaban las tinieblas y ahora apenas quedaban ya sombras.

Cuando por fin llegó junto a él, Sergio acarició su mejilla persiguiendo su huidiza mirada, aquella profunda y celeste marea en que ansiaba volver a perderse una y mil veces. Entonces, aquel suave y familiar roce hizo que se sintiera segura, estaba en casa. Solo él tenía el poder de hacerla sentir protegida y fuerte.

—Hola, cielo. —dijo con su profunda y seductora voz, ofreciéndole con galantería su mano, un gesto que ella aceptó encantada, dedicándole una sonrisa que para Sergio tornó invisible al resto del mundo.

—Hola, apuesto caballero. —contestó dándole un sutil beso en la mejilla.

—Quiero más de esto. —añadió con tono sinuoso— Pero el próximo ponlo aquí, preciosa. —susurró señalándose con descaro los labios.

—Eres incorregible.

—Y tú preciosa. —dijo besándola con dulzura en la punta de la nariz, haciendo que se ruborizara al ver que el cura los miraba ceñudo.

Así, en medio de un entorno idílico, perfecto, y acompañados de todos sus seres queridos, fue como unieron sus corazones para siempre, confiando en que nunca jamás volverían a distanciarse, anhelando forjar un amor que fuera infranqueable, eterno, capaz de superar cualquier contratiempo.

—Llegaste a mi vida como un plácido y acogedor mar en calma. —comenzó a decir Sergio— desplazaste la oscuridad y trajiste de nuevo la luz a mis ojos. No concibo una noche sin contemplar juntos las estrellas y renunció a un nuevo amanecer si no estás a mi lado. Por eso, porque eres mi vida, prometo amarte y protegerte en esta vida y en las siguientes, pues un amor como este jamás se desvanecerá en el tiempo.

Ana tragó el nudo de emociones que oprimían su garganta y con lágrimas de felicidad en los ojos, pronunció sus votos. —Mi amor, creaste para mí un universo donde cada noche hacemos renacer una nueva y brillante estrella. Me enseñaste que hay cosas por las que merece la pena arriesgar lo que considerábamos confortable y seguro. De ti aprendí el valor y el sentido

infinito de la palabra amor, ese bello sentimiento que me lleva a jurarte en presencia de todos, amor eterno. Porque ni siquiera la muerte alcanzará a poder separarnos. Por supuesto que deseo convertirme en la mujer que amanezca abrazada a ti cada día y se acurruque entre tus brazos en cada noche inolvidable y mágica.

Tras un apasionado y sosegado beso, que de nuevo ralentizó el tiempo, dio comienzo el gran festejo.

—Sergio, queremos que seáis los primeros en saberlo. —comenzó a decir Sara, interrumpiendo con ímpetu el vals que bailaban entre cómplices risas los recién casados— ¡Nos casamos! —anunció dejándoles perplejos. Sin duda se les veía bien, verlos juntos era increíble, pero nunca pensaron que la noticia pudiera llegar tan pronto.

Tardaron unos segundos en reaccionar. Entonces, Sergio abrazó emocionado a su hermana, para acto seguido hacer lo mismo con aquel tipo encantador al que ya consideraba su hermano desde hacía tiempo.

—Mami, mami, queremos que lances el ramo. —pidió Amalí tirando con insistencia de su vestido. Junto a ella la pequeña Victoria asentía como si entendiera perfectamente lo que decía su hermana.

—El deber te llama. —dijo Sergio mirando con dulzura a sus pequeñas— Ve con ellas.

—Enseguida vuelvo. Resérvame el próximo baile. —dijo dándole un delicado beso en los labios— Me alegro muchísimo por vosotros. —añadió mirando a su cuñada con complicidad. En los últimos tiempos se habían convertido en grandes e inseparables amigas.

—Gracias, cuñada. —agradeció Sara abrazándola— Espera, iré con vosotras, aún soy candidata a coger ese precioso ramo. —bromeó guiñándole un ojo a Dani.

—¡Mujeres! —comentó este poniendo los ojos en blanco.

—¡Qué me vas a contar, amigo! —trató de empatizar Sergio— Vamos, te invito a una copa. —propuso mientras sus respectivas parejas se alejaban con las pequeñas a cumplir con aquel sagrado ritual.

—Papá. —dijo Abu dirigiéndose a Sergio de la forma que siempre le había considerado— Todo está listo.

Parecía imposible pensar que hubiera estado enfermo en algún momento de su vida. Su trabajo en el safari le había convertido en un chico fuerte y seguro de sí mismo, que ya no temía salir al mundo.

—No tendréis ningún problema, nadie os molestará durante un par de horas. —añadió sonriente.

—¿Estás seguro? —preguntó Sergio encantado con la noticia que le daba el muchacho. Ana no había podido entender su insistencia a la hora de fijar aquel día para su boda, debía ser ese y ningún otro. Había conseguido ocultarle sus planes hasta el final y estaba convencido de que ella estaría encantada con la sorpresa.

—Por supuesto, he tirado de contactos. Mi jefe se ha asegurado personalmente.

—Te lo agradezco, hijo.

—Merecéis toda la felicidad del mundo. —contestó Abu visiblemente emocionado.

—Abu, sabes que te dejo a cargo de todo. Confío en ti más que en nadie. —Le recordó poniendo la mano en su hombro— Sobre todo, vigila a las pequeñas y no olvides echar un ojo a Martín, ya sabes cómo es, no quiero que organice alguna de las tuyas.

—Tranquilo. Las niñas caerán rendidas después de una de mis magistrales sesiones de cuenta cuentos y Martín ha hecho demasiadas visitas a la barra, no creo que aguante demasiado tiempo en pie.

—Tienes razón. —observó viendo como su hermano se tambaleaba en medio de la pista de baile— Este hombre no tiene límite.

—Debéis iros, de lo contrario llegaréis tarde y no aprovecharéis bien el tiempo.

—Voy a por Ana. —indicó Sergio mirando a Dani, que se había mantenido en un segundo plano, al margen de aquella enigmática conversación— Luego os veo. —dijo comenzando a caminar hacia el lugar donde Ana acababa de lanzar el famoso ramo.

Abu y Dani se limitaron a dibujar una enorme sonrisa.

Ana bailaba ahora junto a sus hijas, que daban vueltas y vueltas, encantadas con los destellos que desprendían los leds escondidos en el forro de sus mágicos vestidos.

—Bueno, princesas, ha llegado el momento de que papi y mami vayan un rato solitos a pasear en carroza. —anunció Sergio cogiendo a su mujer de la mano para hacerla girar al son de aquel precioso vals de Chayanne.

—¡Yo también quiero!, ¡y yo! —gritaron Amalí y Victoria respectivamente.

—Pero... ¿sabéis que ocurre? —preguntó Sergio con suspense mientras

abría los ojos de par en par. Las niñas negaron con la cabeza— Que si venís con nosotros os perderéis los maravillosos juegos y regalos sorpresa que Abu ha preparado para vosotras.

Las niñas se miraron desconfiadas. ¿Y si solo era una estratagema para librarse de ellas?

—Me estoy cansando de esperar, si continuáis así me veré obligado a jugar con otras niñas. —intervino Abu, que había llegado hasta ellos imaginando lo que estaba ocurriendo.

Las pequeñas se miraron de nuevo, en esta ocasión sus rostros dibujaron un par de sonrisas inmensas y se lanzaron sobre aquel que a diario pasaba horas jugando con ellas.

Mientras Amalí y Victoria se alejaban cogidas de la mano de Abu, Sergio miró con pasión a la que ya era su esposa, la atrajo hacia sí para besarla con deleite, y después, mirándola fijamente a los ojos, dijo: —¿Preparada para una maravillosa e inolvidable noche de bodas?

—Estoy deseando que comience. —susurró muy cerca de su oído, haciendo que sus músculos flaquearan.

Sergio había tapado los ojos de Ana con un pañuelo. Aquel camino lo habían recorrido demasiadas veces. Aun así, desorientada preguntó en varias ocasiones por su destino, aunque solo obtuvo el silencio por respuesta, acompañado de un suave susurro que le rogaba paciencia.

Cuando llegaron Sergio cogió unas mantas y una cesta de la parte trasera del coche. Después tomó su mano y la ayudó a bajar con sumo cuidado. Había decidido no destapar sus ojos hasta el momento preciso.

—Camina con cuidado, amor. —pidió cogiéndola con fuerza de la cintura — Este sendero es un poco traicionero.

Ana asintió sin decir nada, su mente trataba de encontrar alguna sensación que la ayudara a descubrir el misterio.

Cuando habían pasado el camino que conducía al puente, Sergio decidió que había llegado el momento. Si tardaba más en desvelar la sorpresa, el agua chispeante terminaría por delatarle.

Mientras trataba de desatar el nudo, observó ensimismado el brillo rosado de aquellos perfectos labios que jamás se cansaría de besar. Incapaz de resistirse, los tomó antes de liberar aquella maravillosa mirada que le hechizaba. Ana respondió encantada al juego seductor de aquellos expertos y sensuales labios que eran su mayor y única tentación.

Cuando el pañuelo que tapaba sus ojos cayó al suelo, Ana vio aquel lugar que ambos amaban, aquella inmensa maravilla donde el agua parecía seguir el compás de sus agitados latidos.

—Son nuestras cataratas. —susurró emocionada.

—¿Ves la luna? Hoy se repite esa mágica luz que un día me mostraste.

—Es precioso, no existe nada más hermoso.

—Abu lo hizo posible.

—Es un cielo, te quiere muchísimo.

—Y nosotros a él. Pero este es nuestro momento, solo usted y yo, bella dama.

Ana sintiendo que continuaba sumergida en un sueño demasiado perfecto, del que jamás querría despertarse, acarició su rostro con delicadeza, como si aún temiese que pudiera esfumarse.

Sergio, deseando estrecharla entre sus brazos, estiró una de las mantas en el suelo y girándose hacia ella, dijo: —Bienvenida al comienzo de nuestra eterna luna de miel.

Ana, incapaz de negarle nada al hombre que lo era todo para ella, se lanzó con fogosidad contra esa tentadora boca de la que jamás volvería a privarse, y se deleitó explorando pausadamente cada cálido rincón, sin miedos ni pudores.

Sergio, encantado con el impulso de aquella que siempre sería su única musa, la estrechó entre sus brazos con fuerza, deseando desvanecer cualquier mínimo espacio existente entre ambos, considerando posible alcanzar esa unión perfecta y plena en la que sus corazones latiesen unidos en una plácida y acompasada melodía.

Así, bajo el inmenso y llameante cielo africano, ahora cubierto por una increíble luz plateada, el tiempo volvió a detenerse para ambos, mientras se deleitaban con la suavidad de cada roce, caricia y beso. Sintíéndose por fin unidos, eternos.

A partir de ese mágico y perfecto instante, Sergio no volvería a sentir miedo, jamás volvería a perderse, ella sería su brújula y bastaría sentir su cálido tacto para tener la certeza de que todo era cierto.

—Te quiero, Sergio. —declaró hechizada por aquel idílico momento.

—Y será para siempre. —contestó volviendo a capturar sus dulces labios.

Para más información, visita la página de la autora:

<https://emmakelsen.wordpress.com/>

Puedes seguir a Emma Kelsen en Facebook, Twitter, Instagram y Goodreads:

Facebook: @emmakelsenescritora
@kelsenemmaescritora

Twitter: @EmmaKelsen
@kelsenemma

Instagram: Emmakelsenescritora

Goodreads: Emma Kelsen

Artículos sobre la autora en prensa digital:

<https://www.europapress.es/chance/tendencias/noticia-emma-kelsen-nueva-corintellado-novela-romantica-20181110183624.html>

https://www.cope.es/actualidad/tecnologia/noticias/emma-kelsen-nueva-corin-telladonovela-romantica-20181110_290952

<https://www.europapress.es/chance/tendencias/noticia-trenzas-papel-magica-historiapadre-hija-plena-guerra-20181224075937.html>

<http://excentriks.blogspot.com/2018/06/promocionate-una-vez-en-un-sueno-de.html>

[1] -Marca impuesta con hierro candente, bien como pena infamante, bien como signo de esclavitud.

-Desdoro, afrenta, mala fama